QPCARD

A. REBAUDI

GUERRA DEL PARAGUAY

UN EPISODIO

"¡VENCER O MORIR!"

IMPRENTA "CONSTANCIA" - TUCUMAN 1738

1920

A. REBAUDI

GUERRA DEL PARAGUAY

UN EPISODIO

"¡VENCER O MORIR!"

QP-251

IMPRENTA "CONSTANCIA" - TUCUMAN 1736

1918

"Y apelaron a la calumnia, apelan todavía, para tratar de robarle sus laureles, poniendo en duda lo único que no se le puede negar, su entereza, y afirmando que huyó sin pelear, muriendo ultimado por la espalda, como un cobarde".

JUAN E. O'LEARY.

* *

"Pero desgraciadamente él, que pretendía rastrear las luminosas huellas de Napoleón, de quien conocía la vida en detalle, no llegó jamás a aprender las tres altas cualidades del capitán del siglo: mandar personalmente las batallas; ofrecer la paz al vencido después de las victorias, y abdicar el mando supremo, siempre que los vitales intereses de la patria lo exigiesen".

JUANSILVANO GODOI (Memorias).

* *

"Vencido por la Alianza en lucha legal, a la cual fuimos conducidos por las ambiciones de un hombre, que lanzó al fuego nuestro hermoso pabellón, había llegado para nuestro pueblo el momento de recoger el fruto de tanta sangre. En el postrer combate se había roto el último eslabón de la cadena que lo oprimía, y era el instante en que debía erguirse libre, purificada por la sangre y el fuego".

GENERAL BERNARDINO CABALLERO.

"La Esperanza", 22 de Marzo de 1872.

He leído un artículo del diario «Patria», del 1.º de Marzo del corriente año, aniversario de la muerte de S. E. el Señor Mariscal F. S. López, Presidente de la República del Paraguay. Dicho artículo es producción de la inteligencia más fecunda y preparada de la tríade, que se ha propuesto darnos en F. S. López un héroe, convirtiéndolo en la encarnación del nacionalismo paraguayo. Sí. Al pueblo paraguayo, al pueblo heroico, que escribió en la historia la página más sublime del patriotismo con la homérica y sin igual defensa que hizo del suelo sagrado, que heredara de sus antepasados, se le impone un mentor de su dignidad y de su honra, y este es F. S. López, el héroe de las disparadas. Es esa una indigna apoteosis, deprimiente para todo el pueblo paraguayo, y no encuentra otra explicación para ello que el afan insano de notoriedad, de los que ensalzan a la tiranía, con el propósito de medrar, halagando las pasiones populacheras de las masas ignorantes, fáciles de desviar del sendero de la verdad. La aureola con que se quiere envolver a la figura hosca del tirano, es el reflejo del heroismo y abnegación del pueblo paraguayo, a él no le corresponde más que el infame recuerdo, como cómplice de las hecatombes de sus connacionales y de la completa destrucción de su patria, viéndose acompañado al Averno por el coro formidable de los anatemas de sus miles de víctimas. Sin estar preparado, provocó una guerra tan injusta como descabellada, con la escusa de la defensa del equilibrio del Plata y con la indiferencia de un mandón irresponsable, de un jugador que nada riesga y si pagó con la vida su estupidez, fué tan solo porque se le alcanzó en su huida.

Paysandú es un baldón para la historia oriental y no lo es menos Quinteros, si los colorados, con el apoyo de las bayonetas brasileras, escalaron el poder, los blancos solicitaron las mismas bayonetas para mantenerse en el poder (Julio María Sosa, Lavalleja y Oribe, pág. 400). La integridad del territorio oriental no peligraba en nada, puesto que estaba garantida por la Gran Bretaña, la República Argentina y el mismo Brasil, y López, por otra parte, no podía considerarse ofendido porque el Consejero Saravia creyó conveniente rehusar su ofrecimiento de mediación, solicitada por el Gobierno Oriental, tanto más que estaban en curso tratativas, que daban esperanzas de una solución satisfactoria, como le manifestara Saravia. El Gobierno Imperial confirmó la declaración de Saravia y «manifestaba sentimientos de gratitud y aprecio, que le inspiraba el caballeresso proceder de la República».

López nunca se preocupó de estrechar alianzas, ni de hacerse representar dignamente ante los Gobiernos extranjeros, así es que, declarada la guerra, todos, hasta los que creían que López procedía de buena fe, se limitaron a platónicas manifestaciones de adhesión y el Paraguay se vió aislado. Una sana política imponía contemporización y prudencia, dejar que

la República Argentina y el Brasil se las averiguaran en la cuestión oriental, con la plena seguridad que muy pronto iban a surgir desaveniencias entre los interventores; el plato era muy chico para la ambición de ambos y la República Argentina no iba a permitir la egemonía del Brasil en el Río de la Plata.

López nunca soñó en una alianza con los blancos, que le eran indiferentes. Simplemente estaba en continuo acecho para aferrar cualquier oportunidad que se le presentara, buena o mala, para hacer salir de la crisálida al Paraguay, y sus cartas y correspondencia de antes de la guerra confirman esta aseveración. Sus representantes y corresponsales en el extranjero, gente por lo general inútil o pilla, conociendo su lado débil y su carácter suspicaz, explotaban hábilmente su megalomanía y mantenían su espíritu en continua tensión. Estaba dispuesto a trenzarse con cualquiera, como un muchachón camorrero y pendenciero, que se cree más fuerte que sus coetaneos, le había dicho a Victorica que se llevaría todo por delante y así lo hizo. Los adictos al tirano, los que sueñan con poder volver a esos tiempos, para ellos felices, de los lazazos, estaqueamientos, cepo de la Uruguayana y de los fusilamientos en masa, se han propuesto la ardua empresa de hacer creer en el fin heroico de su ídolo. El artículo del profesor de historia, que reproduzco y gloso, es obra, como tengo dicho, de uno de los adictos al antiguo regimen, profesor de historia en el Colegio Nacional, literato y poeta. ¡Pobre generación esta que se encuentra bajo la apoteosis de la tiranía, encarcelada su mente y su conciencia en las tinieblas de la mentira! Hasta trabajo les va a dar a más de uno de mis jóvenes compatriotas eliminar el veneno, que el maestro y educador les endilga desde lo alto de la catedra, traicionando su misión sagrada e insultando a la civilización. Aunque fuera verídica la historia de la muerte del tirano, como la pintan sus apóstoles, eso no purgaría ni atenuaría sus grandes delitos contra la Patria, que traicionó, y contra la Humanidad, de que renegó.

No quiero hacer mía la acusación de que en los exámenes, el profesor, es inexorable con los que no comulgan con sus doctrinas retrógadas y con los que llevan apellidos molestos para los tiranos, la señalo tan sólo, para lamentar semejante proceder, si desgraciadamente fuera cierta.

EL FIN DE LA EPOPEYA

"Felizmente la guerra, que ha casi medio siglo enlutó a la nación victoriosa, se nos presenta como una leyenda homérica, en que vése alzarse al Paraguay sobre el osario de sus hijos sacrificados al amor de los paternos lares, derrotado en cruda lid, pero triunfante en la inmortalidad. Y, cosa rara de citarse, así lo han reconocido los bravos protagonistas argentinos que combatieron al mariscal Lopez, caído con la espada en la mano, y cuyo nombre va creciendo entre las nubes preñadas de rayos que en vida le rodearon... formidable adalid, yacente en solitaria fosa, custodiada por sombras de guerreros armados y sobre la cual enciende la historia una fúnebre lámpara que ningún viento apagará jamás".

CARLOS GUIDO Y SPANO.

I

Iba a sonar la hora largamente esperada por el mariscal López.

Después del 24 de Mayo de 1866, juró a sus soldados morir sobre su último campo de batalla. En las Lomas Valentinas renovó ese juramento. Y en Ascurra, en Junio de 1869, se ratificó, una vez más, en su trágica promesa.

La retirada a travez de las cordilleras no había sido sino una larga agonía. Pero, por fin, estaba sobre la cumbre del Gólgota, donde debía consumarse la crucifixión de un pueblo.

El patíbulo gigantesco estaba preparado. El gran ajusticiado del Destino aguardaba, sereno, su fin. Solo faltaba que llegara el verdugo. Y este no iba a tardar. Ya se escuchaba, a la distancia, el galopar de su siniestro corcel. Y negras nubes de polvo anunciaban su presencia.

Y amaneció el 1°. de Marzo de 1870.

El Héroe no ignoraba que el sol de ese día, iba a ser el último de su vida. Pero, grande hasta en esto, ocultó a los suyos la terrible realidad, infundiéndoles mentidas esperanzas, trasuntando su estoicismo en palabras caldeadas, plenas de una fe sobrehumana, que parecían brotar de un corazón afortunado, empapadas en un íntimo optimismo. Solo él sabía que el enemigo había cerrado el círculo de fuego en que les envolvía, y que pronto el cañón daría el grito supremo, llamándoles a morir. Algún sobreviviente comprendió después el significado de ciertas palabras, dichas en aquellas horas, en el curso de una amistosa conversación.

Recién después de la catástrofe se aclararon muchas cosas y pudo medirse la serenidad de aquel poderoso espíritu. **"El Padre Gamarra nos ha llevado un poco la delantera"**, dijo el padre Maíz, que le anunciaba la muerte de su secretario, en la mañana del 28 de Febrero. Pero aquella alusión, que pasó desapercibida, como muchas otras, solo fué comprendida cuando la muerte, que era la realidad, vino a despertarles, «sonámbulos de un sueño desvanecido». Así, cuando en aquella primera madrugada de Marzo, llamó a sus ayudantes y hasta a su servidumbre, y empezó a repartirles algunos objetos de su uso, pidiéndoles que guardaran como un recuerdo de su persona, nadie notó en sus palabras el acento de la angustia, ni nadie comprendió su drama íntimo. Su fisonomía, enérgica siempre, pero tranquila, no delataba la tormenta que debía golpear las paredes de su cráneo. Se despidió, al ir a la muerte, y parecía que se disponía a emprender un viaje de placer! Más aun, parecía que iba a asistir a una fiesta, tal era el cuidado con que se vestía, escogiendo la ropa mejor que le quedaba...

En esta tarea fué sorprendido por algunas mujeres que llegaban azoradas, anunciando que el enemigo había tomado la guardia avanzada de **Paso Tacuara** y que marchaba sobre el Aquidabán.

Poco después resonaban los primeros cañonazos.

La última batalla iba a empezar.

El mariscal López llamó a las armas a todos sus compañeros, ordenando después a su hijo mayor que fuera a quemar el archivo. Y montado en un caballo bayo, avanzó al frente de un pelotón de sombras—doscientos hombres, según algunos, ciento veinte, según otros—último resto de su glorioso ejército.

Esgrimiendo un fino espadín, en el que se leía su lema guerrero, su implacable lema de «VENCER o MORIR», se adelantó a encontrar al enemigo, acaudillando aquel patético grupo, en el que se confundían los altos dignatarios del Estado con los representantes de la iglesia, los generales con la tropa y los más humildes ciudadanos con los jefes y oficiales del ejército, formando juntos un solo cuerpo, con un solo corazón...

El primer pelotón de la caballería brasileña fué rechazado en seguida, presentándose poco después el coronel Silva Tavares, jefe de la vanguardia, rodeado de oficiales de su estado mayor, al frente de sus lanceros y carabineros y seguido de tropas de infantería.

Durante algunos minutos el enemigo permaneció indeciso ante el hombre formidable que por más de cinco años había tenido a raya al Imperio del Brasil.

Pero, por fin, se decidió a atacar. Un inmenso viva al mariscal López estalló en aquel momento, seguido de otros vivas clamorosos a la patria. Nada hay más conmovedor en nuestra historia—diremos con Victor Hugo—que aquella agonía prorrumpiendo en aclamaciones. «Era, dice el historiador Borman, la reproducción, en pequeñas proporciones, del episodio de la guardia vieja en el campo de batalla de Waterloo».

El choque fué espantoso, pero la refriega duró poco.

Luchando con bárbara fiereza, empujados con fuerza irresistible, tuvieron que ir retrocediendo, matando y muriendo, hasta caer, casi todos, antes de llegar a la montuosa ribera del Aquidabán-nigüi. En este punto, López que acababa de ver sucumbir a su lado al coronel Luis Caminos y a tantos otros fieles compañeros, fué rodeado por algunos jinetes enemigos que le intimaron rendición. Por toda respuesta se avalanzó sobre ellos, casi ciego

por la sangre que brotaba de su frente abierta por una ancha herida, siendo recibido por el cabo Francisco Lacerda que, con su larga lanza, le destrozó las entrañas, mientras el clarín Zacarías Bacleco le daba un segundo mortal lanzazo, sin que él lograra alcanzarles con su espada...

En tales circunstancias llegaron el capitan Francisco Arguello y el alferez Chamorro, los cuales impidieron que allí mismo fuera ultimado, peleando, hasta perecer, mientras él se retiraba, sintiendo ya las ansias de la muerte. Seguido del coronel Silvestre Aveiro, del mayor Manuel Cabrera y del alferez Ignacio Ibarra, penetró en una angosta picada que conducía al Aquidabán-nigüi, cayendo del caballo, a poco andar. Arrastrado hasta la barranca del arroyo, lo dejaron allí, a su pedido, completamente solo, en espera de su fin... Se oía ya el rumor de la soldadesca enemiga que se aproximaba, atronando la selva con sus descargas, cuando el caído pudo palpar un último rasgo de la lealtad de sus compatriotas. En aquel instante postrero, concluido su poder, casi extinguida su existencia, aun pudo ver cuan sincero era el amor que le tenían. El alferez Victoriano Silva, acercándose hasta él, le ofreció su compañía implorándole le permitiera tener el señalado honor de morir en su defensa. El héroe agradeció tan generoso ofrecimiento del más leal de sus leales, y, regalándole su látigo, le ordenó que se alejara.

En ese preciso momento apareció el general Cámara, cruzando el arroyo a pie, intimando, imperativamente, rendición al moribundo. Este se incorporó, penosamente, pero lleno de soberbia, lanzando al vencedor una estocada, como única respuesta. Intimado nuevamente, volvió a levantar su brazo armado, exclamando con toda el alma:

"¡Muero con mi patria!" Tales fueron sus últimas palabras. Y a la verdad que no pudo escupir a la frente de su vil inmolador una contestación más fulminadora. Después de la sucia palabra de Cambrone, nadie ha pronunciado una frase más inmensa que la de López. En ella está la explicación de su martirologio. En ella está la clave de su vida y de su muerte y el por qué de aquel esfuerzo desesperado, de aquella loca resistencia en que cayera un pueblo entero.

Alberto Souza, publicista distinguido del Brasil republicano, no ha podido menos que sentir la grandeza de aquellas palabras, comentándolas así, emocionado, en una de sus páginas más bellas:

"¡Muero con mi patria!" exclamó el vencido, en el momento augusto y solemne en que las almas corrompidas y cobardes solo se atienen a la fuga o al perdón del vencedor. Efectivamente moriste ¡oh glorioso y heroico luchador! con tu infeliz tierra aniquilada por la ambición y por el despotismo imperial; pero moriste para revivir ahora, no solo en el alma colectiva de tu patria rejuvenecida, sino también en el austero e insospechable juicio de la posteridad que te rehabilita. Deshecha la espúrea leyenda de bajezas y de crueldades con que los escritores imperialistas intentaron empañar, por tantos años, tu inmaculado patriotismo, se levanta al rededor de tu figura, engrandecida por el martirio, una aureola diáfana y resplandeciente, que te consagra en el doble e irrevocable carácter de **"heroe de la patria y paladín de la república"**.

Pero continuemos.

Lo que sucedió después es tan repugnante, revela tanta cobardía, que la pluma se resiste a referirlo. Será mejor que oigamos a otro historiador brasileño.

«Aproxímase un soldado del batallón 9.º — dice Borman — y el general

da la orden de desarmar al mariscal. El soldado lo agarra por los puños, teniendo lugar una lucha. López procura conservar su espada, más el soldado hace esfuerzos por tomarla: los contendores caen, se yerguen de nuevo y la lucha continúa. Otro soldado que se aproxima y presencia aquella escena, aprovecha un momento en que el dictador se desprende de su adversario, le apunta su arma suena el tiro y la bala va derecho al corazón...»

Y por si hace falta todavía un testimonio más insospechable, para dejar constancia de que fué necesario arrancarle primero la vida al mariscal López para arrancarle la espada, y que a dos pasos del general en jefe del ejército imperial fué asesinado, alevosamente, el inerme presidente paraguayo, ahí van las palabras del inconsciente inmolador, del mismísimo general Cámara:

«El tirano fué derrotado, y, no queriendo rendirse, fué muerto a mi vista. Intiméle orden de rendirse, cuando ya estaba completamente derrotado y gravemente herido, y no queriendo, fué muerto».

Resulta, pues, que «no queriendo rendirse» un hombre que estaba «completamente derrotado y gravemente herido, fué muerto» a la vista de su inhumano vencedor. He aquí un criminal que, al igual de los tipos de Lombroso, se envanece de su crimen. Es lo que el pensador italiano llama la **"vanagloria del delito."** No puede darse una inconsciencia mayor ni una más absoluta falta de responsabilidad. No sospechaba aquel ínfimo general brasileño el gran papel que acababa de desempeñar en el drama de la historia. Y no sabía que con aquella cínica declaración—que intentó desvirtuar ya tarde—arrojaba una eterna ignominia sobre las armas de su patria y que al pretender deprimir a su víctima, tejía para su frente la corona del martirio...

Pero aun queda algo más repugnante todavía, algo que da la medida moral del vencedor de Cerro Corá: muerto ya el mariscal López, entregó su cadaver al ludibrio de inconsciente soldadesca, la cual lo saqueó, despojándole hasta de sus ropas interiores. Durante horas bailaron sobre los despojos del vencido las negras turbas imperiales, pisoteándolos, alegremente, en medio de salvaje gritería... Quizá pudiéramos agregar, si todo esto no fuese suficiente, que no respetó ni el honor de su familia, abusando de uno de los suyos en medio de los horrores de aquel día... sin cuidarse de dar sepultura al enemigo, muerto en lucha franca y leal, como jefe supremo de los ejércitos de su patria, ultimando al octogenario Vice Presidente de la República, degollando al inválido coronel Aguiar y al intrépido general Roa y matando hasta al niño José Félix López, de once años, prendiendo fuego, en fin, al campo de batalla, después de una masacre horrible, muriendo quemados los heridos y hasta muchas pobres mujeres exhaustas, tendidas en tierra, después de haber servido de pasto a la más brutal lubricidad...

Tal fué, en síntesis, el fin de la epopeya paraguaya.

Los episodios siniestros son infinitos, tantos que exigen las páginas del libro para acabar de enumerarlos.

Pero bastan las líneas generales que, a escape, hemos trazado, para acabar de sentir la sensación de lo que fué aquel último cuadro de nuestro largo exterminio.

Cerro Corá no fué, por otra parte, una excepción. Fué por el contrario, el lógico desenlace de una guerra salvaje, que empezó con los degüellos (1) y su bárbara ferocidad, con el incendio de los hospitales de

(1) El vacío que se nota en este renglón, como el de las páginas 11 y 14, es debido a que en el original de donde hemos tomado esta transcripción, no han sido impresas las palabras que faltan y no nos hemos creido autorizados a reponerlas.

Piribebuy y Caacupé, y todavía tuvo su epílogo sangriento en la matanza de los prisioneros de Siete Cerros.

Es así como el emperador esclavista del Brasil, ayudado por algunos republicanos del Plata, redimió a la República del Paraguay, viendo en el mariscal López un monstruo sanguinario, indigno de gozar de los beneficios de la civilización que él representaba y cuyas manifestaciones más elocuentes acabamos de señalar...

II

Alrededor de la muerte de López han tejido muchas leyendas sus enemigos. No podían conformarse con un fin tan heroico que, en el peor de los casos, aun reconociendo las faltas que se le atribuyen, borra todos los errores que, hombre al fin, haya podido cometer, envolviéndole en magnífica aureola. Y apelaron a la calumnia, apelan todavía, para tratar de robarle sus laureles, poniendo en duda lo único que no se le puede negar, su entereza, y afirmando que huyó sin pelear, muriendo ultimado por la espalda, como un cobarde. Cincuenta años se ha repetido esto mismo. Cincuenta años ha estado gritando el rencor, dentro y fuera de la Patria, sin fatigarse en la tarea de tiznar aquella figura de diamante. El mariscal Solano López, el hombre prodigioso de la resistencia, el que, al frente del pequeño Paraguay, tuvo reservas espirituales suficientes para sostener en pie a su pueblo a traves de más de un lustro, manteniendo a raya a dos repúblicas y a un imperio, más extenso que los viejos imperios asiáticos, con diez y seis millones de habitantes... ese mismo Solano López que tiene la voluntad ciclópea necesaria para surgir más arrogante después de cada desastre, que hace suya la victoria en Curupayty después de la catástrofe de Tuyutí, pálida del cuadrilátero, venciendo todavía en Itá Ybaté, donde dice al enemigo aquellas palabras únicas en la historia americana, aquellas palabras preñadas de una grandeza incalificable... ese mismo hombre, que después de perder en las Lomas Valentinas su último soldado afirma que **la guerra recien va a empezar**, organizando, por un milagro de su energía indeclinable, un nuevo ejército de héroes, al que infunde los alientos de su voluntad para triunfar en Ybytymí, para resistir en Piribebuy, para morir en Rubio ñú, para cruzar las cordilleras en un desfile de esqueletos, para llegar a Cerro Corá y allí desplomarse en la derrota definitiva, empujado por un loco heroismo que no amenguaron ni el hambre, ni la fatiga, ni la desnudez, ni las inclemencias todas de los hombres y de la naturaleza... «ese soldado forrado en acero, que hizo vibrar el alma del mundo con el espectáculo de su patriotismo antiguo»... ese hombre fuerte, en cuya contextura moral no hubo espacio sino para una sola debilidad, para el inmenso amor a sus hijos, ha sido presentado por los pigmeos que le combatieron, por los mismos que temblaran un día ante el eco lejano de su nombre, y por sus descendientes y herederos de sus odios, como un hombre que no conoció el valor, que vivió acosado por el miedo, verdadero «teratólogo», creador maravilloso de una monstruosa bravura, organizador, también monstruoso, de una resistencia inigualada, pero todo por el solo ministerio de su inmensa cobardía!

Y esta es la hora en que la enconada propaganda aún continúa, repitiéndose la misma acusación, a pesar de revelar una ignorancia increíble de

las realidades del alma humana y una ignorancia mayor de lo que dice la más copiosa documentación.

Por eso creemos muy oportuno aprovechar esta ocasión para pasar revista, siquiera sea rápidamente, a los testimonios de los mismos vencedores, haciendo hablar a los muertos, que son los únicos que están por encima de las influencias de las pasiones en pugna. Ningún día más apropiado que este para interrogar a la historia, para exigirle que nos revele su secreto. Es como colocarnos en la cumbre de nuestro pasado, desde donde se domina el vasto panorama de un mundo desaparecido, para revelar lo que nuestros ojos ven, para repetir la que escucha nuestro oído escenas y voces que se reproducen como al conjuro misterioso de una evocación...

Nos proponemos probar que el vencido de Cerro Corá sucumbió bravamente, asesinado por el enemigo, ciñéndose la doble corona del heroismo y del martirio.

Para esto empezaremos por el testimonio del protagonista de la trajedia, por el testimonio del general Cámara. Este escribió cuatro versiones de la muerte del mariscal López, ocurrida en su presencia.

La primera versión está consignada en el siguiente parte, escrito a lapiz, al terminar la batalla:

«Campamento en la izquierda del Aquidabán, 1.° de Marzo de 1870—Ilustrísimo y Excmo. Señor:—Escribo a V. E. desde el campamento de López, en medio de la sierra. El tirano fué derrotado, y, **no queriendo entregarse, fué muerto a mi vista.** Intiméle orden de rendirse, cuando ya estaba completamente **derrotado** y **gravemente herido,** y no queriendo, **fué muerto.** Doy los parabienes a V. E. por la terminación de la guerra...

Dios guarde a V. E.

José Antonio Correa da Camara.

Al Excmo. señor Mariscal de Campo, Victorino José Carneiro Montero».

En este famoso documento se le ve morir a López como un tigre. Cámara dice toda la verdad, en la embriaguez de la victoria. Revela, sin reticencias, que el vencido fué asesinado a su vista, estando gravemente herido, teniendo que matarle para arrancarle la espada.

En el segundo parte, fechado en Arroyo Guazú, el 3 de Marzo y dirigido al mismo Mariscal Carneiro Montero, decía:

...«El ex-dictador **expiró a mi vista,** después de haberle intimado orden de rendirse».

Como se ve, empieza a ser velada la verdad. Solano López **expira a la vista** del vencedor, no **es muerto,** como se afirma en el documento anterior.

En el tercer parte, fechado en Villa Concepción, el 13 de Marzo, amplía sus noticias, pero ya con el decidido propósito de ocultar la realidad. Ya ha acabado de darse cuenta del error cometido, al revelar ingénuamente la cobarde inmolación del presidente paraguayo. He aquí lo sustancial de dicho parte:

«El coronel Silva Tavares, los oficiales de su estado mayor y algunos carabineros que lo seguían, así como algunos infantes, tomaron el camino del centro y fueron a arrojarse sobre la fuerza, **a cuyo frente se encontraba el Ex-dictador.** El coronel Silva Tavares no les dió tiempo para respirar. Cargando sobre este, diezmando a sus defensores, mutilando su piquete de oficiales, diezmando con el gladio de la victoria aquellas vidas que, como

sombras de mal, se oponían a la paz y regeneración de un pueblo, arrollólos envueltos en polvo y humo, hasta el bosque que puebla la margen de Aquidabán; a tan encarnizada persecución el tirano no pudo resistir. Entregándose a la fuga, lanzóse al interior del bosque, siguiéndole de cerca un puñado de bravos que juraran exterminarle, hasta que herido, desanimado, exhausto, apeóse de su caballo, y dirigióse al arroyo, que intentó cruzar, cayendo de rodillas sobre la barranca opuesta. Fué en esta ocasión que habiéndome apeado y siguiendo sus huellas, lo encontré. Intiméle que se rindiese y entregase su espada, **que le garantía los restos de vida** el general que comandaba aquellas fuerzas. Respondióme con un golpe de espada. Ordené entonces a un soldado que lo desarmase, acto que fué ejecutado AL TIEMPO QUE EXHALABA EL ULTIMO SUSPIRO».

Según este documento, López esperó al enemigo al frente de sus últimos soldados. Los brasileños cargaron sobre ellos, «no dejándoles respirar, diezmándoles, arrollándoles hasta el bosque que puebla la orilla del Aquidabán». Todo esto es la más pura verdad. A esto se redujo la acción. Cuando llegaron al bosquecillo, casi todos habían muerto, recibiendo el mismo López tres formidables heridas. Sabemos como pudo penetrar en la picada, para caer, ya debilitado por la hemorragia, a poco andar.

Y aquí sería del caso averiguar la intención de López al dirigirse al Aquidabán. El historiador brasileño José Bernardino Borman dice textualmente, lo que sigue, en el tomo III de su Historia de la Guerra del Paraguay:

«¿Pensará salvarse? — No; porque sabe que semejante a los dientes del áspid, cuya mordedura es mortal, ese fierro terminado en media luna, que le penetrara en las vísceras, ha depositado allí los gérmenes de la muerte que se desarrollaban a cada instante y que en breve lo tumbarán para siempre. Pero él quería huir, bien lejos al interior del bosque solitario y sombrío que cubre la margen del Aquidaban, **para esconder en su seno su última agonía.** El, el dictador temido, y respetado como una divinidad, no podía morir como el común de los combatientes, enseñando las extorciones producidas por el dolor a los ojos de sus enemigos. Sería una humillación. Quería, pues, entregar su último suspiro a los genios de la floresta, para que lo mezclasen al murmullo de las aguas de aquel río y resonase en el oído del pueblo paraguayo, no como una pres por su engrandecimiento y libertad, sino como un anatema, un grito de cólera y de vindicta, terriblemente amenazador, como debe ser la cólera y la vindicta de las divinidades...»

El historiador paraguayo don Juan Silvano Godoy, dice lo siguiente:

«El Mariscal López sobrevivió herido, e **intentó ocultar su cuerpo,** a semejanza del sublime Guemez, **en las lejanas espesuras de los bosques, al abrigo de las profanaciones cobardes** consiguientes a una derrota en Sud América».

¿Sería este, en realidad, su pensamiento? La suposición no está exenta de lógica. Sabemos que estaba muy mal herido, próximo ya a caer, como cayó de su caballo. Es de creer, pues, que tratase de morir a alguna distancia de sus enemigos, para que estos no escarneciesen su agonía, con la ferocidad que él conocía.

Pero el coronel Silvestre Aveiro que lo acompañó en ese último trance, afirma que se proponía incorporarse a las pequeñas fuerzas del Gral. Roa y del coronel Patricio Escobar, que se encontraban, a una corta distancia en la picada del Chirigüelo, donde se podía llegar, fácilmente, por un camino

que había al otro lado del arroyo. Pero que este propósito no pudo realizarse porque a causa de sus heridas, a poco andar se caía y, no pudiendo caminar, tuvieron que llevarlo en peso hasta la barranca, donde a su pedido, lo dejaron completamente solo, cuando ya llegaba el enemigo.

Sea de ello lo que fuese, entró en el bosque, herido de muerte, con dos lanzazos en el vientre y un hachazo en la frente con ánimo de continuar la resistencia o para morir sin testigos, pero lleno de coraje y más altivo que nunca.

En el tercer parte que comentamos agrega Cámara que le había dicho al caído «que le garantía la vida el general que comandaba aquellas fuerzas». Esta es una novedad, agregada a última hora. La escena está pintada como fué en el primer parte. Pero lo más novedoso es aquello de que López fué desarmado «al tiempo que exhalaba el último suspiro». Curiosa coincidencia, desmentida por el testimonio imborrable del mismo general Cámara...

Es imposible no ver que lo que quiere es paliar el asesinato del enemigo vencido y prisionero, imprudentemente revelado en un documento que, entre tanto, volaba telegráficamente por el mundo despertando unánime protesta en todas partes. El general Cámara sintió pronto los efectos de la reprobación universal. Por más que el emperador premió su hazaña, haciéndolo **Visconde de Pelotas**, con toda intención, él se dió cuenta de que ante el juicio severo de la historia no era sino un vulgar asesino, buscando por todos los medios una justificación de su conducta.

«Es duro, muy duro—decía a un periodista argentino—para soldados «honorables» verse confundidos con los secuaces sanguinarios del «bárbaro» cuyas manos están todavía tintas en la sangre de nuestros heroicos prisioneros, asesinados por él cuando la suerte de la guerra les obligaba a rendirse. Es duro, muy duro, especialmente cuando este déspota cayó, no debido á una emboscada, sino **en lucha leal,** DEFENDIENDOSE CON UN VALOR QUE — le haré justicia — con su vida. El mariscal López no **fué asesinado,** ni fué ejecutado: todo es falso. No lo fué, ni pudo serlo, ni por manos de mi distinguidos compañeros ni mucho menos por las mías».

Olvidaba el mísero Cámara su primer parte. Olvidaba que escribió, aturdido, junto al cadáver de López, estas memorables palabras: «El tirano fué derrotado, y no queriendo entregarse, FUE MUERTO AL INSTANTE. Le intimé la orden de rendirse cuando ya estaba completamente derrotado y gravemente herido, pero no queriendo, FUE MUERTO A MI VISTA".

Son dos veces que afirma en su lacónico parte que López **fué muerto,** y en su presencia. No que se murió, afirma que lo mataron. De modo que, por duro que le resulte el mote de asesino, es el que le corresponde. Por lo demás, protestamos de paso contra la afirmación de que nuestros soldados se manchasen con la sangre de los prisioneros rendidos. Es una calumnia que nunca fué ni ha de ser confirmada. Esa era práctica exclusiva de los ejércitos civilizadores de la Triple Alianza!

Pero no todo ha de ser mentira en su defensa. No todo ha de ser calumnia. Reconoce al menos que López murió, en lucha leal, "DEFENDIENDOSE CON UN VALOR QUE HONRA SU MUERTE". En esta forma hace justicia a su víctima, acallando para siempre a los infamadores de su memoria.

Es el general Cámara el que declara que murió defendiéndose, CON UN VALOR QUE HONRA SU MUERTE!!

No puede darse mejor respuesta a los últimos canes que han salido a ladrarle—estómagos agradecidos—desde el hogar del vencedor...

Pero sigamos.

«Al dejar López su caballo a la entrada del bosque—escribe en la misma carta—también se apearon ellos (los soldados brasileños) dirigiendo sin cesar su fuego hacia él, y sus balas pusieron término a la vida de López, hiriéndolo mortalmente en dos partes... Fuí uno de los primeros en llegar a la barranca del Aquidabán y ver a López caer casi exánime. Al lado de López se encontraban dos oficiales, que murieron, sable en mano, defendiéndole hasta lo último y otro oficial que pudo escapar, quizá para rendirse más tarde... Debo a mi honor como soldado, a mi nombre y a mi país declarar con fidelidad que el mariscal López **murió lealmente** y en posesión completa de sus sentidos. Cuando me agaché a tomarle la espada de su mano, hizo un movimiento para herirme, gritando **con firmeza y arrogancia:** MUERO POR MI PATRIA! Entonces ordené a un soldado del batallón 9.° **que lo desarmara**, y en esta lucha murió sin recibir nueva herida».

Muchas son las patrañas que forja el acongojado Vizconde de Pelotas. Pero no hay tal. Sus palabras le desmienten, igual que no pocos documentos. López, como reza el certificado médico, no recibió sino UNA SOLA HERIDA DE BALA, después de estar caído, **en la región dorsal**. Las otras tres heridas fueron de sable y lanza. Y al lado de López no había nadie. En sus partes oficiales no habla de los tales compañeros que mueren a su lado peleando. Esta es otra invención de última hora.

Diez años pasaron para que volviera a hablar Cámara. En 1880, con motivo de los comentarios a que dió lugar el aniversario de Cerro Corá, dirigió una carta a la «Gaceta das Noticias» de Río, de la que entresacamos los párrafos siguientes:

«En la mañana del 1°. de Marzo de 1870, la vanguardia del ejército de mi mando, se encontró con la del enemigo. **a cuyo frente estaba el mariscal López,** en las márgenes del Aquidabán, resultando una rápida derrota en el combate que se empeñó. El mariscal López, seguido de dos o tres oficiales, huyó en dirección a los montes del Aquidabán nigüi, siendo perseguido por el mayor Simeón de Oliveira y dos soldados de caballería de la guardia nacional. Ahí, **apeándose,** se internó en el monte, y yo llegue en ese momento al lugar en que el mariscal había abandonado su caballo..... Seguí la dirección que me indicaron, y a poca distancia me encontré a los dos soldados que le habían perseguido; me aseveraron que por allí se encaminara. PARECIÉNDOLES QUE ESTABA HERIDO. Les ordené que me acompañasen, encontrándole, en efecto, un poco adelante, en la margen izquierda del Aquidabán-nigüi, caído junto al río, apoyado el cuerpo sobre el brazo izquierdo y teniendo en la mano derecha la espada desenvainada. LOS DOS OFICIALES QUE LE ACOMPAÑABAN ESTABAN A SU LADO, espada en mano. Entonces, diciéndole quien era yo, le intimé que se considerase prisionero, garantiéndole la vida. El mariscal me contestó que **moría por la patria,** tirándome un golpe. El oficial que estaba a su derecha procuró herirme, siendo muerto por un tiro disparado por uno de los soldados que me habían acompañado. El otro oficial intentó huir, siendo también muerto. Me dirigí de nuevo al mariscal, repitiéndole la misma intimación, y recibiendo, empero, igual contestación. Entonces, llegando a su lado un soldado del batallón 9°, le ordené que le quitase la espada. El soldado, obedeciéndome, lo agarró por el puño para sacársela.

Era **preciso hacer esfuerzos,** y por la posición en que se encontraba cayó al río el mariscal, quedando el cuerpo bajo el agua, pero levantó aun sobre ésta la cabeza, **muriendo en seguida.**

«Tenía el mariscal una **herida de bala en el bajo vientre,** que había recibido, **naturalmente,** al trasponer el río, junto al cual había caído... Dispuse **su entierro,** que se verificó a la vista de su madre y dos hermanas, **debajo del toldo de paño** que allí existía»...

Muchos de los detalles de esta versión son diferentes de los anteriores, y casi todos absolutamente falsos. Cámara varía sus mentiras cada vez que escribe sobre Cerro Corá, siempre con el objeto de justificarse.

López **no se apeó** — ¿para qué iba a apearse? — se **cayó de su caballo,** gravemente herido Cuando entró en la picada, ningún enemigo le perseguía. Así se explica que Aveiro y sus compañeros pudieran alzarlo y llevarlo, penosamente, hasta la barranca del Aquidabán-nigüi. Y repetimos, una vez más, que estaba solo cuando llegó Cámara hasta él. No tenía tal herida de bala en el bajo vientre, sino dos heridas de lanza. Lo del entierro es puro cuento. El cadáver fué profanado, como dijimos. Después de saquearlo, bailaron sobre él los vencedores. Sus hijos arañaron la tierra para cavarle una fosa, que después fué ahondada por compasion. En la carpa de López, Cámara hizo otra cosa, algo que no hacen los caballeros, sino los bandidos vulgares.....

Veamos ahora lo que cuenta otro actor principal.

El coronel Juan Nunes de Silva Tavares, jefe de la vanguardia brasileña, dice lo que sigue en su parte al general Cámara, el 2 de Marzo de 1870:

... Inmediatamente seguí, acompañado del Mayor Augusto de Carvalho, de mi ayudante, el capitán Juan Pedro Núñez, de mi ordenanza el cabo de escuadra **Francisco Lacerda** y el clarín **Zacarías Bacledo,** por la picada que precede a la planicie de Aquidabán nigüi, donde estaba el campamento de López. Al salir de la referida picada vi una columna **a cuyo frente estaba el finado mariscal López.** Viendo que ella vacilaba en avanzar, y habiéndoseme reunido el mayor Joaquín N. García, el capitán Cándido de Azambuja y **algunas plazas,** resolví cargar sobre él, al fin de cortarle la huida hacia el monte, cuando fuese atacado por nuestros tiradores e infantes que se reorganizaban para la lucha. Efectivamente, con los oficiales mencionados, con los que se me habían reunido y algunas plazas, arremetí a la columna del ex-dictador y, no obstante la **lucha desigual** (¡¡!!) que trabé, conseguí ganar su frente y cortarle el paso, pues realmente procuraba el monte.

En este momento cargaron los carabineros sobre el enemigo ya desordenado, envolviéndolo en un círculo, **en que sucumbió aquel que no fué prisionero.** El ex-dictador, con algunos de sus secuaces, internose en el monte, pero perseguidos de cerca por un puñado de bravos oficiales y soldados, tuvieron que perecer; y V. E. personalmente asistió al exhalar el tirano el último suspiro. Debo declarar a V. E. que cuando él entró en el bosque **iba ya herido por la lanza de mi cabo de órdenes** Francisco Lacerda, del 19.° cuerpo provisorio de caballería».

Poco tenemos que tachar en esta relación que, como se ve, coincide casi por completo, con nuestra verídica versión.

Diez años después, con motivo de la última carta de Cámara, Silva Tabares volvió a hablar, pero para desmentir a su superior que afirmaba que López recibió una **herida de bala en el bajo vientre.** Cuenta que al empezar el combate había ofrecido 100 libras esterlinas al que matase a Lopez

y que, cuando éste entró en el bosque, iba ya herido por la lanza de su cabo de órdenes, el célebre Chico Diabo, ganador de la **humanitaria** recompensa, si bien el verdadero ultimador fué el anónimo soldado que le dió el **tiro de gracia en la región dorsal.**

«Entonces el general se apeó, agrega, y entró en el bosque, encontrando, no lejos, a López, recostado en la barranca del río, con parte del cuerpo metido en el agua, con la espada en la mano, atravesada sobre la cabeza, sosteniendo la punta con la mano izquierda. Intimado para rendirse, respondió con dificultad:

Muero por mi patria, con la espada en la mano... y la dejó caer en dirección al general brasileño... habiéndosele tomado de la muñeca para desarmarlo, RECIBIÓ EN LA REGION DORSAL UN BALAZO.

Dice, además, que él fué quien ordenó que una comisión de médicos examinara el cadáver de López, la cual comisión dió el elocuente certificado que sigue:

"Después de examinadas las heridas del ex-dictador y tirano de la República del Paraguay, Francisco Solano López, encontramos:

"Una solución de continuidad en la región frontal de tres pulgadas de extensión, interesando la piel y el tejido celular; otra, producida por instrumento perforo-cortante en el hipocondrio izquierdo, de una pulgada y media de extensión, dirigida oblicuamente de abajo arriba, interesando la piel, el peritoneo, los intestinos y la vejiga; y otra en el hipocondrio derecho de arriba para abajo, con dos pulgadas de extensión, interesando la piel, el peritoneo y probablemente el intestino.

"También una herida de bala de fusil en la región dorsal, con una sola abertura, quedando la bala en la caja toráxica.

Dr. M. Cardoso da Costa Lobo, Cirujano de Brigada.
Dr. Melitão Barboza Lisbôa, 2°. Cirujano.

Estos documentos fueron la lápida definitiva del general Cámara. Un testigo eminente, que fué su compañero, afirma que estando caído, inerme recibió un balazo en **en la región dorsal,** en presencia del cruel vencedor. Y el certificado médico confirma esto mismo, así como prueba, en forma ya indiscutible, que las otras heridas fueron recibidas de frente y peleando.

El conde de Eu, por su parte, asienta en su libro diario, el 4 de Marzo de 1870, que acaba de recibir una nota de Cámara, anunciando la terminación de la guerra.

«Ese oficio, dice, escrito apresuradamente a lápiz, y dirigido con fecha 1°. del corriente al mariscal Victorino, anuncia que A LA VISTA DEL MISMO GENERAL CÁMARA ACABA DE SUCUMBIR EL TIRANO DEL PARAGUAY. EL CUAL INTIMADO VARIAS VECES, REHUSÓ ENTREGARSE".

Y en nota del 13 de Marzo, al ministro de guerra del imperio, Baron de Muritiba, dice:

«En esta ocasión, el ex-dictador, no queriendo escuchar la orden de rendirse, FUÉ MUERTO POR UN CABO DEL CUERPO 19 DE CABALLERÍA, CONOCIDO CON EL NOMBRE DE CHICO DIABO".

En las dos ocasiones, afirmó lo que tanto negó después Cámara, es decir, que López FUE MUERTO PORQUE NO QUISO RENDIRSE. El crimen sigue siendo confirmado!

Otro de los actores de la tragedia, el coronel Antonio de Silva Paranhos, termina así el parte que dirige al mismo general Cámara:

«... Francisco Solano López, que aún en los últimos momentos rehusó nuestra generosidad, no se quiso entregar, PREFIRIENDO MORIR COMO UN HEROE!»

Tenemos, pues, que los cuatro **principales actores en el último episodio** de la epopeya coinciden por completo en que el mariscal Francisco Solano López fué sacrificado, cobardemente, por el general Cámara, coronando su vida con el heroismo de una gloriosa muerte.

Ahí están los documentos. No hay mistificación posible. Contra ellos nada puede la pasión. Los dientes del odio son impotentes para destruir esos testimonios del enemigo que proclaman a gritos la verdad!

Y aun podríamos hacer desfilar muchos documentos. Pero solo hemos de reproducir, para terminar, los primeros ecos de la masacre de Cerro Corá en los países aliados.

Veamos cómo todas las noticias coincidían en que López, herido gravemente en la batalla, no queriendo rendirse, fué asesinado por orden y en presencia del general vencedor.

El 8 de Marzo de 1870 telegrafiaba, desde Asunción, el ministro Paranhos al ministro brasileño en Montevideo:

«López, alcanzado por las fuerzas del general Cámara sobre la margen izquierda del Aquidabán, el 1.º del corriente. «FUÉ HERIDO EN EL COMBATE; NO QUERIENDO RENDIRSE FUÉ MUERTO DURANTE EL MISMO COMBATE».

Y el 10 de Marzo telegrafiaba al representante imperial en Buenos Aires:

...«López FUÉ MUERTO **a la vista del general Cámara,** que en vano le intimó rendición: el ex dictador se obstinó en animar la resistencia...»

Estos datos le habían sido comunicados por el capitan Juan Mendes Salgado, ayudante del Conde de Eu, llegado del teatro de operaciones.

El 11 de Marzo el ministro brasileño de Montevideo recibía de su corresponsal en el Rosario de Santa Fe la confirmación de la fausta noticia, en el siguiente telegrama:

«El general Cámara, por un hecho de armas, venció a López; **éste, no queriendo entregarse prisionero, fué muerto".**

El mismo día «La Tribuna» de Montevideo publicaba un telegrama de su corresponsal en Buenos Aires, anunciando que «López FUE MUERTO por las fuerzas del general Cámara, POR NO QUERER RENDIRSE».

A este telegrama seguían otros en dicho diario, confirmando la misma noticia. «López—decía un despacho transmitido por el telégrafo marítimo—FUE MUERTO POR LAS FUERZAS DE CAMARA, NO QUERIENDO RENDIRSE».

«López fué alcanzado el día 1°. por las fuerzas del general Cámara, en la margen del Aquidabán—avisaba el ministro brasileño de Buenos Aires

al de Montevideo — SIENDO HERIDO EN EL COMBATE, Y NO QUERIENDO RENDIRSE FUE MUERTO».

El ministro argentino de Negocios Extranjeros comunicaba también al ministro brasileño, en idéntica fecha, que «LOPEZ FUE MUERTO, NO QUERIENDO RENDIRSE DESPUES DE DERROTADO Y HERIDO».

El 18 de Marzo publicó el «Jornal do Comercio» de Río Janeiro» la primera noticia de la muerte de López. El vapor inglés Ticho Brahe había sido portador de ella, por lo que el emperador, en el colmo de la alegría, llenó de honores a su capitan, otorgándole el hábito de la «Orden de la Rosa».

El presidente paraguayo había sido alcanzado en la margen del Aquidabán «y no queriendo entregarse—dice Pereira da Costa—DEFENDIENDOSE HERIDO, FUE MUERTO».

Y una mentada correspondencia, publicada en el mismo gran diario fluminense, pintaba de este modo la muerte de López:

«... El tirano estaba dentro del agua hasta las rodillas, procurando ganar la barranca opuesta: el compañero extendíale la mano. El general Cámara metióse también en el arroyo.—**Entréguese, Mariscal, le dijo, soy un general brasileño.** López dió un golpe (de espada) en dirección a Cámara, y ya en tierra, cayó de rodillas.—**Muero con mi patria,** exclamó.—**Desarmen a este hombre,** ordenó Cámara. Un soldado del Batallón 9°. de infantería arrojóse entonces sobre él, y lo tomó por los puños, **a pesar de su resistencia.** En la lucha, cayó López, dos veces, en el agua, saliendo con ansia de respirar. En ese instante un soldado de caballería vino corriendo y **descargóle por el lado izquierdo un tiro a quemarropa,** que fué derecho al corazón. López, cayó arrojando grandes cantidades de sangre por la boca y el corazón. Estaba sin sombrero, con pantalón azul, galoneado de oro, chaleco y botas. En el bolsillo del chaleco tenía un reloj de oro, que el general Cámara mandó ofrecer a uno de los museos de la corte. En la tapa de arriba tenía estas tres letras entrealzadas: F. S. L., en la de abajo, las armas de la República... En el bolsillo de la blusa había dos lapiceros y un anillo de marfil con la inscripción habitual: VENCER O MORIR».

Confirmación de las confirmaciones!

Entre tanto, los diarios de América y Europa reprobaban, unánimemente, la conducta de Cámara y cantaban himnos al mártir paraguayo.

«Los últimos telegramas confirman la noticia de que Solano López fué inhumanamente **asesinado** por un lancero brasileño — decía, el 23 de Abril de 1870, el «Siracuse Daily Journal» de New York... El general Cámara ha echado un borrón de infamia que nunca podrá borrarse, sobre el blasón de Pedro II, al permitir que un valiente fuese muerto, cuando pudo habérsele hecho prisionero... La conducta de Pedro II es vil, la muerte de López grandiosa y heróica.

«Cualesquiera que fuesen los errores de López, no puede negarse que la guerra que hizo a los aliados fué valiente, audaz y resuelta, decía en la misma fecha el «New York Herald». Por cada pulgada de tierra conquistada, los enemigos tuvieron que librar una batalla desesperada. La resistencia opuesta por él, ha sido en extremo porfiada. Demostró ser un hombre de inmensos recursos y uno de los más grandes soldados de nuestros tiempos. Cuando se considera su captura y muerte, se reconoce que la conducta del general brasileño **ha sido en extremo bárbara".**

Y Alberdi, ante la voz justiciera de la prensa francesa, escribía a nuestro ministro en Europa:

«He visto, con gran consuelo, el concierto de la prensa de París en honor del héroe paraguayo, muerto por la vida política de su patria. Yo no daría otro castigo a la prensa del Plata que hacerle conocer el lenguaje de los diarios de París».

Y agregaba en otra carta que, como la anterior, obra en mi archivo:

«Creo que no puede imaginarse muerte más gloriosa y digna de la simpatía universal; y el modo como es referida en el parte de Cámara, muestra que él ha buscado ese fin honroso, para no sobrevivir tal vez a la ruina política de su país, SIN PERJUICIO DEL COLOR DE ASESINATO que le da la conducta de su matador aleve, pues confiesa que estaba herido e indefenso».

A esto se podría agregar el testimonio de un actor argentino. Es el general Vedia el que dice lo siguiente, en carta publicada en «La Reforma» de Asunción:

...«El día 1°. de Marzo el general Cámara atacó a López. Este tenía unos mil hombres (¡!). Los jefes y oficiales presentáronse con sus insignias y condecoraciones, haciendo esfuerzos para que la resistencia fuese tenaz, **más la tropa no respondió**. LÓPEZ, HERIDO, FUÉ INTIMADO PARA QUE SE RINDIERA Y NO HACIÉNDOLO, un soldado de caballería llamado Jose o Diabo, LO MATÓ».

Y hasta podríamos oir a un hijo del conde de Eu, el cual debió escuchar la **verdad** de labios de su padre, que aún vive. En un libro recién publicado—«BAJO LA CRUZ DEL SUD»—juzga así al vencido de Cerro Corá:

«...Después de la capitulación de Uruguayana, la guerra parecía próxima a su terminación... López, valga la verdad, manifestó en esta emergencia UNA ENERGIA INDOMABLE.

«Después de Tuyutí la campaña se arrastra lentamente... López, CON UNA ENERGIA DIGNA DE MEJOR CAUSA, aprovecha la inacción de sus enemigos para llenar los claros dejados por el desastre del 24 de Mayo...

«López, cuya SALVAJE ENERGIA parecía aumentar con los reveses, ni por eso se desanimó; viéndose contorneado, mudó de frente, fortificando su izquierda y el desfiladero de Angostura y preparándose a defender obstinadamente el paso de las corrientes de agua que aun le separaba del enemigo...

«...El día 1°. de Marzo por la mañana, el destacamento entero desemboca en el Aquidabán reduciendo a silencio cuatro piezas que defienden el paso y sin tardar se precipita sobre la guardia personal del dictador. Este manifestó en ese instante supremo un HEROISMO INESPERADO; herido de un lanzazo desde el comienzo de la acción, HACIA INTREPIDAMENTE FRENTE a los agresores, cuando apareció Cámara intimándole que se rindiera. «**Muero con mi patria**", fué su única respuesta. En ese mismo MOMENTO LO DERRIBABA MUERTO UNA BALA BRASILEÑA».

En realidad, estos juicios no son del joven príncipe heredero del trono del Brasil, sino de su propio padre, que debió dictarle las páginas que dedica a la guerra.

¿Y aún habrá quien tenga la simpleza de hablar de la cobardía del gigante adalid de la Epopeya paraguaya?

En este punto recordamos el siguiente verso del coronado poeta:

Infinita e la schiera de sciocchi.

Y el Tasso tenía razón: **Infinita es la turba de los necios.** A pesar de

todo, no ha de faltar algún confidente de los espíritus, de esos que hacen historia con el testimonio de sus criadas, que repita todavía las acusaciones del despechado vencido de Angostura, del que, respondiendo al mote de traidor y cobarde que le aplicó López, aplica a éste, idénticos calificativos, él que se sintió gusano en su presencia y fué un átomo ante aquella montaña de energía. A estos les convendría leer lo que dice al respecto el Barón de Río Branco en sus notas al libro de Schneider. Es el más ilustre y erudito cronista de la guerra del Paraguay el que escribe lo que sigue:

«Es admirable el empeño con que Thompson, después de colmado de favores por López, quiere disimular el servilismo de que dió pruebas en el Paraguay, deprimiendo a su benefactor y queriendo presentarlo como un cobarde. López se expuso varias veces a las balas de los aliados, sobre todo en Lomas Valentinas. Si fuese tímido, como el más que tímido comandante de Angostura, hubiera, después de tantos reveses, procurado escapar a los peligros de la guerra para llevar en Europa, como podría haberlo hecho, una vida cómoda y tranquila. Sin ser admiradores de López, juzgamos injusto atribuirle un carácter pusilánime, y, sobre todo, juzgamos que el único jefe del ejército paraguayo que en el curso de la guerra se rindió sin quemar un cartucho y sin haber querido antes tomar parte en combate alguno, no es el más autorizado a dirigir tales censuras a López».

Juicio es este compartido por muchos historiadores brasileños, siendo el almirante Baltazar da Silveira de los que protestan con más calor contra los que pretenden inútilmente empequeñecer la enorme figura del vencido. En su CAMPAÑA DEL PARAGUAY, el viejo veterano, aun abominándolo a López, no puede menos que hacerle justicia como soldado, en páginas elocuentes. «Digamos la verdad, termina diciendo, MURIÓ COMO UN BRAVO, CON LA ESPADA EN LA MANO».

He aquí cómo la verdad, que es imperecedera, surge luminosa del fondo de tanta mistificación. Son los mismos enemigos los que se encargan de esclarecer los acontecimientos, destruyendo sus propias mentiras. Pero para esto hacía falta la paciente tarea crítica del historiador, que hiciera hablar a los documentos, no el lenguaje del odio de que están cargados, sino el íntimo lenguaje de la oculta realidad.

Y esto no era posible en otro tiempo. El Paraguay, vencido, tuvo que soportar la ley del vencedor y vivir condenado a perpetuo silencio. Se le negó hasta el derecho a la gloria. Sus héroes fueron oscurecidos. La inmolación nacional fué presentada como el sacrificio de la esclavitud en aras del despotismo. Y cuando algún escritor paraguayo tuvo el valor de romper este obligado mutismo, fué fulminado por el insulto, recordándosele su condición de **esclavo** manumitido. Así, cuando un compatriota protestó, por primera vez, contra el asesinato de López, recibió las injurias más atroces.

«El liberto, escribió Borman, contestándole, en su afán de detractarnos, olvida que López murió como un soldado valiente... El liberto roba, sin escrúpulos, hasta el honor militar manifestado en el último momento por el dictador paraguayo, calumniando al hombre que les diera una patria digna de figurar entre las naciones civilizadas. Ladrón de la honra de los muertos, que no será capaz de robar a los vivos!»...

En esta forma nos trataban los vencedores. Y el que así se producía era uno de los más serios historiadores de la guerra, era el general Borman, autor, como hemos dicho, de una extensa obra en tres tomos.

Por el solo hecho de que un paraguayo, basado en el testimonio del general Cámara, reprocha la criminal conducta de éste, al ultimar al adversario caído a sus pies, le aplica los motes que se acaban de leer, llegando, en el colmo de la rabia, hasta a hacer la apología de López, de quien dice que nos legó «UNA PATRIA DIGNA DE FIGURAR ENTRE LAS NACIONES CIVILIZADAS».

Ante esta perspectiva, y deprimidos como estábamos por la derrota, callamos medio siglo o hablamos con la dolorosa humildad con que habla algún cronista nuestro. Y por mucho tiempo fué una triste verdad lo que decían aquellos melancólicos versos que el poeta oriental dedicó a la mujer paraguaya:

No hay en tu hogar sin lumbre
Sino hálito de muerte,
Miseria, soledad y servidumbre!

Entre tanto, siguieron hablando los que necesitaban justificar su traición o pretendían hacer pasar como juicios de la historia lo que no era sino trasunto de sus mezquinos rencores.

Pero las cosas han cambiado, felizmente. Hoy ya no están sellados los labios del Paraguay. La guerra está a medio siglo de distancia, y las nuevas generaciones, llenas de una santa rebeldía, se alzan contra las grandes injusticias del pasado. La tarea del historiador se ha hecho posible, al calor del unánime sentimiento nacional y en un ambiente ya depurado de ciertos explicables sentimientos. Los mismos implacables vencedores de ayer, justo es reconocerlo, tanto en el Plata como en el Brasil republicano, piensan de otro modo, abriendo camino a una revisión de los valores históricos impuestos por la victoria. Y es así como hoy podemos hacernos oir, sin que nos respondan los aullidos del enemigo tachando lo que dictó la impostura y reivindicando para nuestra gloria lo que legítimamente nos corresponde. No otra cosa es lo que se hace en estas líneas...

Y mientras la luz de un nuevo día va iluminando las conciencias, y tantas calumnias se desvanecen «el mariscal López, caído con la espada en la mano y cuyo nombre va creciendo con los años, en medio de las nubes preñadas de rayos que en vida le rodearan», según las bellas palabras del poeta argentino, aguarda tranquilo el fallo definitivo de la posteridad, allá en el fondo «de solitaria fosa, custodiada por sombras de guerreros armados, sobre la cual enciende la historia una fúnebre lámpara que ningún viento apagará jamás!»

JUAN E. O'LEARY.

1°. de Marzo de 1918.

"¡Vencer o Morir!"

Después del 24 de Mayo de 1866, López juró a sus soldados morir sobre su último campo de batalla. Eso de «su último campo de batalla» es algo sibilítico; me hace acordar al «ibis redibis non morieris in bello». Renovó su juramento en Lomas Valentinas y lo ratificó en Azcurra, en Junio de 1869, reservándose renovar la serie de jurar, repetir y ratificar, si hubiera escapado ileso de Cerro Corá. Con todo, me parece que el articulista adolece de una omisión acallando que también en Cerro Corá dijo a los que le insinuaban la idea de amontarse, que allí tenían que pelear hasta morir todos, y, a la primera descarga, tomó la de Villadiego.

Nótese que aprovechaba los intervalos de esos juramentos y ratificaciones para hacerse preceder, hacia el otro mundo, por centenares de personas sacrificadas en una lucha desigual y fatalmente perdida, sacrificadas por el hambre y por las dificultades y penas de todo género, hasta por las torturas y diarios fusilamientos, hecatombe que le precedía en aras de su insaciable sed de mando y sórdida avaricia. «La última preocupación que lo acompañó al sepulcro (dice Juan Silvano Godoi, en sus Memorias), fué el no haber reducido a cenizas, por falta de tiempo, la capital y aldeas de la República como Rosptopschino en Rusia, en 1812».

Se había posesionado del espíritu de López un misticismo en contradicción con «sus demencias criminales de épocas apocalípticas», (L. A. Herrera) estigma evidente de degeneración. En San Fernando se lo pasaba todo el día metido en una capilla, mientras mandaba torturar y ejecutar a centenares de inocentes, y durante la guerra, asistía con asiduidad a las funciones religiosas. Ese Cristo del Paraguay, como se complacía en dejarse llamar, profanando sacrílegamente el atributo de nuestro Redentor, hacía confesar a los que tenían que sufrir la última pena. (1) Es, pues, inverosímil

(1) «Me parece que los paraguayos debieron perder muchos hombres el 7 de Diciembre; porque se escogieron diez y seis oficiales prisioneros de entre los presos y los pusieron en libertad. Al mismo tiempo se ejecutaron cerca de treinta extranjeros que habían sido traidos de Cerro León, y muchísimos paraguayos, que habían sido encarcelados por diferentes razones. *Vi confesar a todos antes de ser fusilados. Los sacerdotes trajeron sillas, y los condenados se hincaron delante de ellos cada uno a su turno.* Entre las personas fusiladas esta vez, ví a Fulger y Gustavo Horman, alemanes, y al teniente argentino Romero.» (Masterman, pág. 280 declaración de Teylor).

Con toda seguridad, a no haber tenido necesidad de gente, esos diez y seis Oficiales, que fueron escogidos entre todos los prisioneros nacionales, hubieran seguido la misma suerte que sus compañeros de pena. Esto prueba como se administraba la justicia.

lo que afirma el articulista del «Patria» que: «El héroe no ignoraba que el sol de ese día iba a ser el último de su vida»; lo ignoraba, pues, de lo contrario, se hubiera confesado, comulgado y hubiera recibido la extrema unción, como buen cristiano que era; a la mano lo tenía al muy virtuoso Rev. Presbítero Fidel Maiz, que sabía alternar los oficios divinos con los de verdugo. El ex ministro oriental Carreras, preguntado por Mastermann («Siete años de Aventuras en el Paraguay» pág. 241) del por qué había hecho una declaración falsa. «Ese terrible padre Maiz contestó, me torturó en la Uruguayana por tres días seguidos, y después me pulverizó los dedos con un martillo. «Me miró con la expresión de un hombre completamente agotado por los sufrimientos, y me mostró sus mutiladas manos en prueba de la verdad de lo que decía».

Hay, pues, que corregir la plana lopizta en la «Vida y Milagros del Seráfico F. S. López». A la obra, pues, mis amigos lopiztas.

Dice el articulista: «Solo él sabía que el enemigo había cerrado el círculo de fuego en que le envolvía, y que pronto el cañón daría el grito supremo llamándoles a morir.» ¡Qué pobre servicio hace al Estado Mayor paraguayo, a los oficiales de alta graduación, tratándoles de cretinos y de ciegos! Y el historiador coloca al Cristo del Paraguay: «sobre la cumbre del Gólgota, donde debía consumarse la crucifixión de un pueblo», aguardando serenamente «*la hora largamente esperada*». ¡Perdóneme Dios! Paréceme asistir al sermón de las siete palabras. ¡Muere López, el mundo entero se estremece, la tierra pierde un héroe, los cielos adquieren un nuevo Cristo!

Pero lo más sorprendente, lo que silencian los primitivos historiadores lopiztas y que puede considerarse como *última trovata*, es que en el mismo día fatal, por la madrugada, tuvo tiempo de llamar a sus ayudantes y servidores y «empezó a repartirles objetos de su uso, pidiéndoles que guardaran como un recuerdo de su persona», y se vistió con la mejor ropa que le quedaba. Este último interesante dato el profesor lo debe, muy probablemente, a las confidencias del mucamo o cocinera de López.

Según el historiador, López hizo la distribución de sus pilchas, y pronunció las profecías, antes de la salida del sol, tal vez a la luz del candil, después, pero siempre antes de la salida del sol, el teniente Ibarra (el mismo que el historiador cita), dice de haberle llevado la noticia de la aproximación del ejército enemigo (1). Con esto el historiador quiere poner en relieve el don profético del Mariscal, sin apercibirse que le daña enormemente, pues no es perdonable, a un jefe supremo, el desatino de conceder licencia a parte de sus tropas para que se internaran en los montes en busca de alimento, en vez de preparar todo y todos para rechazar al enemigo. En cuanto al mismo mariscal, se hubiera puesto en salvo, *huyendo a tiempo*, sin esperar que el enemigo le fuera encima, evitando así el fatal desenlace, *la hora largamente esperada*, que le alcanzó por no haberlo hecho. Pero para honor de López, la acción de Cerro Corá fué una *sorpresa* según los partes de los brasileños, según lo que escribe el coronel paraguayo Centurión y según el éxito final, de haber podido dar caza a López.

Pero, ¡qué espectáculo conmovedor debe haber sido ese, a ser cierto!

(1) Ignacio Ibarra. «Revista del Instituto Paraguayo», Año 1, pág. 397. Sin embargo el coronel Silvestre Aveiro, dice que fué una mujer la que llevó la noticia. (Misma obra, pág. 400). El general Bormann (tomo III, pág. 133), dice: «Entretanto corría el tiempo y el Mariscal se extrañó que siendo las 7 no le vinieran a dar parte de las novedades de la vanguardia».

No menos que el de Lomas Valentinas, cuando él, a raiz de la ratificación del juramento de: «Vencer o morir», hizo su testamento y lo hizo de pública notoriedad, jurando que allí pelearía al lado de sus soldados hasta vencer o sucumbir. El testamento lo entregó al Ministro Norte-americano y, en la carta, que lo acompañaba, le exigía de «devolvérmelo en cualquier contingencia imprevista», y *esa contingencia imprevista* se la proporcionó él mismo, disparando con rumbo desconocido, como dice Juan Silvano Godoy, abandonando todo y todos, como era su costumbre.

Y ese *Cristo del Paraguay*, en Cerro Corá (dice el articulista) «pronunció algunas palabras, hizo algunas alusiones, que sólo se comprendieron después de su muerte». No hay más; vamos a proponerlo al Santo Oficio para que tengamos, nosotros los paraguayos, un santo en el almanaque. El Mariscal ya estaba exhausto de expedientes para embaucar al resto del poderoso ejército paraguayo, que él, más que el enemigo, había destruido. El soldado paraguayo había luchado valientemente, desesperadamente, como una fiera, que defiende su covil y sus hijos, regando con su sangre el terreno, que palmo a palmo disputara a la brutal preponderancia del invasor. Ahora, reducido a esqueleto, debilitado, hambriento, casi desarmado, muchas veces engañado por los falaces juramentos de su jefe, desconfiaba y con razón, surgía, pues, la necesidad de un golpe teatral, que desgraciadamente para López, concluyó en tragedia.

Cuenta el Profesor de historia que, en ocasión de la muerte natural del Padre Gamarra, López, poseído de su inspiración profética, dijo entre otras cosas, que: «el Padre Gamarra nos lleva un poco la delantera», pero dejo la palabra al articulista, que está más al tanto de la profecía: «Pero aquella alusión que pasó desapercibida, como muchas otras, sólo fué comprendida cuando la muerte, que era la realidad, vino a despertarles, sonámbulos de un sueño desvanecido».

Dice el apologista: «Esgrimiendo un espadín (1) en el que se leía su lema guerrero, su implacable lema de «Vencer o morir», se adelantó a encontrar al enemigo, acaudillando aquel patético grupo, en el que se confundían altos dignatarios del Estado con los representantes de la Iglesia, los generales con las tropas y los más humildes ciudadanos con los jefes y oficiales del ejército, formando juntos un solo cuerpo, con un solo corazón.» Si así hubiera sido, menos mal, hasta podríamos perdonarle al historiador lo del *patético*, pero apelo al testimonio del paraguayo, fiscal de uno de los tribunales del tirano, el Coronel J. C. Centurión (Revista del Instituto Paraguayo, año I, n.º 6). «Volvimos a todo correr trayendo yo la delantera, y al aproximarme al cuartel general, en cuyo frente se hallaba parado López, solo, y sin bajar del caballo, por exigirlo así la urgencia del caso, le dije en alta voz: «el enemigo ha pasado el paso». Entonces, López, sin decir nada, y dando algunos pasos al frente y mirando hacia donde se encontraba acampado el batallón de rifleros, gritó: «¡A las armas!»... Centurión entra en pelea, lo hieren gravemente y le matan el caballo. «Felizmente pude zafarme de él, y al levantarme del suelo, saliendo fuera de la línea, oí que el Mariscal preguntaba: «¿Quién es ese que sale?»—«El Coronel Centurión, papá, gravemente herido», le contestó su hijo Panchito, que se encontraba próximo... «La pregunta del Mariscal obedecía seguramente al juramento colectivo que se había hecho, en ocasión de la distribución de las

(1) Curiosa arma de combate.

cintas pocos días antes, de luchar hasta morir»... «Al retirarme del combate, ví desde lejos al Mariscal estrechamente perseguido por unos cuantos ginetes, llevando rumbo hacia la boca de la picada, que daba entrada a un brazo del Aquidabanigui, donde solía ir a pescar». (Revista del Instituto Paraguayo, año 1897). (1)

No entró en pelea el del espadín del feroz lema, implacable lema, «Vencer o morir», esto lo dice el coronel Centurión, quien, las más de las veces, se muestra benigno en sus juicios sobre López, hasta pretender hacer creer en un acto de valor del tirano, en Lomas Valentinas. «El Mariscal, dice, mandaba en persona y se encontraba a caballo en el mojinete de la acera de la derecha del Cuartel General, rodeado de sus ayudantes, que caían a su lado heridos y muertos». Y, cosa muy extraña en él, tan minucioso, no consigna ningún nombre de los caídos. ¡Pero vaya, pues, con la hazaña, si estaba protegido y resguardado por la casa, que le impedía hasta de ver el aproximarse del enemigo! Juansilvano Godoi dice en sus Memorias: «Pero desgraciadamente él, que pretendía rastrear las luminosas huellas de Napoleón, de quien conocía la vida en detalle, no llegó jamás a aprender las tres cualidades del capitán del siglo: mandar personalmente las batallas, ofrecer la paz al vencido después de las victorias, y abdicar el mando supremo, siempre que los vitales intereses de la patria lo exigiesen».

No tiene valor lo que dice el Barón de Río Branco: «Es admirable el empeño con que Thompson, después de colmado de favores por López, quiere disimular el servilismo de que dió pruebas en el Paraguay, deprimiendo a su benefactor y queriendo presentarlo como un cobarde. López se expuso varias veces a las balas de los aliados, sobre todo en Lomas Valentinas. Si fuese tímido, como el más tímido comandante de Angostura, hubiera, después de tantos reveses, procurado escapar a los peligros de la guerra para llevar en Europa, como podría haberlo hecho, una vida cómoda y tranquila. Sin ser admiradores de López juzgamos injusto atribuirle un carácter pusilánime, y, sobre todo, juzgamos que el único jefe del ejército paraguayo que en el curso de la guerra se rindió sin quemar un cartucho y sin haber querido antes tomar parte en combate alguno, no es el más autorizado a dirigir tales censuras a López».

Creo que el mismo apologista del tirano se habrá quedado pasmado de asombro al leer lo de que López se expuso varias veces a las balas de los aliados. El Mayor prusiano Max von Wersen, después general en la guerra franco prusiana, certifica (2) *como testigo ocular*, que en Lomas Valentinas, donde López, *sobre todo, dió pruebas de su valor*, andaba como trastornado, buscando donde guarecerse de las balas enemigas; que por fin, se internó en un montecito, de donde nada podía ver, y que a cada silbido de bala perdida, hacía una profunda reverencia. Muchos han sido testigos oculares del comportamiento cobarde de F. S. López, durante los días de batalla en Lomas Valentinas. Si, en Lomas Valentinas, *se expuso sobre todo* ¿qué nos

---

(1) Adviértase que, en la disparada, seguía blandiendo su formidable tizona del implacable y feroz lema: «Vencer o Morir», dando prueba así, de su denodado valor. El general Bormann, dice: «Sempre de espada en punho, elle voltejaba a arma pelas ancas do ginete para que a velocidade crescesse». T. III, pág. 138. Había olvidado: «*la hora largamente esperada*».

(2) El mayor prusiano von Wersen, en su «Reisen in Amerika und Sud-Amerikanischer krieg», pág. 185 y siguientes, describe las cómicas manifestaciones de terror de que dió espectáculo en esa ocasión F. S. López.

queda para las otras veces? Al principio se guareció detras de la casa, después se refugió en el monte y, al último, viendo que las balas perdidas llegaban hasta él, salió disparando con rumbo desconocido, como dice Juan-silvano Godoi.

Me parece extraña la aseveración de Rio Branco, y hasta daría lugar a dudar de su conciencia y carácter, de que Thompson se muestra desagradecido hacia su protector López, que no lo mandó fusilar como a otros buenos defensores de la Patria, como si el agradecimiento vinculara hasta el extremo de callar o adulterar los hechos históricos. Que se hubiera podido retirar a Europa cargado de plata, es cosa sabida.

Se había enriquecido adueñándose de los millones del tesoro nacional; había confiscado el metálico, las joyas, los bienes de los más pudientes, ciudadanos y extrangeros, e iba mandando a Inglaterra, por medio de los buques de guerra neutrales, para que fuera depositado en los bancos, a su nombre, todo lo que podía, lo demás de las joyas y dineros, cargado en numerosas carretas, lo seguía en su retirada. Los depósitos en los bancos deben haber sido de consideración; después de la merma de más de 200,000 esterlinas, de que habla Godoi (Rio Branco, pág. 133), quedó más que suficiente para repartirse entre Doña Juana C. de López, Emilio López y la Lynch e hijos. Añádase a esto el puente de oro ofrecido indirectamente por los aliados y ya se verá que no era poco de lo que hubiera podido disfrutar en Europa, en caso de aceptar las condiciones de paz. Pero ¿qué era todo eso, en comparación con todo lo que hubiera tenido que dejar? Inmensas riquezas y el poder omnímodo sobre un pueblo sumiso, que hubiera seguido dejándose tiranizar y esquilmar. Sabido es también, que una vez que hubiera abandonado el suelo patrio, no lo iba a volver a pisar. Y no me vengan a decir sus secuaces, que en todo era guiado por su abnegado espíritu de patriotismo. ¿Cómo me explican, pues, que en las tratativas de paz, siendo mediador Gould, hizo hincapié en el artículo 8, que exigía su expatriación y no sobre el N. B. del artículo 3, que dice: «Esto se relaciona especialmente a la frontera septentrional del Paraguay, porque *el gobierno del Paraguay está dispuesto a abandonar toda pretensión al territorio que reclama tanto del lado del Chaco como del lado de las Misiones...*» (1)

Es sabido que muchos de los paraguayos emigrados, al declararse la guerra, tomaron las armas, formando una legión con el propósito de contribuir al derrocamiento de López. La tal legión nunca contó con más de mil plazas y no está en mi conocimiento que tomara parte en acción importante alguna. Los aliados la miraban con cierta desconfianza, convencidos de que entre ellos habían espías de López, y una mañana en que encontraron el famoso globo inutilizado por quemaduras con ácido sulfúrico, las sospechas del daño recayeron sobre los legionarios. Al ser conocido el Tratado de la Triple Alianza se produjo una gran efervescencia en el seno de los dirigentes de la legión, muchos se retiraron, otros conservaron sus puestos para seguir al ejército invasor y salvar lo que se pudiera salvar en el derrumbamiento de nuestro pobre país. Uno de los que más rumorosamente protestó contra las cláusulas del Tratado de la Triple Alianza, fué don Pedro Peña, que se metía en las redacciones de los principales diarios porteños, pidiendo que publicaran sus quejas y sus protestas contra la Triple Alianza, que los

(1) Memoria presentada por el Ministro de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores de la República Argentina, año 1868, pág. 223.

había engañado. Como es natural, poco caso le hacían, por lo que el viejo zafado salía echando chispas: «C... les pedíamos que mataran las chinches y ahora salimos con que rompen hasta el catre». Y como no era hombre de quedarse callado, publicó la siguiente protesta:

PROTESTA DE PEÑA

El Ciudadano Paraguayo

Buenos Aires, Septiembre 8 de 1866.

Señor Redactor de la «Tribuna».

Apreciable señor mío: Bien sabe usted que soy el ciudadano paraguayo, que no quiero que a mi patria. la República del Paraguay se le monde, escamonde, pula y entresaque cuanta parte de territorio se quiera, y por lo mismo debo salir al encuentro, y mejor dicho, a la defensa, contestando a tantas argucias que a este respecto se escriben.

Principiaré hablando del Chaco, desde la desembocadura del río Bermejo hasta el fuerte de *Borbón* llamado así en tiempo del gobierno español, y hoy *Olimpo* fundado en 1792.

Abro la historia de la compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay, escrita por el Padre Pedro Lozano, tomo 2°. capítulo 8, número 11, y encuentro esta noticia: «Agradecido el Cacique D. Martín a los favores que había recibido del Padre Provincial, correspondió con el esmero de cumplir la palabra, que le dió de fomentar por su parte la conversión de su gente, y por este motivo se partió luego la tierra adentro a recojer sus vasallos, y traerlos al lugar donde vivían los Padres, para que fuesen enseñando las cosas de la fe.

«Dióse tan buena maña en esta diligencia, que en breve contaba la reducción de Nuestra Señora de los Reyes más de mil almas, que acudían puntuales a la explicación del catecismo, y se echaba de ver en ellos que los aficionaba mucho a las cosas sagradas la traza y adorno con que el Hermano Bernardo Rodriguez dejó dispuesta la iglesia. Vínose después el dicho cacique al propio lugar, que distaba una legua de la Asunción, RÍO PARAGUAY EN MEDIO, y hablando sobre el asiento y reducción de la gente, propuso que sería mejor poblarse la tierra adentro, donde los indios tendrían en mayor abundancia sus comidas, y por consiguiente vivirían mas contentos, y se les haría menos pesada la asistencia a la iglesia y catecismo».

¿Y sabe usted porque años se hizo la primera reducción en el Chaco, en ese territorio que hace la margen derecha del Río Paraguay, desde el Bermejo hasta el Borbón? según el historiador General Juvensi, se dió principio a ella el año de 1609. El nombre que tuvo primitivamente fué el de *Yasocá*, formada de indios Guaycurúes, que vivían poblados en *Guazutinguá*, y se trasladaron a Yasocá.

El Padre Vicente Grifi y el Padre Pedro Romero, fueron los primeros misioneros de aquel Chaco: éstos bautizaron al cacique de los Guaycurúes, y le pusieron por nombre *D. Martín*, y el cacique de la contemporánea y vecina nación del mismo Chaco, denominada *Guaycurutí* se llamó *D. Juan*.

El primer Provincial de la Provincia del Paraguay, cuando no se soñaba aun de ser Provincia Buenos Aires, fué el Padre Diego de Torres Bollo. y esto sucedía por los años de 1605.

Esta Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay fué la que fundó la mayor parte de los pueblos que aun existen.

Bien, pues: ahora tenemos ya el arranque de donde forma el cuerpo de la propiedad territorial paraguaya.

Nada más puede darnos suficiente conocimiento, como lo que copiamos en seguida, pues la verdad debe oirse, aunque venga de la boca de un idiota o de un enemigo.

«El Paraguay apoya sus pretensiones, no solamente en la parte del Chaco al Norte del Bermejo, sino también en una parte de las antiguas Misiones de la márgen izquierda del Paraná, sobre derechos adquiridos durante la dominación española, y a los cuales no ha renunciado jamás.

«El territorio del Gran Chaco, comprendido entre los Rios Paraguay y Bermejo, fué ocupado desde la conquista por el gobierno del Paraguay, y estableció fuertes y guardias para proteger la márgen izquierda del Paraguay contra las incursiones de los indios Guaicurúes. No solamente el Gobierno del Paraguay, bajo la dominación española hizo diferentes espediciones en esta parte del Chaco para someter los indios, sino también fundó en 1585 sobre la márgen derecha del Bermejo, la ciudad de Concepción, que fué destruida por los indios en 1631.

«Cuando en 1620 fué creado el Gobierno de Buenos Aires por la división del Paraguay, este conservó todos los territorios que no fueron adjudicados a Buenos Aires, y ninguna mención se hizo de la parte del Chaco, que había conquistado y ocupado el Paraguay; que continuó quedando bajo la jurisdicción de su gobierno».

«Con estos títulos fundados sobre los hechos enunciados, la República del Paraguay tiene la propiedad del Gran Chaco al Norte del Bermejo, juntándose a la obligación de ocuparlo para la defensa del país, de que ella preserva, así de las escursiones que hacen los indios al oriente del río Paraguay, y que determinan la ocupación permanente de esta parte del Chaco por el Paraguay, desde la dominación española, ocupación que ha aumentado la importancia cada año, y bajo la protección de la cual el Paraguay posee hoy día, en el Chaco, establecimientos industriales y agrícolas; y en el tiempo del Gobierno español estuvo la estancia del maestro Flechas de donde se proveía diariamente de leche a la ciudad de la Asunción, y el clérigo Don Amansio González tenía su reducción en el Chaco a principios de este siglo, y su casa de la Asunción fué construida de piedras traídas del Chaco, y trabajadas por jornaleros Guaicurúes sus neófitos.

«Apoyado en el derecho de conquista sobre los salvajes, y de una ocupación no interrumpida durante más de tres siglos, el Gobierno del Paraguay sostiene sus derechos sobre esta parte del gran Chaco, cuya posesión, así como la de las Misiones sobre la márgen izquierda del Paraná, le fué garantida por las Provincias unidas del Río de la Plata en el tratado de 12 de Octubre de 1811 por el reconocimiento que hicieron estas de la Independencia de la Provincia del Paraguay, comprendiendo los territorios que poseía, o hasta donde alcanzaba la jurisdicción de su Gobierno en aquella época.

«D. Félix de Azara, uno de los comisionados del Gobierno español en 1781 a 1800, para marcar los límites entre las posesiones españolas y por-

tuguesas, estableciern en sus cartas, el límite entre las Provincias de Buenos Aires y el Paraguay, de la manera siguiente:

«Del lado del Chaco el río Bermejo es la línea que divide las dos Provincias, dejando a la del Paraguay la parte del Chaco, que está al Norte de este rio».

«Del lado de Corrientes, el Paraná separa las dos Provincias, hasta las Misiones de la márgen izquierda del mismo río, Misiones que comprenden los territorios de la Provincia del Paraguay.

«La República del Paraguay sostiene sus derechos a las Misiones de la márgen izquierda del Paraná, fundándose sobre los actos y hechos siguientes: pues se trata en esta cuestión de saber cual de los dos gobiernos, Buenos Aires, o el Paraguay, los poseía, o tenía bajo su jurisdicción en la época de la Independencia de los países del Plata».

«En 1620, cuando Buenos Aires fué erijida en Provincia independiente de la del Paraguay, se le adjudicaron diez y siete poblaciones de las treinta que componían las Misiones. Pero tarde sobrevinieron discusiones entre la administración civil y religiosa de las dos Provincias sobre la competencia de jurisdicción, y sobre sus límites, y el Rey de España por disposición de 11 de Febrero de 1724 ordenó que los Obispos de las dos diócesis se pusiesen de acuerdo para terminar estas diferencias. En consecuencia estos nombraron dos árbitros, prometiendo someterse a su decisión.

«Estos árbitros reunidos en Candelaria, uno de los pueblos de Misiones de la márgen izquierda del Paraná, declararon:

«Que la jurisdicción del Obispo del Paraguay se comprendía, lo mismo al civil, sin oposición de los Gobiernos de Buenos Aires, hasta las vertientes del río Paraná; y la del Obispo de Buenos Aires hasta las del río Uruguay, que son límites de los obispados, y que las poblaciones de Candelaria, San Cosme, y Santa Ana, objetos del litigio, se encuentran en el *Territorio del Paraguay*, cualquiera que sea de este lado del río Paraná, lo mismo que las de Nuestra Señora de Loreto, San Ignacio, Misiones, y Córpus».

«Los obispos y las autoridades civiles aceptaron esta sentencia arbitraria, determinando la jurisdicción que pertenecía a cada una de las dos Provincias: y las cosas se conservaron así hasta 1803, cuando el Rey por cédula de 17 de Mayo del mismo año, firmada en Aranjuez, erigió el territorio de las antiguas Misiones en gobierno separado, «completamente independiente de los gobiernos del Paraguay y de Buenos Aires, entre los cuales se encuentran divididos actualmente» como lo dice la cédula:

«Visto en el expresado mi Consejo por lo informado por la Contaduría General, y lo que expresa mi Fiscal, y consultándome sobre ello, en 23 de Noviembre del año último, he venido se reduzcan dichos Pueblos al nuevo sistema de libertad de los indios Guaranies, propuesto y principiado a ejecutar con buen suceso por mi Virey, que fué de esas provincias, Marqués de Aviles, y para que aquel se verifique por las ventajas, que son consiguientes, he creído conveniente la reunión de dichos Pueblos bajo un solo gobierno, que comprenda todas las misiones de ellos, y lo están las de Maines, Mojos y Chiquitos, a cuyo fin he venido en conferir el Gobierno militar y político, que he tenido a bien crear por mi real decreto de 28 de Marzo de este año, al Teniente Coronel D. Bernardo de Velazco, para que tenga el mando de los treinta pueblos de Misiones Guaraníes y Tapes, *con la independencia de los Gobiernos del Paraguay, y Buenos Aires, los cuales* se hallan divididos en el día, por ser tan importante la creación de un gobierno en aquel paraje. (Real cédula de 17 de Mayo de 1803)».

«Esta resolución puso, pues, fin a la jurisdicción de Buenos Aires y del Paraguay sobre los territorios de Misiones, y D. Bernardo de Velazco tomó posesión del gobierno de la nueva Provincia. Pero por decreto del Rey de España, Velazco fué nomprado en 1806 gobernador del Paraguay, conservando el gobierno de las Misiones».

«Hasta la revolución de 1811 las cosas quedaron en este estado, es decir, que el gobernador Velazco ejercía autoridad y jurisdicción sobre el Paraguay, y sobre todas las Misiones, autoridad y jurisdicción que pasó a manos de una Junta Gubernativa creada después de la revolución, y con la cual Buenos Aires firmó el tratado de 12 de Octubre de 1811, la cual reconoció la independencia del Paraguay con los límites comprendidos en el territorio, sobre el cual el último Gobierno español del Paraguay ejercía su jurisdicción, como lo prueba el último párrafo del artículo IV de este tratado, donde dice que el Paraguay conserva sus límites actuales, *y que por consecuencia su gobierno se encargaba del departamento de Candelaria*».

«Buenos Aires reconoció pues, al Paraguay la legítima posesión del departamento de la Candelaria entero; pero el Paraguay limita el ejercicio de su jurisdicción a la parte de este departamento, que poseía antes de 1803, y tal cual estaba indicado en el arbitraje, que tuvo lugar en 1724, como hoy día se limita a sostener sus derechos sobre esta parte».

«En apoyo de estas razones diremos que D. Félix de Azara en su obra sobre la América Meridional, publicada en 1809, en plano de la población del *Paraguay*, y la de *Buenos Aires* a fines del último siglo, comprende bajo la jurisdicción del primero los pueblos: *Candelaria, Córpus, San Ignacio Mirí, Loreto, Santa Ana, etc.*»

«Y bajo la jurisdicción del segundo, no comprende más que los pueblos de la vertiente oriental de la Cordillera de las Misiones, es decir, del lado del del Río Uruguay. (Véase tomo 1°. después de las páginas 328 y 338)».

Tales son los actos y los hechos sobre los cuales el Gobierno del Paraguay funda sus derechos a los territorios, cuya propiedad le es litigada por la República Argentina; pero es creible que un arreglo entre los dos Gobiernos dé a esta cuestión una solución satisfactoria, y conveniente para los dos países.

«L. Alfredo Dumersay, en su obra sobre el Paraguay, hablando de los límites entre esta República y la Confederación Argentina, dice en la página 8:

«El Paraguay tiene derechos incontestables sobre el Chaco; tales son los que él ha heredado de la metrópoli, y que se trata de dividir hoy por una parte con Bolivia y la Confederación Argentina por la otra.

«Y más adelante, página 17: «Los derechos del Paraguay a algunas de las Misiones del Entre Ríos (Uruguay y Paraná) derechos que el Presidente López ha sostenido en estos últimos años con energía, no nos parece contestables».

(Histoire phisique, economique et politique du Paraguay par L. Alfred Dumersay, París, Hachette, 1860).

Esto es lo que hay en plata sobre territorios paraguayos, y se funda sobre todo en el *utis possidetis* constante e inalterable.

Acuérdese Sr. Redactor que cuando se abrió la navegación del río Bermejo, se previno por el Paraguay que no se formasen establecimientos en la margen izquierda de este río, y se supo cumplir.

Recuerde que cuando algunas divisiones del ejército aliado pisaban el

territorio de Candelaria, todos los partes que de allá venían, confesaban que habían pisado territorio paraguayo, aunque se estaba pronto en contestar que no era territorio paraguayo.

Ya entonces conocí que había gato encerrado, y se respiraba por la herida, no siendo cosa de no saberlo la tierra.

Juzgue cualquiera ahora si tiene usted razón y justicia en decir: «Pero dando intervención a sus representantes (del Paraguay), si no quiere que con el andar del tiempo se declaren «insanablemente nulos esos arreglos».

El Paraguay no ha sido nunca usurpador de terrenos, más bien se lo han surpado a él, como lo probará a V. su seguro servidor Q. B. S. M.

El ciudadano Paraguayo

MANUEL PEDRO DE PEÑA.

Un ex-legionario protestó enérgicamente contra la usurpación de grandes extenciones del territorio nacional, decretada por la Triple Alianza. El ciudadano Presidente de la República, Mariscal F. S. López, se mostró [redacted] dispuesto a ceder a la Argentina los mismos territorios, con tal que lo dejaran gobernar y tiranizar a su patria. En fin, el Presidente Gill, a su vez, quizo ceder el Chaco a la Argentina, en cambio de franquicias aduaneras, y el ex-fiscal de López, José Falcón, aceptó ser uno de los emisarios del vergonzoso negocio. Así era F. S. López y así eran sus adictos. ¡Traidores!

***

López titubeó demasiado creyendo en la posibilidad de una ruptura entre brasileños y argentinos, cuyas relaciones recíprocas, en varias ocasiones, fueron de una tirantez evidente, dando demasiada importancia a motines militares y a revoluciones en las provincias del interior argentinas, motines y revoluciones, que sus corresponsales secretos sabían abultar. La guerra la hacía el Brasil y la concluyó el Brasil; la República Argentina cansada, arruinada financieramente, convulsionada, la hubiera concluido antes, pacíficamente, pero detras de ella estaba el Brasil, que exigía el cumplimiento de lo pactado, para, a su vez, faltarle a su aliada, después de concluida la guerra.

Hacer de López un héroe, un Bayardo, conviene mucho al militarismo brasilero para dar mayor realce a las estrepitosas conmemoraciones de las victorias alcanzadas sobre el ejército paraguayo. ¿López? ¡Nada menos que un escupe balas, un terror do mondo!

Thompson, con la rendición de Angostura, dejó en blanco un capítulo de los fastos militares brasileros. Después de la derrota completa de Lomas Valentinas, la resistencia era estéril y hubiera dado lugar a inútiles sacrificios. Angostura se rindió con los honores militares y muchas vidas fueron preservadas para la patria. El coronel paraguayo J. C. Centurión, que no tiene por qué mostrarse benigno hacia el extrangero, dice: «El comandante Thompson, no cabe duda, ha prestado durante la guerra, importantes servicios al Ejército Nacional, con su profesión de ingeniero, y es autor de la primera obra seria y metódica que ha salido de nuestra parte sobre la pasada

guerra. Pero esta vez ha sacrificado sus deberes militares a los deberes de la humanidad.» (1)

Olvida Centurión, al afirmar esto último, que Thompson procedió también en este caso, de acuerdo con sus deberes militares, por cuanto la rendición se efectuó previo consejo de guerra, durante el cual se estudió seriamente la situación, comprobándose que se carecía por completo de reservas alimenticias, siendo por otra parte enteramente dominada la batería por el hecho de que sus cañones eran casi del todo inofensivos para las corazas de los buques enemigos, que podían bombardearla y desmantelarla impunemente. Se hallaba así mismo rodeado por tierra por fuerzas inmensamente superiores a las suyas y, aunque cuando se le hubiera ocurrido la idea temeraria de intentar romper el cerco, que le aprisionaba, sólo le esperaba del otro lado los desparramados restos del ejército de López. (2) Un militar y un patriota no podía aspirar a otra cosa, en semejantes circunstancias, que a salvar el honor y las vidas de sus soldados y Thompson (3), se

(1) Centurión, «Memorias», tomo III, pág. 334.

(2) El día 29 de Diciembre de 1868, Thompson mandó un parlamentario, el alferez Mazó, a Caxias, protestando «sobre el hecho de haber bajado la tarde anterior el *Monitor* con bandera blanca, mientras que no quiso obedecer las indicaciones de la batería para echar fondo». Caixas contestó al parlamentario, que pronto iba a reprender a los Comandantes de los acorazados por el abuso que habían cometido, y mandó decir a Thompson que «el Ejército Nacional había perecido completamente en Itá-Ibaté, que el MARISCAL LOPEZ apenas había salvado, y que allí tenía 6000 hombres para atacar la «Angostura» si antes no se rindiese, y que entonces no perdonaría una vida, sino que a todos pasaría a degüello».

....

«El Dr. Stewart que había tenido la villanía de pasarse al enemigo el día antes, tuvo el atrevimiento de escribir una carta a Thompson, certificando lo que había dicho Caxias, sobre la completa destrucción del Ejército Nacional, etc., etc.

«El infame Stewart es el tipo o la personificación de la ingratitud; no contento de traicionar él a la Patria y al Supremo Gobierno que le había llenado de beneficios y honores, buscó medios de arrastrar a otros a tan horrendo crimen: caiga sobre él el anatema universal!

«La carta de Stewart mandó Thompson leer a todos los Gefes y Oficiales, con la peroración al final, de que era ya infructuoso sostener «Angostura»; pues que ya no había esperanzas de un apoyo, y que era necesario aceptar las condiciones que Caxias ofrecía para la entrega del punto, y evitar de este modo un nuevo e inútil derramamiento de sangre.

«Hubieron varios Oficiales, que levantaron la voz, protestando contra tal procedimiento, expresándose más o menos en estos términos:

«Que el destino de la «Angostura» y su guarnición era combatir al enemigo hasta el último trance, y nunca aceptar tan degradante proposición; y que al contrario se desafiase a todo el poder de los aliados, a que cuanto antes atacasen; que la victoria era segura, y que ellos iban a tener la gloria de haber concluido el resto del invasor que aún quedaba; y que si el enemigo no llevase el ataque tan pronto como lo deseara, no faltarían recursos de la boca, pues que habían hombres decididos, que los traerían de cualquiera parte, y que pronto S. E., el Sr. Mariscal había de llevarles socorro.

«Tenían razón de esperar, porque todo el empeño estaba para acudir a tiempo con el socorro; porque luego suponíamos los trabajos que el enemigo emprendería, para engañar a los nuestros.

«El razonamiento de los Oficiales era el más natural y conveniente; pero los Gefes lo despreciaron, siendo los más ardorosos en combatir Carrillo y Ortiz, habiendo sido éste, el que encabezaba todos los parlamentos.

«Alonzo, si bien no conocía a todos los Oficiales, que se habían opuesto, ni recordaba las razones de cada uno, nombró como el más fuerte al Teniente de artillería Bas Fleitas ayudante del Comandante Thompson, Alférez de marina Pedro Martínez y José Gauto y otros». («Estrella», de Miércoles 17 de Marzo de 1869).

(3) Thompson fué ayudante del Presidente, condecorado con la Orden del Mérito, con decreto de 24 de Julio de 1867. Inventó un calibrador para medir los proyectiles arrojados por el cañón Whitworth. «Semanario», pág. 691.

hizo benemérito de la patria consiguiéndolo. He aquí el documento que lo acredita:

Cuartel General frente a la Angostura, Diciembre 30 de 1868.

A los Sres. Jorge Thompson y Luis Carrillo, Comandantes de la fortificación de la Angostura.

Los abajos firmados responden a la comunicación de los señores Thompson y Carrillo, del modo siguiente:

Que teniendo en vista evitar efusión inútil de sangre atacando a viva fuerza la fortificación de la Angostura, no tuvieron inconveniente en prorrogar hasta hoy al romper el día el plazo de seis horas que ayer marcaron para la rendición.

Que los infrascritos garanten a los que forman la guarnición de la Angostura, la conservación de los grados militares que actualmente tengan, así como sus ayudantes y asistentes.

Que consienten igualmente en que los jefes y oficiales de la guarnición de la Angostura puedan conservar sus espadas bajo palabra de honor de no servirse de ellas contra los aliados en la presente guerra.

Que, finalmente, conceden los honores de la guerra a los soldados de la guarnición de la Angostura, para que saliendo con sus armas las vengan a depositar en el lugar que les ha señalado al efecto por indicación de los abajo firmados o de su orden.

Firmados: Marquéz de Caxias, Juan A. Gelly y Obes, Enrique Castro.

Mientras algunos paraguayos llegaron a envilecerse renegando a su patria, él, el extranjero, conservó siempre el cariño y el aprecio hacia el valiente pueblo paraguayo y supo rendirle el debido homenaje en su obra «La Guerra del Paraguay». También, cuando vino a su conocimiento que los aliados habían violado lo pactado, protestó mediante la siguiente nota:

Rio Janeiro, Marzo 12 de 1869.

A S. E. el Ministro de la Guerra, Barón de Muritiba.

Tengo el honor de dirigirme a V. E., con el objeto de comunicarle, que he sabido por varios paraguayos venidos de la Asunción, que muchos de los soldados, que capitularon en la Angostura, de la cual era yo jefe, han sido obligados a tomar servicio en las filas aliadas, y que otros han sido embarcados para esta ciudad sin ser consultada su voluntad.

Como estos hechos son contrarios a las estipulaciones de la capitulación, y a la palabra misma del marquéz de Caxias y del jefe de Estado Mayor, me dirijo a V. E., para rogarle, averigüe la verdad de esto y remedie esta falta, que quizá haya tenido por causa la ausencia del marquéz de Caxias del teatro de la guerra. – J. Thompson.

Thompson, en su obra, critica acerbamente a los brasileros y no tiene miramientos en tildarlos de ineptos y cobardes, de ahí el resentimiento mal disimulado del Barón de Río Branco, resentimiento que lo arrastra a afirmaciones tan en pugna con la verdad. Es completamente falso lo que dice el

Baron respecto a Thompson, que: «en el curso de la guerra se rindió sin quemar un cartucho y sin haber querido antes tomar parte en combate alguno». Angostura fué bombardeada varias veces antes de que se rindiera, sufriendo los paraguayos graves pérdidas (dicen los brasileros), y ninguno puede afirmar, sin faltar a la verdad, que Thompson huyera del peligro, muy al contrario, dirigía la puntería de los cañones. En el parte del Comandante de la segunda división de la escuadra, Mamede Simoes da Silva, de fecha 12 de Septiembre de 1868, se lee que: *treinta balas* tocaron el Silvado, produciendo *fuertes averías y algunas bajas.* El Comandante en jefe de las fuerzas navales brasileras, Vizconde de Inhauna, en su parte y orden del día del 2 de Octubre de 1868, dice: que Angostura fué bombardeada, causando grandes daños a los paraguayos y que la escuadra sufrió averías y bajas de importancia: el Bahía recibió 4 balazos; el Silvado 11, el Tamandaré 3, el Barroso, 8. Si los paraguayos no obtuvieron un éxito decisivo en esa circunstancia, no fué por falta del ingeniero Thompson, que había emplazado los cañones, ni por falta de los artilleros, que los habían disparado, sino por culpa de López, el Genio, que había provocado la guerra sin tener armamento adecuado.

Se deduce, pues, de todo esto que algún otro motivo que el deseo de servir a la verdad impulsaba al Barón de Río Branco a lanzar juicios tan injustos y tan faltos de toda base en contra del coronel Thompson, motivo que no puede ser otro que el despecho por los juicios un tanto severos que el coronel paraguayo se había permitido emitir repetidamente, de los brasileros, y más todavía por la nota de protesta (1)

El mismo Barón de Río Branco, en una nota del tomo I, de su obra citada, pág. 316, dice: «En los Cuadros Históricos de la Guerra del Paraguay, escribe el Dr. Pinheiro Güimaraes las siguientes líneas, las cuales manifiestan idéntico juicio. (2) «Era López un general excepcionalísimo. Huyendo personalmente del peligro, cauteloso de la propia individualidad hasta el ridículo, sólo le agradaban entretanto, las operaciones arriesgadas. No le intimidaba la empresa más audaz, contando que otros, y no él, tenían que ejecutarla. Poseido de estólida vanidad, despreciaba los principios más positivos del arte militar. Si una operación tenía diez probabilidades a favor y noventa en contra, por eso mismo la prefería y dotado de un profundo desprecio de la vida de los hombres, que derramaban su sangre para satisfacer su ambición, se empeñaba en tentativas arriesgadísimas, mandándolos a la muerte con implacable serenidad . . .»

Entre la opinión personal del señor Barón de Río Branco, Ex-Secretario de la Misión Especial del Brasil en el Río de la Plata, y miembro del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, en contradicción evidente con numerosos hechos y testimonios oculares fidedignos, y la afirmación categórica del Coronel doctor Pinheiro Güimaraes *que prestó servicios activos durante la guerra del Paraguay*, creo que no hay lugar a duda, de quien era el cobarde.

En Cerro Corá el Mariscal López (3) y su hijo, coronel Juan Francisco,

(1) Refiriéndose a la batalla del Riachuelo, dice Río Branco: «Thompson para infligirnos una nueva injuria, dice que una gran parte de la guarnición del Parnahyba y de los otros navíos brasileros, se lanzó al río». (Schneider nota pág. 177).

(2) A la del historiador Schneider.

(3) «Los procesos militares decretados por López desde la retirada de Ascurra la de San Estanislao, Sanja-ú y Cerro Corá fueron quemados el 1°. de marzo por orden del mismo López». (Juansilvano Godoi). El ataque fué tan imprevisto, que no dió lugar

el único hijo del Mariscal que había heredado su carácter y sobre cuya paternidad no se puede avanzar ninguna duda, huyeron haciendo punta. El pobre muchacho se refugió al lado de la madre, creyendo que los pliegues de su pollera le pudieran proteger contra el salvajismo del vencedor y mantuvo su espada envainada. Llegaron los brasileros y *dicen* que le intimaron rendición y que él sacó la espada para hacer armas. ¡Mentira! Si el coronel Pancho López, durante el ataque, se refugió al lado de la madre y mantuvo su espada envainada, prueba es que no tenía intención de pelear sino de rendirse. Los brasileros lo asesinaron como al viejo y enfermo Vice-Presidente, al niño J. F. López, al inválido coronel Aguiar y a muchos otros, sin que ellos soñaran siquiera en presentar la menor resistencia y sin distinción de edad. «El coronel Panchito López, que seguía el coche de su madre la Linch fué atacado por algunos soldados de caballería y cayó muerto por una herida en la espina dorsal». (Revista del Instituto Paraguayo, año I. pág. 381).

Me parece que procede muy cuerdamente el articulista en desechar la afirmación de Aveiro, quien dice que López en su fuga *pensaba* incorporarse al general Roa y al coronel Escobar, como si esos hubieran estado juntos y, a más, *el Cristo del Paraguay* no podía ignorar que Roa venía cataado en el mismo momento.

Antes de empeñarse la *tremenda batalha*, que duró unos quince minutos, el coronel Numes da Silva prometió 100 esterlinas a quien matara a López en combate. ¡Se les había escapado tantas veces que no tenían esperanzas de tomarlo vivo! Eso de combate era para encubrir el asesinato premeditado y quitar a López toda posibilidad de rendición. «Ante el severo juicio de la historia (dice el apologista del tirano) no era más que un vulgar asesinato y las narraciones de Tavares y de Cámara, esta con muchas variantes, quieren paliar el asesinato del vencido y *prisionero*». ¿Cómo?... ¡Prisionero el del feroz lema «Vencer o Morir!».

Transcribo estas líneas de la obra de Thompson que dejan mucho que pensar: «En la mañana del 25 de Diciembre (de 1868), Caxias recibió una carta del General Mac-Mahon, Ministro de los Estados Unidos, que mostró a los demás jefes generales aliados, en la que le pedía la pronta remisión de la correspondencia de su gobierno, que debía llegar en una cañonera de guerra de la misma nación».

«Este incidente es positivo, y no tiene nada de extraño; pero después se ha dicho que con aquella carta venía otra del mismo ministro en que le decía a Caxias; que si dejaba escapar a López, en el caso de que fuera derrotado en el asalto que debían llevarle los aliados, él, comprometía su palabra oficial, como representante de los Estados Unidos, de que saldría inmediatamente del país, embarcándose para Europa».

«No podemos garantir la verdad de este hecho, pero la confianza en esta palabra, es quizá la única explicación que puede tener el abandono del potrero Mármol, y la no persecución de López.» (Thompson, obra citada, pág. 331). Caxias cayó en desgracia y dimitió alegando motivos de salud.

---

a uncir los bueyes a las carretas, que contenían los Archivos Nacionales, y los brasileros no llegaron a tiempo para impedir su destrucción. Ese fué uno de los tantos actos autoritarios de López, pues los Archivos eran propiedad nacional y él no tenía ningún derecho para destruirlos. Temió que cayeran en poder del enemigo, como sucedió en Lomas Valentinas, y que sirvieran de prueba de su ferocidad y falta de patriotismo.

Entre las muchas patrañas (como se expresa el articulista), que forja el acongojado Vizconde de Pelotas, está la de que López, ya caído, recibiera por la espalda el tiro de gracia. Algunos suponen que haya recibido esa herida en la disparada, cuando fué indicado a los perseguidores con las palabras: «Ese es López. El que va de sombrero blanco es López» y sobre él convergieron los tiros» por orden del ingeniero Olivier. (Parte del coronel Tavares) (1). El apologista de la tiranía lopizta, con todo su cortejo de azotes, estaqueamientos, cepo de la uruguayana y ejecuciones en masa, robos de la cosa pública y privada, hace notar que diez años después con motivo de la última carta de Cámara, Silva Tabares volvió a hablar, pero para desmentir a su superior, que afirmaba que López recibió una herida de bala en el bajo vientre. Esto viene muy a propósito para desautorizar el primer parte de Camara. El cadáver presentaba, segun el certificado médico, una herida de arma de fuego en la espalda. Tavares no dice haber presenciodo la muerte de López, como no la presenció, repite lo que dice su jefe.

El coronel Tabares escribe en su parte del 2 de Mayo de 1870: «Al salir de la referida picada divisé una columna a cuyo frente se hallaba el finado mariscal López», y viendo que titubeaba en atacar, la cargó. Si era verdad eso y no pura alucinación, celebro mucho que por un breve momento, y, aunque sea por una única vez, durante la larga guerra de cinco años, se le hubiera visto al frente de sus valientes, digo por un breve momento, pues de lo contrario no se explica como en la disparada hiciera punta dejando muy atrás a los suyos. Pero, ¡qué decepción! ¡Ni eso! Ibarra (que cita el articulista), que estaba presente, dice: «López forma entonces sus filas y se coloca *atrás* montado en su bayo». (Revista del Instituto Paraguayo, año I, pág. 301). Otro testigo más que Centurión.

Es completamente falso que el coronel Antonio da Silva Paranhos, haya escrito que presenció la muerte de López, como quiere hacer entender el articulista; dice simplemente: «Tuvimos que constatar que sólo los bravos de la vanguardia fueron más que suficientes para desbaratar esos restos del llamado ejército y del gobierno de López».

Resulta, pues, que de los cuatro pretendidos actores en el último episodio, que el profesor de historia cita, se reducen a dos: a Tavares y a Cámara, los otros repiten y reproducen. El primero no presenció la muerte de López, repite lo que dice el superior; el segundo, Cámara, se contradice tanto en sus partes, que el mismo apologista del tirano, afirma que: «Cámara varía sus mentiras cada vez que escribe sobre Cerro Corá, siempre con el objeto de justificarse». ¿Y nosotros tenemos que creer a la feroz estocada con el espadín del implacable lema «Vencer o morir», y al grito «Muero con la patria, por la patria o en la patria?» Hasta ridículo es pensar que Cámara se hubiera puesto a tiro del enemigo armado: «con la espada en la mano, atravesada sobre la cabeza y asegurada la punta de la espada con la mano izquierda», (como cuenta Tabares, sin haber visto),

---

(1) Dice el general Bormann (en su «Historia de la Guerra del Paraguay», T. III, pág. 138), que López al entrar en la picada, ya había recibido un balazo, y el general Cámara («New York Herald», junio 20 de 1870), afirma que: «Al dejar López su caballo en la entrada del bosque, también se apearon ellos, dirigiendo sin cesar su fuego hacia él, cuyas balas pusieron término a la vida de López, hiriéndolo mortalmente en dos partes».

sin tomar sus precauciones y únicamente para proporcionarle la ocasión tentadora de hacer un ademán que le costara la vida. Debido a ello hubo que corregir la plana, rectificar la posición y actitud de López (¡de que no son capaces los lopiztas!), tenía, pues, la mano con el espadín metidos en el agua fangosa del arroyo, de modo que Cámara no podía ver nada. Aceptando esta versión perfeccionada, resulta difícil el explicarse como un individuo mortalmente herido, moribundo, pudo haber sacado la mano armada de ese matete, para *tirar su tremenda estocada*. Y al grito agónico de López, tan formidable como el sonido del cuerno de Rolando, de «muero por la Patria, con la Patria o en la Patria», (1) y tal de sobreponerse al ruido infernal producido por la soldadesca que había invadido el monte «atronando la selva con sus descargas». ¿Qué me dicen?

Pero lo más notable del cuento, es la afirmación del profesor, que el certificado médico: «prueba ya en forma indiscutible, que las heridas fueron recibidas de frente y *peleando*». Pero hay más: «López, como reza el certificado médico, no recibió sino una sola herida de bala, *después de estar caído,* en la región dorsal». Maravillosa medicina legal la del profesor que prueba que una herida la recibió *peleando* y la otra *después* de estar caído. Y, visto los profundos conocimientos en la materia del profesor aludido, podríamos recurrir a sus luces para una explicación al alcance de los profanos, del porqué de la opuesta dirección (considerando un plano vertical) de las dos heridas oblicuas, una de *arriba para abajo* y la otra de *abajo para arriba,* especialmente la dirección de esta última, estando la víctima y el victimario a caballo, y el victimario armado con una *larga* lanza». (Palabras del historiador).

Lo cierto es que López, ofuscado por el exagerado instinto de la propia conservación, perdió rumbo en su huida y cayó en la boca del lobo. Un testigo ocular de los últimos momentos de López, me comunicó, por medio del coronel paraguayo M. Duarte, (2) a quien merece plena fe, que López venía huyendo solo, y, al encontrarse con tropas enemigas, volvió bridas y

---

(1) Algunos lopiztas afirmaron que gritara: «Muero en la Patria», para confundir a los que murmuraban que su intención era refugiarse en Bolivia.

(2) Según el sesudo crítico del «Patria», el coronel paraguayo M. Duarte faltó a la verdad y, en prueba de eso, dice: «En cuanto al coronel Duarte, cuyo testimonio es irreprochable, según Rebaudi, es aquel mismo que durante la «cruzada libertadora» del año 1904 escribió al comandante Gervasio González recomendándole que fusilase sin más trámite a los «bárbaros» que cayesen prisioneros en su poder..... Dicho memorable documento ofrecemos publicarlo algún día para solaz del sesudo señor Rebaudi y de todos los enemigos de la oprobiosa, etc. ...»

¡No hay más, es un argumento *ad hominem* y muy al caso! Como todos los del citado crítico, quien no desperdicia ocasión para poner de relieve su nivel de cultura y educación, que *honra* en sumo grado al órgano magno del lopizmo.

Me tomé la libertad de molestar a mi distinguido amigo el coronel Duarte, pidiéndole algunos datos sobre el documento aludido y, de la contestación que tuvo la amabilidad de mandarme, extracto las siguientes líneas: «... debo manifestarle, que he redactado numerosas órdenes e instrucciones, cuya publicación no me causa ninguna intranquilidad, y si como dice el articulista posee alguna de estas, que ordena fusilar, en esa misma instrucción u orden ha de haber constancia de los motivos que la determinan; además el General en Jefe, en represalia del asesinato por tropas del gobierno de varias mujeres y un niño de 3 a 4 años en Ypané, dictó una disposición ordenando fusilar a los jefes y oficiales gubernistas que en adelante se tomaran prisioneros, orden que la revolución dejó sin cumplimiento poco después, en homenaje a la cultura y al alto sentimiento de humanidad que informó sus actos, durante la campaña que duró cuatro meses».

«huyó a toda carrera costeando el arroyo, perseguido por un pelotón de ocho o diez hombres de caballería, los cuales a la vista de la columna, le dieron alcance y lo ultimaron por las espaldas, sin que López hiciera ningún ademán de defensa; cuando llegó el resto de la columna al sitio donde había caído el tirano, éste ya había muerto y entonces se produjo una discusión entre los que lo perseguían, atribuyéndose cada uno de ellos el haberlo muerto...» Así se puede explicar fácilmente, que en un momento dado, le habían podido producir las *heridas dirigidas oblicuamente* y se podría explicar fácilmente, lo que afirma el profesor, que: «durante horas bailaron sobre los despojos del vencido las negras turbas imperiales, pisoteándolos alegremente, en medio de una salvaje gritería».

El testigo ocular de referencia, dice que Cámara llegó cuando ya lo habían últimado a López, a pesar de que en su parte afirma que le intimó rendición. Había que justificar el asesinato, premeditado y pagado, del jefe de un Estado, de ahí la fábula de la resistencia y del heroísmo. ¡La indigna farsa!

Es inútil que oradores y escritores extranjeros huérfanos de todo renombre en su propio país, pretendan honrarnos con rehabilitar a nuestros tiranos mientras muchas vergüenzas tendrían que lavar en su propia casa. Se empeñan ellos en falsear nuestra historia y hacerse populares ensalzando la memoria del *Héroe* del fino espadín con el inexorable lema de «Vencer o morir» y (no huir), y alhagando a sus secuaces, la historia no puede servir de juguete entre las manos de inteligencias aberrantes. Si se llegara a justificar y glorificar el proceder de F. S. López, ¡a qué altura se elevaría el enjambre de héroes y próceres de la América del Sur! Esos señores precisan un fondo obscuro para sus cuadros históricos, y han echado mano de López.

Los paraguayos tan sólo pudieron presentar, como tenemos dicho, pocos minutos de resistencia contra la superioridad aplastadora del enemigo. López huyó y algunos soldados viéndolo huir, gritaron: «Habiendo huido López, no pelearemos más». (Revista Científica Militar de Buenos Aires). López sigue huyendo con el espadín del *inexorable lema*, etc., y al pasar cerca de sus hermanas y de su madre, ésta le grita: «Socorro, Pancho», y él sin detenerse le contesta: «Fíese señora de su sexo». Aveiro le pregunta: «E. S. ¿puedo retirar aquel piquete? (enseñándole el que guardaba el carretón de la madre y hermanas). «Inmediatamente» le contesta: Y «¿las señoras cómo quedan?» «Que ellas se averigüen como puedan,» le contestó, y siguió su fuga. (Aveiro – «Revista del Instituto Paraguayo» año I, pág. 381) «La tormenta que debía golpear las paredes de su cráneo», se había levantado, pero el Mariscal no había recibido hasta entonces ni un rasguñón, por lo tanto no tenía por qué estar casi ciego, como afirma el articulista, que escribe: «estaba casi ciego por la sangre que brotaba de su frente abierta por una ancha herida». De lo que estaba ciego era del terror, y la herida de referencia, que recibió *después*, la que le *abrió* la frente, era de tres pulgadas de extensión, interesando la piel y el tejido celular (1).

---

(1) Un señor crítico del diario «Patria», que se ha tomado la molestia de interesarse por mi trabajito «Guerra del Paraguay», no atreviéndose a negar que López huyera, no obstante su juramento de «aquí muramos todos», a falta de mejor, se larga a las siguientes sesudas y *patéticas* consideraciones:

«Para el señor Rebaudi las frases más sublimes, las más hermosas, no tienen importancia y carecen totalmente de sentido.

Más allá, sí, lo atajan y lo hieren mortalmente. Lo que habrá pensado en sus adentros, durante la disparada, no lo sé, muy probablemente pensaba poner al seguro su persona y que los otros se la averiguaran como pudieran, como siempre. Dejo, pues, a los que están más versados en la psicología del tirano, entre ellos al general Bormann, autor de una «Historia de la Guerra del Paraguay», *en tres tomos*, como hace notar el articulista, para que den su inapelable veredicto sobre el tópico.

En conclusión, está probado que F. S. López huyó. Huyó el que (según el apologista), regaló a sus servidumbres y a sus ayudantes, en señal de despedida, objetos de su uso personal y se vistió con la mejor ropita, que le quedaba. El que pronunció obscuras profecías, que se comprendieron y verificaron después (según el mismo apologista). Huyó el que, por la centésima vez, proclamó: «Aquí muramos todos». Huyó el que desenvainó su terrible espadín en el que se leía su lema guerrero, su implacable lema: «Vencer o morir».

No se puede decir la verdad, se quiere amordazar la Historia o torcerla al servicio de la tiranía, so pena de ser comprendidos en la lista negra lopizta. Los adoradores del antiguo régimen cuentan con una *generación muy alacrana*, con sus matones asalariados y para los que duden de lo que afirmo, publico a continuación un suelto del «Organo Oficial del Partido Nacional republicano:

CARTA ABIERTA

AL SEÑOR BELISARIO RIVAROLA

Señor: Yo le quiero a Vd. Le quiero profundamente. Le quiero porque es usted calumniado y porque, según dicen en la vecindad, no es usted feliz en los días húmedos y en los que el cielo amenaza tempestad. ¿Me entiende usted?

Pues bien, en nombre de este cariño que le tengo, voy a permitirme darle un pequeño consejo. No lo tome usted a mal. Es un consejo de amigo. Un consejo que desde hace tiempo lo tengo pensado y que si no lo suelto me ahogo; ya sabe usted que lo quiero.

«Debían de tenerlas sin embargo: Las palabras de López en tales momentos son grandiosas. (?)

«Supongamos que el casero se acerca al señor Rebaudi y le pide el pago del alquiler; supongamos que el señor Rebaudi se resista, se indigne, se enfurezca, y termine por blandir una espada; y que en la acometida no tenga suerte y caiga exclamando: «¡Muero con la deuda,... digo, con la patria ..!» la frase en tal momento y en tales circunstancias no tendría nada de particular ni extraordinario, ni sería heróico en modo alguno».

«Si el señor Rebaudi tuviese una hermana y alguien la ofendiese en la calle y esta le gritase: «Socorro, hermano!» y Rebaudi en vez de defender a su hermana, tomase las de Villadiego y la abandonara contentándose con decir: «¡Fíese de su sexo!» la frase, en tales circunstancias y en estos instantes revelaría una cobardía indigna de un caballero y lo presentaría sencillamente como un carnero».

«Pero López no estaba en las supuestas circunstancias del señor Rebaudi».

No se puede negar que el referido caballero tiene actitudes sobresalientes de crítico,... entre los de su calaña. Vaya, pues, con la sublimidad de la frase: «¡Sálvese quien pueda!»

No escriba más, amigo mío, sobre cuestiones lopiztas. La generación actual es muy alacrán. No respeta nada. Se ríe de todo. Y de usted amigo esa generación se está riendo desde hace mucho tiempo.

Usted, amigo Belisario, ya no debe meterse en esas cosas. Vd. se va haciendo viejo, y a su edad lo mejor y lo más cómodo es retirarse a la vida privada y preparar el alma para el amargo trance. Con esto no quiero decirle que se vuelva usted un solitario. No. Viva usted, pero viva en su casa. Hártese todos los días de buenos platos y de copiosas libaciones. Practique el ejercicio al aire libre. Y si no puede aguantar el deseo de hablar mal de López, no se sacrifique, hable usted todo lo mal que quiera, pero en su casa y con su familia.

No escriba más. Déjese, amigo Belisario, de esas cosas. Rompa la pluma y cómprese, si es que no lo tiene, un juego de cartas y haga solitarios. Nada hay más recomendable como los juegos solitarios, y ¡ay! sin esperanzas para las personas de edad avanzada.

Usted es rico. No puede quejarse. La Providencia y otras personas han sido generosas con usted. Dinero, tiene mucho; por lo tanto la vejez no será para usted tan dolorosa.

Coma bien. Beba bien. Fume todo lo que quiera. Murmure de los viejos y de los muertos. Pero, por favor, Amigo Belisario, no escriba más.

UN AMIGO.

(«Patria», Asunción, 11 de Abril de 1918).

Así escribe para nuestra vergüenza, el órgano magno de los Apóstoles de la tiranía: libertad de imprenta cohartada, amenazas de atropello, insultos soeces, que causan rubor a quien se siente paraguayo.

*
* *

Huye, pues, López hacia una picada que lleva al Aquidanigüi, lo persiguen, le cortan el camino y el cabo Lacerda, Chico diablo, le infiere la primera herida de lanza en el bajo vientre, herida que le abre la vejiga. herida mortal que le merece a Lacerda el infame premio de las 100 esterlinas y su nombre pasa a la historia. ¿Cómo no quedó consignado el nombre del soldado que le dió el balazo en la espalda? Ni el novelesco historiador Bormann puede anotarlo, mientras que sobre los últimos momentos de López, hay una variada y abundante documentación. El documento médico no dice hasta donde llegó la bala, Bormann se encarga de hacérnoslo saber: llegó hasta el corazón. Eso va por cuenta suya, como muchas otras afirmaciones. La herida de arma de fuego no fué, según Tabares, la que mereciera el premio de las 100 esterlinas, de lo contrario, muy bien que se hubiera buscado el nombre del causante. El profesor de historia, citando y dando valor a la afirmación del general Bormann, daña en modo solapado la reputación de López, pues, si un balazo en el corazón es un tiro de gracia para un sano, tanto más lo es para un herido moribundo, y él, admitiendo que la causa próxima de la muerte del tirano fué el balazo en el corazón, le hace hacer el desairado papel. «Muriendo ultimado por la espalda como un cobarde». (1)

El cadáver de López, según reza el certificado médico, presentaba una

(1) «Si bien el verdadero ultimador fué el anónimo soldado que le dió el tiro de gracia en la región dorsal.» Dice el historiador.

sola herida de arma de fuego y esa en la espalda. Cámara no dice que lo ultimaran de un balazo, ni Tavares, quien, según su propio parte, no presenció los últimos momentos del tirano y se limita a repetir (para modificarlo posteriormente) lo que dice el superior. En una cosa están contextes el general Bormann (obra citada T. III, pág. 138) y Cámara (New York Herald, junio 20 de 1870): López, antes de entrar en la picada, iba ya herido de bala, y como el certificado no habla más que de una herida de arma de fuego en la espalda, muy *probablemente* la recibió en la disparada. Pero, para hacer creer que se las tenían que hacer con un felino de siete vidas, Cámara le regala un balazo en el *bajo vientre* y el general Bormann otro, para no ser menos, que le llega hasta el corazón, omitiendo indicar el punto de entrada. (Obra citada, T. III, pág. 140).

Siguiendo la versión que favorece al *Héroe* y a sus secuaces y atenúa el crimen de los brasileros, vemos a López en una posición más que incómoda (tratándose especialmente de un herido grave), recostado en la barranca izquierda del Aquidabanigüi, donde Aveiro e Ibarra lo colocaran con mucho trabajo (pues, a más de estar herido de gravedad, era muy grueso) con la mitad del cuerpo bajo el agua y barro con la derecha empuñando el espadín (me refiero, naturalmente, al espadín del *feroz e inexorable lema: «Vencer o morir»*). Pero parece que juzgara el lugar y la posición algo incómodas e impropias para recibir dignamente al enemigo (nótese que no soy yo quien dá la prueba que quería huir todavía, con su espadín del inexorable lema, etc.,) pues el coronel Aveiro, dice: («Revista del Instituto Paraguayo, Año I, página 403): Llevamos a López con Ibarra al arroyo que era muy resbaladizo y que corre sobre piedra, hasta la orilla izquierda en donde *procuramos levantarlo sobre la barranquera que daba sobre el hombro,* y no pudiendo conseguirlo nos dijo el Mariscal: «*Vean si no hay una parte más baja*». No es, pues, cierto, que, «arrastrado hasta la barranca del arroyo lo dejaron allí, *a su pedido*, completamente solo, en espera de su fin . . . » los puntitos suspensivos son del articulista para dar lugar a una meditación *patética.* Los que lo acompañaran, oyendo «ya el rumor de la soldadesca enemiga que se aproximaba, atronando la selva con sus descargas,» lo abandonaron apresuradamente, sin que hubiese lugar a *patéticas* despedidas.

No hay que extrañar que huyera en la derrota, era su costumbre, a más hay que tener en cuenta que hombres de probado valor han tenido sus momentos de debilidad, que en López era un estado crónico. Pero eso de que hayan desnudado, mutilado el cadáver de López y que: «durante horas bailaron sobre los despojos del vencido las negras turbas imperiales, pisoteándolos alegremente, en medio de una salvaje gritería», en un arroyo fangoso y bastante hondo, me parece increible, y, menos creible, que hayan transportado el cadáver a la carpa, a más de 700 metros, para emprender la macabra danza, naturalmente, después del examen médico y protocolo correspondiente, porque después de un zapateo semejante *durante horas*, hubiera quedado el cadáver hecho trizas, irreconocible hasta para los mismos hijos, que, sin embargo, lo reconocieron y «*arañaron* la tierra para cavarle una fosa que después fué ahondada por compasión».

El articulista se indigna contra la afirmación de que lo ayudaran a bajar del caballo sus compañeros. No, señores: «López no se apeó. ¿Para qué iba a apearse? «*Se cayó de su caballo gravemente herido*», y, no obstante semejante porrazo, conserva, a más del espadín con su lema gue

rrero, su implacable lema: «Vencer o Morir» (y no Huir), un látigo que regaló a Victoriano Silva. ¡Dios mío! ¡Por poco no le cuelgan dos trabucos, que le hubieran pegado bien como a un Santo Cristo!

No encuentro prudente de parte del apologista del tirano el afán sistemático, refiriéndose a los brasileros, de tratarlos despreciativamente de *negros*. El color no hace a la persona, como no lo hace el hábito, y es muy mezquina satisfacción el llenarse la boca con un: «Cosas de negros», a falta de buenas razones. Y si supiera que en las venas de su Semi-Dios (en tiempo de la guerra, Cristo del Paraguay), se afirma, corriera sangre africana, sería más prudente. (Revista del Paraguay 1892, pág. 247). Y el echar en cara al Brasil el ignominioso epíteto de Imperio esclavista, indica una supina ignorancia de las cosas nuestras, pues de lo contrario, no se tocaría ese punto; también nosotros teníamos esclavos. (Véase «Semanario. números 484, 485, 489, etc., del 1863). (1)

La muerte *Heróica* de López fué una cruel farsa acreditada por la palabra oficial de Cámara, para encubrir el asesesinato premeditado y pagado y cerró vergonzosamente para los brasileros, el gran drama de cinco años. La fábula, no sólo fué creida por distinguidas personalidades, sino hasta por naciones enteras y la prueba de que Cámara a sabiendas afirmó lo falso, es que «varía sus mentiras cada vez que escribe sobre Cerro Corá, con el *objeto de justificarse*». No tenía por qué andar con tantas vueltas con un enemigo, aunque herido, que hiciera armas, ni por qué exponerse, como el general Menna Barreto. En las variantes y contradicciones está la prueba más evidente de que Cámara ha mentido. Los cómplices del feroz tirano, y sus secuaces de hoy, aprovechan la mentira para enarbolar el heroismo de López como un «IN HOC SIGNO VINCIS»; el campamento Cerro León 14, 15, 16, el grito sagrado de guerra de antaño, se ha profanado en el *ça irá* de la culta *juventud alacrana*.

El profesor de historia dice: «Quizás pudiéramos agregar, si todo eso no fuera suficiente, que no respetó ni el honor de su familia, abusando de uno de los suyos, en medio de los horrores de aquel día...» «En la carpa de López, Cámara hizo otra cosa, algo que no hacen los caballeros sino los bandidos vulgares...»

Es un proceder muy reprochable e indigno de un caballero bien nacido el revelar y hacer público, secretos, que pueden empañar la reputación de una familia entera. El ciego odio hacia el vencedor no atenúa, y menos justifica, lo incorrecto de ese proceder, que si daña al victimario no menos lastima a la víctima y a su descendencia.

Otra cosa es hablar del caso universalmente conocido de doña Juliana Insfran de Martínez. López pretendía, de esa distinguida dama, que se declarara culpable de delitos imaginarios, que comprometieran a otros inocentes, que se declarara culpable de haberse prostituido con Benigno López y, no pudiéndose sacar nada de ella, ordenó que se le sometiera a la cuestión (vulgo, tortura) «era desnudada completamente, estirada y asegurada horizontalmente, con correas, de las manos y de los pies y así, en esa circunstancia se le aplicaban trescientos a cuatrocientos azotes... y ya en estado agónico, se suspendía el suplicio; se le curaba con cuidado y esmero, hasta que sanara perfectamente. Entonces se volvía a comenzar la flagelación y

(1) Aunque por decreto del año 1842 Nº. 24 se ordenaba «la libertad de vientre de las esclavas» en mis tiempos el Gobierno toleraba todavía la esclavitud, si bien que el trato que se le daba a los esclavos no hacía acordar ni lejanamente su condición.

los tormentos» ... (Juansilvano Godoi-Alberdi por Olleros, pág. 20); y sufrió por *seis* veces el cepo de la Uruguayana, y, todavía, no lográndose quebrantar ese carácter diamantino, él, el tirano ruin y cobarde, insultó en ella la mujer paraguaya»: «contaba don Adolfo Saguier, como pueden contar otros, que, por fin, la encerraron con un negro fornido, para que éste la ultrajara». (I. Báez, «La tiranía del Paraguay»).

Pero hasta en este punto el historiador falta a la verdad. El general Cámara, desde el principio, se puso a las órdenes de la familia López, la protegió de los insultos de la soldadesca desenfrenada y de las mujeres, que se habían vuelto unas furias, le proporcionó todas las comodidades, que estaban a su alcance, la colmó de tales y tantas atenciones, que despertó los celos y resentimientos de Mma. Lynch, que se creyó postergada deliberadamente. No hubo tal ultraje en la carpa de López, ni violencia, la relación que se entabló entre la persona aludida y el general Cámara, tuvo por resultado una niña, que se educó en Buenos Aires en casa de la señora M. U. de T. «Los parientes, quizás, la hayan desaprobado queriendo conservar incólumes las tradiciones sociales de la familia; pero esto nunca da derecho a un escritor para buscar, en esa situación extraordinaria, un medio de ostigar al enemigo. Es una bajeza». (Dorotea D. de Lasserre).

A los horrores de la guerra bien pronto se unieron las atrocidades cometidas por el tirano López, obsesionado por el delirio de las persecuciones; por doquiera veía complot y asechanzas contra su vida, y, por cualquier sospecha, mandaba fusilar individuos, que hubieran sido útiles para la defensa nacional. Esta es la verdad y es inútil que Mma. Lynch quiera echar la responsabilidad «sobre personas que se complacieron en desacreditar la causa del Paraguay ensangrentándola inútilmente». (Elisa A. Lynch - Exposición y protesta). Ella misma, la Lynch, contribuyó grandemente a desacreditar la causa del Paraguay, como instigadora y cómplice de muchas estorsiones, robos y delitos. El coronel Aveiro dice en su declaración: «Madama Lynch ha contribuido mucho para la desgracia de muchos. Las veces que ella iba a la capital, después de regresar, caían muchos. Interesada hasta el extremo, ella ha soplado al pueblo, el asunto de las alhajas, de la espada, del tintero, etc... haciendo hasta el escándalo de comprar tierras y casas por billetes, así como de joyas y alhajas». Y es inútil que los secuaces del antiguo régimen se esfuercen en justificar hechos infames, ellos no hacen más que el triste papel de famélicos canes que ladran a la luna.

Es un desatino el querer, aunque sea indirectamente, establecer comparaciones de moralidad entre Cámara, por el presunto delito de violación, y la conducta notoriamente escandalosa de F. S. López; el articulista se mete en un atolladero sin salida, o, mejor dicho, en un lodazal sin fondo. A más de las queridas oficiales, tenía en cada pueblo importante una Mariscala, como decían; no menciono nombres porque la mayor parte de ellas eran víctimas, pues corrompía con las promesas o subyugaba con la brutalidad del poder. En su carrera de disolución moral, ese don Juan, digno sólo de figurar en los lupanares más bajos, se encontró con acrisoladas virtudes, que no cedieron a su satirismo; no recuerdo más que a una González (me reservo el nombre de pila) y a la infeliz Pancha Garmendia, que después fué lanceada. El Presbítero G. Becchi, en su declaración prestada bajo juramento el 10 de Septiembre de 1868, dice: «La inmoralidad de López apenas tiene ejemplos en la historia de los sultanes turcos; los jueces y jefes de to-

da la campaña estaban encargados para remitirle las mejores muchachas de sus partidos, como en efecto lo hacían, y veíanse llegar al campamento a satisfacer los brutales deseos del sultán López». Pero siempre volvía a la *inglesa*, cuyos hijos prefería a los de las demás, ella mantuvo el cetro, por su inteligencia, instrucción, elegancia y belleza de formas, que sabía cuidar y poner en realce mediante los más refinados afeites de la época. Hablando de ella el teniente de marina don Andrés Herreros, (que no es un desconocido para los paraguayos), a J. C. Centurion, le dijo: «Si quiere usted andar bien, tiene que adular a esa grandísima p. . . . que le acompaña al presidente. Ahora ya anda con todo *desparpajo*. Hasta hace poco no aparecía ante el público; ahora lo hace con todo descaro, hasta pronuncia discursos en los banquetes. . . . Tenemos, amigo, que soportar todavía toda esa calamidad por algún tiempo. Se lo digo a usted todo esto para su gobierno, porque lo aprecio y estimo». Según la teoría del Barón y del articulista, el proceder de Centurion, al referir la conversación tenida con el teniente Herreros, cometió una marcada falta de agradecimiento hacia quien debía muchos servicios, y, tal vez, la vida.

López contaba con la obediencia ciega de sus soldados, de ahí su mayor responsabilidad ante la humanidad y ante la historia, sabía alentar y acrecentar en ellos el odio hacia el invasor (1). Inmolaba a sus soldados en desiguales e inútiles acciones, con la estupidez e indiferencia del mandón irresponsable, que no ponía en juego su vida, pues bien sabía protegerse

---

(1) Los paraguayos no nutrían mucha simpatía hacia los extranjeros, los miraban con recelo y hasta con desprecio y por la menor contrariedad le echaban en cara su *pihtágua*. En el mes de Junio de 1855, en ocasión de la llegada de otro contingente de 200 Bearneses para la Colonia Nueva Burdeos, el Gobierno Nacional creyó necesario publicar la siguiente paternal amonestación:

. . . . . .

«Es necesario también que los Naturales de la República se apercíban, conozcan y aprecien debidamente el grandísimo beneficio que el Supremo Gobierno hace a la República, atrayendo colonos, escogidos, trabajadores e inteligentes.

«Hemos visto con pesar que se ha llegado a mirar con indiferencia un suceso de tanta importancia para el futuro bienestar, riqueza y poder de la República: y que algunos a la vista de los primeros colonos que llegaron, y del modo con que el Supremo Gobierno los alojaba y hacía asistir, llevados de esa prevención contra todo extranjero; que inspiraban al Pueblo nuestros Padres arrugasen las cejas, frunciesen los labios y se pusiesen gestudos, demostrando con tal semblante su disgusto, y desaprobación de la venida de estos extranjeros». (Suplemento al Núm. 111 del «Semanario»).

No fué tarea difícil para López despertar sentimientos adormecidos, y con tanta mayor vehemencia que, no solo se trataba de extranjeros, sino de extranjeros invasores.

Y de ese odio se valió el tirano para agigantar, ante los ojos de los defensores de la Patria, el fantasma de la supuesta conspiración, proclamando que nacionales y extranjeros, en connivencia con el enemigo, habían robado el tesoro nacional y conjurado para esclavizar a la Patria, mientras, por lo contrario, era él, quien robaba y asesinaba impunemente y la tenía esclava.

De los compromisos de recíproca obligación, de provocar un movimiento subversivo contra el Gobierno y asesinar al Presidente, que se afirmó firmaran en Salinares y Paraguary, los conjurados (¡tan inocentes eran!), de la abundante correspondencia, que se cambiara entre Benigno Lopez, Berges, Washburn, Carreras, señorita Recalde, señorita Dolores Cáceres, el correntino Ferreyra, etc., y Caxias y del señor Duprat padre con el Barón de Villa María, cosa singular, nada se halló: «no habiéndose encontrado un solo documento ni letra escrita referente a tan vasta y complicada maquinación, cuyos papeles todos fueron registrados, pero sin resultado alguno positivo .....» (Presbítero Fidel Maiz, ex-fiscal de los tribunales de López).

tras espesos terraplenes y con las distancias. Cuando faltaron los hombres, los muchachones llenaron los claros, y cuando éstos llegaron a escasear, niños de doce y de diez años recogieron las armas de los caídos y él, impávido ante las lágrimas y la sangre vertida a torrentes por todo un pueblo, colaboró eficazmente con el enemigo para la destrucción completa de su patria, dejándola sin aliento para oponerse a las usurpaciones del vencedor y sin esperanzas de poder algún día reivindicar sus derechos conculcados. El coronel oriental Palleja, en su diario (16 de Abril de 1867, apenas dos años de declarada la guerra a la Argentina), dice: «hemos recorrido el campo de combate: está sembrado de cadáveres enemigos: son más de trescientos: una gran parte criaturas de 15 a 16 años, que parte el corazón el verlos... pobres madres!...» «El sistema adoptado en los combates—dice el Dr. C. Baez —era el más idóneo para concluir con el ejército, que se diezmaba de día en día por el flajelo del hambre y de la peste: consistía en hacer pelear siempre un puñado de paraguayos contra un número mucho superior de enemigos, poniéndoles en la forzosa alternativa de salir victoriosos o de caer todos en la demanda!

...«Cuando no tenía soldados, armó a los niños desde la edad de once años, no para hacer la defensa de la patria, como se decía entonces, sino para concluir con la nacionalidad...» (Cuadros históricos y descriptivos).

López pretendía arrear en su retirada a toda la población del Paraguay. El camino que siguieron el ejército y las familias hasta Cerro Corá y Espadín (Rio Igatymi) está sembrado de tumbas de las víctimas de la demente resistencia y de la crueldad del tirano.

El coronel J. C. Centurión (Memorias, T. II, pág. 351), que no puede ser tildado de cobarde, dice, refiriéndose a la misión Gould, una de las tantas mediaciones de paz, «no podía haberse presentado al Mariscal López una coyuntura más feliz para dar ante el mundo una elocuente prueba de desprendimiento y patriotismo que esa ocasión. Siendo la guerra una calamidad para cualquier pueblo, y para la misma humanidad, un patriotismo ilustrado aconsejaba dejar el mando a fin de salvar al pueblo paraguayo de sus crueles consecuencias». Un episodio de la hecatombe de que fué causa el *Héroe de oro y acero*, el del inexorable lema de guerra: «Vencer o Morir» (y no Huir), está brevemente relatado por el coronel Carlos B. de Olivera Nery, en su parte del Campamento junto a la villa de Caraguatay, del 25 de Agosto de 1869. Dice: «Grande era la cantidad de viejos, mujeres y niños, sin fuerza ya por el hambre y cansancio, y en completa desnudez, abandonados en el camino por donde fué huyendo el tirano López; esto atestigua una vez más, la inhumanidad de este monstruo para con sus compatriotas»... «Al entrar en un gran bañado, junto a un monte, encontréme con un grupo de 12 a 16 niños, unos muertos, otros acostados o sentados, que nos miraron con indiferencia, todos en un estado de indescriptible flacura». «De allí en adelante, aquí y allí, se veía a un viejo, mujer o niño, muriendo, o ya muerto de estenuación por falta de alimento». «En toda esa marea de horror y espanto, con consternadores espectáculos, como por ejemplo, una vieja y una joven, ambas desnudas y con el cutis sobre los huesos, cabellos desgreñados, parecían más bien dos esqueletos ambulantes, que dos seres humanos, tal era la transfiguración operada en sus formas». «La joven, que parecía ser hija, llevada por el amor filial, quería parar a la vieja, que sin duda hubiera caído en el fango, donde acabaría su vida, si ella misma, sin fuerzas y encorvada por el peso de su esqueleto y el de la anciana, no procurase

sostenerla, hasta que la mano caritativa de nuestros soldados se tendiese para darle la vida».

«Más adelante sobre una pequeña isleta, había un buey de carreta, muerto el día anterior, talvez por cansancio y flacura, rodeábanlo algunos niños ya sin fuerzas y de ellos, dos echados a cada lado sobre el buey procurando carnearlo».

«Después de esto ví dentro del mismo bañado, y en uno de los lugares más profundos, otro buey muerto, hinchado ya por la descomposición interna, y sobre él cuatro niños, uno moribundo, dos heridos, por el tiroteo de la mañana y el cuarto, que parecía tener algún aliento de vida, pedía con las manos levantadas a nuestra gente que lo llevaran.

Bien dice el General Garmendia (Cuentos de tropa): «El dominador absoluto de un pueblo que excita con estudio y sagacidad sus pasiones, puede hacer de él todo lo que quiera, eso lo sabía perfectamente López, así la responsabilidad ante la Historia caerá sobre él, como recuerdo abominable de un loco que hiciera volar una ciudad durante el sueño de sus moradores».

El ejército paraguayo tenía las dos eminentes cualidades: de obedecer ciegamente a las órdenes de sus superiores y de luchar valerosamente, y López, a no haber sido tan inepto y cobarde, hubiera podido prolongar la guerra, mucho más allá de lo que lo hizo y sin grandes daños para la República, hasta obtener condiciones favorables de paz, ya que le había dado por ser algo más que un Napoleón sudamericano.

No es exagerado lo que escribió Garmendia, respecto al dominio que López ejercía sobre sus soldados; Juan Silvano Godoy, en la pág. 134 de sus «Memorias», lo confirma,

Por mi parte puedo referir al respecto, dos anécdotas, que debo a la amabilidad de la señora Dolores C. de Cáceres, hija de don Sinforiano Cáceres, uno de los triunviros de Corrientes, y novia del general Bruguez. Ella fué testigo ocular del segundo de los acontecimientos.

Un día el Mariscal mandó llamar al teniente de marina José Urdapilleta, uno de los héroes del abordaje a los acorazados, y cuando estuvo en su presencia le dijo: «Han traido al campamento a su padre y he dado orden que le peguen cuatro tiros, por traidor. Cuide Vd. de portarse bien, de lo contrario le sucederá como a su padre», y lo despidio. El joven militar, que no había pestañeado en las acciones más arriesgadas y sangrientas, quedó aniquilado y se retiró cabizbajo. Su hermana Asunción, cuando oyó de sus labios la tremenda noticia de la muerte del padre, indignada le gritó: «¿Y tú no fuistes capaz de pegarle un tiro a ese monstruo?»

Una tarde en Humaitá, mientras la Sta. Dolores hacía antesala en la casa de la Lynch, que quedaba contigua a la de López. vió a López en el extremo del corredor. sentado en una silla recostada a la pared, cerca de él habían oficiales de alta graduación. Al poco rato se presentó el Sargento Mayor Martínez, hombre joven, de estatura baja, delgado, moreno, (¿Jesús Martínez?) De la conversación que se estableció entre ellos no pudo oir sino lo que decía López, quien hablaba en alta voz, mientras qne el otro hablaba en voz sumisa y parecía excusarse. López lo insultó de pies a cabeza, lo trató de «falso, canalla, traidor», y le ordenó: «tire ese kepí, que no merece y saque su espada y rómpala», lo que hizo el Sargento Mayor, y después dió orden a dos soldados que lo llevaran.

Después de la guerra, la gran mayoría de los ciudadanos paraguayos,

para no decir todos, estigmatizaron la criminal (1) resistencia de López, que había despoblado y reducido a escombros el Paraguay. Los apologistas del antiguo régimen, para justificar el proceder inícuo de López, pretenden solidarizar el ejército y el pueblo paraguayo con las demencias criminales del tirano; pretenden hacerlos cooperadores y cómplices, a sabiendas, de la ruina de la patria. Los intelectuales de mala fe, han forjado una fórmula curial muy a propósito para herir la suceptibilidad y el orgullo de los herederos del nombre, no de las hazañas, de los defensores del suelo patrio y tienen dominados a esos espíritus débiles, en quienes el estólido orgullo ahoga a la sana razón. Dicen: «¿Acaso nuestros padres han sído una majada de carneros, sin voluntad propia, para dejarse llevar inconscientemente a la lucha y gobernar al antojo de una persona?» (2) Pero el pueblo paraguayo defendía su patria, sus lares, mandara quien mandara, mientras que López, dominado por su delirio de las grandezas, defendía su poderío, su imperio. No cabe la menor relación entre lo uno y lo otro. López, desde muy temprano y usando variados procedimientos, se deshizo de todos los intelectuales, que no se mostraron incondicionalmente adictos a su causa, y mediante su sistema de riguroso aislamiento, no dejaba traslucir al pueblo lo que sucedía en el ejército, sino tan solo lo que le convenía, encontrándose todo el mundo a obscuras de lo que realmente ahí pasaba. No era disciplina, era terror lo que dominaba. «En el ejército de López (dice Juan Silvano Godoy en sus Memorías, pág. 103), nadie comunicaba (sin excepción de persona), ni osaba interrogar al amigo de mayor confianza respecto a lo que ocurría en el campamento...)»

Ni el ejército ni el pueblo paraguayo estaban en condiciones de saber que López había provocado una guerra injusta, insensata, de antemano perdida, contra fuerzas numéricamente, y por recursos, aplastadoras, sin tener la preparación ni el material suficiente. No sabían que se le habían presentado varias veces proposiciones de paz, que no fueron aceptadas por el tirano, porque la principal cláusula era su abdicación del mando y su alejamiento del país. En esas ocasiones escudaba su ambición y su falta de patriotismo con el honor y la dignidad nacional, que hubieran quedado lastimados, según él, con su ostracismo. Cuando se le ocurría reunía un consejo y exponía la humillante exigencia del enemigo y pedía el parecer de los presentes, con la plena seguridad que ninguno se atrevería a aconsejarle su retiro. En ocasión de la misión Gould, se ahorró esa farsa, todo corrió entre él, que dictó la contestación, Caminos, que escribió bajo dictado, y el Secretario Gould que la recibió y la comunicó a las partes

(1) Criminal, seguramente, por cuanto no existía ya la más remota esperanza de poder vencer en la desigual contienda, ni aun de obtener una paz aceptable, puesto que por una parte el mismo tirano había preparado su propia derrota restando toda eficiencia al ejército paraguayo por los medios ya mencionados y por la otra, por haber desperdiciado toda oportunidad de arreglo, por preferir la completa ruina del país, antes que delegar el mando en otra persona, retirándose a vivir tranquilamente a Europa, desde donde no pudiera perjudicar más al pueblo paraguayo.

(2) Eso me hace acordar al *tour de force* de la oratoria escolástica de antaño. El orador desde lo alto de su tribuna con voz estentórea exclamaba: ¿quién es tan ignorante, tan necio, tan cretino, que no conozca o quiera negar los méritos de tan eminente ciudadano? Y, de los presentes, callaba quien no lo conocía y ni chistaba quien lo conocía y se había hecho un concepto desastroso del individuo en cuestión. Ninguno hubiera querido cargar con los epítetos, que el orador esgrimía con tanto ardid. Arma arrumbada y mohosa, que todavía se suele gastar en los arrabales y puntos más remotos de la República.

interesadas. Su mentado consejo, formado por individuos, que bien le conocían, apegados más a su persona, por comunidad de delitos o por temor, que adictos a la causa nacional, de ninguna manera hubieran hecho sacrificio de la propia vida, y sin ningún provecho, diciendo algo que desagradara al Supremo. Aquí viene al caso recordar que mucho antes, cuando todavía no estaba cebada su feroeidad innata con tanta sangre, cuando, bajo la presión de las bayonetas, fué elegido presidente, violando a más, la expresa declaración del acta de la Independencia Nacional, que dice: «El Paraguay nunca será el patrimonio de una persona o familia», los que titubearon en darle el voto cayeron en desgracia y concluyeron sus días en la cárcel o bajo los tormentos (1). El soldado paraguayo enteramente absorto por el esfuerzo, que requería la defensa de la patria, no atendía a lo que sucedía a sus espaldas: a los robos y asesinatos practicados impunemente por el Supremo, por el jefe que, en vez de dar ejemplo de sangre fría, si no de valor, los abandonaba en las derrotas a la merced del vencedor. Oigan los apologistas incondicionales de la tiranía lo que dice Centurión:

«En momentos nada menos en que los hijos de este suelo hacían inauditos sacrificios de sangre y de vidas, de abnegación suprema en su defensa contra la invasión de un ejército enemigo; en momentos en que, desnudos y hambrientos, en medio de los sufrimientos crueles que imponían las penurias y fatigas de luchas prolongadas, presentaban generosos sus pechos a las balas mortíferas de sus adversarios, triples o cuádruples en número; en el momento en que no se preocupaban de otra cosa que del cumplimiento de su deber a la vez sagrado y terrible, y muy lejos de su ánimo el pensamiento que su jefe mientras tanto hubiera estado traficando a sus espaldas, con los bienes del Estado, regalando a precio ínfimo, a su compañera, grandes zonas de la misma tierra que ellos regaban y sacrificaban con su sangre... (2).

El profesor de Historia protesta contra la afirmación de que nuestros soldados se mancharon con la sangre de los prisioneros rendidos, y añade: «Esa era práctica de los ejércitos civilizados de la Tripe Alianza» Barba-

---

(1) F. S. López heredaba la presidencia de la República de su padre don Carlos Antonio López. El ciudadano paraguayo doctor C. Baez, en «La tiranía en el Paraguay», dice: «Cuando iba a procederse a la votación, el diputado Varela pide la palabra. Concedida, comienza por hacer el elogio del general López pero manifiesta una duda, que afecta a su conciencia. «Hemos jurado, dice, aquella declaración por la cual el Paraguay no puede ser el patrimonio de una familia, ni de una persona. ¿Cómo, pues, se compagina esto con la candidatura del hijo del Presidente que acaba de morir?»

Dicho esto, López hace una señal al padre Román, que también era diputado. El padre Román se levanta, se dirige hacia Varela, y poniéndose de rodillas delante de él, le dice: «*Ego te absolvo*, hermano, yo te desligo de aquel juramento, pues este no es el caso de observarlo».

Varela quedó satisfecho, y el general fué electo por unanimidad. Sus primeros actos fueron meter en los calabozos al diputado Varela por aquella indiscreción y al juez Lescano, viejo octogenario que murió. Cuando expiró este desventurado hombre, el jefe de policía mandó llamar a su esposa, diciéndole: «Mujer, tu marido está libre; puedes ir a buscarlo en el hospital».

(2) Dictámen de Centurión de fecha 30 de junio de 1885, elevado al juez de lo civil, probando la nulidad de la compra de 3105 leguas de campo fiscal hecha por Mma. Lynch.

ridades y atrocidades se cometieron de ambas partes y no es el caso de callar o silenciar los desmanes de nuestros compatriotas; ante todo la verdad. El soldado paraguayo no era cruel por naturaleza, obedecía y nada más, por lo que no le cabía ninguna responsabilidad en los saqueos y asesinatos. Algunas acciones de guerra fracasaron porque los soldados se abandonaron al pillaje, y esto por serles consentido y autorizado por los jefes y por el mismo López». En cuanto a generosidad hacia los prisioneros, no creo que se practicara esa virtud, al menos esa no era la consigna del Supremo a quien muchas veces se le ha oído decir a los convalecientes, que volvían al frente: «Peyucá cambá». Cuando volvió el vapor de guerra paraguayo «Ipora», de la expedición a Matto Grosso, traía los obenques adornados con orejas de brasileros, muertos en pelea y de prisioneros lanceados, López las hizo quitar, pero no castigó a los culpables. El general Duarte cometió muchos crímenes en la provincia de Corrientes, incendios y asesinatos, aduciendo, en su descargo órdenes del Supremo. Se le secuestró un borrador de carta dirigida al general W. Robles en la cual le decía, entre otras cosas: «El Mariscal Presidente me ordena que arrrebate todo el ganado que encuentre a mano, y que fusile a los prisioneros que caigan en mis manos». (Juansilvano Godoi - Alberdi, pág. 32). Pocos fueron los prisioneros de guerra que se salvaron. Los que no murieron de hambre y de miseria, fueron torturados y ejecutados bajo la calumnia de ser traidores y complotar contra la seguridad del Estado y la vida del Supremo, el Cristo del Paraguay. Véase, sino, el «Diario del General Resquin». El 5 de Agosto de 1865, Estigarribia mandó degollar, en proximidad del Cementerio de la Uruguayana a los prisioneros brasileros a la vista de la brigada Canavarro, que no lo podía evitar. (Invasao, etc., pág. 32. Schneider, pág. 219, t. I). Dice el coronel Palleja, en su diario, que en Uruguayana encontraron cadáveres mutilados de brasileros. En una carta del teniente coronel Augusto Francisco Caldas, fechada Curuzú, 4 de Octubre de 1866, publicada en la «Semana Ilustrada», n.° 311, se lee:

«Si se contara en Europa los actos practicados por estos caníbales después de la batalla, serían considerados como falsos: los cuerpos de nuestros camaradas, muertos o heridos en el campo de batalla, fueron degollados, algunos mutilados, lanceados y amarrados por el pescuezo, pulsos y piernas, atados a palos y echados al río, para que viéramos lo que hacían de nuestros bravos camaradas». ¡Y eso, al empezar de la guerra! Dice Centurión (Memorias, T. 2, pág, 43): «Después del combate de Corrales, no hubo más expediciones importantes del otro lado del Paraná, excepción hecha de algunas partidas *de bomberos*, que mataban a los soldados aliados que se encontraban aislados y dispersos. Una vez, un sargento volvió trayendo en un saco nueve cabezas de soldados aliados que *fueron puestas en exhibición para servir de escarnio*».

La historia es *un quid* muy maleable para la conciencia del Profesor. La forma y deforma a su capricho y antojo. Su ampulosa y artificiosa argumentación me hace acordar a las tretas de esos individuos, que, a falta de buenas razones, durante las discusiones, ahogan la voz del contrario, como ahogan la propia conciencia, salpicando sus afirmaciones con frases sonoras, cuando no con interjeciones, que no tienen cabida en el lenguaje de las personas cultas.

López nada respetó. No respetó la religión, porque exigió de los Mi-

nistros del Culto que violaran el secreto confesional y el más absoluto incondicionalismo (1) y mandó fusilar a más de treinta sacerdotes y al mismo

(1) El Obispo Palacio, por *indicación* de López, reunió un Concilio Diocesano y propuso la tesis: si el confesor podría manifestar un pecado, que tuviera relación con la política del país, y, como se supiera de dónde venía esa pregunta y la contestación que se exigía, contestó que: «no sólo podía hacerlo, sino que debía hacerlo». Pocos se opusieron a la violación del secreto confesional, condenado severamente por el Concilio de Trento, acarreándose el resentimiento de sus compañeros y, lo que era peor, del mismo López. Se infringió el secreto confesional, así lo declararon varios sacerdotes después de la guerra. El Presbítero Becchi, dice: «que después de las confesiones a que se obligaba al ejército en los días de Pascua y de San Francisco Solano y otros, según el antojo de López, seguían las prisiones, las torturas y los degüellos».

López había preparado el terreno con un decreto que promulgó en el 1863, decreto atentatorio a la libertad del Culto Católico. El candidato al Obispado, Palacios, hombre ambicioso y sin dignidad, fué el primero que pasó las horcas caudinas del juramento de fidelidad incondicional. Verdad es que se le doró la píldora con un pomposo recibo y festejos públicos. Ahí va el decreto de referencia:

«El Semanario», Sábado 29 de Agosto de 1863. N.º 488.

SECCIÓN OFICIAL

El Presidente de la República, y General en Jefe de sus Ejércitos, vistos los artículos 4.º y 5.º del acta de la Independencia Nacional, y los artículos 16 y 17. del Título 7 de la Ley fundamental, y siendo necesario fijar el modo y forma del juramento de fidelidad que los Obispos de esta República deben prestar,

ACUERDA Y DECRETA:

Artículo 1.º Todos los obispos, que con título de Diocesano, Coadjutor Auxiliar, u otro cualquiera, haya de ejercer funciones de tales Obispos en la República del Paraguay, prestarán previamente el juramento de fidelidad a la Patria y a su Gobierno.

Art. 2.º El juramento ordenado por el art. 1.º se hará en la forma siguiente: Yo fulano de tal, Obispo de tal parte, juro por el sagrado nombre de Dios, y estos santos Evangelios, y prometo a la Patria que prestaré sumisión y respeto a las Leyes y Estatutos de la nación: obediencia y fidelidad al Supremo Gobierno; que propenderé con todas mis fuerzas al bien de la Patria; que no tomaré parte en consejo, plan ni empresa alguna interior, ni exterior, contra la tranquilidad pública, o contra el Magistrado Supremo de la Nación: y que si alguno llegara a mi noticia, ya sea en mi Diócesis o fuera de ella, lo manifestaré al Gobierno. Así Dios me ayude.

Art. 3.º El Obispo consagrado, deberá exhibir escrita y firmada la forma de su juramento, al dar principio a la ceremonia de la consagración.

Art. 4.º El Presidente de la República, recibirá seguidamente a la consagración el juramento del nuevo consagrado en audiencia pública, con asistencia de la jerarquía eclesiástica y demás miembros de esta Corporación.

Art. 5.º Publíquese, y comuníquese a quienes corresponda.

Asunción, Agosto 27 de 1863.

El Ministro de Gobierno — FRANCISCO S. LÓPEZ.

FRANCISCO SANCHEZ.

Este decreto no es más que una copia más o menos fiel del convenio entre el Gobierno francés y el Sumo Pontífice.

Extracto del convenio ajustado en París el 15 de Julio de 801 entre el Sumo Pontífice y el Gobierno francés, cuyas ratificaciones fueron canjeadas el 10 de Septiembre siguiente.

JURAMENTO

Art. VI. Los Obispos antes de ejercer sus funciones prestarán directamente en manos del primer Cónsul el juramento de fidelidad que era de uso antes de la mudan-

Obispo. No respetó la patria, porque la arruinó en una guerra que podía haber evitado. No respetó la vida de sus soldados, que mal armados, debilitados por el hambre y mal dirigidos, lanzaba a empresas descabelladas. No respetó los tesoros del Estado con los que se enriqueció y enriqueció a su manceba. No respetó la propia sangre, pues mandó torturar y ejecutar a sus dos hermanos, y sus dos cuñados siguieron la misma suerte. No respetó ni a sus propias hermanas ni a su propia madre, que abandonó a la jauría de avezos verdugos. (1) El único cariño que albergaba su corazón, era hacia los hijos de la inglesa, a los que también abandonaba, cuando era dominado por el instinto de la propia conservación. El Profesor protesta contra la «espúrea leyenda» de bajezas y crueldades con que los escritores imperiales intentaron empañar, por tantos años, tu inmaculado patriotismo». ¡Oh divo López! Es la verdad pura y simple, pese o no pese a la Triade Apostólica del Credo lopizta. López era un cobarde y un traidor a la Patria.

Se les metió entre ceja y ceja a los secuaces de la tiranía la criminal idea de identificar a López con el nacionalismo paraguayo;— identificar el ladrón, el asesino con su víctima; el aborto moralmente monstruoso, con el pueblo generoso y valiente!

---

za de Gobierno y expresado en los términos siguientes: «Juro, y prometo a Dios sobre los Santos Evangelios, guardar obediencia y fidelidad al Gobierno establecido por la Constitución de la República Francesa. También prometo no tener inteligencia, ni asistir a ningún consejo, ni mantener liga ninguna interior ni exteriormente que sea contraria a la tranquilidad pública; y si en mi Diócesis u otra parte sé que se maquina alguna cosa en daño del Estado, lo pondré en noticia del Gobierno».

Cabe preguntarse: qué actitud asumiría un Obispo, vinculado por tal juramento. surgiendo un conflicto entre el Magistrado Supremo y los intereses vitales de la Nación.

(1) Algunos dudan de que la ferocidad de F. S. López haya podido llegar al extremo de consentir y autorizar que su propia madre, doña Juana Carrillo de López, fuera maltratada y castigada; no sólo es cierto eso, sino estaba en el ánimo de todos la convicción de que, si la guerra duraba todavía unas semanas más, iba a caer víctima de la insania del hijo y de la insaciable sed de oro de su concubina. Es natural que, habiendo López hecho su testamento a favor exclusivo de la Lynch, en vida de la propia madre, estaba en el interés de la intrusa, el eliminar toda persona de la familia López, que pudiera acampar derechos sobre dicha herencia. Habiendo salvado milagrosamente doña Juana, la Lynch tuvo que venir a un arreglo con ella y la fórmula del arreglo se lee en su «Exposición protesta» del 1875, pág. 24, dice:

Art. 3.º La herencia del finado Mariscal López se dividirá en las proporciones siguientes:

Cinco décimas partes para la señora Doña Juana Paula Carrillo de López, madre del finado Mariscal López, y las otras cinco décimas partes a dividirse entre la señora Lynch, sus tres hijos menores arriba mencionados y don Emiliano López».

Consta por las declaraciones de Aveiro y Palacios que la pobre anciana fué insultada y maltratada sin ninguna consideración. En una carta del Doctor Stewart al señor Parodi, fechada en Asunción, 29 de Junio de 1870, (carta en mi poder), se lee: «La madre de López también recibió una (carta) de ella (Madama Lynch), pidiéndole que negara que Aveiro la había castigado. La señora me dice que no le contestó y que Aveiro miente mucho en decir que la castigó *poco;* me dice ella que la castigó con la mayor severidad».

En Cerro Corá, Doña Juana Carrillo de López mostró, a algunos oficiales brasileros de alta graduación, una herida de diez a doce centímetros, en la espalda, producida por un feroz cintarazo, que recibiera de uno de los fiscales. La herida supuraba aún después de varios días de su regreso a la Asunción. Las hermanas del tirano también fueron castigadas y una de ellas, por desesperación, intentó suicidarse.

Sería cosa de nunca concluir si tuviéramos que anotar todos los garrafales errores en que ha incurrido el Profesor de historia *mala o bona fide;* me limito a señalar los más groseros y *de minimis non curat praetor.* Que el coronel Caminos muriera al lado de López, es pura fantasía del articulista; murió en el desbande y no al lado. Pero lo que resulta una broma pesada y una piña sangrienta, es la afirmación del Profesor, que los paraguayos «tuvieron que ir retrocediendo *matando* y muriendo». Muriendo, desgraciadamente sí, pues al principio los brasileros no daban cuartel, pero que ello fuera matando, es una falta a la verdad, como otras del Profesor de historia. Los brasileros no anotaron, después de la batalla, mas que siete heridos, de los cuales dos graves y NINGÚN MUERTO, mientras tanto las picadas quedaron cuajadas de cadáveres de paraguayos.

Es verdaderamente lamentable que el Profesor se dé a esos ejercicios acrobáticos para sostener su tesis y que trueque su misión de verdad y educadora en la de abogado de malas causas. La Historia es hija de la Verdad, y la Verdad está tanto entre los pobres y humildes, como entre los ricos y potentes. Los Apóstoles que difundieron la fe, eran humildes e ignorantes. Me extraña, pues, sobre manera, que el Profesor deseche desdeñosamente declaraciones de personas de humilde condición, sólo porque son pobres y humildes. La Verdad, por cuanto conculcada, concluye por abrirse paso, así la grande mistificación del heroísmo de López, que tuvo engañados por muchos años a personalidades y a naciones enteras, poco a poco, bajo la nueva luz de la Civilización y del Progreso, que ilumina las conciencias, irá desvaneciéndose, como la neblina bajo los rayos del Sol.

No discuto si el espadín o espada llevara grabado el feroz lema guerrero, su implacable lema de «VENCER O MORIR». López puede haber tenido un espadín con ese lema, pero hago mis reservas, pues la espada, que recibiera en obsequio en Paso Pucú, llevaba en el centro de la hoja la inscripción «VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY - INDEPENDENCIA O MUERTE». El coronel Centurión en sus Memorias, T. 3, pág. 94, dice: «El Mariscal entonces recibió de manos de los comisionados, la espada de honor, y habiéndola desenvainado, se fijó en la hoja que contenía el lema *Independencia o Muerte*, y ciñéndosela, contestó con el siguiente discurso: «.....» Tal vez el historiador ha sido inducido en error por lo que escribió «El Centinela» del 2 de Enero de 1868: «Vencer o morir» es su nuevo lema, y la oración que cada ciudadano eleva a Dios desde el santuario de su conciencia, ratificando con su sangre el indeclinable propósito de *Independencia o Muerte*». Estaban en uso, por lo visto, dos lemas, pero el que estaba grabado sobre la espada, era el ya indicado. («El Semanario», del Sábado 21 de Diciembre de 1867). Por supuesto, el lema «Independencia o Muerte» convenía más a López, pues le dejaba plena facultad de optar por una de las dos y él optaba invariablemente por la primera. En cuanto a lo que dice de: «los últimos canes que han salido a ladrarle—estómagos agradecidos—desde el hogar del vencedor», me permito hacerle observar que su incondicional adhesión al tirano, su extrema tolerancia hacia sus demencias criminales, no tendrían que llegar hasta imitar a ese monstruo en el desprecio de los vínculos de sangre; los ancianos de la calle *Garro*, le deben merecer mayor respeto y consideración.

Tenemos el derecho de exigir mayor cultura e hidalguía y más respeto a la Verdad en los escritos de un ciudadano, que ocupa un puesto entre

nuestros intelectuales. Las trivialidades sólo corresponden a los defensores de malas causas, y toda intemperancia no prueba más que una educación descuidada del espíritu y del corazón.

*
* *

Para que el lector conozca mejor a la prensa paraguaya durante el tiempo de la guerra, transcribimos los siguientes párrafos de un *artículo editorial de La Estrella,* (número de Julio de 1869):

« . . . Hombres que marchan a su destino, tiene el pueblo paraguayo, y un GENIO que es la alta expresión de su superioridad de todos los hombres es el que preside y dirige sus destinos.

« En el Pueblo Paraguayo está un reflejo de la Divinidad.

« En el GENIO que le preside y le dirige está un vivo destello de la misma Divinidad.

« Es por eso que el mundo con sus volcanes, sus aguas, sus vapores, sus materias sulfúreas y bituminosas, sus metales, sus truenos, sus arenas, sus piedras, sus fieras todas y sus infiernos ha sido ante el Pueblo Paraguayo infinitamente más insignificante que un átomo de polvo de carbón ante el universo entero.

« El enemigo, dando contra el destino del hombre, dando contra la libertad y la racionalidad, ha desconocido las verdades eternas, y ha caído bajo su peso.

« Ha querido trastornar la naturaleza; ha creido exterminar la razón y la libertad; ha creido poder aplastar al GENIO; ha creído, en fin, anonadar a Dios en uno de sus destellos, en sus leyes y en su obra la más privilegiada. Y el enemigo en proporción de su número y de la fuerza de sus embates, no ha recogido sino la medida de su impotencia en sus desastres.

« ¿Qué han sido nuestros enemigos en presencia del MARISCAL LOPEZ? Sombras pavorosas y fugitivas, condensados vapores del crimen, que al fuego de una sola mirada del GENIO han descargado sobre ellos sangre y desolación.

« ¿De qué les han servido a nuestros enemigos todos los planos, todos los elementos, todos los crímenes y todos los medios de que se han valido?

« De qué les ha servido a nuestros enemigos que harto ¡pesaroso y sensible es decirlo! en la misma mesa del MARISCAL LOPEZ, y delante de los mismos altares de Dios hayan puesto asesinos con puñal en mano que corte el vuelo de la existencia del GENIO?

« De qué les ha valido a nuestros enemigos que en todo el curso de la guerra hayan empleado todos sus medios, todos sus elementos propios y ajenos, todas sus balas y sus bombas, y todos sus conatos, y todo su tiempo contra la vida del GENIO?

« ¿No han dicho nuestros enemigos que hacían la guerra a ese GENIO; y no han empleado contra ese GENIO todos los elementos, la vida misma de un Imperio y dos Repúblicas y todos los hombres y elementos que el mundo entero ha podido darles?

« ¿Y qué han conseguido de tan monstruoso e infernal empeño? Anonadarse, y anonadarse. . . cubrirse de baldón e infamia, sepultarse en el polvo de las derrotas, ahogarse en su propia sangre y sorber su propia ruina.

« ¿Qué prueba más espléndida que ésta de la verdad de que hacemos pálida mención?

« ¿Cuándo en la historia del mundo ha aparecido en la cumbre de los tiempos un GENIO cual el MARISCAL LOPEZ?

« Nunca... jamás...

« Un *Alejandro*, un *Julio César*, un *Constantino*, un *Frederico Guilherme*, un *Napoleón*, han sido atletas que se han levantado con las alas del Genio sobre el nivel de los campeones de Marte; todos ellos han labrado su vida con el buril de la inmortalidad; pero, ¿cuál de ellos ha remontado a tanta altura y ha dominado los espacios hasta la misma inmensidad, cual el MARISCAL LOPEZ?

« Consúltense las épocas; consúltense los siglos; consúltense las luces y los elementos, y consúltense los accidentes, las circunstancias y los medios, y se verá que el MARISCAL LOPEZ es el GENIO de los Genios... »

***

Los siguientes pasajes dan un paralelo entre López y Jesucristo. Son tomados también de «*La Estrella*» (artículo editorial de 13 de Junio de 1869).

« La formidable y extraordinaria guerra, gigante en todas sus proporciones y detalles, que ha sido provocada a sostener la República, es ciertamente el gran elaboratorio de su existencia política.

« Es el apremiante y decisivo debate de su pasado, su presente y su porvenir.

« Patria, libertad, soberanía, independencia, religión, vida, todo... todo... ha estado amenazado de muerte, y de muerte alevosa, vil e infame....

« El huracán exterminador partía de su cráter, el Brasil, en nubes de sangre, fuego y humo.—Arrasaba las regiones del anchuroso Plata y sacudía el santuario de la democracia.

Los ríos se secaban, las ánditas montañas inclinaban amedrentadas su colosal cerviz y la historia, y la geografía enmudecían al atronante y exterminador rugido de la tempestad.

La misma existencia de todo un DIOS era problemática para algunos, y desconocida y bofeteada por la muchedumbre atea.

« Mas a manera de la rosada aurora, que ceñía los divinos destinos de la VIRGEN DE NAZARETH, existía en el corazón de América una VIRGEN NACIONALIDAD; que, si AQUELLA dió un DIOS, ESTA había dado un GENIO: que si AQUEL había redimido a la humanidad entera, había inaugurado la libertad y la igualdad, y había con la doctrina de sus hechos y de sus palabras edificado la paz y la felicidad de las naciones, y la paz, la felicidad y la gloria del género humano, ESTE estaba llamado a salvar el esplendor de esa divina doctrina: estaba llamado a defender y sostener esa libertad e igualdad; y estaba llamado a defender y sostener esa paz y felicidad de las naciones, y esa paz, felicidad y gloria de la humanidad.

« Si AQUEL había libertado las naciones y al hombre de la pesada esclavitud de las tinieblas y del pecado, ESTE estaba destinado a libertar esas naciones y ese hombre de la oprobiosa esclavitud, de la desenfrenada ambición y del cruento despotismo que hacen de las naciones y del hombre ¡una simple cosa!

« La hora sonó: las trompetas de la barbarie, sopladas por las fu-

rias infernales, conturbaban los espacios; la tempestad dirigía sus pasos de desolación la VIRGEN NACIONALIDAD de América, y la sentencia de la degollación estaba tirada.

« Empero el GENIO SALVADOR no partió paro el Egipto, no: partió sí, para el campo de la guerra, para el campo de prueba!

« ¡Fué el 8 de Junio de 1865!

« No dejó el Pesebre cuyo verde follaje formaba su cuna; dejó, sí, el Fausto de las comodidades de su alta posición social y política; dejó los dulces halagos del hombre y corrió por las asperezas de la austera vida del héroe.

« S. E. el Señor MARISCAL LÓPEZ, venciendo la oposición del congreso y del pueblo, y cediendo a los patrióticos impulsos de su magnánimo y generoso corazón, como a las inspiraciones del GENIO partió de la Asunción, dejando la magnificencia del asiento gubernamental, para poner su fortuna, sus sufrimientos, su espada y su vida en pro de la salvación de su Patria, en pró de la incolumidad de DIOS y de la paz, la libertad y la felicidad de las Naciones y del hombre.

« Hecho de tan sublime y acrisolada abnegación no da la palabra su elogio, ni da la pintura su imagen.

« La presencia de S. E. el Señor MARISCAL LÓPEZ al frente de sus Ejércitos ha borrado la palabra *imposible* del diccionario de la humanidad . . . . . .

« S. E. el Señor MARISCAL LÓPEZ ha hecho al frente de sus Ejércitos lo que no pudo haber hecho nadie, lo que estaba reservado a un GENIO! . . . »

Y en este tono original continúa todo el artículo.

No se comprende cómo podía el dictador López, tolerar y menos aplaudir, escritos tan burlescos.

***

« Llenos de gratitud, de respeto y amor veneremos y acariciemos, aplaudamos y ensalcemos a este Númen prodigioso, a este ángel tutelar, a este Ungido de nuestro pueblo que el Señor nos ha dado en testimonio de su divina paternal protección, y de esa adorable Suprema Providencia, que vela siempre sobre la suerte de los pueblos inocentes e inofensivos como el Paraguay, para hacerlos felices, al paso mismo que no permite sean inapercibidos ni queden impunes los crímenes y atentados de pueblos ambiciosos y avaros como los del Brasil y sus adheridos que nos han traido una guerra de *conquista* la más inicua, nefanda y bárbara que hasta aquí se ha conocido».

. . . . . .

«¡Oh corazón de Francisco Solano López, sobrehumanamente privilegiado, y divinamente enriquecido! Mirad! El se eleva majestuosamente, surca los espacios de tiempos y lugares, y no se detiene hasta haber tocado a lo infinito! Y allí se para, allí se nutre, allí saborea la deliciosa fruición de sus prodigiosas concepciones en pro de la santa causa de la humanidad en su más primordial y lata manifestación, para no salir de sus manos sino efluvios de felicidad y ventura a sus semejantes.

« Y el Eterno, que se recrea y complace en las obras primorosas que

salieran de sus manos creadoras, e inclinado ya a recompensar los trabajos, las vigilias los sacrificios y los sinsabores todos, sufridos con abnegación y fe en *amor de la justicia y en odio de la iniquidad*, le hace percibir desde el tiempo la apacible alegría de su unción santa; cierne sobre él cual el rocío que cae sobre la verde grama, sus gracias y dones; le impregna de sus inspiraciones y luces, y le ostenta revestido de sus soberanos atributos de poder y valor, de saber y rectitud, de amor y clemencia, ciertamente cual *Dios en la Tierra e hijo del Altísimo*, (P. sam. LXXXI, 6), para que le admiren y veneren, le aplaudan y bendigan todos los moradores de ambos mundos; y se dé por El gloria a Dios en las alturas y en la Tierra paz a los hombres de buena voluntad, (Luc. II, 14) y Maran Alha (XVI, 22) a sus malvados y protervos antagonistas.» Expresión de gratitud. --Campamento en Paso Pucú, Noviembre 27 de 1866.—*Fidel Maiz*... (presbítero.)

« Debemos mencionar en primer lugar al señor de Cuverville, Gerente del Consulado de Francia, que ha brindado por la salud y felicidad del ilustre Mariscal López, diciendo que era el segundo Washington, repitiendo que decía así, no porque era inferior a aquel gran hombre, sino porque era el segundo hombre que descollaba en América, y que en verdad era más grande aún que Washington, no sólo porque ha salvado su patria con elementos territoriales y sin ningún género de auxilio extraño, más también la defendía heróicamente con sus propias fuerzas y contra el poder unido de tres naciones. (El Semanario, Sábado 1.º de Febrero de 1868). (1)

« Si nuestros antepasados pudieron casi sin armas y sin recursos resistir a sus enemigos ¿cómo nosotros no resistiremos a todo el mundo, que tenemos más elementos que ellos, y teniendo al frente a un MARISCAL LOPEZ que ellos no merecieron; al MARISCAL LOPEZ, que asombra a todo el mundo con sus hazañas y proezas y deslumbra a todos los héroes antiguos y modernos con el brillo de sus glorias? (Estrella, Miércoles 14 de Abril de 1869).

« No... El Mariscal López es el Padre y la vida de la Patria; es el legítimo y Supremo Jefe de la Nación; es el *Cristo del Pueblo Paraguayo*...» (Justo Roman - Fidel Maiz (Presbíteros)—Proceso del obispo Don Manuel Palacios).

***

Hay quienes erróneamente afirman que F. S. López, antes de la guerra, no cometió ningún atropello grave, aunque podía hacerlo impunemente por el alto puesto que ocupaba en el ejército, por ser contemporáneamente Ministro de Guerra y Marina y por sentirse amparado por la autoridad del padre, Don Carlos Antonio López, Presidente de la República. Pero basta recordar el proceso y ejecución de los hermanos Decoud, (2) por un supuesto

---

(1) «Desconfié de esa conversación (de Cuverville) hecha en su casa en alta y clara voz, donde había criados y espías, y recordé entonces lo que el señor Yanté me había dicho respecto a Mr. de Cuverville: «Il nous à vendu, madame, je le sait; la fin fera voir que notre consul à été notre espion, il dit un jour devan plusieurs français: il ne tien que à moi être millonaire: on m'offre un millon de ma signature: j'ai refusé; eh bien madame, il à acepté, je vous en reponds: autrements le gouvernement français ne serait pas trompé sur la véritable sort des français; mèfiez-vous de lui, il nous laisserà perir ici, il nous a vendu.» -(Dorotea Duprat de Lasserre).

(2) F. S. López tenía sus razones de estar resentido con los Decoud. «El hermano mayor de estos había sido elegido por López como agente suyo en Buenos Aires, consignándole la yerba-mate, tabaco, cueros y otros productos del Paraguay que el

complot contra la vida del Presidente, proceso y ejecución inspirados y hasta impuestos por él al padre, que no era sanguinario, para demostrar lo contrario. Y F. S. López tuvo la habilidad de enredar en ese famoso complot a Canstatt, rival suyo, más afortunado en el corazón de una niña asunceña, que el extranjero deseaba desposar y él deshonrar, como intentara hacer con la niña Pancha Garmendia. La cuestión costó mucha plata y muchos malos ratos al Gobierno. Canstatt recibió orden de dejar inmediatamente el país y lo hizo afortunadamente a tiempo para evitar el puñal del sicario.

Al principio de la guerra, F. S. López tenía bastante campo en el ejército para cultivar sus instintos feroces, pero no se descuidaba, no obstante, en hacer sentir en todo el país su tiranía, llenando las cárceles de inocentes de todas las nacionalidades. Las declaraciones de los ex fiscales, los escritos de Thompson, Mastermann, Centurión y otros, nos hacen saber que los azotes y hasta los fusilamientos por culpas nimias, estaban a la orden del día desde el principio de la guerra. Pero cuando empezaron a menudear los fracasos militares, recrudeció la ferocidad del tirano y fué en aumento, hasta llegar a un verdadero frenesí sanguinario, cuando los acorazados brasileños forzaron el paso de Humaitá. El, el Genio, el Superhombre, no podía admitir que los fracasos eran consecuencia de su ineptitud política y militar, debían, por lo tanto, haber individuos nacionales y extranjeros, que en connivencia con el enemigo, complotaban contra su persona y contra la Patria. Pero para eso se necesitaba plata, mucha plata y los acusó de haber hecho una emisión clandestina de millones de billetes, mientras que él mismo, con decreto del 21 de Octubre de 1867, publicado en el «Semanario» del 4 de Enero de 1868, decretó que se elevara a diez millones de pesos la emisión de cinco millones de pesos de billetes del Tesoro Nacional de actual circulación». Y los acusó de haber saqueado el metálico del Tesoro Nacional, mientras que él y Mª. Lynch mandaban ingentes remesas de metálico al exterior, para que fueran depositadas en los Bancos, a sus respectivos nombres, lo que quedaba, lo llevaba en su retirada, cargado en numerosas carretas. (1)

Al principio los ex fiscales de López confesaron espontáneamente la participación que habían tenido en las atrocidades cometidas por el tirano, acusándose recíprocamente unos a otros, y en fin, descargaron toda la responsabilidad sobre el tirano. Después, algunos de los ex fiscales, sabiendo que las pruebas de su criminalidad habían desaparecido casi por completo con el incendio de los archivos en Cerro Corá, hechos audaces por la tole-

---

gobierno o la familia López enviasen para vender. López era sumamente descuidado en sus negocios; rara vez pedía cuenta a su agente y tanto confiaba en él, que antes de sospechar lo contrario, Decoud había sustraído cerca de un millón de pesos»... «Los otros dos le habían ofendido de otra manera que por el mero hecho de ser hermanos de su ex-agente. Uno de ellos se había entrometido en una especulación del joven López; el otro había ofendido al presunto heredero de una manera más sensible: le había vencido en un *affaire de cœur*».—(Carlos A. Washburn, Historia del Paraguay, T. II, pág. 100).

(1) Estaba prohibido, en esos tiempos, negociar el metálico, pero para la Lynch no había ley y sus corredores acaparaban todo el metálico que podían. El señor José Solís y el señor Azconar andaban con una bolsita de papel moneda paraguayo *completamente nuevo y*, encontrándose una vez en el almacén del señor Duprat, uno de ellos dijo: «no se tiene que saber ni quien compra ni quien vende», y el segundo añadió, mientras metía algunas monedas en el bolsillo: «con que mi cabeza no vaya también a concluir en mi bolsillo». Y el pobre cayó en desgracia al poco tiempo, fué torturado y fusilado.

rancia que encontraran entre sus conciudadanos, en vez del horror y repulsión, que justamente merecían, rectificaron en parte sus declaraciones, *insinuando la probabilidad de una gran conspiración*, y de verdugos pasaron a figurar en el digno rol de instrumentos de la vindicta pública. Tuvieron un ambiente propicio en los rezagos de la tiranía, en la turba ignorante y patriotera, en la nueva generación de ambiciones incondicionales, quienes fingieron creer que las declaraciones y exposiciones de dichos fiscales habían sido arrancadas bajo la presión del terror, y nos hacen gracia al oirlos hablar tan solo de la *presión del terror*, cuando en tiempo de López, la práctica de los azotes, estaqueamientos, cepo de la Uruguayana, fusilamientos, estaban a la orden del día, y se permiten dudar que dichos fiscales hicieran tales declaraciones, admitiendo, a lo sumo, que habían consentido en firmar. Citan en apoyo de su tesis, que uno de los prisioneros, estando engrillado, prestó declaraciones y no recuerdan los escritos de Centurión y del Presbítero Maíz, mucho posteriores a los sucesos sangrientos, y no citan las declaraciones de las víctimas, que pudieron escapar con vida de esa hecatombe, ni las de los deudos de los sacrificados.

Goiburú hizo su exposición el día 12 de Febrero de 1869, un mes y medio después de haberse pasado al enemigo y su exposición, no bajo la presión del terror, seguramente, fué de las más aplastadoras contra López. El mismo Goiburú fué de los que aconsejaron a Thompson y a Carrillos la entrega de Angostura. La «Estrella» del 17 de Marzo de 1869, dice respecto a Goiburú: «Este infame, que el día anterior cobardemente había abandonado nuestras filas, pasándose al enemigo, era ya el más empeñoso en disuadir a los nuestros, sacándose él por ejemplo, de que nunca habrán pensado verlo entre los enemigos; pero que las circunstancias le habían obligado a ello. ¡Qué malvado! no ha tenido un ápice de vergüenza para confesar su vileza y cobardía!» Goiburú siguió al ejército enemigo en su marcha al interior y habiendo venido a saber que en San Joaquín vivía mi familia, quizo visitarla, acordándose de la protección que recibiera de ella, en otros tiempos, en los negocios de hacienda, que importaba de Entre Ríos, pero mi familia, habiendo llegado a conocer su actuación como fiscal de los tribunales de sangre, le cerró en la cara la puerta del rancho, que ocupábamos en ese lejano pueblo, al que nos arrojara la tiranía, después de habernos saqueado todos nuestros bienes.

Tengo otra prueba que no se usó violencia con los ex-fiscales, en una carta de Silvestre Aveiro, de fecha de Junio de 1870, que conservo en mi modesto archivo. En esa carta se lee: «Trátase al Gobierno del Mariscal López después de su muerte, de déspota, cruel, sanguinario y hasta de bruto y estúpido... por los mismos que han pregonado más alto y usufructuando más o menos los encomios de liberal, justiciero, bondadoso, humanitario, sabio, etc., etc., con que lo enzalsaban. En mi exposición no se habrá visto ninguno de aquellos calificativos degradantes, pues no hice, no quise, ni pensé hacerlos, y a hacerlo, los míos tenían los mismos que hice en su vida...» A más, el mismo Aveiro quedó tan agradecido por el tratamiento que recibiera de los brasileros, que pidió que lo mandaran a Río de Janeiro, como se verá más abajo.

No pongo en relieve la puerilidad de la afirmación de que los aliados *necesitaban* que los propios soldados de López fueran los primeros en denigrarlo, presentándolo como el tirano más cruel y sanguinario que haya existido en todo el mundo, para justificar mayormente la guerra de la Triple

Alianza. Pero, una alianza que en el convenio recíproco, ya de antemano, impone condiciones atentatorias a la libertad e integridad territorial a la nación enemiga y que hace efectivo lo establecido en tal convenio, despojándola de casi una tercera parte de su territorio; que saquea vandálicamente la capital del país vencido, incendia y destruye pueblos enteros; que impone una deuda de guerra ridícula por su enormidad; que hace caso omiso de las protestas de las naciones sudamericanas, no tenía por qué echar mano a argumentos de tan poco peso para ella, a objeto de justificar su proceder. Después de la guerra el general Mitre tuvo la franqueza de confesar en sus Cartas Polémicas, que se había llevado la guerra no sólo contra el tirano, sino que también contra el mismo pueblo paraguayo.

Algunos de los ex fiscales y sicarios de López, a fin de justificar su actuación y atenuar sus delitos, echaron toda la culpa sobre él, asegurando que a ellos no les cabía responsabilidad alguna porque procedieron por orden superior y, a no haber obedecido ciegamente, hubieran caído víctimas estériles de la tiranía.

Otros encuentran más cómodo y expeditivo jurar sobre la existencia de la supuesta conspiración, declarar a López un excelente patriota, mártir de la causa nacional, acechado por el sicario de Mitre, los glóbulos homeopáticos del Mayor prusiano Von Versen, el puñal mandado hacer ex-profeso por el hermano Benigno, designado para victimarlo, la pistola de Palacios, el puñal (otro) de Arístides Duprat «elegido entre los conspiradores para clavar el puñal asesino en el corazón de la augusta persona de S. E.», (1) el chipá y dulce envenenados por su propia madre, y miles diabluras por el estilo, todas con el pérfido fin de privarnos del guerrero más notable, que contara el mundo antiguo y moderno. A continuación traigo algunos fragmentos de declaraciones y exposiciones tomadas bajo juramento, indicando su procedencia, para que el lector pueda ampliar sus conocimientos sobre los actos criminales del tirano más cruel y cobarde que haya deshonrado la América.

—

¿Qué ha conseguido Vd.? le preguntamos.

«Todo, nos contestó. He logrado verdaderas revelaciones. Aveiro, Maíz, Resquin, Caballero se han *confesado* y me han llenado de datos precisos, ignorados hasta hoy. Figúrese que he llegado hasta convencerme de que en realidad existió una conspiración contra la vida del Mariscal López y que dió lugar a las más sangrientas represiones que se conocen».

«Las convicciones que a este respecto traía el distinguido investigador eran fruto de las confesiones que partían de los cómplices interesados en demostrar que hubo motivo o podría resultar justificada la hecatombe de Saint Barthelemy o las tristes efemérides que recuerdan a San Fernando y Pykysiry....»—Dr. Adolfo Decoud.

Y, con sobrada razón, el doctor Decoud rehusa prestar crédito a las aseveraciones de los ex-fiscales de los tribunales de sangre del tirano, cuando tratan de justificarlo. El coronel Silvestre Aveiro, secretario de López, fiscal encargado de muchas de las terribles causas inventadas por el

(1) Carta de Madama Lynch a la señora Eugenia Villate de Gutierrez. Exposición de Madama Dorotea Duprat de Lasserre.

tirano y sus secuaces, maestro inquisitorial, intervino en las causas de la madre, hermanos y hermanas de López. Deshonró sus galones aplicando él mismo las torturas a los infelices encausados. El general Resquín, el de las Tablas de Sangre, el que a la vista del enemigo tiró lejos de sí la espada y *arrodillándose* pidió salvar la vida.

El general Caballero, que fué posteriormente el San Pedro del partido colorado (¿Por qué no un San Pedro, cuando teníamos ya un Cristo?), se hizo dignamente acreedor, por su alta estatura y por la rapidez con que se ponía en salvo en las disparadas, al honroso sobrenombre de «General Avestruz». «En lo único que se ha distinguido durante la guerra, es en haber sacrificado siempre a sus soldados haciéndoles matar inútilmente, en hacer lancear muchas familias en Sapucai, dirigir la ejecución del coronel Mongelos, Mayor Riveros, 16 oficiales y 86 individuos de tropa de la escolta de López en Santaní, la del alférez Aquino y 69 hombres en Capyvary, los fusilamientos de Ygatymi, la ejecución en grande escala que tuvo lugar en Panadero y lanceamiento de la mujer que denunció a Aquino». (Revista del Paraguay, 1893). Siendo Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, durante la presidencia de Jovellanos, el infeliz Don Gregorio Benitez fué varias veces sotopuesto a la tortura, no olvidándose el cepo de la Uruguayana. «El general Caballero (dice Benítez en su «Manifiesto», pág. 21), a su vez, me repitió los cargos de Gill, profiriendo algunas amenazas. El Ministro Caballero le exigió que firmara un poder «que de lo contrario habría motivos para que se creyera en las acusaciones que pesaban sobre mí; y por otra parte mi negativa absoluta podía ocasionarme otros resultados desfavorables». (Pág. 26) y más allá... «Más, en vista de mi firme resistencia, emplearon sus medios favoritos de persuación, la violencia y los tormentos, hasta que obtuvieron escritas y firmadas las cartas que deseaban poseer». (pág. 27). Como Presidente fué una calamidad, bajo todo sentido, para el país. Su gobierno cedió por 80.000 pesos oro al brasilero Pacífico de Vargas y compañía, casi toda la extensión que comprenden los yerbales del país, con concesiones ilimitadas; obligando a los honrados industriales paraguayos a abandonar sus ranchos con esta medida de usurpación a sus derechos, para establecerse el más estúpido monopolio de la yerba paraguaya...»—(R. Sosa. Contestación al folleto de J. S. Godoy, Corrientes, 1897, pág. 9).

El Presbítero Fidel Maíz, miembro del primer tribunal de sangre del tirano, fué el alma de la inquisición lopizta. Había adoptado un procedimiento simple y de efectos rápidos para obtener las declaraciones, que quería de los encausados, les aplastaba los dedos a martillazos. Cito un solo hecho que basta y sobra para caracterizar a ese virtuoso sacerdote. El coronel González cae prisionero. López furioso manda que arranquen la lengua a su esposa, el Presbítero Fidel Maíz presencia el suplicio, y con horripilante cinismo, con el pie traza en el suelo un surco, para que corra la sangre, que abundantemente brota de la boca de la infeliz mujer. — (Monografia storica sul Paraguay, Meandro).

***

«La hecatombe del pueblo paraguayo llevado al sacrificio por la férrea voluntad de un mandón que él mismo se dió y consintió, es una enseñanza harto cruel para que el pueblo olvide que es preferible levantarse y luchar para asegurar la libertad, que doblegarse cobardemente a la voluntad de los tiranos». —(«La Esperanza», 22 de Marzo de 1872. General Bernardino Caballero).

«Sólo la tiranía ha necesitado del tormento para indagar supuestos crímenes o para arrancar al reo una confesión comprometedora». («Patria», órgano oficial del partido nacional republicano, Asunción, viernes 18 de Octubre de 1918).

*
* *

Del Presbítero Fidel Maíz, que entendió como fiscal en la causa del Obispo Palacios, pidiendo su condena a la pena capital, y quien aplastó a martillazos los dedos de las manos al ex ministro oriental de las Carreras, para que declarara lo que se le imponía.

«Volvamos a los documentos monstruosos y bárbaros».

«El Fiscal director de la CONSPIRACION, Presbítero Fidel Maíz pide más sangre, mucha sangre, sangre de esclarecidos consulares».

«Y como no está aun completamente tranquilo respecto al triste destino reservado a su víctima, el desventurado Obispo diocesano, se propone darle el golpe de gracia, englobándole en una nueva acusación con Berges, Benigno López, el general Barrios, el vicario general Bogodo, Venancio López, el Presbítero Juan Bautista Zalduondo, el cónsul del Portugal Leite-Pereira, el coronel Alen. el capitan Simón Fidanza, Inocencia y Rafaela López, Juliana Insfran de Martínez, Dolores Recalde y Mercedes Egusquiza».

«Cuando leyó muy satisfecho su libelo acusatorio que constituía su tercera obra maestra de antihumana maldad a su colega el coronel Goiburú, entonces capitan, éste le observó que «estaba muy bien», pero que había olvidado de «consignar en la lista uno de los conspiradores principales».

«¿A quien?, le interrogó sobresaltado el jefe de los fiscales».

«Al Mariscal López, le contestó Goiburú».

«El padre Maíz jiró la cabeza rápidamente a todas direcciones, y le dijo en actitud amenazadora: «Guárdese, capitan Goiburú de volver a dirigirme esta clase de bromas! Si ahora le hubiera escuchado algún tercero, le hubiese seguramente costado la vida».

«Más adelante relataremos este pasaje que, como se verá, tiene intencionado, hondo y elocuente significado». (Juansilvano Godoi, Documentos históricos, pág. 133).

«A Su Alteza el Exmo. Señor Conde D'Eu, Mariscal del ejército y Comandante en jefe de las Fuerzas Brasileras en operación contra el Gobierno del Paraguay».

.....

«¡Pero cuánta aberración! ¡Qué funesta desgracia! Hoy que ha desaparecido AQUEL VAMPIRO, después de haber chupado *gota a gota la sangre que a torrentes hizo verter en esta tierra* y que en la calma de estos hermosos días *de libertad y regeneración* para la patria, he tenido que contemplar bajo el prisma de la fría razón, la verdadera faz de los hechos, no puedo menos que deplorar profundamente la triste suerte de no haber empleado el pequeño contingente de mis esfuerzos e intereses en pró de los sagrados derechos de mi patria sino *en sostener los odiosos caprichos de un déspota cruel, cuyo negro corazón jamás palpitara de sentimiento alguno de humanidad*».

.....

«Así mi posición al lado de López era sumamente difícil, y era preciso que me manejase de una manera tal que no diese lugar a la más mínima sospecha de una voluntad menos descuidada».

«Entonces caía, y mi caída, a la vez que no importaría *más que la pérdida de mi pobre vida*, ningún bien traería, ni para la patria, ni para alguno en particular, nadie se salvaba con que yo muriese; mientras que aquellos que una vez eran citados y entraban en el número de los traidores, *ya no había vida para ellos*. López hacía desde luego irremediable este crimen, y como probado, desde que apareciese una cita arrancada sobre algún antecedente de sospecha, que las más de las veces él solo la tenía o la hacía surgir del estado más o menos de su espíritu».

.....

«Cuando decía que dudaba de la existencia de dicha causa (la conspiración), era con relación al tiempo que iba sustanciándose; pero después y cuando no resultó firmada sino a fuerza de *confesiones arrancadas bajo el dolor de las torturas*, sin haber valido a nadie la constante afirmación de su inocencia, sino para ser considerado como reo contumaz y rebelde en el crimen, *no habiéndose encontrado un solo documento, ni letra escrita referente a tan vasta y complicada maquinación*, cuyos papeles todos fueron registrados pero sin resultado alguno positivo.... cuando pues veía todo esto con otras mil razones de más consideración aún, no hay duda, sino que *dejé de creer en la realidad de tal causa de conspiración*, en los términos que resultó formada».

.....

Abril 12 de 1870.

FIDEL MAIZ — (Juansilvano Godoi, Documentos históricos, pág. 210).

Arroyos y Esteros, Junio 10 de 1906.

.....

«Don Benigno pudo entonces salvarse de caer preso; pero, no tardó en venir la guerra con la Triple Alianza, y en el curso de ella, cuando las corazas enemigas forzaron la Batería de Humaitá, subiendo hasta la Asunción... entonces el Mariscal López envolvió a Don Benigno, entre otros muchos, en la supuesta GRAN CONSPIRACION, y después de infinito padecer, lo mandó fusilar en Pikysiry».

FIDEL MAIZ, (Juansilvano Godoi, Alberdi por el señor Olleros, pág. 81).

***

«En tiempo de la guerra también se obligaba a los acusados a declarar contra sí mismo. Quiera o no quiera el declarante debía decir lo que gusten los verdugos; había que declarar. El inocente de organización débil, preferíá cuatro balazos a la afrenta y el tormento y de plano se confesaba autor de delitos en que no había ni pensado». (1)

(1) El valiente coronel oriental Laguna, perteneciente al partido blanco, no pudiendo soportar las privaciones y horribles tormentos, para concluir de una vez, de-

«Algunos así llegaban a acusar a otros inocentes, conforme al interrogatorio del fiscal y al marchar al patíbulo se arrodillaban y pedían perdón a sus víctimas forzadas. (Doct M. Dominguez. «El Cívico», miércoles 4 de Octubre de 1905.

.....

«Bajo la dictadura de Francia y en tiempo de la guerra, hubo inocentes que se acusaban culpables de delitos que no habían perpetrado prefiriendo cuatro balazos a la afrenta y al dolor de los azotes. Un antiguo ya escribió por eso: «el dolor obliga a mentir a los mismos inocentes». (Publio Sirio) Lección del doct. M. Dominguez, «El Cívico», año X, Nº. 2492).

«El azote funcionaba sin descanso durante la guerra, pero sobre todo el *cepo* uruguayana dejó un recuerdo odioso. El cuerpo era oprimido entre dos fusiles colocados sobre la espalda y amarrados a otros que cruzaban entre las piernas: «la opresión sobre el corazón que ejerce esta *entablilladura*, es mayor que el dolor de las carnes maceradas... hasta que empiezan las costillas a quebrarse». — *Sarmiento.* Se rompían los huesos o revienta el corazón. Y suplicio *despiadado* era el *lanceamiento* que se usó después de Lomas Valentinas. Figurémosnos al sentenciado con los ojos vendados y de rodillas. Un lancero está detrás y otro enfrente en actitud de descargar el golpe feroz, y a una señal, dos lanzazos simultáneos atraviesan de un lado el esternón o la tetilla y del otro la espalda; la víctima ensartada se retuerce y convulsiona y se agarra con las manos crispadas, en las ansias de la muerte, a la lanza de adelante que el verdugo revuelve en el horrible agujero del pecho».—(«Cívico», año X, Nº. 2492, Doct. Manuel Domínguez).

***

«De dos mil y tantos presos varones entre militares de elevada gerarquía, altos dignatarios, prelados, comerciantes e ilustres ciudadanos, todos, sin excepción de uno habían mentido; confesándose convictos de delitos imaginarios, y ejecutados como criminales de estado».—(Juansilvano Godoi, Alberdi, por el señor Olleros, pág. 23).

***

«Y el Paraguay ha purgado sus faltas de más de medio siglo. Los hijos de este desventurado país, ofuscados por tanta degradación, llegaron hasta olvidar los sentimientos naturales innatos en el hombre, *convirtiéndose en verdugos de sus hermanos y delatores de sus padres*».—(«Manifiesto del 12 de Abril de 1877, firmado por Matías Goiburú, José Dolores Molas y Nicanor Godoi).

---

claró lo que querian que declarara respecto a la supuesta conspiración. El capitán paraguayo Adolfo Saguier ha suministrado los siguientes detalles:

«Hay una circunstancia especial y tal vez única en el mundo con respecto al coronel Laguna».

«Recibió el fuego de los tiradores y fué traspasado por cuatro balas. Apesar de eso se volvió a sentar, recomendando que lo ultimasen. Segunda vez recibió el fuego y se volvió a sentar, teniendo el pecho hecho pedazos. Le volvieron a tirar y se volvió a sentar. Así continuó este drama tremendo hasta la quinta vez en que recién rindió la vida». (Mastermann, pág. 293).

Carta de Fray Mariano de Bagnalia, Vice-Prefecto de las Misiones de Mato Groso, al muy reverendo padre general.

.....

«Se me sacó entonces del calabozo y se me condujo al medio de 4000 bayonetas, rodeado de 20 lanceros, para ser muerto en el momento en que tuviese lugar el encuentro de los dos ejércitos.

«Esta era la costumbre del tirano.

«Marché con 18 pobres señoras, víctimas hacia el sacrificio con un haz de leña en las espaldas, mudo, con los pies descalzos y bajo el fuego de las injurias de estos miserables que sólo esperaban el momento de saciar su sed de sangre. El ejército brasilero se aproximaba.

«Los verdugos dejaron el camino carretero para tomar un sendero. Ya se oían silbar las balas.

«Nuestra hora ha llegado, me dijo una de mis compañeras de infortunio, Ana Casal».

«La hora de nuestra libertad, le respondí lleno de confianza.

«Un oficial paraguayo atravesó las filas y dijo al verdugo:

«Deje esos pobres prisioneros, pues el enemigo se acerca.

«No puedo, replicó el verdugo, mi consigna es matarlos aquí.

«Hablaba aún cuando principió el fuego.

«El verdugo, sea por salvarse, sea por perdonarnos, emprendió la fuga». (Mastermann, pág. 437).

***

Declaración del sacerdote italiano Dr. Presbítero Becchi, corrector y corredactor de la «Estrella», 10 de Septiembre de 1869.

«Respondió que López practicó innumerables crueldades, que ha sobresalido entre los mayores tiranos conocidos en la historia de todos los tiempos. Dice que después de la fuga del cura Páez de la Villa Concepción, mandó lancear cuarenta familias de las más decentes, agregando a la orden que no respetase ni a los niños de pecho, según consta al interrogado por persona del ejército de López y ser el mismo ejército conocedor de ese hecho; que lo mismo hizo con las familias de Ipané, Villeta y Guarambaré: las cuales familias se habían ocultado en los montes cuando llegaron los aliados y que después se recogieron a sus casas, cuando se retiraron otra vez las fuerzas aliadas. Entonces ordenó López fuesen todos degollados como fueron ejecutados: que López dió orden secreta como consta al interrogado por un oficial paraguayo de nombre González para degollar a todas las personas que no quisiesen seguir al ejército en sus movimientos o si se retardasen en su marcha, tanto que es cierto esta orden secreta que en los montes de Piribebuy, Caacupé y Barrero, había dejado una fuerza de cien hombres armados para que en grupos de cuatro o cinco pudiesen ejecutar su orden, donde quiera que existiesen personas del ejército paraguayo, o familias, sean extranjeros o nacionales. Dice que todos los presos y prisioneros de guerra extranjeros y nacionales, los tenía siempre en la intemperie: la mayor parte de esos infelices murieron de hambre y los que eran más privilegiados, pagaban la vida con lanza, cuchillo y bala, muchos otros estaqueados en los campos, siendo una docena de los estaqueados mandados cortar los párpados superiores de los ojos, otros de los azotados metidos en hormigueros para tortura, según le consta al interrogado por el capellán Rodríguez, que fué fusilado en San Fernando. Dice

más que el alemán Emilio Neuman, a pretexto de conspiración, el tirano López en San Fernando mandó azotarle por tres noches consecutivas, viniendo aquel infeliz a morir en el tercero; que la misma suerte y por el mismo motivo murieron los mártires ingleses Juan Lencú, el capitán de marina italiano, Simón Fidanza, un fraile italiano, Boco, misionero apostólico del Brasil, capuchino y con más ciento setenta italianos. Dice por fin el interrogado que está íntimamente convencido de que la conspiración pretextada jamás existió, porque las declaraciones arrancadas de las víctimas siempre fueron a fuerza de tormentos que eran horribles y consistían en azotes, pavesas encendidas hasta carbonizar los dedos y el tormento que llaman el cepo a la Uruguayana; a muchos se les aplicaba grillos candentes, en fin, millares de atrocidades que el interrogado ni sabe como explicar».

.....

«Dice que más de ocho mil personas murieron lanceados y martirizados por López y que el número de los que murieron de hambre exceden de veinte mil fuera de una infinidad de gente que sucumbió por motivo de epidemia como el cólera morbus, viruela, sarampión y disenteria».

.....

«Dice finalmente, que el sistema del espionaje era tal, que los padres no confiaban en sus hijos, ni los hijos entre sí, ni los maridos en sus mujeres; y todos los parientes y amigos, desconfiaban unos de otros, y tanto que por dos veces Hilario Recalde y Alejo Guanes fueron a casa del declarante a pedirle con lágrimas en los ojos y el corazón sangriento de dolor, una declaración, para ser publicada en el «Semanario» en el sentido de renegar de ellos. Dice el declarante que más de veinte declaraciones en este sentido había hecho, y que el «Semanario» de aquel tiempo está lleno de semejantes declaraciones, todas falsas, teniendo solamente por fin agradar al dictador y evitar sus crueldades en relación de los padres, a los hermanos y a los parientes en general...»

.....

«Respondió que las víctimas más reconocidas que él se acuerda ahora, son las siguientes: Obispo don Manuel Antonio Palacios, que fué fusilado en Villeta y más de veinticinco o treinta sacerdotes de diferentes categorías y nacionalidades fueron asesinados en varios lugares y por diversas maneras cada cual más dolorosa y repugnante; que a más del obispo y esos sacerdotes, fueron muertos muchos otros caballeros distinguidos, sobresaliendo los ministros Berges y Benitez y el hermano del tirano, don Benigno López, los cuñados del mismo, Saturnino Bedoya y general Barrios, los generales Bruguez y la mayor parte de los gefes y jueces de la capital y de toda la campaña. Dice que López los mataba con el fin manifiesto de apoderarse de la fortuna de nacionales y extranjeros, teniendo mucho cuidado de borrar todos los vestigios de su nefando crimen, y así era que verificadas esas ejecuciones, mataba a los ejecutores para no dar la prueba de sus iniquidades».

.....

«Dice que López obligó a infringir el secreto sacramental; en el confesionario se armaban recíprocamente cuestiones entre penitentes y confesores. En prueba de esto refiere el interrogado que el padre Rodriguez le dijo que él no quería confesar a sus amigos por no verse obligado a delatarlos».

«El canónigo Escobar, refirió que López lo había retado, porque confesando a tantas familias de traidores, nunca le daba a saber nada, haciéndole observar que el canónigo Corvalán por el mismo crimen de callar ya le

había remachado una barra de grillos; y el padre Paez, cura de Concepción, remitió al obispo la confesión del capuchino fray Angel de Canamanico, según este refirió al declarante; generalmente hablando después de las confesiones a que se obligaba al ejército y al pueblo en los días de Pascua y de San Francisco Solano y otros según el antojo de López, seguían las prisiones, los tormentos y los degüellos. (Baez, «La tiranía en el Paraguay», pág. 267).

***

Declaración del P. Isidro Insaurralde, paraguayo, cura de Villa Rica, 21 de Septiembre de 1869.

.....

«Respondió que cuando empezó la guerra, López había hecho ver al pueblo paraguayo que los aliados lo que querían era conquistar al Paraguay esclavizándolo, el declarante no pudo menos que servir con dedicación, pero teniendo el declarante estudiadas las cosas y presenciado el procedimiento en el mismo López, en San Fernando, el cual mandó fusilar al obispo y terminar centenares de vidas, sean extranjeros o nacionales, por el fútil pretexto de una conspiración, el declarante fué conociendo que la guerra para López era el interés personal suyo, y que era uno de los mayores tiranos; lo que quería era acabar con la población paraguaya, pues que tal conspiración nunca existió. Los procesos a que respondieron los traidores como llamaba López, los cuales, en cuanto al declarante, que los conocía a casi todos, eran inocentes e incapaces de envolverse en tal imaginaria conspiración. Dijo más, que todavía tuvo más motivo para conocer después que la causa de López no era justa, que el mismo declarante habiendo servido siempre con puntualidad fué tratado en las Cordilleras como traidor, habiendo sido hasta preso con fierros y cepo y abandonado a la intemperie».

«Respondió que jamás acabaría si el declarante fuese a enumerar las clases de crueldades practicadas por López; que basta decir que ese tirano maltrató a sus propios hermanos, y según ha oido decir, conservó por mucho tiempo presa a su propia madre. Que los castigos más usuales en el ejército paraguayo eran el cepo a la Uruguayana, fierros, azotes y abandonar las víctimas a la intemperie, sin comer. Que fueron fusilados, lanceados y martirizados el hermano del propio tirano, Benigno López, sus cuñados el general Barrios y Saturnino Bedoya, los generales Brugues y Robles, los ministros Berges y Benitez, el obispo Palacios, los coroneles Alen y Nuñez, en fin, una infinidad de sacerdotes, jefes y jueces de campaña, los empleados en la aduana y muchos extranjeros, importantes negociantes en la ciudad de la Asunción, tuvieron el mismo destino».

(La tiranía en el Paraguay, de C. Baez, pág. 278).

***

Declaración del Presbítero Bartolomé Aguirre, paraguayo, 1º. de Octubre de 1869.

.....

«Respondió que los castigos con que martirizaba López a sus víctimas eran muchos y bárbaros; que se castigaba a los presos con el cepo a la Uruguayana, azotes, hambres y otras miserias, y esto con el objeto de arrancar

de ellos las declaraciones que quería el tirano; que cuando eran conducidos al lugar o paraje donde debían ser sacrificados, sus conductores se encargaban de martirizarlos con la punta de la espada, y otras barbaridades, de tal manera que algunos no alcanzaban el lugar de la ejecución; que entre las innumerables víctimas del tirano, recuerda el declarante a don Miguel Azuaga, que ha muerto en el cepo de la Uruguayana, sus sobrinos José Uribe y sus hermanos que murieron lanceados, Daniel Valiente y Gumesindo Benítez que habrán muerto azotados, y una infinidad cuyos nombres no recuerda».

.....

«Respondió que los castigos eran diarios y los más atroces; que todos los días veía y oía azotar, sin consideración de edad ni sexo, y luego fusilarse y lancearse, una infinidad de gentes; que tanto los extranjeros como los nacionales sufrían todos los martirios que quedan mencionados».

«Respondió que entre el sinnúmero de víctimas que había perecido bajo la tiranía de López, recuerda el nombre de los principales y más distinguidos como el obispo Antonio Palacios, don Benigno López, el ministro Berges, los generales Robles, Bruges y Barrios, don Saturnino Bedoya y el coronel Alen, todos los empleados de la aduana, casi todos los jefes, jueces y curas de la campaña, y todos los extranjeros de más fortuna; y que todos los bienes de estas víctimas eran confiscados, y sus familias desterradas en los confines del país, con solo el vestido del cuerpo». (C. Baez.—«La tiranía en el Paraguay», pág. 281).

***

Declaración del Padre Del Carmen Arzamendia, paraguayo, 18 de Octubre de 1869.

.....

«Respondió que siendo cura de la Villa de San Pedro, fué en Marzo del presente año llamado por el Gobierno para prestar sus servicios en el ejército; que llegado allí, pudo comprender que era considerado por el gobierno como cómplice de la conspiración que imaginaba hacerse en Villa Concepción; que el padre Maíz, jefe de los curas, le dijo las siguientes palabras: «*Vosotros los curas del Norte estais vendiendo vuestra patria, ofreciendo a los enemigos entrar triunfantes en vuestras respectivas parroquias*». Y que días después, hallándose el declarante en cura de una enfermedad, fué mandado al calabozo por el mismo padre Maiz quien le dijo que lo mandaba preso por no haber trabajado con voluntad a la patria; que sufrió los mayores tormentos expuesto al sol y al agua, y sujeto al rigor de toda miseria, y con semejantes crueldades no podría servir con dedicación la causa del tirano, no obstante haber sido al principio de la guerra uno de los más ardorosos defensores.....»

«Respondió que ellos consistían en el cepo uruguayano y de lazos, en los azotes, en los fusilamientos, en los lanceamientos y otros muchos que pudo imaginar y a estos tormentos no se escapaban, ni sacerdotes ni mujeres ni criaturas, pagando de esta manera todos los que estuvieron en el Paraguay su tributo al tirano. Dijo más: que supo en San Pedro haber dicho López que un gran número de extranjeros, con muchos nacionales, formaron una conspiración contra el Gobierno, robando esos traidores el tesoro para poder sustentar esa conspiración, por lo que mandó prender a todos los extranjeros residentes en la Asunción y a un gran número de nacionales, y fueron

conducidos a presencia de López en San Fernando, donde todos tuvieron la desgracia de morir, unos lanceados, otros fusilados, todos martirizados bárbaramente».

«Dijo también que tuvieron igual fin las personas más distinguidas por su fortuna y posición como el obispo Palacios, don Benigno López, el general Barrios, los ministros Berges y Benítez, el general Brugues, don Saturnino Bedoya, los coroneles Alen y Núñez, todos los empleados de la aduana y un gran número de presbíteros y jueces de campaña. Dijo más, que tal conspiración no existió y que él cree más bien que las miras de López era acabar con los hombres más distinguidos del país y con los más ricos para librarse de los que podían hacerle algún mal, puesto que él ya no defendía la población paraguaya como lo hacía al principio de la guerra, sino secuestraba sus bienes, desterrando sus familias para el interior del país y matando a muchas señoras, como sucedió a la señora del coronel Martínez, a quien después de muerta mandó recojer toda su fortuna». — («La tiranía en el Paraguay», pág. 283).

***

Exposición del Sr. Juan de D. Valdovino, paraguayo, Mastermann, pág. 382).

.....

«Que respecto a fusilamiento de extranjeros, sabe los de Carreras, Telmo López, Nin Reyes, Ignacio Galarraga, Miguel Elordoy y sus sobrinos Uribe, Susini y otros comerciantes de la Asunción, cuyos nombres no tiene presente pero que aseguran pasan de cincuenta, incluyendo entre éstos los que han muerto en tormento, como *cepo Uruguayana* o azotes con lazos, en *cuatro estacas*, desde la nuca hasta la nalga, en cuyo tormento, murió el ciudadano argentino Desiderio Arias, a quien se le castigó de este modo repetidas veces, para que declarase que tenía relaciones y estaba complicado con los que se pretendía que fraguaban una revolución: que de este modo se conseguía, que muchos para no sufrir este martirio, dijesen que era cierto lo que se les preguntaba y entonces se les pasaba por las armas».

.....

«Que después de concluida esta operación (1) los embarcaban y conducían a San Fernando, donde eran desembarcados y conducidos al campamento cuya distancia al punto de desembarque era una legua y que debía hacerse este trayecto a pie y engrillados, ha habido algunos a quienes el anillo del grillo les impedía caminar, pero entonces se les obligaba a hacerlo dándoles de palos con el sable, hasta el extremo de haberles hecho vomitar sangre a algunos: que debe tenerse presente y tiene que declarar y que en prueba de ser verdad, empeña su palabra de honor y suscribe esta declaración ante mí, el capitán del puerto».—*Francisco Fernández.—Juan de Dios Valdovino.*

***

Exposición del Sr. D. Matías Goiburú, capitan del ejército de López, fiscal del 3er. tribunal. (Mastermann, pág. 387).

«Que salvo muy raras excepciones, López ha sacrificado lo mejor y

(1) Registrar las casas de los sospechados de complot, llevarse el dinero y sellar las puertas.—*A. R.*

más decente de la población del Paraguay; que algunas veces formalizaba una causa de la que resultaba lo que él quería; pero que casi siempre azotaba y fusilaba las personas notables sin forma de juicio; que de su misma familia fusiló a su hermano Benigno y a sus dos hermanos políticos Barrios y Bedoya, y en fin, que este monstruo habría exterminado a todos los habitantes del Paraguay si le hubieran dado tiempo para hacerlo. Que tiene apuntes y que si se le llama de nuevo a declarar, detallará e individualizará ciertos hechos cuya sangrienta crueldad espanta».

.....

«Que todos los que López condenaba a la muerte pasaban por estos o parecidos martirios (2), pudiendo asegurar con seguridad que ninguno de los que perecían por orden de este monstruo dejaran de ser precisamente martirizados y que la relación de tales hechos era el placer mayor que podía proporcionársele».

.....

«Que el Vice cónsul de Portugal, Leite Pereira, cediendo a los atroces dolores que en el tormento le arrancaban, y obedeciendo a las intimaciones que directamente se le hacían, acusó a doña Dolores Recalde de haber estado en correspondencia con los revolucionarios, sirviendo de intermediaria entre sus principales jefes; pero que viendo próxima su muerte y cediendo a los dictados de su conciencia, negó cuanto antes había declarado, pidiendo público perdón a la referida señorita del mal que le había hecho y suplicando se tuviese por nulo y de ningún valor cuanto a su respecto había dicho. Que esta niña, cuyos sufrimientos y valor poco común en las personas de su sexo, tenían conmovidos a todos los que conocían su situación, se negó a perdonar lo que ella llamaba una infame cobardía de Leite Pereira, y que a pesar de las declaraciones dadas por aquel al borde de la tumba, se había ejecutado sin piedad a esta última».

.....

«Que doña Dolores Recalde suplicó al marchar al suplicio, que no se le matara a bayonetazos. Que el piquete que le hizo la descarga era compuesto de muchachos bisoños, quienes solo le infirieron una herida que estaba muy distante de ser mortal, habiéndosela concluido a bayonetazos, sin consideración a la súplica interpuesta, ni a la conmiseración que su suerte desgraciada despertaba hasta en los corazones más empedernidos».

*
* *

Declaración de D. José M. Massot, Sub-teniente de Artillería del Ejército del Mariscal López. (Mastermann, pág. 396).

«Que ha visto muchas mujeres expuestas a los más horribles tratamientos y muy particularmente aquellas señoras que tenían sus esposos complicados en la conspiración que decían se fraguaba contra el Mariscal López, que por medio de torturas les hacía arrancar las declaraciones que él quería, azotándolas después y entregando algunas a piquetes de muchachos bisoños para su fusilamiento, concluyéndolas de matar a bayonetazos. Que entre las señoras que ha visto fusilar de esta manera, se encuentra la del coronel Martínez, que se rindió con todas sus fuerzas en la Península».

.....

(2) Expuestos a la intemperie, padeciendo hambre y sed, engrillados, azotados, estaqueados y sometidos a la tortura de la Uruguayana.—*A. R.*

«Que en esta guerra todos los extranjeros han sido tratados como enemigos, reducidos a prisión y expuestos a tormentos de toda clase. Que respecto a los bienes de los extranjeros todos han sido confiscados por López».

***

Declaración de Pablo Flancau, prisionero argentino, tomado en Curupayty. (Mastermann, pág. 398).

.....

«Para hacerlos declarar el juez los acusaba: el negar era devalde, cada vez que negaba el acusado, se le daba desde 20 hasta 100 lazasos o barrillazos».

«Dos o tres veces al día se hacían las declaraciones y siempre con el mismo sistema. Acabando de declarar, los castigaban hasta que cansados, vencidos por las penas, confesaban por escrito una mentira. El sacerdote italiano Baez, redactor de la «Estrella», dijo lo mismo en Caacupé en presencia de los ingleses maquinistas y yo: es una invención de López esta tradición que se ocultaba a los extranjeros, al hermano y por fin a todos los que han caido bajo el cuchillo de López».

«Algunos se han muerto en el famoso cepo colombiano, castigo que se hace con fusil. Atados que eran esos fusiles, los apretaban, hasta sonar los huesos y reventar el espinazo.....»

***

Coronel J. C. Centurión, miembro del primer Tribunal de sangre del Mariscal F. S. López.

«Dijo: Que desempeñaba varios servicios de los cuales eran el haber sido Jefe de la Mayoría y la Fiscalía, que desempeñaba el declarante como los demás de su misma profesión con toda la crueldad posible y que a pesar de esta convicción apoyaba o sostenía sólo por salvar la vida obedeciendo la orden de López y que las diferentes clases de tortura con que sacrificaba sus víctimas eran las del azote, el cepo de Uruguayana, poniendo al sol y al agua y haciendo morir de hambre a una infinidad de sus víctimas». (Declaración a bordo del vapor «Princesa», 9 de Abril de 1870).

«En el transcurso, dice, de aquella malhadada guerra, se desencadenó sobre el pueblo y el ejército una horrible calamidad, tal vez peor que la del cólera morbos, debido principalmente a la férrea y arbitraria voluntad del Mariscal López, en la que sucumbieron tantos hombres honrados y notables, escapándose él del furor de aquellos tristes sucesos por un milagro de Dios; pues sólo así se concibe cuando ya tenía pendiente sobre su cabeza la espada de Dámocles; nos referimos sobre todo a los escandalosos hechos de crueldad y ferocidad que, so pretexto de un acto de justicia, mandó ejecutar el mismo López sobre un sin número de inocentes acusados de conspiración contra su vida, violentando todas las formalidades que deben practicarse en un enjuiciamiento criminal, sea cual fuere la premura del momento». (J. C. Centurión, bajo el pseudónimo de J. C. Roencunt Zenitran. Habla de sí mismo). «Es innegable que todas las declaraciones han sido arrancadas por la fuerza mediante la aplicación de la bárbara y cruel tortura, cuyo medio indagatorio está completamente desterrado de la legislación y práctica de todos los países civilizados. Bajo este concepto, aquellos procesos no pueden merecer fe, y como documentos

históricos, adolecen de una nulidad absoluta, tanto más cuanto que en ellos, según me han asegurado personas bien informadas, no se ha hecho constar la manera como fueron tratados los procesados. ¡Oh! aquello fué un sarcasmo!» (J. C. Centurión, Memorias, Tomo III, pág. 213).

.....

«Ya anteriormente en Paso Pocú el coronel Centurión puso en práctica el castigo de azotes con los prisioneros y pasados del Ejército aliado, y por fin con todos los delincuentes encargados a él para tomarles declaración. Allí he oido por primera vez el azotamiento de algunos valientes oficiales, como el capitán Pascual Elizalde y otros, por el Coronel Centurión».—(Declaración de Silvestre Aveiro, Secretario de López, Fiscal encargado de muchas de las terribles causas. Abordo de la cañonera «Iguatemi», Marzo 23 de 1870).

***

Declaración del Coronel Manuel Palacios, de la Secretaría del Cuartel General de López y Fiscal de los Tribunales.

«A fines de Junio o principios de Julio (de 1868) había comenzado el terrible cataclismo, titulado *gran conspiración* fraguada contra López en la Asunción, por nacionales y extranjeros. López no respetó ninguna clase de nacionalidad, a todos mandó arrestar a San Fernando, donde eran sometidos a declaraciones y juzgados por consejos de guerra, en que eran todos sentenciados a muerte. Sin embargo de que yo nunca había ido por Tribunales, he sabido que todos eran torturados para hacer sus declaraciones.

.....

«Una ocasión, cuando el asunto estaba en su mayor calor, estaba yo también muy próximo de ser arrastrado a los Tribunales. Una prima noche me llamó López y me preguntó, «a quién había yo ofrecido prestar mi paletó»; le contesté negativamente y me hizo retirar recomendándome que hablase la verdad, pues de lo contrario me iría mal, y una amenaza semejante en boca de López era terrible.

.....

«Después, averiguando poco a poco, he podido saber de donde había surgido esa investigación conmigo, y había sido, que alguno en el curso de las declaraciones había dicho que embozado en un paletó grande, había debido entrar en el cuartel general, de noche, para dar de pistoletazos a López.

.....

En San Estanislao, López mandó fusilar más de cincuenta hombres de su escolta, todos los oficiales, al sargento mayor y al coronel del regimiento y estos últimos sin más *crimen*, que haber ignorado una maquinación urdida en el cuerpo por un oficial. (1) La ejecución tuvo lugar sin ningún proceso, apenas con un procedimiento verbal en presencia de López mismo.

.....

«Puedo decir con la conciencia tranquila, que en el Tribunal que yo

(1) Uno de los tantos complots forjados en la imaginación calenturienta del tirano, sirviendo como prueba las declaraciones *espontáneas*, arrancadas mediante un azotamiento feroz, según práctica.—A. R.

he manejado, hubo menos torturas, hasta el punto de ser reprendido muchas veces por López por eso, diciéndome que era un flojo, y en fin, otros epítetos en este sentido.

.....

«López al principio nos recomendó toda consideración para con su madre, como fué tratada, pero como no diese las declaraciones como él deseaba, mandó que se usase con ella demostraciones de rigor como poco a poco fueron usándose. Estas consistían en tenerla parada durante el tiempo de su declaración, algunos empujones y otras en este sentido, a excepción de que el coronel Aveiro le castigó con la espada, no recuerdo si fué dos veces o una vez. Yo la toqué con la mano dos veces únicamente, pero todas estas cosas contábamos a su hijo y éste decía, que una vez criminal, como se hallaba su madre, se hacía acreedora a esos tratamientos».—(Mastermann, «Siete años de aventuras en el Paraguay», año 1870, pág 445.)

***

Coronel Silvestre Aveiro, Oficial 1.º de la Secretaría de Campaña, Ayudante de campo, Comandante de la Plana Mayor General y que ejerció el oficio de Fiscal en muchas causas.

Dijo: «que la causa (de López) consideraba justa, pero que ella se sostenía con medios violentos, crueles y criminales y que el sistema que empleaba en sus declaraciones eran los tormentos de toda clase de cepos y azotes, haciendo perecer de hambre a una infinidad de víctimas, bajo cuyo sistema el declarante había desempeñado la fiscalía en dos causas que eran de la conspiración de San Fernando y la de Itanamarí de la que eran víctimas la madre de López, sus tres hijos, las señoras de Barrios, doña Francisca Garmendia, el Coronel Hilario Marcó y su mujer; dijo además haberle dicho Palacios que presenció cuando Centurión daba cuenta a López de haber ejecutado lanceando de su cuenta a las de Barrios, Pancha Garmendia y a la mujer del Coronel Marcó sin más pretexto que haber recibido orden verbal de López de concluir con las personas que le embarazaran en la marcha; que el mismo López le reprobó este hecho atroz».—(A bordo del vapor «Princesa», 9 de Abril de 1870).

.....

«Es cuanto puedo recordar por ahora, y respetuosamente expongo a V. A. I., bajo mi palabra de honor.

«Yo señor, desde que vine a entregarme prisionero a las autoridades del ejército brasilero, se me abrieron los ojos. que antes había tenido enceguecidos, y reconozco, que soy culpable de haber servido con lealtad tanto tiempo y con tantos sacrificios al gobierno del Mariscal López.

«¡Oh, ceguedad!

«¡Me abismo en mi miseria! ¡Creía servir a mi patria y me había equivocado! Lo deploro hoy de todas veras y no me queda otro consuelo sino la esperanza en la bondad y clemencia de V. A. I de quien imploro su perdón y la protección como prisionero que soy de las fuerzas que V. A. I. manda con tanto acierto y tan buen suceso.

«Y me permito, señor, pedir a V. A. I. una gracia y es que me haga llevar para el Brasil en calidad de prisionero.

«Yo, señor, sabré siempre reconocer esta gracia muy especial de la benignidad de V. A. I. y nunca jamás propenderé ni en lo más mínimo

contra la política del gobierno imperial, de cuyos empleados recibo en mi desgracia un generoso tratamiento, debido todo a la magnanimidad de V. A. I.

«Silvestre Aveiro.—(Mastermann, pág. 466, Ed 1870»).

Este señor coronel Aveiro no era un hombre negado, por el contrario, era hombre de ideas geniales. Como le molestara que su jefe supremo, el héroe de oro y acero, huyera cobardemente, no obstante blandiera su formidable tizona del feroz lema «Vencer o morir» y no obstante el juramento: «Aquí muramos todos», con todo descaro afirma que la intención de López era unirse a los generales Roa y Escobar, y para eso tomaba una dirección diametralmente opuesta! (Véase los partes brasileros). Y cuando se trató de la famosa estocada, que López tirara a Cámara, se objetó que era inverosímil que Cámara se acercara a un individuo armado, sin tomar sus debidas precauciones. él cortó el nudo gordiano. Es que López, *sentenció*, tenía el puño y la espada hundidos en el agua fangosa, invisibles. Nótese que era ese el punto, según refiere Centurión, en que López solía ir a pescar, y no es admisible que eligiera para ese sport un lugar de aguas turbias, y como él hacía punta en la disparada, ninguno la podía haber enturbiado en esa circunstancia. Es pura invención, pues, lo del agua fangosa. En la pág. 434 de la «Revista del Instituto Paraguayo», año I, se leen las siguientes líneas firmadas por «Un testigo»... «¿Cómo se comprende que un hombre malamente herido haya podido emprender la fuga? ¿Es posible creer que un *hombre caído junto al río apoyando el cuerpo sobre el brazo izquierdo*, aunque tenga la espada en la derecha, haya exigido de parte de los brasileros, ESFUERZOS para desarmarle?»

***

Declaración del general Francisco Isidoro Resquin, Jefe del Estado Mayor del Ejército Paraguayo, prestada en el cuartel General del Comando del ejército brasilero en Humaitá en 20 de Marzo de 1870.

.....

«Asegura que las declaraciones obtenidas contra los comprometidos lo eran por medio de torturas, cepo Uruguayana y rebenque. Calcula que en San Fernando fueron ejecutadas 200 personas y asegura que desde entonces las ejecuciones no cesaron. Que los extranjeros fueron muertos por suponerse cómplices de Benigno y comprados por él.

.....

«El declarante y otros jefes vivían sobresaltados, con temor de ser ejecutados de un momento a otro, aun sin haber dado para ello motivo, porque López era un monstruo que despreciaba de tal modo la vida del prójimo, que por una nada mandaba matar a sus más fieles servidores.

«En medio de tantas miserias, y de tanta desolación, y de ejecuciones sin término, López continuaba haciendo la misma vida de antes; se levantaba a las 9, a las 10 y a las 11 de la mañana y a veces a medio día; fumaba y jugaba con los hijos; comía bien y bebía mucho, quedando muchas veces en un grande y terrible estado de excitación».—(Mastermann, Ed. de 1870, pág. 478).

***

Narración del señor Taylor, inglés, maestro albañil y arquitecto de López. (Mastermann, Ed. de 1870 pág. 471). De la extensa narración entresacamos los siguienfes párrafos:

.....

«Al llegar a San Fernando ví a Mr. Stark, caballero anciano de gran corazón, inglés y comerciante. Había residido muchos años en la Asunción, y todo el mundo le tenía gran respeto y estimación. No se me permitió hablarle, pero ví azotarle, y tratarle cruelmente de diversas maneras. Fué fusilado en compañía de varios otros a principio de Septiembre...»

.....

«Estábamos de esta manera expuestos a los rayos ardientes del Sol, o la lluvia y a las tormentas; casi nos enloquecían las mordeduras de los millares de insectos tropicales y estábamos tan mal alimentados, que sólo comíamos las entrañas de los animales que se mataban para las tropas. No nos daban ni sal ni tabaco, el que echábamos de menos más que nada.

«Se sacaban a los presos todos los días; a unos para tomarles declaraciones, a otros para atormentarles, y a muchos para fusilarlos. No vi sino pocas veces atormentar, porque este castigo se ejecutaba tras de los arbustos, o en los ranchos de los jueces.

«Vi sacar un día a un oficial argentino; cuando volvió traía todo el cuerpo hecho pedazos. Al día siguiente en el momento de soltarnos, le indiqué sus espaldas sin hablarle; dejó caer la cabeza sobre su pecho y con un palo trazó en la arena 100. Comprendí por esto, que había recibido cien azotes con una huasca, o con una planta que llaman liana, y que crecía abundantemente en los árboles que nos rodeaban. En esa misma tarde le mandaron llamar de nuevo, y cuando volvió escribió 200. El día siguiente lo fusilaron.

.....

«Entre los presos había muchas mujeres pertenecientes a las mejores familias del país; algunas eran muy ancianas, enteramente canas y otras eran jóvenes y bonitas, sobre todo Dolores Recalde, alta y hermosa niña y Josefina Riquelme, mujer hermosa de bellísimos ojos. Estas infelices sufrían muchísimo aunque tenían pequeños ranchos de paja en que refugiarse (como los que tenían algunos presos de categoría) y lamentaban dolorosamente su cruel posición.

.....

«Serrano me vino a ver al día siguiente y me preguntó si había considerado su proposición y si quería confesar todo lo que sabía. Le contesté que no sabía nada y le pedí que me pusiera por delante a mis titulados cómplices. Serrano se enfureció, y ordenó inmediatamente al oficial de guardia, que me pusiera en el cepo Uruguayana...

«El tormento, según mi propia experiencia, es el siguiente: me sentaron en tierra con las rodillas dobladas hacia arriba, me ataron primero las piernas y luego me ligaron las manos sobre las espaldas con las palmas al aire. Entonces pasaron por mis corbas un fusil, y luego colocaron un atado de seis fusiles sobre mis espaldas, los que me aseguraron por una de las extremidades con una huasca, luego hicieron un nudo en forma de lazo en la otra a fin de ligar los fusiles de arriba con los de abajo, los soldados que tiraban de la huasca me doblaron la cabeza hasta que tocó las rodillas y me dejaron en esta posición.

«El efecto era el siguiente: Primero se me durmieron los pies, después

sentí un ruido sordo en los dedos, que se extendió gradualmente llegando hasta las rodillas; lo mismo me sucedió con los brazos y las manos, aumentándose el dolor, hasta convertirse en una agonía espantosa. Se me hinchó la lengua, creía que se me dislocaban las quijadas, y tuve un lado de la cara completamente muerto durante quince días. Mi sufrimiento era horroroso, hubiera confesado ciertamente si hubiera tenido algo que confesar y *no tengo duda que muchos inventaron cualquier mentira para no sufrir el espantoso dolor de este tormento.* Permanecí dos horas en la posición que he descrito y me consideré afortunado en poder escapar con esto, porque a muchos los ponían dos y hasta seis veces en la Uruguayana y con ocho fusiles en la nuca.

«La señora de Martínez sufrió este tormento seis veces, siendo además azotada y apaleada hasta no dejarle sana ni una pulgada de su cuerpo.

«Al terminar dos horas, me soltaron. Serrano vino a verme y me preguntó si quería confesar quien debería ser el nuevo Presidente. Yo no podía hablar y él continuó diciendo, que debido a la clemencia del Mariscal, me habían tenido poco tiempo en el *cepo,* pero que si no quería confesar me haría rematar otros dos pares de grillos, y me volvería a la Uruguayana con ocho fusiles en vez de seis, conservándome en ella mucho más tiempo. Estaba tan completamente exhausto y rendido en aquel momento, que sus amenazas no me hicieron impresión alguna. En seguida me llevaron a la guardia y haciendo un gran favor no me ataron aquella noche».

.....

En que consistía la tal atadura, lo describe en otra parte y he aquí lo que dice:

«Se ataba a una de las estacas una huasca, entonces llamaban: «preso núm. 1, supongamos. Echese de espaldas, le decían, y se le aseguraban los tobillos con un lazo; entonces venía el núm. 2, se acostaba dos yardas de aquel y le ataban a la misma cuerda. Esto se repetía hasta que no cabían más hombres en la misma hilera; entonces se empezaba con otra cuerda y después con otra, hasta que todos quedaban asegurados. Las extremidades de estas huascas eran amarradas a las estacas y las estiraban dos o tres hombres hasta dejarlas como cuerdas de violín. Sufríamos atrozmente, pronto tuve los tobillos cubiertos de heridas y casi dislocados por la tensión violenta del lazo. Había en cada corral una sarta de cincuenta hombres. Este modo de asegurar a los presos se llama el *cepo de lazo.* Permanecíamos de esta manera día y noche, si se exceptúa un rato de la mañana, en que marchábamos al interior de la selva bajo la inspección de una fuerte guardia...»

.....

«Es inútil tratar de describir las miserias de nuestra vida diaria en San Fernando, que ofrecía siempre la misma faz, privaciones continuas, nuevos procesos, castigos y ejecuciones. No pasaba un día sin que alguno fuera sacado para azotarle, atormentarle o fusilarle. Los gritos de los azotados desgarraban el alma. Ví matar a azotes a dos orientales; y cuando el joven Capdevila fué fusilado, estaba estropeado de los pies hasta la cabeza a consecuencia de los palos que había recibido».

«Había varias señoras entre los presos; las azotaban en los ranchos, pero se oían sus gritos y sus llantos».

.....

«La señora de Martínez recorrió todas las distancias a pie, aunque tenía el cuerpo cubierto de heridas, su cara ennegrecida y desfigurada, y las es-

paldas y la nuca completamente en carne viva, porque a esta desgraciada señora la habían puesto seis veces en la Uruguayana. Hasta su arresto era amiga íntima de Madama Lynch; pero después la abandonó cobardemente, dejándola entregada a su terrible suerte. Cuando la conocí era notablemente bonita y no tenía más de veinte y cuatro años cuando subió al patíbulo»..... «No tenía otro crimen que ser la esposa de un valiente jefe abandonado por López y que fué obligado por el hambre a rendirse».

«En el día veinte y cinco, digo veinte y seis de agosto, después de haber oído algunos tiros de cañón en el ejército aliado, recibí inmediatamente orden para marchar para las Lomas Valentinas, haciendo yo esta marcha a pie y siendo de noche puesto en cepo de lazo cuando descansaba el ejército. El coronel Marcó, comandante de los presos, ordenó a los soldados de guardia que matasen a todos y cualquier preso que no pudiesen marchar, y así fueron quedando en el camino de San Fernando para Lomas, muchos cadáveres de las víctimas.—(Declaración de Alonso Taylor, 6 Octubre de 1869).

***

El capitán D. Adolfo Saguier ha suministrado los siguientes detalles sobre los actos de barbarie perpetrados por López:

«López hacía azotar a los prisioneros, con quinientos, mil y dos mil azotes, antes de fusilarlos».

.....

«Este señor ignora por qué ha sido preso. Sin embargo, él supone que habiendo sido nombrado Fiscal para encausar a la manera de López a más de veinte infelices, principió a encausarlos y no los puso a la tortura ni les hizo dar de azotes, ni les encontró culpa, razón por la cual fué inmediatamente agregado a las víctimas, para seguir la suerte de ellas; y si ha salvado ha sido providencialmente y para relatar al mundo los horrores de ese malvado».

«Sufrió igualmente la tortura del cepo de Uruguayana, que según él, es mil veces peor que todas las que inventó la inquisición en tiempo de Torquemada. Al sufrirla poco después se desmayó, y cuando volvió en sí, se encontró en su antigua posición, con su barra de grillos y en el cepo de lazo. Hizo la marcha a pie, de San Fernando a Villeta, con los pies hinchados y extenuado por los sufrimientos, y se resignó como todos a esa tremenda marcha de 40 leguas, por caminos impracticables, porque la orden era de matar a *bayonetazos*, indistintamente, a todos los que se cansasen, fuesen generales, jefes, oficiales, soldados, presos, clérigos, mujeres, niños, ancianos, en fin, todos los que hacían la travesía y como es natural, muchos infelices cayeron al suelo, extenuados, pidiendo por Dios y a gritos, que les diesen un momento de descanso, para continuar después».

***

«..... Llegan a San Fernando y a Tristán (Doctor Tristán Roca, boliviano, redactor del «Centinela»), le sueltan a los cinco días; escribe a López solicitando una entrevista y no recibe contestación. Al sexto día amanece encadenado y el tribunal quiere que absuelva el interrogatorio que se le presenta; se le condena a tormento de prensa a todo el cuerpo, pide la muerte; pero en vano, pasa tres veces por el martirio, su espíritu desfallece por los dolores, y al fin, firma la declaración que se le presenta, y sale por último para ser lanceado después de haberse negado, protestando con la

energía de un valiente ser absolutamente inocente, y haciendo un esfuerzo sobrehumano grita, asegurando que su firma ha sido arrancada por el tormento y que el cielo castigará la injusticia de su muerte». (Carta de Zacarías Rivero al doctor Basilio Cuellar, Presidente de la Corte Suprema de Bolivia.—(Martermann, pág. 441).

***

Declaración del súbdito francés Theófilo Gauté, comerciante. (Septiembre 28 de 1869).

«Respondió que sabe en Luque y en la Angostura por personas de consideración, que López, pretestando una conspiración, hizo prender a casi todos los extranjeros y a muchos nacionales, diciendo que eran traidores a la patria, por lo que debían confesar sea o no exacto, que como nunca hubiese existido esa conspiración y esos hombres fueron completamente inocentes, López, no pudiendo obtener de ellos una declaración como le agradaba, mandó matar a casi todos, unos fusilados y lanceados y otros degollados y martirizados de diversas maneras, las más atroces, confiscándoles sus bienes después, de tal manera, que aun a las famllias de esos infelices les mandó quitar hasta sus vestidos del cuerpo y desterrarlas al interior del país... que el 15 de Noviembre del mismo año fué conducido el declarante a Lomas Valentinas para embarcarse y retirarse a su país; que cuando llegó en Lomas, el Cónsul francés Cuverville le dijo que López, a pesar de hallarle cómplice en la conspiración, le daba permiso para retirarse, perdonandole; que durante su viaje, el Comandante de la Cañonera «Desidée» no consintió que súbdito alguno francés, única nación que tenía en ese buque, saltase en ningún punto de la República Argentina o del Imperio del Brasil por donde tocara la cañonera, y que tampoco se comunicasen con persona alguna, debiendo sólo bajar en Francia... Respondió que el Cónsul Francés Cuverville siempre engañó a los súbditos franceses, porque muchas señoras de desgraciados franceses, como la señora Anglada J. Lasserre yendo a pedirle varias veces que le hiciera la gracia de procurar la libertad de sus maridos él les dijo que nada era eso y que sus maridos estaban vivos, que gozaban de todo el amparo de López, siendo así que la mayor parte de ellos estaban muertos según se supo.... Respondió que a fines del 67 llegaron a la Asunción como veinte bolivianos con algunas mercaderías para negocio, en lo que siendo muy felices, pidieron sus pasaportes en el mes de Enero del sesenta y ocho; entonces López les mandó decir que esperasen tener una proporción de vapor para Corumbá mandándoles preguntar la cantidad de dinero que tenían, y que después sucediendo la evacuación de la capital, y haciéndose algún tanto difícil la partida de dichos bolivianos, tuvieron que quedarse. Y entonces fueron presos, despojados de sus bienes y muertos también, martirizados por haber sido considerados por López como traidores».

***

Declaración del señor Francisco Motta, argentino, comerciante.

«Respondió que las crueldades practicadas por López son tantas y tan atroces, el fusilamiento, el lanceamiento, el cepo de la uruguayana, los azotes, fierros y una indefinida variedad de cuantos martirios imaginables hubiese, eran lo que constituía la suerte de sus víctimas. Sabe, según oía

decirse, que muchos nacionales y extranjeros murieron con esos martirios en San Fernando, y que el motivo de tantos asesinatos fué una imaginaria conspiración que López dijo existir en la Asunción entre nacionales y extranjeros, pero que, según el declarante y todos los hombres sensatos que han sobrevivido a estos crueles padecimientos, eso no fué otra cosa sino un medio digno de López para poder confiscarles sus bienes, pues que en su mayor parte eran ricos...»

***

Declaración d= José Valet, súbdito francés, peluquero. (Octubre 2 de 1869). «Dijo que López queriendo saciar su sed de sangre y demás crímenes, imaginó una conspiración, en la que envolvió los nacionales más distinguidos del país y un gran número de extranjeros de más fortuna; y que principió a decir que hubo un gran robo en la Aduana, diciendo que los conspiradores en combinación con los empleados de la misma Aduana habían robado todo el dinero que había en ella para mandar a los aliados, por lo que fueron muertos en San Fernando y en Villeta a fusil y lanza después de martirizados....

***

Declaración de Guillermo Kind, súbdito inglés, maquinista. (Octubre 18 de 1869).

«...Pero más tarde oyó decir que López a pretexto de una conspiración mandó matar una gran porción de hombres, nacionales y extranjeros, que López decía eran traidores a la Patria. Dijo más, que en 22 de Febrero del sesenta y ocho, vió salir como trescientos y veintitantos prisioneros entre extranjeros y paraguayos, muchos de ellos con prisiones, sin saber el destino qne tuvieron, Dijo más, que en Caacupé, cerca del Arsenal donde trabajaba el declarante, vió muchas mujeres, criaturas, viejos y muchos extranjeros en fierros, siendo casi todos muertos de lanzas, enfermedades, y otras atrocidades como le contaron».

***

Del «Riensen in Amerika und der Sudamerikanische Krieg» von Max von Versen konigl. preuss. major.

«Sus fiscales por medio de diferentes torturas, obligaban a casi todos a hacer las declaraciones que ellos querían obtener, porque la mayor parte prefería la muerte a los tormentos. Un fiscal que procedió según justicia, fué puesto preso y después ejecutado, tal vez por no haber podido obtener los resultados deseados. Pero como los Guaraní tenían que saber del por qué de esas crueldades cometidas bajo sus ojos contra personas de la mejor sociedad, se dijo: que había una conjuración y se acusó a los comerciantes de haber robado el tesoro nacional. Pero para quien conoce algo de las circunstancias del Paraguay, sabe, y de lo dicho puede tal vez deducirse, que una conjuración con grandes ramificaciones en el país es una cosa imposible y que igualmente es absurdo hablar de robo del Tesoro nacional, cual tesoro estaba en poder exclusivo de López». (Pág. 170).

***

Declaración de Isidro Ayala, empleado del gobierno de López como colector y pagador en Peribebuy. (Septiembre 8 de 1869).

«Respondió que las crueldades practicadas por López son atroces y

que castigaba sus víctimas con azotes y con cepo a la Uruguayana; que los azotes eran dados con chicote de cuero crudo, y que las víctimas sufrían veinticinco, y a veces cincuenta azotes que se reproducían en igual número hasta arrancar de la víctima por medio de torturas atroces, confesiones falsas; que esas víctimas eran amarradas y expuestas a la intemperie, dándoles en veinticuatro horas una escasa alimentación repugnante, hasta que esos infelices morían de hambre y miseria... Respondió que en cuanto a prisioneros de guerra no sabe hoy dónde pueden existir y cree que muy pocos existen por cuanto la mayor parte fueron fusilados y lanceados».

***

Declaración del señor Juan José Alonso, paraguayo. (Septiembre 11 de 1869).

«Respondió que las crueldades eran sin número y generalmente aplicaba a todos, sin excepción mismo de los extranjeros e inocentes, los tormentos más atroces, como el cepo de la Uruguayana, los azotes y las torturas, el hambre, para con ese medio, arrancar declaraciones falsas, muchas veces en perjuicio de las mismas víctimas, algunas de las cuales el declarante conocia, y más adelante mencionará sus nombres»... «Respondió que los castigos eran diarios y bárbaros y que los fusilamientos y lanceamientos eran muy frecuentes en el ejército, y que se extendía hasta las familias de los oficiales y soldados; que los prisioneros de guerra y extranjeros de cualquiera nacionalidad, eran tratados con demasiado rigor y la menor distinción, tanto que muchos extranjeros fueron azotados, fusilados y lanceados por el falso pretexto de una conspiración inventada por López para satisfacer sus instintos sanguinarios y secuestrar los bienes de aquellos que tenían fortuna, desterrando las familias de esos infelices».

***

Declaración de la señora Venancia Friay De Stewart. (Septiembre 14 de 1869.

«Respondió que no sólo los castigos y fusilamientos eran frecuentes en el ejército, sino también los prisioneros (1) de guerra y demás extranjeros sin distinción de nacionalidad participaron las mismas crueldades»... «Respondió que López inventó una conspiración en la que envolvió nacionales y extranjeros sin excepción, calificándolos al mismo tiempo de traidores e imputándoles un robo de catorce millones de patacones pertenecientes al Erario; que bajo este pretexto López exterminó en general los habitantes del Paraguay».

***

Declaracion de la señora Silvia Vasconcelos de Filibert, paraguaya. (Septiembre 14 de 1869).

«Respondió que su marido se llamaba José de Filibert, súbdito francés, muerto por orden de López; que también ordenó el destierro de la declarante con sus nueve hijos legítimos para Caaguasú, donde, algún tiempo después, recibió orden expresa para ir a Azcurra con dos hijas mayores,

(1) Un episodio de los tantos: «López en Azcurra decretó la muerte de un oficial y varios soldados brasileros prisioneros. El oficial brasilero pidió al paragayo un poco de agua, pues hacía más de 48 horas que no bebía, para poder decir sus oraciones antes de morir. El oficial paraguayo consiente. López lo manda fusilar».—(«Revista Argentina», T. 5.º, Santiago Estrada»).

donde fueron metidas todas tres en un calabozo con otra hija de pecho, no sabiendo la declarante lo que se había hecho de sus seis hijos menores que quedaron en Caaguazú; que en el calabozo de Azcurra, ella y sus hijas sufrieron las mayores penurias y muchas veces estuvieron en el extremo de morir de hambre; y que el motivo porque eran tratadas tan duramente, no era otra causa que haberse negado la declarante a decir que su marido tenía relaciones con los aliados y era conspirador; que a cada negativa de la declarante se le aplicaban azotes con huascas de cuero crudo. Dijo más, que su marido no era conspirador y que jamás había habido la tal conspiración contra López en el Paraguay; que no pasaba esto de una invención para matar y robar tanto a los nacionales como a los extranjeros, así es que poseyendo su marido una buena fortuna, importando veinticuatro mil patacones, fué todo este dinero confiscado por orden de López, dejando a la declarante reducida a la mayor miseria y sólo con la ropa del cuerpo, pues ni los trastes de su casa, ni sus demás bienes le quedaron». . . «Finalmente, añadió la declarante, que estando en Caapucú, en Diciembre del año pasado, cuando López y sus fuerzas fueron destrozadas en Lomas Valentinas, llegó allí una orden de López dirigida al jefe del Partido, el Comandante Mayor Meza, para que se fuera a reunir con sus fuerzas a las de López en Cerro León. Que el Mayor Meza recibiendo esa orden, partió pronto con quinientos hombres escogidos para Cerro León, y allí llegando no solamente el Mayor Meza, como también los quinientos soldados fueron lanceados por orden de López, a pretexto que suministraban ganado y otros socorros a los aliados, lo que la declarante halla que no era más que un embuste o ardid. (1)

***

Declaración de Don Francisco Bernardo Haedo. (Septiembre 18 de 1869).

«Respondió que son tantas las crueldades con que martirizaba a todos los infelices que caían bajo el rigor de ese tirano, que falta tiempo para enumerarlas; pero los principales martirios en que se reducían los castigos de López eran los azotes, el cepo de la Uruguayana, estaqueo al aire y al suelo, hambre y conservarlos a la intemperie; y que de estos tormentos se valía el Dictador López para arrancar las declaraciones que quería y convenían a sus miras sanguinarias. . . . »

---

(1) De este lanceamiento en masa hace mención también el oficial de línea del Ejército paraguayo señor Blas Herrera, con la única variante que «vió al Mayor Meza sucumbir en el peso del suplicio en cepo de la Uruguayana, y que los soldados que vinieron con él, fueron todos lanceados según le consta».

El coronel paraguayo, varias veces nombrado, J. C. Centurión, en un artículo publicado en la «Revista del Instituto Paraguayo», año 1898, refiriéndose a las injustificadas matanzas ordenadas por el tirano F. S. López, dice:

«Es difícil, sino imposible, hallar una razón que justifique la conducta del Mariscal en la matanza de tantos hombres por motivos insignificantes que ni el estado de guerra en que nos encontrábamos podía darles el carácter de gravedad que era necesario para la aplicación de una pena tan tremenda. Cuando escuchaba alguna alegación a favor de aquellos desgraciados, víctimas con frecuencia de faltas por su ignorancia más que de ningún propósito malicioso o criminal, contestaba: «La patria no necesita para su defensa de sus malos hijos. . . » Si el resultado da el valor moral de nuestros actos como justificativo del fin que perseguimos, fácil es establecer la apreciación a que se prestaba un proceder que sobre ser injusto y cruel, *cooperaba poderosamente a favor del enemigo, cuyo interés consistía en disminuir el número de los que le combatían para abreviar la consecuencia de sus propósitos.*»

Declaración del Coronel paraguayo don Pedro Hermosa. (Septiembre 20 de 1869).

«Respondió que son inmensas las crueldades practicadas por López, con los nacionales y extranjeros, y con los prisioneros de guerra. Los azotes, cepo de la Uruguayana y millares de torturas, eran los medios que usaba López para arrancar cualquier declaración de sus víctimas, pero así mismo muchos preferían la muerte después de martirizados que dar una declaración falsa» . . . «Respondió que según López hacía publicar, eran casi todas esas víctimas, cómplices en una conspiración que dice López existió en el Paraguay, mas que el declarante no puede afianzar si ella existió». . . «Respondió que no sabe donde es que puedan existir prisioneros de guerra y que para sí juzga que no exista ninguno. . . » «Dijo más, que todos los individuos que han sido fusilados y lanceados, y que han sido llamados por él traidores a la Patria, tanto nacionales como extranjeros, les eran confiscados sus bienes».

***

Declaración del súbdito francés Augusto Carnin, confitero. (Septiembre 24 de 1869).

«Respondió que las crueldades más bárbaras practicadas con los nacionales y extranjeros, eran el cepo Uruguayana, los azotes, el lanceamiento, el fusilamiento y otros géneros de muerte. . . » «Respondió que el motivo era una supuesta conspiración que nunca existió ni fué intentada y el fin que López tenía en vista, era secuestrar la fortuna de los extranjeros y nacionales y desterrar sus respectivas familias, reduciéndolas a extrema miseria».

***

Declaración del sacerdote paraguayo Pedro Pablo Benítez. (Septiembre 27 de 1869).

«Respondió que nunca sirvió con dedicación, y si bajo sus órdenes sirvió, fué para no perder la vida, pues así mismo cuando algún tanto se separaba de las sociedades y no manifestaba tanto gusto de visitar al tirano López. fué preso en Azcurra como traidor, con fierro, llevando como siete meses esa prisión, en los que fué puesto en libertad por los aliados, cuando tomaron aquel punto. Dijo más, que durante ese tiempo de prisión, en él sufrió las atrocidades más grandes, como el cepo de Uruguayana, el hambre y expuesto a la intemperie, y que todo esto sufrió porque, como ya dijo, fué tratado por López como traidor, y que el declarante, hallándose ocupado desde la muerte de Bedoya en el empleo de Tesorero, tenía orden de comprar grasa para el hospital, pero que no hallando en el comercio, compró un chancho para el efecto, de lo que teniendo noticia López, mandó prenderle, diciendo que él era traidor y que negociaba con el dinero del Estado. . . .

«Respondió que un individuo llamado Centurión estaba encargado de tomar las declaraciones a los reos, y que en estos interrogatorios a fuerza de azotes y otras torturas, cualquier declaración falsa arrancaba de los reos, sean mujeres, sean sacerdotes, sean viejos o criaturas, aplicándoles después el cepo de Uruguayana, a los que muy pocas víctimas sobrevivieron, que además de estos castigos, los presos no podían ser asistidos por sus familias, y que les daba de comer de veinticuatro y veinte horas solamente, de carne de los animales muertos en el campo, haciéndoles sufrir

de este modo la mayor miseria, siendo muchas veces la carne ya putrefacta y muriendo, por consiguiente, la mayor parte de los presos de hambre. Dijo más, que no puede acabar de referir las crueldades cometidas por el Coronel Marcó y Centurión por orden de López, por ser tantas y que pasa a indicar los nombres de las víctimas que sucumbieron con los castigos dichos, y de que es él mismo testigo ocular, y son: los presbíteros Acosta y Jaques, que después de haber sido azotado nueve días consecutivos y puestos a la vez en el cepo de la Uruguayana, siendo que no morían, fueron lanceados; los Presbíteros Medina, Gavilán, Angel Caramanico (capuchino), Ferriol que murió de hambre, y muchos otros cuyos nombres no recuerda, entre los cuales habían muchos bolivianos y otros extranjeros negociantes, y que los bienes de todos fueron confiscados por el Gobierno.... Respondió que ningún hombre sensato del Paraguay sirvió a López con dedicación, y que el populacho estaba aterrorizado y obligado a servir como esclavo, siendo el que con mayor dedicación le servía; y que tanto es verdad lo que acaba de decir, que todas las personas de alguna consideración eran tratadas como traidores, teniendo siempre un fin miserable, muriendo muchos degollados, muchos fusilados, muchos lanceados, y muchos bajo otras atrocidades como hambre, azote, etc. Preguntado si eran frecuentes los castigos, fusilamientos respondió que eran casi diarios.... y que sin excepción de nacionalidad, eran todos considerados traidores y víctimas de infinidad de castigos, lo mismo que los prisioneros de guerra que lo eran también de todos los castigos inventados por López y por sus verdugos.... Respondió que López queriendo satisfacer a su instinto sanguinario, fraguó una conspiración en que decía tomar parte tanto nacionales como extranjeros los más ricos del Paraguay, quienes fueron muertos todos a lanza, fusil y martirios que ya dejamos mencionados; por lo que el declarante juzga que la referida conspiración no fué sino un pretexto de López para confiscar los bienes de esos infelices. Dijo más, que además de las riquezas de los nacionales y extranjeros que confiesa, el declarante tenía que decir que cuando fueron muertos los empleados de la Aduana por traidores, el nombrado Tesorero, se recibió de los intereses del Estado, pero que no halló sino muy poco dinero, lo que hace creer que López lo confiscaría, diciendo que los empleados de la Aduana fueron muertos por haber robado y mandado a los aliados mucho dinero del Estado; por lo que fueron considerados traidores... Respondió que para darse una idea del poder que tenía López en el Paraguay, basta decir que tomaba parte hasta en lo más sagrado de la religión, de lo que el declarante no puede dudar desde que le sucedió que un día yendo a confesar a un penitente en los establecimientos del Chaco, en ocasión de pedir licencia al Comandante de armas, Don Venancio López, para pasar, éste le había hecho comprender que tenía orden del Presidente para saber de los sacerdotes todo lo que haya sabido bajo de confesión tocante al Gobierno o al Estado; y que en otra ocasión el mismo Presidente López le dijo que no comprendía como, habiendo tantos criminales entre sus feligreses no le confesaba sus crímenes».

***

«Por último, el buque italiano sacó del país 52 mujeres y criaturas, y el francés, un número menor, y también a M. Libertat, canciller del Consulado francés, que había sido encarcelado y engrillado por la imaginaria

conspiración contra López, habiéndole hecho confesar en el tormento, que por su complicidad había recibido 4.000 duros de los jefes de la conspiración... » (Thompson, «La guerra del Paraguay», pág. 311).

***

«Mma. Lynch se nos adelantó un poco después, iba en carruaje, nos saludó risueñamente; nos descubrimos en su presencia, porque sabíamos que una palabra suya bastaba para mandarnos al día siguiente al cadalso o a otra cosa peor todavía. He sabido después, que se aprovechaba de toda oportunidad para hablar de la conspiración e injuriar a Mr. Washburn y a sus amigos en presencia de López, que ponderaba eternamente su generosidad como presidente y la vil ingratitud de sus amigos. «¡Oh, cómo se ha sacrificado V. E. por el amor de su patria!» decía después de comer, al corpulento ebrio y sibarita tirano; «estos malvados han conspirado contra V. E.! Esto es muy triste, Señor, oh, ¡tristísimo!» Decía esto, no porque tenía deseos de perdernos, sino para salvar su propia vida. Debía estar segura de que el hombre que había encarcelado a sus hermanos, azotado a sus hermanas, fusilado a sus maridos, y azotado a su misma madre, no tendría gran respeto por ningún otro vínculo posible.

.....

«Refiriéndose al padre Román, dice: «Era capellán del ejército, vestía el uniforme de teniente y llevaba espada; nada tenía que indicara su ministerio, si se exceptúa una pequeña cruz roja en el lado izquierdo del pecho, y su corona, cubierta de pelos cortos y tan tiesos que parecían cerda.

«Habría servido admirablemente para modelo de un Torquemada. Su figura era hermosa, alta y airosa, pero su rostro revelaba la crueldad y el sensualismo, y sus labios finísimos indicaban uno de esos caracteres que no conocen la piedad». «Por último, echó a un lado sus papeles con un gesto de impaciencia, me miró fijo y plenamente a la cara; yo estaba parado sosteniendo los grillos con una mano y teniendo en la otra mi sombrero». «¿Y bien, como se siente?» me dijo. «Estoy enfermo y débil». «Vaya, es que le remuerde su conciencia. Confiese sus crímenes, confiese, lo que hizo esa *bestia* de Washburn. Mire, dijo, enseñándome un grupo de soldados que estaban afuera: le tengo lista la *Uruguayana* y después se le fusilará».

«Un alférez me ordenó bruscamente que me parase; quise hacerlo pero el peso de los fierros me volteó boca abajo; haciendo por último un esfuerzo supremo logré ponerme de pie. A cuatro pasos de allí se hallaba un terrenito cuadrado cercado de huascas; se me mandó que entrase en él; me hallaba demasiado fatigado para observar como se trataba a mis desgraciados compañeros de prisión; me tiré en tierra y en el acto me quedé profundamente dormido. A la oración me despertaron a palos, y se me ordenó que me levantara y marchara a un montecito de naranjos, que distaba cerca de media milla. Me dolían todos los miembros, pero obedecí inmediatamente, y sosteniendo los grillos con una huasquita, salí con gran dolor y dificultad en la dirección indicada, tan apresuradamente como me lo permitían mis ensangrentados y machucados pies. Un cabo, armado de una bayoneta y de un palo, me seguía. «¡Camine más ligero!» gritaba a cada instante; quise hacerlo, pero en vano; me apaleaba tan brutalmente por los hombros y los brazos que me derribó; entonces me pegó más brutalmente todavía, por haberme caído. Llegué, por último, contuso y casi exánime, a un grupito de

tolditos hechos con ramas y cañas, colocados en líneas rectas. Vi llegar aparte y separadamente a Mr. Bliss y a Baltasar. Yo pasé al otro lado, y entré en la cabaña más distante. Encontré sentado dentro de ella a un viejo capitán y a un sacerdote, quién, por lo que supe después, llenaba el oficio de Secretario. Aquél me hizo señal para que entrara, y después de escudriñarme algunos minutos, dijo: «¡Ah! por fin lo tenemos; ahora confíese usted que Mr. Washburn es el jefe de los conspiradores y que usted se refugió en la Legación con el objeto de conspirar contra el gobierno». Contesté que no tenía nada que confesar, que nunca había conspirado contra el gobierno, que por el contrario, había hecho cuanto me había sido posible para servir a los paraguayos; que estaba cierto que Mr. Washburn, era enteramente inocente de los crímenes que se le imputaban, y expliqué en pocas palabras las circunstancias por las cuales había entrado a su servicio. Me escuchó hasta el fin con indicios de gran impaciencia, y cuando concluí me dijo: «¿No quiere confesar?»—«No tengo nada que confesar». Entonces dirigiéndose al sacerdote, le dijo que me sacara y me aplicara el *potro*. Me llevó tras del rancho, pero tan cerca de él, que Falcón podía oir desde donde estaba todo lo que pasaba. Imploré silenciosamente a Dios, me diera fuerza para soportar esta terrible prueba, y miré alrededor como en busca de los instrumentos de la tortura; pero encontré que estos salvajes, como los de «El último de los Mohicanos», podían lamentar lo atrasado de sus instrumentos para infligir el dolor. El sacerdote me instó de nuevo para que confesara, pero contesté como antes, que no era conspirador y que no tenía nada que confesar. Entonces dijo algo al cabo en Guaraní, y éste gritó: «traigan aquí la *Uruguayana*». A su llamamiento se adelantaron dos soldados trayendo varios fusiles y muchas huascas. Me dijeron que me sentase en el suelo con las rodillas levantadas; lo hice, y me preguntaron de nuevo: «¿Quiere confesar?»—«No, soy inocente».

«Entonces uno de los soldados me aseguró bien los brazos sobre las espaldas, el otro pasó un fusil por mis corvas y apoyando después su pie, en medio de mis espaldas, dobló violentamente mi cabeza hasta que me tocó en el fusil inferior, me colocaron un segundo fusil sobre la nuca, y los ataron con tanta fuerza, que me dejaron enteramente inmóvil. Permanecí así por un buen rato, pero de cuando en cuando daban martillazos en la culata del fusil; el sacerdote, entre tanto, con voz monótona, como si repitiera una fórmula, que hubiera ya pronunciado muchas veces, se empeñaba en hacerme confesar y aceptar la piedad *del bondadoso y generoso Mariscal López*. No contesté nada, sufriendo en silencio el intenso dolor que me infligían. Por último me desataron, y me preguntaron una vez más: «¿Quiere usted confesar?» Contesté negativamente. Me ataron nuevamente como antes, pero agregando dos fusiles más sobre la nuca. Mientras estiraban las cuerdas eché la cabeza hacia adelante para evitar la presión sobre la garganta y golpeándome contra el casquete superior me ocasioné fuertes heridas en los labios; la sangre casi me ahogó; por fin, no pudiendo aguantar aquellos atroces dolores, me desmayé.

«Cuando recuperé mis sentidos, estaba tendido en el pasto, y tan completamente estropeado, que comprendí que ya no podía sufrir más y que sería mucho mejor, *hacer una pretendida confesión* y ser fusilado, antes que ser torturado nuevamente. De suerte que, cuando se me iba a aplicar de nuevo la *Uruguayana*, como se la llamaba, dije: «Soy culpable, confesaré». Entonces me desataron inmediatamente. El sacerdote me

dijo: «¿Por qué ha sido usted tan imbécil y tan cabezudo? A su compañero Bliss no se hizo más que amenazarlo y confesó inmediatamente». Esta era la verdad. como él mismo me lo dijo después. Había oído varias veces al pobre Baltasar pidiendo piedad a gritos, y en aquel mismo momento el sonido de pesados golpes, seguidos cada uno de tremendos alaridos, probaban hasta donde llevarían su crueldad para con nosotros; le azotaron sin compasión y después le aplastaron los dedos a martillazos. Le tenía mucha lástima, porque no sabía absolutamente nada, ni de la *pretendida conspiración*, ni de la acusación contra su amo (Washburn) y no podía salvarse aun cuando protestase que era culpable».

(Jorge Federico Mastermam, Ex-Ayudante cirujano, profesor de materia médica, farmacéutico militar en jefe del Hospital general de la Asunción del Paraguay.—«Siete años de aventuras en el Paraguay», pág. 225).

Relación de los padecimientos de los súbditos ingleses en el Paraguay

Traductor Público: Señora Elsa F. de Elkan

«The Standard», 24 de Agosto de 1869.

A la llegada del vapor, el teniente Blount se dirigió al Consulado Británico y el señor Parish tomó las medidas convenientes para recibir los refugiados en el aula adjunta a la iglesia inglesa. Al mismo tiempo, una comisión compuesta de los señores Rev. Ford, Rev. Chas Jackson y algunos otros, ayudados por algunas damas inglesas, fué encargada de distribuir vestidos y de atender las otras necesidades urgentes del momento. El doctor Alston estaba presente, pero según los últimos informes, no hay más que dos o tres niños cuyo estado es delicado y se espera que todos recobrarán sus fuerzas después de un tratamiento apropiado. El estado y el aspecto de los refugiados inspiran la más calurosa simpatía; hemos comprobado con suma satisfacción que el Cónsul ha recolectado una cantidad de dinero importante.

Algunos de los hombres han empezado ya, durante los últimos diez días a recobrar sus fuerzas con tal rapidez, que es casi imposible creer que hayan sufrido privaciones por un período de cuatros años. Otros, sin embargo, se encuentran todavía muy débiles, llenos de zozobra; tienen el cabello prematuramente canoso, el cuerpo encorvado, los huesos salientes, los ojos hundidos y grandes surcos en la frente; éstos también, tan pronto como puedan conseguir el reposo necesario, recobrarán su fuerza y salud. El estado de las señoras es muy variado: algunas, agotadas por la inquietud, se encuentran muy débiles, mientras que otras, a pesar de todas sus preocupaciones, están alegres y llenas de ánimo; algunas son las viudas de súbditos ingleses que fallecieron durante la guerra y casi todas han vivido varios años en el Paraguay.

La relación de sus padecimientos y aventuras es sumamente conmovedora y trataremos de publicar algunos relatos interesantes, dignos de simpatía y compasión.

Algunos de los refugiados no se encuentran en la miseria, por ejemplo, los señores Burrell (ingeniero civil) y Valpy (ingeniero militar), quienes fueron contratados antes de la guerra para construir el ferrocarril de la Asunción a Villa Rica. Hay todavía media docena de ciudadanos ingleses que de su propia voluntad, siguen a López y a su ejército en la retirada al interior; estos son el doctor Skinner, quien tiene el grado de coronel, el Capitán

Thompson, quien tiene a su cargo rayar los cañones de López, el señor Nesbitt, jefe del arsenal, el señor Hunter, el señor Taylor (hijo) y el mucamo del doctor Stewart.

El doctor Skinner, sin la ayuda del cual casi todos hubieran muerto de hambre, y la señora de Lynch, (1) han merecido grandes elogios por sus esfuerzos caritativos.

El año próximo pasado, algunos de los refugiados buscaron amparo en casa del señor Washburn donde quedaron cinco meses bajo la bandera americana, hasta que fueron enviados al interior. Muchos no recibieron salario por algunos años y tuvieron que vivir de sus propios recursos. Gracias a Dios, ellos han sobrevivido a tan horrorosos sufrimientos y sus compatriotas les ayudarán ahora en la medida del posible.

Hemos podido conseguir los detalles siguientes:

El señor Jorge Miles, segundo ingeniero del buque de guerra «25 de Mayo», fué capturado en el viaje a Corrientes el 13 de abril de 1865 y ha sufrido un duro cautiverio de cuatro años y cuatro mèses.

El ingeniero jefe, señor Hugh Bain, falleció en el viaje a Villa Franca, dejando una viuda en Buenos Aires y una hija en Belfast en Irlanda.

Durante la guerra el señor Miles ha sido contratado para la fundición de los cañones de López en la Asunción y más tarde en Caacupé. Estos cañones fueron fundidos en gran parte con las campanas de las iglesias y con municiones brasileñas; sesenta fueron concluidos desde el mes de diciembre ppdo.

Cincuenta eran cañones de a doce y los otros fueron rayados bajo la dirección del Capitan Thompson, quien se encuentra ahora con López.

La evacuación de Azcurra no fué un movimiento precipitado; la guarnición compuesta de varios millares de hombres y jóvenes y más o menos tres mil mujeres empleadas para llevar los aprovisionamientos del ejército alcanzó un punto a veinte y cuatro horas de camino más allá de Caacupé. La retaguardia, bajo el mando de Caballero, fué alcanzada por los aliados

(1) Esa mujer-demonio era capaz de algunos rasgos de generosidad, cuando no perjudicaban sus intereses particulares. Con la señora Melchora Durao de Capdevila fué generosa, socorriendo a ella y a sus cinco chicos con chipá y otros comestibles, lo suficiente para que no murieran de hambre. Verdad es que se pagó con creces, quedándose con 400 patacones, que, por intermedio del Ministro Norte-Americano, le enviara la familia. Socorrrió también a la señora Eugenia Villate de Gutiérrez y a sus niñitas, a la familia Taylor y a los pocos nombrados más abajo. Algunas veces mandó al coronel argentino Gaspar Campos, que era tenido a la intemperie en cepo de lazo, bizcochos y tabaco. Ella prolongó la vida, se puede decir, del coronel brasilero Cunha Mattos, hasta que pudo salvarse en Lomas Valentinas. El mayor prusiano Von Versen (Reise in Amerika und der Südamericanische Krieg, pág. 214), dice a este respecto: «Cunha Mattos me participó la agradable noticia, que un capitán, ayudante de López, que cayó en poder de los brasileros el 27 de Diciembre, tenía en el bolsillo la condena de muerte de nosotros cinco, que nos hallábamos juntos ese día. Antes de la fuga de López, el ayudante había quedado encargado de nuestra ejecución, quiere decir mientras nos encontrabamos en el monte cerca de Itá-Yvaté, entre las tropas de López». Creo que López, durante la guerra nunca firmó una sentencia de muerte. Von Versen no dice por quién estaba firmada la orden que se refería a ellos; se sabe, sin embargo, que López señalaba con un lápiz, en la larga lista de los presos, (de los *disponibles* como se decía en esos tiempos) que le presentaban por la mañana sus ayudantes, los nombres de los que tenían que ser ejecutados en el día. El mismo Von Versen dice en la página 189 de su obra: «Nos hicieron formar de a dos, un oficial superior leyó en un papel algunos nombres, los nombrados fueron allí cerca, en el acto fusilados, para infundirnos terror, y nos pusimos en marcha».

cerca del Peribebuy y destrozada; pero la mayor parte del ejército, llevando sesenta cañones, logró alcanzar las Sierras de Aldama. Cuando los brasileños entraron en Caacupé vieron que López había hecho añicos toda la maquinaria.

El señor Newton, quien fué por primera vez al Paraguay en 1858 y ha sido uno de los hombres más útiles para López ha sufrido más que los otros. Trató de embarcarse en 1865, cuando el vapor «Beacon» llegó a Humaitá, pero el general Barrios rehusó perentoriamente su consentimiento. En 1868 se refugió en la Legación americana, pero bien pronto fué enviado con Miles y otros a San Lorenzo y encarcelado. Durante los diez y ocho meses anteriores había fundido en Ibicuy el cañón monstruo «Criollo», a más de sesenta piezas más pequeñas y cuatrocientas toneladas de municiones. Al fin se hizo chacarero cerca de Tobaty, y por algunos meses se alimentó con su familia de una especie de pan hecho con la fruta del coco.

La señora de Cutler es viuda y tiene varios hijos menores; su esposo era ingeniero en jefe del «Salto de Guayra», en el río Curumbá. Ella trató de embarcarse en el vapor «Beacon» pero fué impedida y permaneció en Caacupé los últimos ocho meses. Los víveres eran muy escasos, pero el doctor Skinner consiguió siempre algunos alimentos para los prisioneros ingleses.

No disponemos hoy de bastante lugar para dar más detalles acerca de los sufrimientos de esta pobre gente, pero los daremos a conocer en toda su extensión mañana y los días subsiguientes.

No se puede elogiar bastante al Capitan Fawkes y al Teniente Blount por las medidas tan apropiadas que tomaron desde el primer instante, así como al Cónsul señor Parish, al Rev. señor Ford, al señor Carlos Jackson, etc.

El Teniente Blount salió anoche para Montevideo, para dar cuenta de su cometido al Capitán Purvis, oficial mayor de la estación.

Sabemos que la señora del doctor Stewart se encontraba recientemente en la estancia Rivarola, pero según los últimos informes, se ha trasladado al interior. El señor Stewart hijo, ha ido con una escolta puesta a su disposición por el señor Paranhos para tratar de averiguar su paradero

---

Las víctimas inglesas de la guerra del Paraguay

«The Standard», 27 de Agosto de 1869.

Hemos abierto una suscripción en la oficina de nuestro diario y nos parece innecesario recordar a nuestros lectores que no es un caso ordinario para el cual solicitamos ahora su ayuda. Estamos convencidos que cada residente inglés del Río de la Plata contribuirá según sus medios a aliviar la triste situación por la cual atraviesan nuestros desdichados compatriotas. Considerando que más de cuarenta personas se encuentran en la mayor miseria, creemos que 500 £ esterlinas serán apenas suficientes para hacer

frente a sus necesidades más urgentes. El pasaje a Inglaterra será pagado por el gobierno inglés; se ha dicho también que el gobierno debía tomar a su cargo los gastos ocasionados, pero no es el momento de discutir los deberes de la Cámara inglesa. No dejen que vuelvan a su patria con la impresión que sus sufrimientos y su largo cautiverio no han encontrado entre nosotros simpatía y ayuda; pero que vayan con sentimientos de agradecimiento para sus compatriotas en la América del Sur.

Tenemos el propósito de publicar el relato de los refugiados con sus propias palabras; el caso del señor Miles, segundo ingeniero del vapor argentino «25 de Mayo», es uno de los más interesantes:

«En el año 1865, era segundo ingeniero a bordo del «25 de Mayo», siendo el comandante don Carlos Mazzini, y el ingeniero jefe, un irlandés llamado Hugh Bain. Estábamos en el puerto de Corrientes, cuando el 13 de abril, más o menos a las siete de la mañana, vimos seis o siete buques bajar el río llevando numerosas tripulaciones y enarbolando el pabellón paraguayo. Pasaron a nuestro lado y volviendo luego, uno de ellos, el «Igurey», destrozó el tambor de nuestro vapor. Unos treinta marineros de nuestra tripulación, casi todos argentinos, se echaron al agua y los que no perecieron ahogados fueron muertos a balazos; uno o dos lograron alcanzar la ribera. El enemigo se apoderó de nuestro buque; los ingenieros fueron encerrados en sus respectivos camarotes y después de algunas horas de espera, fuimos citados en presencia del capitán del «Igurey», quien pidió al señor Bain de hacerse cargo del vapor bajo el mando de López. Habiéndose negado a acceder a tal pedido, el señor Bain fué arrestado y llevado prisionero a Paso de la Patria y después a Villa Franca. Es sabido que falleció antes de llegar a esta ciudad; no se conoce todavía la causa de su muerte, pero con toda probabilidad fué ocasionada por las privaciones. Gozaba de buena salud y tenía más de cuarenta años.

«Yo acepté entonces en su lugar de hacerme cargo del vapor y me emplearon seis meses a bordo del «25 de Mayo», llevando tropas y municiones de la Asunción a Humaitá. Me trasladaron a bordo del vapor «Río Blanco» destinado al mismo fin.

«En Mayo de 1866 me enviaron al arsenal de la Asunción donde el señor Whitehead y sus empleados estaban fundiendo cañones para el ejército. El señor Whitehead se suicidó en el mes de julio, y el señor Grant, a quien López ofreció entonces el mando, falleció en el mes de septiembre del mismo año. El señor Nesbitt, ingeniero jefe de un buque de guerra, fué durante el resto de la guerra, comandante del arsenal de la Asunción; ayudado por unos veinte mecánicos ingleses, hizo cañones y torpedos, estos últimos bajo la superintendencia del señor Bell, quien más tarde murió del cólera en Humaitá.

«En febrero de 1868, cuando la armada brasileña forzó el pasaje de Humaitá, creimos tener la oportunidad de recobrar nuestra libertad, y buscamos amparo en la Legación americana de la Asunción. Nos obligaron pronto a abandonar este asilo y el señor Newton y yo fuimos enviados a San Lorenzo cerca de Luque, donde nos encarcelaron durante setenta y un días hasta que consentimos a volver al trabajo en el arsenal de la Asunción. Me quedé en esta ciudad hasta fin del año, cuando la batalla de Lomas Valentinas obligó a López a retirarse a las Sierras de Azcurra, estableciendo su arsenal en la aldea de Caacupé.

«Mientras López tuvo su campamento en Azcurra, hicimos sesenta

cañones de bronce, cincuenta de a doce y diez piezas rayadas; estas últimas fueron concluidas por el Capitán Thompson, quien se encuentra ahora con López. Los cañones fueron hechos de campanas de iglesias, mezcladas con los proyectiles de los cañones brasileños que encontrábamos cerca de las líneas de fuego. Cuando el vapor «Beacon» llegó a Humaitá para recibir los prisioneros ingleses, solicité permiso del general Barrios para irme con ellos, pero este permiso me fué negado perentoriamente. Desde más de un año, no he tenido noticias del Capitan Mazzini, ni de mis otros compañeros del vapor «25 de Mayo»; pero según toda probabilidad, se encuentran todavía en alguna aldea del interior».

El señor Newton nos facilita los detalles siguientes:

«Fué al Paraguay en el año 1858, habiendo firmado un contrato de siete años. Era capataz de fundición y tenía un pequeño taller cerca del arsenal de la Asunción, donde hacía cañones y otros artículos. Vivió diez y ocho meses en Ibicuy, donde fundió el gran cañón «Criollo» y setenta cañones más pequeños por los cuales envió a López una cuenta de $ 1000. Como López no la quiso pagar, el señor Newton dejó el trabajo y se refugió en casa del señor Washburn. Fué arrestado y encarcelado durante ochenta y ocho días, hasta que consintió en reanudar el trabajo. Al fin, logró escapar y se refugió en Tobaty donde empezó a cultivar un pedazo de tierra, alimentándose con su familia con la fruta del coco. Después de la evacuación de Azcurra, vino a pie con sus hijitos hasta las líneas aliadas. El caso del señor Newton es uno de los más lastimosos y dicho señor está muy deseoso de volver a Inglaterra, siendo su estado delicadísimo, así como el de sus hijitos.

«Los ingenieros piensan quedarse en Buenos Aires, donde se les ofrecieron buenos empleos; las viudas y los niños preferirán sin duda volver a su patria. El ingeniero Miles reclama del gobierno argentino un sueldo de cuatro años, alegando que tomó servicio en el Paraguay contra su voluntad, haciéndolo únicamente para salvar su vida. En lo que se refiere a su compañero el señor Hugh Bain, del cual nos dijo que había fallecido, sabemos que logró alcanzar Villa Franca y que con toda probabilidad fué enviado luego al interior».

Las víctimas inglesas de la guerra del Paraguay

Relato del señor Eden

«The Standard», 28 de Agosto de 1869.

El señor Guillermo Eden, nacido en Pitcomb, Condado de Somerset, residiendo anteriormente en Londres, y luego empleado de capataz en un molino de aserrar en Rusia, nos facilita los siguientes informes:

En 1861, firmé un contrato por el término de cuatro años con los señores de Blyth, encargándome de un molino de aserrar para el gobierno del

Paraguay. Llegué a la Asunción en el mes de julio con dos señoras que venían a juntarse con sus esposos y un ingeniero llamado Forrester; este último regresó a su patria inmediatamente después. Me hice cargo del molino de aserrar contiguo al arsenal con nueve obreros paraguayos. López I, entonces gobernador del Paraguay, me trataba muy bien y pagaba los sueldos regularmente. Yo ganaba $ 80 al mes, mitad en oro, mitad en papel, equivalente más o menos a 13 £ esterlinas. El molino de aserrar suministraba madera, para la construcción de buques y casas. A la muerte del viejo López, mi situación siguió siendo la misma bajo el gobierno de su hijo.

Mi contrato terminaba al principio de la guerra y ofrecí firmar un nuevo contrato de dos años, estipulando el adelanto de una parte de mi salario. Nunca contestaron a mi propuesta y fuí obligado a seguir trabajando. Al fin del año 1867, habiendo terminado mi contrato dos años y medio antes, me pidieron firmar un nuevo contrato de doce meses, lo que rehusé alegando que mi señora se encontraba muy mal de salud y pedí un pasaje para Inglaterra según lo estipulado en mi contrato. Me obligaron a trabajar durante otros cinco meses, pero cuando la armada brasileña tomó el pasaje de Humaitá, en el mes de Febrero de 1868, pedí amparo con el señor Watts, el señor Newton, el señor Miles y las señoras viudas de Cutler y de Thomas, en la Legación de los Estados Unidos, donde el ministro señor Washburn nos dió alojamiento y comida. Nos quedamos cinco meses, durante los cuales el gobernador me hizo pedir varias veces de ir al interior para trabajar, pero no contesté. Fué entonces que López descubrió la supuesta conspiración del señor Washburn y de los señores Bliss y Mastermann para asesinarle; conspiración que nunca ha existido. Mi esposa atendió a la señora de Washburn durante su cautiverio y nunca oyó nada al respecto. Watts fué muerto a causa de esta conspiración; tenía más o menos cuarenta años, era hombre sobrio y formal y había sido ingeniero en el arsenal y a bordo de varios buques.

El 12 de Julio nos ordenaron dejar la Legación de los Estados Unidos y nos enviaron a San Lorenzo, aldea que se encuentra a tres leguas de la Asunción. He vivido durante quince días en una galería y alquilé luego un rancho de doce pies por quince donde se refugiaron quince personas, hombres, mujeres y niños. Algunos días más tarde el jefe de policía dió orden de arresto contra mí, el señor Newton y el señor Miles. Watts había sido arrestado a media noche el día de nuestra llegada y llevado con los brazos atados. Según los informes del doctor Skinner, el señor Watts fué fusilado el mes siguiente. Era viudo y había contraído enlace con una viuda, la señora de Retanick. La señora estaba durmiendo en casa de amigos cuando Watts fué arrestado, y él no tuvo tiempo de enviarle sus llaves. El día siguiente, ella pidió a Miles y a Newton de abrir el baúl de su marido para tomar algunos vestidos y dinero y éste fué el delito por el cual nos arrestaron. Nuestras familias tuvieron que alimentarnos durante nuestro cautiverio. Me pusieron en libertad el cuarto día porque comprobaron que yo no había abierto el baúl. La señora de Watts fué arrestada y alojada en un cuarto contiguo a la policía pero con el permiso de ir a la plaza para comprar víveres.

A nuestra primera llegada a San Lorenzo nos habían prohibido de entrar en ninguna casa de la aldea, como también de abandonar la localidad; tampoco nos dejaron escribir cartas. Los víveres eran carísimos; una co-

mida para dos personas costaba 4 $; a veces nos quedábamos tres días sin carne y la escasez era tal, que hemos pagado hasta 1 $ por una mandioca de cuatro pulgadas y 1 $ por tres espigas de maíz. No habíamos visto té ni azúcar desde años y era imposible conseguirlos. Hemos gastado de este modo todo el dinero que habíamos ahorrado, el producto de varios años de trabajo.

El 5 de Diciembre nos ordenaron dejar San Lorenzo, con destino a Peribebuy, más allá de la cordillera y del lago de Ipacaray. El viaje duró veinte y cinco días; primero fuimos a pie a Luque (6 millas), después con el tren a Tacuaral, y allá tuvimos que quedarnos diez días, expuestos a la lluvia y al sol, esperando carretas. Mi señora tenía la piel de la cara completamente quemada y la sangre salía de sus labios. Las señoras de Cutler y de Thomas nos acompañaban y sus hijos sufrieron tanto, que la piel de sus espaldas, brazos y cara, se salía a pedazos. Mientras esperábamos los *coches*, nos alcanzó la orden de reanudar el viaje inmediatamente y con grandes dificultades seguimos adelante. Una mujer del país llevó nuestros baúles hasta el pie de la cordillera por la suma de 50 $ y allá acampamos bajo un árbol durante cinco noches, expuestos a una lluvia torrencial, sin otro alimento que un poco de almidón de trigo que llevaba conmigo. Al fin conseguimos *coches* y las señoras de Cutler y de Thomas habiendo salido para Caacupé con sus hijos, yo me dirigí con mi señora a Peribebuy. El camino no era más que un surco y tuvimos que pasar otra noche en la selva antes de llegar a Atirá, donde nos quedamos cuatro días para descansar. Habiendo alquilado otro coche y comprado un caballo para mí, salimos para Peribebuy; hicimos el viaje en dos días y llegamos a nuestro destino a fin de Diciembre de 1868. Los gastos de mi traslación a Peribebuy alcanzaron a 200 $. Peribebuy es una pequeña aldea de ochocientos habitantes, pero cuando llegamos, habían más de diez mil mujeres y niños, la mayoría de los cuales vivían en tiendas de campaña hechas de cueros y ramas de árboles. No pude conseguir un rancho, pero alquilé un galpón perteneciente a una familia paraguaya, quien nos trató muy bien en cambio del regalo de algunos vestidos de mi señora. Habíamos traído muchas prendas de vestir y nos fueron más útiles que el dinero; cambiamos por un valor de más de 100 $ por yerba mate, mandioca, etc. Mi señora se encontraba muy enferma, las venas de las piernas se habían abierto en tres partes, esto fué la consecuencia de las largas caminatas por el agua y la arena caliente. Al mismo tiempo tuve que acostarme también con malaria. Los víveres de toda clase eran tan escasos que dos ancianos murieron en la casa contigua después de haber concluido su provisión de porotos. Un día ví los cadáveres de cuatro hombres y mujeres muertos de hambre tirados en la calle.

Cuando la señora de Lynch volvió a su casa de Peribebuy, mi esposa fué a visitarla para pedir ayuda. Después de recibirla con mucho cariño, la señora de Lynch le dió té y azúcar y expresó su pesar de no haber sabido antes que nos encontrábamos en tan lastimosa situación. Prometió conseguirme trabajo y al día siguiente pidió a López de emplearme. El ministro Caminos redujo mi salario a 60 $ (en lugar de 80 $) y envió un coche para trasladarnos al arsenal de Caacupé. La distancia no era muy grande, pero el camino muy penoso y tuvimos que pasar una noche en la selva. En Caacupé me emplearon en el arsenal con otro súbdito inglés para cortar madera, fundir cañones, etc. Nos pagaron el salario como anteriormente,

mitad en plata, mitad en papel. Mientras tanto mi señora seguía muy enferma de malaria y no podíamos comprar lo necesario para vivir, teniendo que conformarnos con las raciones del gobierno. Mi esposa hubiera muerto sin la ayuda de la señora de Lynch quien nos envió muchos regalos. El doctor Skinner fué muy bueno; no pudo venir a verla personalmente, pero su ayudante la atendió muy deferentemente y siempre gratis.

López no vivía en Caacupé; se encontraba con su ejército en las Sierras de Azcurra. Abandonó el arsenal el 13, después de haber hecho fundir más de sesenta cañones durante los ocho meses. Procedió entonces a la evacuación de Azcurra cuya guarnición no comprendía menos de quince mil hombres y jóvenes armados en la mayor parte con lanzas y fusiles. Tenía igualmente algunos batallones de mujeres y todos se fueron al interior, llevando los cañones y el material de guerra. Cuarenta ciudadanos ingleses se quedaban en Caacupé después de la retirada del ejército. López dejó igualmente en la aldea setecientos enfermos al cuidado del Mayor Parodi, un farmacéutico italiano de la Asunción. A más de los enfermos se habían quedado una parte de los habitantes y algunos espías.

El 14 de Agosto tuvimos una noche sin sueño; los espías nos preguntaron varias veces si no queríamos volver a unirnos con el ejército, aconsejándonos de hacerlo a pesar de no tener órdenes para obligarnos. El Mayor Parody nos aconsejó de quedarnos, diciéndonos que pereceríamos de hambre en las sierras.

A la mañana del 15, vimos con indecible alegría, la caballería brasileña entrar en la aldea. Los saludamos agitando los sombreros y corrimos hacia los soldados besando sus manos. Ellos se dieron cuenta en seguida de nuestra situación, nos pidieron volver a nuestras casas, asegurándonos que una guardia se quedaría en Caacupé para protejernos. Más o menos a las 10 a. m., llegó el Conde de Eu con su estado mayor y habiéndonos mandado llamar, nos habló en inglés, pidiéndonos noticias del paradero de López. Mientras tanto diez mil brasileños, (infantería, caballería y artillería), habían ocupado la aldea. Un oficial del Príncipe apuntó nuestros nombres y nos ordenó hacer los preparativos necesarios para dejar Caacupé la mañana siguiente a la salida del sol. La señora de Portillo no pudo acompañarnos; su esposo era uno de aquellos que habían seguido al ejército junto con el Capitán Thompson, el doctor Skinner, el señor Taylor hijo y varios otros.

El 16 de Agosto salimos de Caacupé para hacer un viaje de quince millas hasta el cuartel general brasileño en Pirayu. Fué un viaje largo y difícil; el sol era muy fuerte y estábamos en ayunas. Las mujeres y los niños tenían que caminar como los hombres y sin la esperanza de recobrar pronto nuestra libertad, no hubiéramos llegado al término de nuestro penoso viaje.

Mi pobre mujer cayó varias veces en el camino, pero traté de darle ánimo, llevándola en brazos para cruzar los ríos y ayudándole tanto como pude. A la puesta del sol alcanzamos Pirayu, agotados y hambrientos. Los oficiales brasileños nos tributaron toda clase de atenciones, nos dieron una comida abundante, ofreciéndonos sus propios cuartos para la noche. El 17, tomamos el ferrocarril hasta la Asunción, encontrando en todas partes una acogida muy cariñosa; el Teniente Biount del vapor «Cracker» nos esperaba en la estación, pero nos encontrábamos tan cansados que pasamos la noche en casa del señor Taylor y fuimos a bordo del vapor «Cracker» la mañana

siguiente. No se pueden describir todas las atenciones del Capitan Fawkes, sus oficiales y tripulación durante nuestra estadía. El domingo por la mañana fuimos a bordo del «Taraguy» y salimos el mismo día para Buenos Aires. Gracias a Dios, mi esposa se encuentra ahora mucho mejor, así como todos los niños que están en tratamiento en el hospital.

Las víctimas inglesas de la guerra del Paraguay

Relato de la Señora de Cutler

«The Standard», 29 de Agosto de 1869.

Vine al Paraguay en 1862. Mi esposo era ingeniero jefe del vapor «Salto de Guayra», y fué muerto en la batalla de Curumbá en Noviembre de 1867 dejándome con dos hijos, un niño y una niña que tienen ahora siete y cuatro años respectivamente. Cuando el vapor «Beacon» llegó al Paraguay, me dijeron que hiciera mis preparativos para embarcarme, pero finalmente no me dejaron partir. Puede ser que la razón por la cual yo y otras señoras viudas fuimos impedidas de embarcarnos, fué que López tuvo miedo que hablaríamos de él y de sus asuntos. En Febrero de 1868 pedí amparo a la Legación americana y el señor Eden ha relatado ya nuestros sufrimientos en San Lorenzo. Cuando nos obligaron a dejar la aldea el 5 de Diciembre de 1868 para ir al interior, la señora de Watts y yo nos juntamos con la familia del señor Eden. La señora de Watts tenía tres hijitos; su esposo había sido arrestado y fusilado algunos meses antes. Fuimos todos a pie hasta Luque y de este punto por tren a Tacuaral donde nos quedamos diez días y noches abrigados por árboles, bajo la lluvia y el sol. Seguimos entonces nuestro viaje a través de los pantanos hasta llegar al pie de la cordillera. Durante cinco días quedamos expuestos a la intemperie y nuestros hijos teníau la piel completamente quemada por el sol. Llovía torrencialmente todas las noches y no teníamos otro alimento que un poco de almidón. La señora de Thomas y sus tres hijos estaban con nosotros.

Tan pronto como pudimos conseguir coches, el señor Eden, después de hacer para nosotras un convenio con nuestro cochero, nos acompañó una parte del camino. Yo había pagado 25 $ por mi parte y nuestro viaje fué muy penoso y difícil. El 4 de Diciembre llegamos a Caacupé donde vivimos bajo naranjos durante un mes entero, pagando precios exorbitantes por un poco de carne o de mandioca. El 1º. de Enero de 1869 encontré al Coronel Thompson quien era jefe del parque de artillería de López, habiendo sido previamente ingeniero en el arsenal. Se sorprendió mucho al verme y me dijo que pensaba que nos habíamos embarcado en el «Beacon». Me preguntó si necesitaba dinero, pero le dije que tenía todavía. Entonces dió 35 $ a la señora de Watts (más o menos 5 £ esterlinas) quien se encontraba

en la mayor miseria, y nos dió el consejo de quedarnos cerca del arsenal de Caacupé, en lugar de seguir viaje a Peribebuy.

Lopez habilitó entonces cinco casas para los obreros ingleses y el día que estuvieron listas, nos ofrecieron amparo arreglando algunas piezas para las tres señoras y nueve niños y repartieron con nosotros sus escasas raciones. El 1°. de Abril tuve la oportunidad de encontrar al doctor Skinner quien con el rango de coronel ha acompañado al Presidente durante toda la guerra y todavía se encuentra a su lado. Me habló con gran bondad, anotó nuestros nombres y los de nuestros hijos y desde el día siguiente hasta la fuga de López, el 14 de Agosto, recibimos regularmente nuestras raciones. Olvidé de mencionar que mientras estábamos en Caacupé, la señora de Lynch se enteró de nuestra miseria y nos envió de vez en cuando té y azúcar.

La señora de Watts perdió un hijo el 15 de Agosto, un día antes de dejar Caacupé; (el médico diagnosticó el escorbuto). Su primer esposo, el señor Retanick con el cual se casó en Inglaterra, murió de una inflamación de la garganta el 11 de Noviembre de 1867, habiendo sido atendido por el doctor Rhind quien falleció tuberculoso en Campo Grande, algunos meses después. La señora de Watts tiene dos hijos de ocho y seis años, de su primer esposo y un hijastro de ocho años, Francisco Watts. Todos se encuentran ahora en el hospital británico, donde los tratan con bondad y cariño. No puedo más que repetir lo que el señor Eden dijo de la acogida bondadosa que hemos encontrado en todas partes desde el momento de nuestra libertad.

Tablas de Sangre de F. S. López

FUSILAMIENTOS EN SEIS MESES

Publicamos una lista de los asesinatos cometidos por López desde Julio hasta Diciembre de 1868, según consta en sus propios registros de sangre.

Faltan en ella sus dos hermanos fusilados: Benigno y Venancio López; sus dos cuñados: Bedoya, tesorero de la Nación, y general Vicente Barrios; el Obispo Manuel Palacios; ex-ministro José Berges; Presbítero Eugenio Bogado, José Leite Pereira, cónsul portugués, capitán Fidanza, coronel Paulino Alem, Padre Juan Bautista Zalduondo, Iuliana Insfran de Martinez, Dolores Recalde, Mercedes Egusquiza, los orientales blancos (sus amigos y partidarios), los prisioneros por él tomados, de los cuales muy pocos se salvaron.

Diario de Resquin

Campamento de San Fernando, 31 de Mayo de 1868.

Por orden superior fueron pasados por las armas en Villa Franca los desertores Domingo Caballero y Juan López, soldados del batallón núm. 13, capturados en los montes de dicha villa, teniendo el primero dos heridas, una debida a él y otra a sus perseguidores.

17 de Junio — Por orden superior fué pasado por las armas el brasilero, espía del enemigo, Juan de Silva. También en deserción, el soldado de artillería de Tebicuary José Delvalle.

19 de Junio — Falleció el traidor Silvestre Silva de muerte natural. También por orden superior fueron pasados por las armas los reos traidores de la capital Esteban Homen, Vicente Cabrera, Apolinario Díaz, Nicolás Medina, Gregorio Merreira y Félix Díaz.

22 de Junio — Por orden superior fueron pasados por las armas el desertor por tercera vez Antonio Babadila, del batallón núm. 43. También fueron pasados por las armas por orden superior los reos traidores de la capital Juan Benitez, Antonio Barbosa, Francisco Pereira, Pío Ayala, Bernardo Pereira, Dionisio González y José Devane.

25 de Junio — Por orden superior fueron pasados por las armas los reos traidores engrillados Soto Díaz, Domingo Talavera, Bartolomé Mayo, Gaspar Morinigo, Miguel Gimenez, Tomás Vasquez, José María Quintana y Germán Egusquiza todos traidores de la capital.

28 de Junio — Por orden superior fueron pasados por las armas los reos traidores Vicente Ortigoza, Tomás Pedrozo, Eugenio Cáceres, Martín Morales, Tomás Cardoso, Galo Iturbe, José Manuel Otazu y Vicente López,

todos traidores de la capital. Falleció de muerte natural en un calabozo el desertor brasilero Pedro Antonio Alves.

1°. de Julio — Por orden superior fué pasado por las armas el desertor Victoriano Zaraque, del cuerpo de remeros.

5 de Julio — Falleció de muerte natural en un calabozo el reo traidor Juan Gómez ex Teniente Coronel. Otro si, el reo traidor Sotero Torres, soldado de caballería.

6 de Julio — Por orden superior fué pasado por las armas el desertor Eugenio Nuñez, soldado del regimiento núm. 19.

7 de Julio — Falleció de muerte natural el reo engrillado Emilio Loroman, de nación alemán.

9 de Julio — Falleció de muerte natural el reo engrillado Pablo Becaris, de nación italiano. También por orden superior fué pasado por las armas el desertor Basilio Rivarola, del batallón 23.

13 de Julio — Por orden superior fueron pasados por las armas los reos traidores Juan Bautista Lescano, Marcelino Marquez, Salvador Martinez, Zacarías Pereira, José Ignacio Garay, Manuel Cardoso, José Tomás Martinez, Serapio Escobar, Ramón Imfran, Juan de la Cruz Vera, Manuel Vieira, el cabo Angel Alderete, Basilio Villalba, Nemesio Benitez, José Luis Votella, Manuel Montero Braga, Francisco Magallanes, Antonio Carlos de Oliveira y Julio Bautista Dacosta.

14 de Julio — Por orden superior fué pasado por las armas el reo traidor, alferez de caballería, Miguel Gayoso.

15 de Julio — Falleció el reo traidor, Juan Lenzo Colomno, inglés. Falleció el reo traidor, Manuel Madruga, portugués. Falleció el reo traidor, Policarpo Garro, paraguayo. Falleció el reo traidor, Trifon Cañete, paraguayo.

16 de Julio — Falleció el reo traidor Buenaventura Cáceres, paraguayo. Fué pasado por las armas el reo traidor Miguel Antonio Eloduy, menor y paraguayo.

17 de Julio — Falleció el reo traidor Manuel Bicinejui, italiano. Falleció el reo traidor José Bedoya, correntino.

18 de Julio — Fué pasado por las armas el reo traidor Tomás Pisarelo. Fué pasado por las armas el reo traidor Gregorio Luibedo.

19 de Julio — Falleció el reo Isidoro Troche, paraguayo. Falleció el reo traidor Domingo Purniez.

20 de Julio — Falleció el reo traidor Miguel Bergues, paraguayo.

21 de Julio — Falleció el reo traidor Agustin Elezdui, español. Falleció el reo traidor Justo Benitez, paraguayo.

23 de Julio — Falleció el reo traidor Clemente Veloto, paraguayo.

24 de Julio — Falleción el reo traidor Raimundo Ortiz, paraguayo. Falleció el reo traidor Estévan Luisaga, paraguayo. Falleció el reo traidor Agustín Piaggio, italiano.

25 de Julio. — Falleció el reo traidor Carlos Orrute. Falleció el reo traidor Ignacio Galaxaga, español. Falleció el reo traidor Escolástico Garesse, paraguayo. Falleció el reo traidor José C. Fernández, paraguayo.

28 de Julio — Fallecieron los reos traidores, Estévan Idedusis y Antonio Susini, italianos.

29 de Julio — Falleció el reo traidor José Angelo, paraguayo; y por orden superior fueron pasados por las armas, Santiago Oscariz y Manuel Cabral, paraguayos, y Cándido Vasconcellos, portugués.

30 de Julio— Fallecieron los reos traidores, Bernardo Artaza y Fermín González, paraguayos.

31 de Julio — Falleció el reo traidor, Francisco Rosas.

4 de Agosto — Fallecieron los reos traidores, Manuel Coelho, portugués, Abdon Molinas, paraguayo, y Pedro Anglade, frances.

5 de Agosto — Falleció el reo traidor, Sinforoso Cáceres, correntino.

6 de Agosto — Por orden superior fué pasado por las armas el reo desertor, Eusebio Herrera, argentino, y falleció el reo traidor, Vicente Valle, paraguayo.

7 de Agosto — Falleció el reo traidor, Salvador Figueredo, paraguayo.

8 de Agosto — Fallecieron los reos traidores, Luciano Baez, paraguayo, y Juan Fusoni, italiano.

9 de Agosto — Fueron pasados por las armas los reos traidores siguientes: Américo Varela, Angel Silva, Antonio Arna, Antonio Tomé, Antonio Rebaudi, Antonio Guaner, Antonio Foboas, Antonio Irala, Arestide Dupirá, Baldomero Ferreira, Benjamín Sauterre, Cayetano Barbosa, Eugenio Mateo Agariaz, español, Faustino Martínez, Feliciano Hermosa, Francisco Canteros, Francisco Samaniego, Francisco Solera, Fermín Bararvaz, Gregorio Argüelles, Inocencio Gregorio, Isidoro Arriola, José Caraiza, José Valle, Juan Campen, Juan Fusoni, (este último murió de muerte natural, un momento antes de ser ejecutado) Julián Rodríguez, Julián Aquino, Luis Avila, Martín Candia, Nicolás Cassales, Nicolás Susini, Nicolás Delphino, Pedro Falcon, Pelayo Arcona, Roman Franco, Roman Capdevila, Serapio Pucheta, Venancio Orive, Vicente Servin y Vicente Galarza.

14 de Agosto — Fallecieron los reos traidores, Agustín Vieira, y Eliseo Galiano, ambos paraguayos.

17 de Agosto — Fallecieron los reos traidores, Pedro Burges, paraguayo, y Caroliano Marquez, argentino.

18 de Agosto — Falleció el reo traidor, teniente Juan Caballero.

19 de Agosto — Fallecieron los reos traidores, Dámaso Cuevas, paraguayo, y Alfredo Levrint, francés.

20 de Agosto — Fallecieron los reos traidores, Florencio Oribe, español, y Benjamín Oribieta, paraguayo.

22 de Agosto — Feron pasados por las armas los presos traidores, Cipriano Dupra, Andrés Urdapilleta, Carlos Recla, Julio Carranza, Vicente Varleto, Constantino Borleto, Antonio Oneto, Elisardo Baca, Sebastián Ibarra, Gregorio Vera, Narciso Lascerre, Felipe Millares, Juan Nera, Alejandro Pinto de Souza, Nicolás Jupelini, Federico Anavitarte, Tristan Rosa, Benigno Gutiérrez, Raimundo Baraga, Leandro Barrios, Roman Silvero, Honorio Grillo, Mateo Muso, Ignacio Ruiz, Félix García, Félix Arriola, Pastor González, Juan Baeco, Juan Bautista Duré, Leopoldo Anglade, Francisco Cardoso, Miguel Lombardi, José Mino, Domingo Fernandez, Federico Gariada, Juan Gregorio Valle, Miguel Perujo, Miguel Espinola, Félix Candia, Joaquín Fernández, Enrique Fuvo, Lorenzo Craz, Francisco Molina, Juan Andreo, Egydio Ferrero, Desiderio Arias, José Romondini y Pío Pozoli. Total 48.

En la misma fecha fueron pasados por las armas los reos traidores, Francisco Rodríguez Larreta, Narciso Prado, Santiago Mayoza, Ulises Martínez, Francisco Laguna, José Garay, Guillermo Start, Bernardino Ferreyra, José M. Intigarraga, Leonardo Sion, Nicolás Froya, Salvador Echenique, Santiago Deluqui, Pablo Kert, José Rustei, Joaquín Vargas, Celso

Correo, Domingo Rosas, Enrique García, Pilar Guaicochea, Pascual Bedoya, Juan Batalla, Juan Perrasi, Gregorio Molinas, Roque Céspedes, Marcelino Gómez, Francisco Vidal, José Rodríguez. Joaquín Romaguerra, Pedro Polleti. José María Saucedo, Vicente Urdapilleta, Angel Ugalde, Aurelio Manchuet. Ginés Raustas, Bernardino Cabral, Faustino Rodríguez presbítero, exceptuándose Nicolás Froya que murió antes de la ejecución—Total 37.

23 de Agosto—Falleció el reo traidor, capitán Ramón Boga, y por orden superior fueron pasados por las armas los reos traidores; Juan Vatts, Natalicio Martínez, Beniano Rosas, Luis Echebarrieta, Teodoro Gauna, Marcos Pernabé, Celestino Cattim, José Sanyur, Vaciliano Lampini, Enrique Fenaus, José Haller, Carlos Triston, Alejandoro Galeano, Francisco Sora, Francisco Balbucna, Bartolomé Abertont, Estéban Meza, Anteoxeliano Capdeville, Antonio Lucero, Agusrín Piris y Manuel Fernández, paraguayos estos últimos.—Total 23.

24 de Agosto — Falleció el reo traidor D. Jesús López, paisano, fueron pasados por las armas los traidores: Clemente Pereyra, Martín Vera, Aniceto Duarte, Casimiro Aquino, Francisco Roman, Pablo Rosas, Miguel García, éstos paraguayos, y Epifanio Palacios, Juan Moreyra, Máximo Rodríguez y José Loco, extranjeros.—Total 11.

26 de Agosto—Fueron pasados por las armas los reos traidores: Francisco Fernández, paraguayo, ex-sargento mayor, capitán Miguel Itáez, teniente Anastasio Vallejos, alferez José Villasante, alférez Dionisio Villalva, urbano, Pablo González, urbano, Francisco Frutos, urbano, Alejo Acuña, urbano, Matías Montril, italiano, Selverino Boie; y los extranjeros Hilario Santana y Antonio Fonseca.—Total 19.

Por orden superior fueron pasados por las armas los reos traidores: José María Bruguez, el ex-coronel Manuel Núñez, el sargento mayor Vicente Mora, alférez Rosario Bobadilla, capitán Miguel Rosas, el particular Carlos Rivero, Manuel Céspedes, el ex-presbítero Vicente Baran, Fidelio Dávila, Juan Morales, Teodoro Vera, alferez Gerónimo Delfín, Juan Madera, Sixto Pereira, Angelo Cacens, Antonio Nin Reyes y Antonio Vasconcellos.—Total 19.

Por orden superior fueron pasados por las armas los reos traidores: Manuel Trete, Pablo Serracho, Blas Recalde. Juan Antonio Rodríguez, Francisco Decoud, Valentín Vargas, Prudencio Ayala y Valeriano Ayala—Total 8.

Campamento en Cumbarity, 7 de Septiembre. — Fallecieron los reos traidores Francisco Candia, el Teniente José Martínez y urbano Dionisio Figueredo.

5 de Septiembre — Falleció en prisión el traidor Narciso Núñez, ex-Juez de Paz en Villeta.

6 de Septiembre — Fallecieron en la prisión los reos traidores, Anacleto González, correntino, y José Fen, Norteamericano.

9 de Septiembre—Fallecieron el reo traidor y soldado Nicolás Sanabria, paraguayo, y Timoteo Correa, brasilero.

10 de Septiembre — Fueron pasados a bayoneta los espías Vicente Amarilla e Inocencio González, soldados paraguayos.

11 de Septiembre—Fallecieron los reos traidores Gustavo Aman, alemán, teniente, Patricio Gorostiaga, argentino y Antonio de Silva, brasilero.

12 de Septiembre — Falleció el reo traidor, alferez Tomás Céspedes, y el urbano Román Cándia, paraguayos.

13 de Septiembre — Fallecieron en su prisión el Teniente coronel Gaspar Campos, prisionero, y el traidor Gabriel Coria, argentino.

Lista de los presos muertos en tránsito de San Fernando a Cumbarity, desde el 27 del pasado Agosto hasta el 3 del corriente.

Juan Pastore, Pedro Lalena, Antonio Charman, extranjeros; el traidor Jorge Kes, suizo; Manuel Antonio Do Espíritu Santo, el tridor Isidoro Martínez, mejicano; José Cayetano Beurro, Carlos Bono, Jorge Daly, Antonio José de Mora, Pedro Lagarde, Andrés González, Eleuterio Eneiro, Manuel Peña, José Vicente Jestono, José María Castro, Andres Ibáñez, traidor boliviano; Eustaquio Uriarte, Manuel Riveras, Juan Almoya, Roberto Casimiro, Eleuterio Benítez, Raimundo Aquino, Manuel Berges, Miguel Silva y el alférez José Gavila.—Total 28.

14 de Septiembre — El Teniente Alejo Ibero fué pasado a la bayoneta y fallecieron los reos traidores Marischavel, español; y Carlos Moreno, argentino. Púsose en libertad al coronel Bernardino Deniz. Con fecha 4 del corriente se sacaron de la prisión pasados del enemigo, los prisioneros de guerra y presos por otras causas para trabájos de trincheras, en número total de 190.

15 de Septiembre -- Fallecieron los reos traidores Jacinto Duarte, paraguayo, y Baltasar de las Carreras oriental.

18 de Septiembre — Fallecieron los reos traidores Agustíu Trigo, Sebastián Zusfron, Eufemio Méndez, Antonio Ortiz, todos paraguayos, y Wenceslao José María, brasilero.

18 de Septiembre — Falleció el traidor Justo Cáceres, paraguayo. Para trabajos de trinchera fueron pasados los siguientes reos: Simón de Silva, Antonio Luis de Moraes, Inocencio Monteros de Mendoca, José de Silva, Joséda Costa Leite, José Justiniano, Indalecio de Souza, Manuel dos Santos, Manuel Antonio de Silva y Manuel Carneiro, brasileros todos estos diez, y Ramón Lescano; Antonio Sánchez y Roque Sánchez, argentinos.--Total 13.

20 de Septiembre — Fallecieron el reo traidor paraguayo Mauricio González en su prisión, y el desertor brasilero Juan Suárez de Araujo.

21 de Septiembre — Fallecieron en la prisión, los traidores Fulgencio González y Antonio Quintana, paraguayos, Justino Lescano, argentino, y Antonio de Silva, brasilero.

21 de Septiembre — Fallecieron los reos traidores Francisco Pintos y José Vega, paraguaños.

Campamento en Pikysyry, Septiembre 28 de 1868.

Po orden superior fueron pasados por las armas el soldado desertor José Segovia del tercer regimiento de artillería capturado en el distrito de Itá. El sargento de policía Luciano Recidias recibió treinta pesos de premio por el celo de capturar al desertor José Segovia del tercer regimiento de artillería, gratificación que se dignó concederle el Excmo. Ma-Mariscal Presidente de la República y General en Jefe de sus ejércitos. —*Francisco I. Resquin*—Es copia.

22 de Septiembre—Falleció el reo Sebastián Salduondo, paraguayo.

24 de Septiembre — Fallecieron los reos traidores paraguayos, Ramóu Mareco, pasado a la bayoneta, jefe del Taity, José Lino Torres, particular, Dolores Caballero; brasilero José Veiga. Por orden superior fué puesto en lidertad el reo Lázaro Gonzalves de Yaguaron.

25 de Septiembre — Fallecieron en la prisión los reos traidores Juan Rodríguez, brasilero, Pedro Merolles, italiano.

26 de Septiembre — Falleció el reo traidor Joaquín Patiño, paraguayo; Antonio de Souza, brasilero, desertor de Yaguaron, fué pasado a bayoneta.

27 de Septiembre — Falleció en la prisión el reo José II. Varella, italiano. Pasaron a la trinchera para trabajar los prisioneros de Iberyby, soldados: Deodato José Dos Santos, Manuel Isidoro Da Silva, y Pedro Reginaldo, brasileros. Falleció el reo traidor, Facundo Salduondo, paraguayo. Por orden superior fueron pasados por las armas los reos traidores: ex-mayor Matías Sanabria, paraguayo; ex-capitán Ignacio Garay, íd.; ex-teniente Elías Ortellado, íd. id.; Francisco Souza, íd.; ex presbístero Martín Serapio Servin, íd. íd.; Juan Evangelista Barios, íd.; ex-sargento Dolores Bera, íd., Bernardo Ortellado, íd.; Gumesindo Benítez, íd.; Manuel Leandro Colunga, íd.; Zacarías Rodríguez, íd.; Vicente Dentella, íd.; Segundo Colunga, íd.; Isaac Alvarez, íd.; Francisco Ozeda, íd.; Juliano Jacques, íd.; Matías Ferreira, íd.; Francisco Zelada, íd.; Daniel Valiente, íd.; José Mariano Servin, íd.; Miguel Ramírez íd.; Jorge Centurion íd.; José Franco, íd.; Antonio de las Carreras, oriental; Francisco Xavier de Mattos, brasilero; Juan Fernández Contadonia, íd.; José Gómez Maciel, íd.; Francisco Eleuterio de Souza, íd.; Juan Beitiano, italiano, Francisco Inyeruise, íd.; Juan Viscaba, íd.; Julio Veca, íd.; Vicente Reina, español; Francisco Vilas, íd.; Enrique Reina, íd.; Ventura Gutiérrez, argentino; José Cateura, íd.; Calisto Lescano, íd.; Juan de la Cruz López., íd.; Crisóstomo Carrano, íd.; Leonardo Ruz, francés; Miguel Alderry íd.; José Pelifer, íd..; Octavio Julgra, alemán; Francisco Ordano, ruso; Isidoro Cordina, español.—Total 47.

28 de Septiembre — Pasaron de la prisión para el trabajo de las trincheras, los reos: Nicolás López, correntino, Simón Ballejos, íd., Luis Bernardo Mure, italiano, José María Gómez, argentino, Santiago Romero íd., Justo Faria, íd., Celedonio Nanua, español, Celestino Leite de Oliveira, brasilero, Francisco Joaquín, íd., Ludovico Barroso, íd.—Total 10.

Por orden superior fueron pasados por las armas los reos traidores: Máximo Falcon, paraguayo, Pablo Colman, íd., Cecilio Ballejos, correntino.—Total 3.

Por orden superior fueron puestos en libertad los reos siguientes: presbítero Facundo Gill, paraguayo, presbítero, Mariano Aguiar, íd., sargento Buenaventura Borden, íd.—Total 3.

29 de Septiembre -- Falleció en la prisión el soldado Manuel Gonzálvez, brasilero.

30 de Septiembre — Falleció en la prisión el reo traidor Tomás Gil, paraguayo.

1.º de Octubre — Falleción en la prisión el reo traidor sargento Rivas, paraguayo.

2 de Octubre — Falleció el reo traidor Andrés García, paraguayo

3 de Octubre — Falleció el reo traidor Vicente Robredo, argentino.

4 de Octubre — De orden superior fué puesto en libertad el prisionero de guerra tomado en Surubyby, capitán Joaquín Gómez Peso, brasilero. Falleció el reo traidor ex-alferez Antonio Santa Cruz, paraguayo.

6 de Octubre -- De orden superior fueron puestos en libertad los prisioneros sargento mayor Maximiliano Barsen, alemán; teniente Gerónimo de Amorim Valporto, brasilero. Falleció el reo traidor Marcelino Sánchez, paraguayo.

7 de Octubre — Falleció el reo prisionero alférez Severo González, argentino. Falleció el reo traidor francés Juan Carlos Leuzensi.

8 de Octubre — Falleció el reo traidor ex-alférez Manuel Baez, paraguayo. Falleció el reo prisionero, brasilero, José Suárez.

11 de Octubre — Falleció el reo traidor Jose Riveros, paraguayo.

12 de Octubre — Falleció el reo traidor Vicente Quadra, italiano.

19 de Octubre — De orden superior fueron pasados por las armas los reos traidores que desertaron la guarda bandera del batallón número 9, soldado Luis Alcaraz del regimiento número 3 y Ramón Paredes.

19 y 20 de Octubre — Falleció el reo traidor soldado José Palacios, paraguayo.

21 de Octubre — Falleció en la prisión el reo traidor brasilero Fernando José Moreira.

25 de Octubre — Falleció en la prisión el reo traidor brasilero, Ricardo Costa Leite.

29 de Octubre — Falleció el reo traidor brasilero, Thomé da Costa.

29 de Octubre — Falleció el reo traidor brasilero, Juan Moraes Bueno.

5 de Noviembre — Falleció el reo traidor paraguayo, Miguel Patiño.

7 de Noviembre — Falleció el reo traidor paraguayo, Benito Alvarez.

8 de Noviembre — Fallecieron en la prisión los reos traidores brasilero José Manuel de Campo; argentino, Cipriano González; paraguayo, José María Franco.

9 de Noviembre — Falleció de peste en el Hospital, el reo traidor paraguayo, Valentín Fernández. Falleció de peste en el hospital el reo traidor paraguayo de La Cruz Cañete. Falleció el reo traidor paraguayo, Sinforiano Martínez.

10 de Noviembre — Falleció de peste en el hospital el reo traidor paraguayo Buenaventura Blasque, ex-juez de Paz de Carapeguá. Falleció en la prisión la rea traidora María de Jesús Eusquiza, paraguaya.

Lista de los reos muertos en la trinchera: paraguayos, Mariano López, Francisco Sánchez, Alejo Benítez, Sebastián Ferreira y Buenaventura Soria.

Argentinos: Santiago Romero, Cornelio Salazar, Luis Soto, Aniceto Corche, José Pérez, Simón Romero, Roque Mansilla, Manuel Sánchez, Angel Agüero, Cipriano Alonso, Basilio Canoma, Marcelo Herrera, José Torres, Lázaro Iarini, Santiago Avila, Andrés Atuno, Primitivo Sosa, José Montero, Manuel Alvarez, Isidoro Agüero, Lino Tarela, Nicolás Vera, Antonio Sánchez, Badurlello Artaza, Francisco Argüello, Inocencio Mendoza, Sabino Pari, Ramón Mansilla, Martín Acebo, Ramón Pérez, Celedonio Fernández, Esteban Guanez María Gómez, Juan Larrea.—34.

Brasileros: José Costa, Antonio Francisco Simón de Santos, José Tertuliano, Manuel Souza, Joaquín Soares, José Lucas, Vicente Correa, Lázaro Gonzálves, Joaquín de Souza, Emilio Alves, Francisco Peude, Vicente Fernández, José Do Nascimiento, Basilio Dinis, José Lautela, Manuel de Santos, Manuel Antonio Felipe da Silva, José Justiniano.—20.

Italiano, Juan Canelo.—1.

Total 60.

11 de Noviembre — Fueron pasados por las armas los reos: capitán Andres Maciel, paraguayo traidor; tenientes Francisco Ortellado e Ignacio Oseda, íd. íd.; presbíteros Talavera, Antonio Baldovinos y Juan Arza, íd. íd.; soldados Bernabé Sánchez, Donato Lescano, Aniceto Joare, Francisco Sánchez, Sebastián Alonzo, íd. íd.; urbanos Francisco Sánchez, Victoriano Cabrisa, Ignacio Vera, Basilio Pereira, Gaspar López, Eleuterio

Barbosa, Luciano Decoud, Simón Céspedes, íd. íd.; coronel Telmo López, santafecino traidor. Particulares, Malaquias de Oliveira, Francisco Zalazar de Oliveira, Juan A. Deante, brasileros; José Meira Cáceres, correntino; Carlos Ulrich, León de Delme, Pedro Nolasco Conde, correntino; coronel Ulpiano Lotero, correntino prisionero; tenientes Joaquín da Silva Gusmao, brasilero; José Romero, argentino prisionero; alférez Paulino Báez, correntino, íd.; sargento Francisco Barreira, brasilero, íd.; cabos Francisco José de Olivera, José Francisco de Amorin, íd. íd.; soldados José Barroso, Manuel A. dos Santos, Antonio Manuel Rodríguez, Antonio José da Silva, íd.; pasados, José Porciam, Francisco Tavares, (espia), Martín Machado, brasileros; Raimundo Rulz, entreriano, prisionero; Ireneo Alvariza, oriental íd.; Honorio Cambá, francés; José Espíritu Santo Rodríguez, Seraphin Gómez de Moura, José Ferreira Brandao, Joaquín Gonzalves y José Tomás da Costa, brasileros prisioneros.—Total 49.

12 de Noviembre — Falleció en prisión el reo traidor ex-presbítero, Antonio Corvalán. Fallecieron en prisión los reos paraguayos Cándido Centurión, paraguayo traidor, B. Ventura María de Mattos, brasilero pasado. Fallecieron de peste en el hospital los reos traidores: ex presbítero Santiago Narvaez, paraguayo, paisano Pedro Barrios, íd.; soldado Francisco Encina, íd.

13 de Noviembre — Falleció de peste en el Hospital el prisionero de guerra capitán Antonio Falcon, argentino. Falleció en prisión el prisionero teniente Mauricio Soto, argentino.

14 de Noviembre — Falleció en prisión el desertor del enemigo, soldado José Pereira Campos, brasilero.

15 de Noviembre — Falleció de peste en el hospital, el brasilero desertor, soldado Raimundo Coello. De orden suprema, datada el 12, fué pasado por las armas el reo ex-alférez Ezequiel Duré, del batallón núm. 18.

17 de Noviembre — De orden superior diose de alta, pasando a la capital el reo traidor Gustavo Bayon de Libertad, francés.

21 de Noviembre — De orden superior fueron pasados por las armas los reos traidores, espias del enemigo, soldados Juan González, de Carapeguá y Basilio Escobar. Falleció en prisión el traidor partidular Simón Condes.

22 de Noviembre — Falleció en prisión el reo traidor Saturnino Tavares de Silva, brasilero.

23 de Noviembre — Falleció en prisión el reo traidor paisano Juan Cabrisa, paraguayo. Falleció el prisionero de guerra Joaquín Manuel Conceigao, brasilero.

29 de Noviembre — Falleció en la prisión el reo traidor, ex-teniente de caballería Eduardo Barrios.

1.° de Diciembre — Falleció el prisionero, soldado Francisco Juan Da Silva, brasilero. Falleció el reo traidor Vicente Gómez, paraguayo.

10 de Diciembre — Entregáronse presos para ser conducidos al exterior, los traidores Peter Cornelio Bliss, norte-americano, y George l. Masterman, inglés.

11 de Diciembre — Reos puestos en libertad: coronel Venancio López y Presbítero Eugenio Bogado, agregado al estado mayor.

14 de Diciembre — Fué lanceado el traidor teniente Simplicio Linche.

Nota a las "Tablas de Sangre", de las páginas 97 a 104

Libertad fué uno de los pocos que escapó con vida de las garras del tirano, pero, como todos, fué sometido a la *cuestión* (vulgo torturas) para que declarara lo que a sus verdugos gustara. Thompson en su obra «Guerra del Paraguay», pág. 311 afirma que fué torturado y a mí me consta por una carta de Gellot, comisionista de Madama Lynch en Europa, a don Domingo Parodi. En esa misma carta se da noticias de las cuantiosas remesas de metálico y en especie, que López enviaba a Inglaterra, para que el producto de su venta, fuera depositado en los Bancos a su nombre.

Para algunas declaraciones he omitido, involuntariamente, indicar la procedencia. Tengo en mi poder, debidamente legalizadas, por extenso dichas declaraciones.

***

Después de Lomas Valentinas, en donde cayó en poder del enemigo el archivo nacional, hallándose entre los documentos las «tablas de sangre», muy pocas pruebas escritas de las matanzas, que continuó practicando el tirano, llegaron hasta nuestros días. Pero sobreviven aún personas fidedignas, que pueden atestiguar el frenesí de sangre que, se había posesionado de esa fiera humana, que *«dopo el pasto avea piu fame di pria»*. El cooperó cruelmente con el enemigo, y no me canso en repetirlo, para la destrucción del pueblo, que por desgracia le cupo gobernar y, en las miles ocasiones que se le ofrecieron, para demostrar su *heroismo de fierro y acero*, huyó cobardemente, hasta que por fin fué alcanzado y muerto.

¿No hemos traido suficientes pruebas documentadas de que F. S. López era un cobarde, un ladrón de la cosa pública y privada, un asesino de su pueblo, un traidor? Los secuaces del tirano, no teniendo argumentos sólidos con que rebatirnos, se limitan tan sólo a sentenciar *ex catedra* que somos traidores, legionarios, amigos de la Triple Alianza. De lo que resulta que, para ser paraguayo, buen paraguayo, hay que aplaudir el cepo de la uruguayana, los azotes, cepo de lazo, fusilamientos y lanceamientos en masa, y a todo el cruel cortejo, que nos trajo la tiranía de F. S. López. Los tiranófilos, eternos aspirantes a la efímera popularidad, conciencias claudicantes ante el miraje de un buen rentado puesto, se empeñan en prostituir, ante el mundo entero, nuestra heróica nación, educar al pueblo en la escuela de la tiranía, dócil, sumiso y fácil prenda de sus tiranuelos, ridículas caricaturas del terrible demonio paraguayo.

Para apoyar su tesis, citan opiniones de ciudadanos extranjeros, algunos de ellos ignorantes de nuestra historia, otros de poco carácter o extraviados por las ardientes pasiones políticas, y, los menos, arrastrados por su carácter caballeresco, que nada ve más allá que la guerra de exterminio de tres naciones contra una. Y lo más lamentable es que, confunden la abnegación y heroismo del pueblo paraguayo, con la cobardía y sibaritismo de su mandón irresponsable, que provocó la guerra no estando preparado para hacer frente ni a las primeras dificultades, que se presentaran y, cuando llegó el momento de sacrificar su ambición, de abdicar, en ara de la salvación de la patria, se negó a hacerlo, alegando que eso afectaría la dignidad del pueblo paraguayo, cuando él, por el primero, la había pisoteado.

El más eminente de los defensores de la causa paraguaya fué, sin duda alguna J. B. Alberdi, pero de allí a quererlo proclamar solidario de los erro-

res y atrocidades cometidas por el tirano, hay un gran trecho. Y bien se apercibieron los lopezguayos, que quisieron visitarlo en Buenos Aires, después de la guerra, a su vuelta de Europa, creyéndolo todavía envuelto en los errores de juicio, en que había incurrido, por la enorme distancia del lugar donde se desarrollaban los acontecimientos, por su política *a priori* adversa al Brasil y por odio personal al porteño centralista Mitre. Algunos atribuyeron ese comportamiento de Alberdi, a su conocida volubilidad de carácter, otros, al no haberse dado cuenta de la verdadera situación creada en el Río de la Plata por López, que dió motivo al Brasil para desarrollar su política de expansión. En Alberdi no era tan sólo volubilidad, sino también falta de carácter, lo que afeaba sus bellas prendas intelectuales, como lo demuestran las citas que, a continuación hacemos, las cuales no constituyen sino una pequeñísima parte de las que se podrían mencionar. De vuelta de Europa, desde Montevideo, mandó tantear a los hombres de la situación, para saber como iba a ser recibido, y hasta solicitó, por medio de terceros, su acercamiento a Mitre. Sin embargo, había manifestado una vez más, su odio a Mitre. (Carta a Benitez — V. «Patria» de Julio 2 de 1918) admitiendo que los argentinos tomaran las armas contra su misma patria»... aliados del Brasil si la guerra se produce entre el Brasil y la República Argentina. Esta hipótesis no sería verosímil sino en un caso. Si Buenos Aires y la República Argentina, continuasen dando su apoyo a Mitre, que en los últimos años ha puesto a las repúblicas del Plata en manos del Brasil... (!) Y a su regreso a Europa, encontrándose en el mismo vapor en que viajaba el Barón de Río Branco, deseó ser presentado a ese eminente estadista sudamericano y la primera cosa que le dijo, estrechándole la mano, fué: que era admirador del Brasil, la nación más poderosa y civilizada de la América del Sur! Pero, dejemos la palabra al historiador Paul Groussac: «En el escritor, el desprecio de la veracidad, trae consigo, como consecuencia inmediata, lo inconsistente y contradictorio de sus opiniones públicas. Sin insistir demasiado, conviene indicar esta faz del carácter de Alberdi, pues le quitó en parte la autoridad que por su indiscutible talento merecía. Poco es decir que, en razón de sus propias veleidades, fué excesivamente amigo y adversario de sus más ilustres contemporáneos: es fuerza agregar que no se mostró más fiel a las cosas que a los hombres, y que todos los principios políticos, todas las instituciones, todas las causas argentinas, fueron por él alternativamente defendidas y atacadas. Con el propio dogmatismo autoritario, proclamó por turno en sus escritos (algunas veces en el mismo) las tesis más netamente opuestas el exito y el fracaso de la Revolución de Mayo; la grandeza y la mezquindad de las victorias de la Independencia; el genio y la mediocridad de San Martin; el odio y el amor por España; la conveniencia de prodigar la ciudadanía y de restringirla; la verdad y lo absurdo de un culto oficial; la importancia y la frivolidad del romanticismo; la gloria y la infamia de Rosas (Bis); la imposibilidad y la necesidad de la capital en Buenos Aires (ter); la influencia benéfica y desastrosa de Lavalle; la eficacia y la nulidad de la tentativa unitaria; la virtud soberana y el vicio incurable del federalismo; el progreso del país y su ruina por los empréstitos; lo excelente y lo perjudicial de los estudios universitarios; la alianza perpetua con el Brasil y la guerra constante a su política; la omnipotencia y la impotencia de las constituciones escritas; la facultad del Congreso para codificar y la negación de esta facultad; el despotismo bárbaro del Paraguay y la superioridad de sus instituciones; la insensatez y la suprema razón de

la monarquía suadmericana... J' en passe, et des meilleurs (Estudios de Historia Argentina, página 289, Paul Groussac).

El señor Juan Teran salió al encuentro de Groussac, en defensa de Alberdi, pero no pudo conmover los formidables argumentos históricos del despiadado crítico.

El general Mansilla, con el modo zumbón, que solía asumir, escribe en sus «Retratos y Recuerdos pág. 200». Así, Alberdi dice en el capítulo XXVI, de las Bases, que lleva por epígrafe, *De la Capital de la Confederación Argentina:* «Todo Gobierno Nacional es imposible con la capital en Buenos Aires». En 1852, sostiene en Chile la capital de Buenos Aires. En 1858, haciendo en Besancon la 2ª edición de su libro, la impugna. Y por último hace una publicación para completar sus principios, diciendo: «La República Argentina en 1880, con Buenos Aires por capital. El mismo autor dice en la pág. 272... No tenía músculos siquiera. Y así, yo lo he visto comiendo en París, temblar ante la idea de su desembarco en Buenos Aires».

—«Vaya usted, señor, sin miedo, le decía yo. Los porteños no somos malos, somos gritones y olvidadizos, nada más.

—«Y verá como lo reciben bien».

Efectivamente fué recibido bien. Su elección a Diputado por la provincia de Tucumán acaecida el 24 de Febrero de 1878, fué aprobada y el día 17 de Septiembre de 1879 se incorporó a la Cámara de Diputados.

Demostró mucho interés en que López leyera sus escritos, pero dice: «Ha muerto sin leer ni conocer mis escritos sobre la guerra. Yo lo he sabido por Madama Lynch». (Martín García Mérou - Alberdi, pág. 301). Una carta del mismo Alberdi a su querido amigo Benitez, fechada Junio 28 de 1866 dice: «Con motivo del expreso que va usted a despachar para el Paraguay, permítame recordarle mi deseo; que haga usted conocer del señor Mariscal López mis trabajos de prensa sobre esta guerra del Plata y la mira que me ha guiado en ello. Yo sospecho que no conoce ni lo uno ni lo otro, si he de estar al juicio que formó de mi carta impresa que le mandó usted, titulada: «Las dos guerras del Plata y su filiación». El la calificó, según usted me ha dicho, como una mera defensa de mi persona. Tenía razón: no es otra cosa que mi defensa Pero, ¿por qué escribir esa defensa? Esto es lo que deseo que él sepa»... (Obra citada, pág. 313).

Alberdi emigró voluntariamente y aún joven de su país, pasando sus mejores años en París, dedicado a sus estudios. Viejo y profundamente quebrantado en su salud, volvió para ocupar una banca en la Cámara de Diputados Nacionales, por mandato de la provincia de Tucumán. Alejado por muchos años de su patria, ajeno a las luchas activas, a las causas que las provocaban y mantenían, muchas veces sus juicios fueron extraviados por sus ideas anacrónicas, pero su pluma nunca fué venal, y sus encarnizados enemigos políticos, entre ellos Sarmiento, no dieron prueba de mayor altura que el viejo luchador de las ideas. El señor Ernesto Quesada, en la página 22 de su folleto «La figura histórica de Alberdi» refiere que le dijo Alberdi en una visita que le hizo. «Lo único que he lamentado es que mi destino me haya impedido encontrarme en la patria y colaborar en la implantación de la Constitución. El general Urquiza sólo de lejos me conocía, pues realmente yo he sido un extraño para mi país: desde 1838, que me ausenté de él, no he vuelto más, y no conozco personalmente sino a los hombres de la emigración...».

Véase ahora el juicio que las instituciones del Paraguay, le merecen a Alberdi en sus «Bases»:

«Por demás es notar que la Constitución paraguaya excluye la libertad religiosa.

«Excluye además todas las libertades. La Constitución tiene especial cuidado en no nombrar una sola vez, en todo su texto, la palabra *libertad*, sin embargo de titularse *Ley de la República*. Es la primera vez que se ve una constitución republicana sin una sola libertad.—La única garantía que acuerda a todos sus habitantes, es la de quejarse ante el Supremo Gobierno de la Nación. El derecho de queja es consolador sin duda, pero supone la obligación de experimentar motivos de ejercitarlo.

«Ese régimen es egoista, escandaloso, bárbaro, de funesto ejemplo y de ningún provecho a la causa del progreso y cultura de esta parte de la América del Sud.—Lejos de imitación, merece la hostilidad de todos los gobiernos patriotas de Sud América».

Un distinguido repúblico oriental, de filiación blanca, escribe: «López estuvo a la altura de la situación, batiéndose en todas partes con arrojo inconcebible. *Juró morir por la patria y supo cumplir su juramento*». (1) Quedaríamos muy agradecidos al ciudadano oriental, y más le quedarían los lopiztas, si nos diera a conocer cuándo, y en qué circunstancias se batió López. En cuanto a su fin, todos lo conocemos: murió porque fué alcanzado en su ignominiosa fuga. Sin embargo, estas afirmaciones del diputado oriental, en fragante contradicción con la verdad, pasarán a la historia como verdad y servirán como valioso documento para los lopiztas venideros (2) En fin, es cosa que descorazona el oir de boca del mismo hijo de la bravía raza charrúa: «Si es verdad que quiso hacerse rey, como algunos afirman, fuerza es reconocer que se labró una corona espléndida con lo magnífico de su fin en Monte-Corá», como si una corona imperial valiera más que una banda de Presidente!....

Entre las cosas que constituían la «Exposición de objetos históricos» tenida en el Gimnasio Paraguayo en Octubre de 1918, llamaba la atención el «Modelo de Corona imperial encontrado entre los muebles enviados de Francia en 1865 al Marical López» que había sido exhibido por uno de los más acérrimos lopiztas. El Consejo Apostólico del antiguo régimen, estigmatizó el proceder del correligionario, quien, para reparar el error, salió diciendo que ese modelo correspondía a una corona proyectada para la Virgen de la Asunción. El señor Juan E. O'Leary, refiriéndose al modelo de corona, enviada a López y tomada por los aliados en 1865, dice, en su obra «Nuestra Epopeya», pág. 85, lo siguiente: «Sin embargo, Kœbel dice que López perseguía la fundación del Imperio Americano, siendo extraño que no hable de la corona aquella destinada a la Virgen de la Asunción

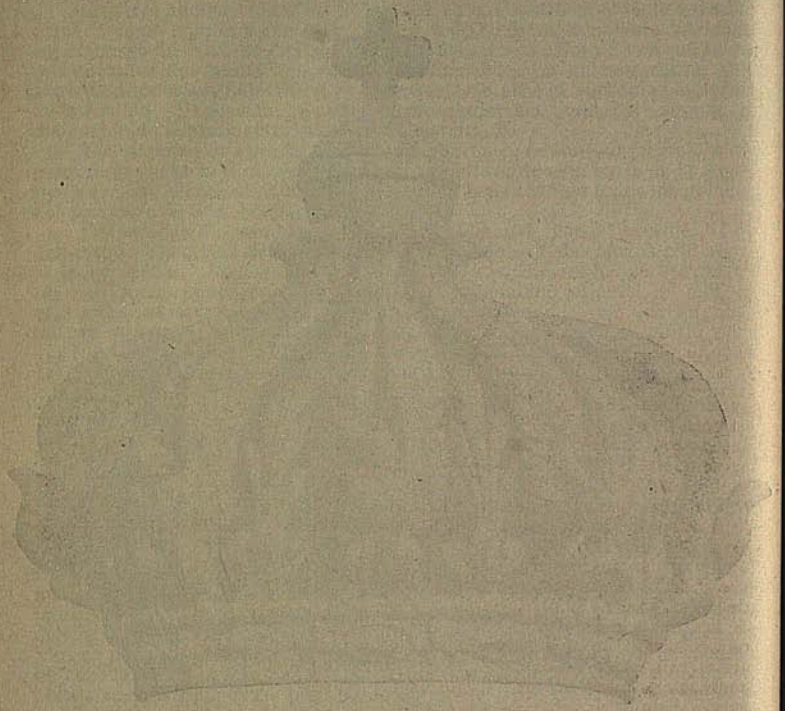
---

1) Roxlo «El sitio de Montevideo y la Guerra del Paraguay».

2) Solo un jefe brasilero, el coronel Tavares, dice haber visto a López en Cerro Corá, encabezando la resistencia paraguaya. Eso lo dice ciertamente para justificar el asesinato de López, cuya cabeza había puesto a precio con la *condición de que fuera muerto en pelea*. Pero los mismos lópezguayos, como tenemos dicho, lo niegan rotundamente y, para mayor abundancia, cito las siguientes líneas de las Memorias autó-biográficas del coronel paraguayo Juan C. Centurión (El Liberal número 1925 y Revista de la Escuela Militar, núm. 24, pág. 276).

«El único Jefe que hizo frente al enemigo con su fuerza, en aquella ocasión, fuí yo; pudiendo por lo tanto decir con orgullo que he cerrado el gran drama de la guerra, habiendo asistido desde el principio de ella».

Modelo de corona imperial para el Supremo de la República del Paraguay, Mariscal Presidente Francisco Solano López. Fué tomado en Buenos Aires al empezar la guerra y está expuesto en el Museo Histórico Argentino. Su altura es de 0,27 m. y su diámetro máximo de 0,315 m.



mandada de Europa por el ministro Benitez y tomada en Buenos Aires al empezar la guerra...» Subsano y con creces, la omisión del señor Kœbel, insertando la fototipía del modelo de la corona. Como se vé, el señor O'Leary en esto, como en otros puntos de historia, está en un error, pues a nadie se le puede ocurrir coronar a una virgen con una *corona adornada con águilas.*

Al principio de la guerra, estando la señorita Dolores en presencia de Cáceres de visita en lo de la Lynch, ésta le mostró en presencia de una de las Sion (no recuerdo si Ana, Manuela o Dolores Sion de Pereyra), un esmerado dibujo de corona hecho sobre papel, como esos que traian los figurines de Paris. Evidentemente el dibujo había sido hecho en el extranjero. Madame Lynch les dijo: «Este es un dibujo de corona de emperador para S. E. Pues sepan ustedes que S. E. el señor Mariscal Presidente va a ser emperador».

Ese dibujo representaba una corona más liviana y más elegante, me asegura la señora Dolores Cáceres de Cáceres, que el modelo expuesto en el Museo Histórico Argentino. Seguramente han existido varios dibujos y modelos, como sucede en esos casos. También para el lujoso bastón de Mariscal, habían varios presupuestos y modelos, como me consta por la correspondencia de Gelot. Los presupuestos oscilaban entre 25.000 y 50.000 francos. ¡Una friolera!

Desgraciadamente esa es una de las más inocentes pruebas del delirio imperialista, que obcecaba el espíritu del tirano. En el medio de una gran tarima, que había hecho construir en el Club Nacional, se elevaba otra mucho más pequeña, ocupada por el sillón presidencial. Cuando López presenciaba las grandes fiestas y las grandes recepciones, ocupaba el sillón, sentándose los ministros en la tarima inferior, y, cuando él faltaba, su retrato lo sustituía. Detrás de los asientos había un gran cortinado de tercio pelo punzó. De terciopelo del mismo color estaba forrado el asiento y respaldar del sillón y la tarima se hallaba forrada de paño punzó. En medio de la cornisa que sostenía el cortinado, se veían las tres iniciales de su nombre F. S. L. El coronel argentino, José C. Soto en su «Causas determinantes de la guerra del Paraguay» en la pág. 19, dice: «Yo he publicado en el Album de la Guerra del Paraguay el proyecto de trono que se encontró en el mobiliario que se tomó a bordo de un buque que iba a la Asunción después del ataque pirático a nuestros buques en Corrientes....» Los obsequios que aceptaba, conociéndolos de antemano (espada con empuñadura de oro atestada de brillantes, con su estuche correspondiente del mismo metal, el tintero de oro adornado de perlas y piedras preciosas, etc.) eran más propios para un emperador que para un presidente.

Según tenemos dicho, don Carlos Antonio López, en su lecho de muerte, aconsejó a su hijo y presunto sucesor para la presidencia de la república F. S. López: «de no querer solucionar las cuestiones que quedaban pendientes, con la espada, sino con la pluma, principalmente con el Brasil»; y bien, no habían pasado todavía dos años de la muerte del padre, que ya invadía la provincia brasilera de Matto Grosso. Y tan seguro estaba que el pueblo paraguayo lo acompañaría en esa empresa descabellada, o, mejor dicho, no se animaría a desaprobarla, que sólo después de cuatro meses de consumado el hecho, se dignó pedir la aprobación de su proceder a la H. C. N. y la autorización de declarar la guerra a la Repú-

blica Argentina, obteniendo ambas cosas. (1) Cabe tener en cuenta que, el 20 de Febrero de 1865, con la caida de la ciudad de Montevideo en poder del partido colorado revolucionario y nombramiento y reconocimiento del General Flores como Gobernador interino de la República Oriental del Uruguay, todo había concluido ¿A qué venía pues la intromisión de López tratándose de un hecho consumado? Es que quería la guerra, la guerra a todo trance y la cuestión oriental y el equilibrio platense, no fué sino un pretexto. Que López obrara de mala fe, se desprende de lo que dice Washburn en su Historia del Paraguay, T. III, pág. 47: «El domingo por la mañana, 26 de febrero 1865, «El Semanario», salió antes de costumbre, a pesar de tener la fecha del 25, conteniendo un decreto del Presidente fechado diez días antes, convocando un congreso para reunirse el domingo siguiente o sea el 5 de Marzo. Nadie en la capital, con excepción del Presidente, supo nada de este decreto antes de su publicación, a pesar de haber declarado públicamente, haber salido once días antes, ni nadie tampoco supo con que objeto se iba a reunir el Congreso». Los miembros del H. C N. no eran *cretinos*, por cierto, pero estaban bajo la férula del terror. ¿Quién se iba a oponer al deseo u orden del Supremo? Fresco estaba todavía en los ciudadanos congresales, el recuerdo de los desmanes tiránicos de F. S. López, apenas en posesión del poder supremo: la desaparición misteriosa del diputado Varela, culpable tan sólo de haber titubeado en darle su voto; la muerte en la cárcel del octogenario juez Lezcano y dice el Presbítero Fidel Maiz: «Un mes y días después de la muerte de don Carlos, el 16 de Octubre, el General López subió al mando supremo de la Nación; y de allí otro mes y días, el 2 de Diciembre ya comenzó con las prisiones y torturas de cuantos no habían sido favorables a su elección, o que simplemente fueron notados de frialdad, con él. Me cupo a mí ser el primero de los caídos, y tras de mí más de cuatrocientos desgraciados». (2)

---

1) También Mitre se excedió en sus atribuciones, aunque no en forma tan grave como lo hiciera F. S. López. La Constitución Argentina, entre las atribuciones del P. E. establece la de «Concluye y firma tratados de paz, de comercio, de alianza, de navegación, de límites, de neutralidad, etc.,» pero no le da la facultad de declarar la guerra, sin previa autorización, como sucedió por el tratado del 1.° de Mayo. Verdad es que, se trató de atenuar el error haciendo la salvedad que se expresa en el artículo XIX de dicho tratado, que dice: «Las estipulaciones de este tratado, que no necesitan autorización Legislativa para ser ratificadas, empezarán a tener valor desde que fuere aprobado por los Gobiernos respectivos y las otras desde el canje de las ratificaciones que tendrán lugar dentro del plazo de cuarenta días, etc.»

El Poder Ejecutivo sometió, en el mismo mes de Mayo, al Congreso Argentino el Tratado de Alianza, para su sanción y fué aprobado el 24 del mismo mes, después de discutirse en sesiones secretas.

Pero el P. E. ocultó el Protocolo porque tenía la seguridad de que no iba a ser aprobado, tan humillante era para la nación paraguaya y tan en pugna con la decantada generosidad argentina.

El 8 de Junio de 1868 el Congreso Argentino dictó una ley por la cual exigió del P. E. que le sometiera dicho Protocolo y su discusión provocó acalorados debates. Por fin, el art. I.°, que exigía que se demolieran «las fortificaciones de Humaitá, y en adelante no se permitiría que se levantasen otras de igual naturaleza»... fué rechazado, porque afectaba la independencia y soberanía paraguaya.

Después de la guerra, en una reunión que tuvieron los representantes de los aliados, el 3 de Noviembre de 1871 en la Asunción, el Barón de Cotejipe insistió sobre la ejecución de primer Artículo del Protocolo, a lo que se opuso tenazmente el representante argentino Doctor Quintana, sosteniendo que esa cláusula afectaba «la independencia y soberanía del Paraguay solemnemente garantidas por los aliados».

2) Juansílvano Godoi, Alberdi por el Sr. Olleros, pág. 80.

Naturalmente, los miembros del H. C. N. fueron agasajados, se les obsequió con banquetes y bailes y, para despertar mayor entusiasmo, la plebe tuvo sus bailes y caña en abundancia. No era que el tirano necesitara de todos estos regocijos para obtener lo que deseaba, su fin era el de provocar manifestaciones patrióticas, aunque efímeras, para probar al Brasil y a la Argentina que, en la guerra estaba empeñado todo el pueblo paraguayo. Todo venía insinuado o impuesto de arriba, regocijos y lutos, y, como me he propuesto documentar lo que escribo, cito estas pocas palabras de una carta del Vice-Presidente Sánchez al Mariscal, refiriéndose a los festejos por la victoria (?) de Tuyutí: . . «más estoy persuadido que los actos de alegría del pueblo yo los suscité». (1)

Al poco tiempo ya algunos de los congresales manifestaron, a personas de su mayor confianza, el arrepentimiento por el voto dado; sin embargo, todos aquellos que tuvieron que empuñar las armas en la defensa nacional, supieron morir como bravos en el campo del honor.

«Después de la votación, me quedé pálido con el corazón oprimido de una gran tristeza, a tal extremo que no pude resistir de decir, en voz baja, a mi compañero y amigo don Natalicio Talavera, que se encontraba parado a mi lado en una de las puertas interiores: «¡Malo, amigo!» El Paraguay podría tal vez haberse con una nación; pero con dos, que necesariamente han de hacer causa común, me parece muy aventurado. Es una gran imprudencia, y. . . el que mucho abarca poco aprieta». El me contestó, con un aspecto igualmente triste: «¡Qué quiere amigo, veremos lo que resulta!» (Coronel J. C. Centurión, «Memorias» T. I pág. 247). El coronel oriental don León de Palleja dice en su «Diario de Campaña» carta 20. . . «lo confieso, simpatizo con el Paraguay, y compadezco sobremanera la torpeza del presidente López, que siendo un hombre de educación y que ha recorrido las naciones extranjeras, que conoce los medios de que puede disponer cada una de las naciones Sud-Americanas, en fin, que lee, sabe lo que pasa a su rededor, haya expuesto a su nación al borde de su total ruina, tan sin ton ni son, ¿á qué crearse nuevos enemigos? A qué declarar la guerra a la República Argentina? ¿Para qué al Gobierno actual de la Oriental? ¡Parece que no conociera la historia de la América Hispano-Americana del año 10 a la fecha! . . . Con el Brasil tenía suficiente enemigo; ¿a qué recargarse con dos más? (2)

---

1) J. C. Centurión, «Memorias», T. III, pág. 344.

2) *Domine palmeta* de «El Diario» de la Asunción en su polémica con «El Liberal», en ocasión del cumpleaños de la muerte de F. S. López, adolece de graves errores históricos y de apreciación, cuyas rectificaciones me propongo hacer en mi próximo trabajo sobre la invasión del territorio de la República Argentina por las fuerzas paraguayas. Refiriéndose dicho diario al señor Cipriano Ayala, comisionado para entregar al Agente comercial de la República del Paraguay, señor Félix Egusquiza, el *aviso* de la declaración de guerra a la Argentina, dice que lo tomaron preso a su venida, de paso por el Rosario y, *Horribile dictu*, lo mantuvieron preso durante los cinco años de guerra.

Para tranquilidad de mis conciudadanos, justamente indignados y cuya indignación sirve a los lopiztas, para sus fines antipatrióticos, daré, por ahora estos breves datos.

Cipriano Ayala, de 31 años de edad, de Villa del Pilar, donde el padre era colector de aduana, comerciante.

En Humaitá recibió de manos del general W. Robles el aviso de referencia, que llevaba la fecha del 3 de Abril de 1865, firmado por el Ministro R. E. José Berges. El vapor de guerra nacional «Jejuí» lo transportó hasta Corrientes; allí se embarcó

«A lo último habrá que mandar al señor López a una casa de Orate. Sólo en una cabeza destituida de sentido común, caben tales quijotadas; se acabó el tiempo de las conquistas; conténtese cada cual con lo que Dios le deparó en suerte». Efectivamente López era un imperialista megalómano, que de militar no tenía ni el valor personal, no digo heroísmo, de que hicieran derroche sus soldados, se guardaba muy bien de exponerse, y cuando hacía parada de acercarse legua y media del enemigo, sus corifeos entraban en inquietud y le suplicaban que preservara su vida preciosa, y él se dejaba fácilmente convencer. Dice el mayor prusiano Max von Versen en su «Reisen in Amerika und der Sudamericanische Krieg» páginas 183-185, refiriéndose a la defensa de Lomas Valentinas, que todos corrieron a las trincheras: niños, viejos, mujeres, heridos que todavía podían empuñar un arma, inválidos, a quienes faltaba una pierna o un brazo, practicantes del hospital, capellanes del ejército y la misma guardia de López, que hasta esa fecha no había entrado en combate. Se batieron como leones y en la retirada hacían pie en cada claro, luchando hasta que, literalmente, no quedaba un hombre, *pues López había empeñado su palabra de permanecer al lado de ellos y sucumbir*. Y el mismo autor dice a la página 207: «Mientras que en el último cuatrimestre yo no ví más que una sola vez a López dejar su morada, para ver las fortificaciones hechas en la Loma Cumbarití, en Diciembre, así se le vió desde el 22 frecuentemente a caballo, porque andaba continuamente buscando depresiones de terreno, donde ponerse al cubierto de las balas enemigas, hasta que por fin se guareció en el monte, que confina al Este. Allí también fuimos llevados nosotros el 26, en el cual día pareció que Lomas Valentinas no iba a poder sostenerse más. A mediodía de ese día fuimos entregados al depósito de presos sito cerca de López. Como él en el monte nada podía ver del combate, así es que pareció aburrirse y vino donde estábamos nosotros. Nos presentaron. Cuando tuvo conocimiento de mi nombre, aparentó estar muy extrañado y dijo: «¡Entonces es usted el señor von Versen! Yo contesté: ¡Si, ciertamente! El: «¡Ah, señor de Versen!» Finalmente quiso hacernos objeto de una amabilidad o de una gracia, diciendo que teníamos que buscar mejor reparo contra la lluvia, y retirarnos más lejos del fuego, nos daba plena libertad, sin embargo nos hizo, a nosotros cinco, mutuamente responsables de que ninguno se perdiera. Los otros se hicieron presentar a Madama Lynch, que hacía parte de la comitiva a caballo y parecía más valiente que su querido, quien para cada bala perdida, que allí llegaba, hacía una profunda reverencia, a lo que siguió una rápida retirada de su parte».

---

en el «Pavón», llegó a Buenos Aires el 8 de Abril de 1865 y entregó al señor Egusquiza, el mismo día de su llegada, la comunicación. El día siguiente estuvo de vuelta con el mismo vapor y, en el Rosario, se trasbordó al «Esmeralda», que llevaba armas para el Paraguay. El Esmeralda fué apresado por las autoridades correntinas a la altura de Goya, estando ya el Paraguay en guerra con la Argentina. De vuelta con el vapor «Esmeralda» llegó a Buenos Aires el 17 de Abril, por la mañana, y pocas horas después fué tomado preso. Fué acusado de traición y espionaje y el fiscal pidió que fuese sometido a un consejo de guerra, pero no se hizo lugar a su pedido y la Suprema Corte rechazó su recurso de apelación. (12 de Febrero de 1867)

Egusquiza, luego de tomar conocimiento del contenido de la nota y de haberlo participado por carta, el mismo día, al señor Brizuela, Cónsul paraguayo en Montevideo, *pidiéndole absoluta reserva*, hizo pedazos dicha nota, según declaración. (Fallos de la Suprema Corte, Serie 1ª. Tomo IX, pág. 75.

Sin embargo fué en Lomas Valentinas, según los coroneles paraguayos J. C. Centurión y Silvestre Aveiro, donde López, por la única vez, mostró su fibra heróica. Pero tampoco se encuentran de acuerdo en la narración de como sucedió eso. Centurión representa al tirano rodeado de sus ayudantes y edecanes, que caian a granel, muertos y heridos, bajo el fuego enemigo y, cosa singular, comete el muy lamentable descuido de anotar el nombre, de un solo herido de los tantos caidos (1). El Coronel Aveiro a su vez dice: «López, que no estaría de los enemigos, entonces, ni ciento cincuenta varas con el grueso de su Estado Mayor, fué objeto de los tiros de los asaltantes (2) por un rato largo; pero no hubo más que un caballo muerto».

.....

«El primer día del combate, López abandonó el Cuartel general, que era objeto del bombardeo enemigo, yendo a quedarse en la línea que era de los rifleros, dejándome allí con un telescopio, y varios ayudantes para comunicarle los movimientos de la fuerza enemiga, y el punto donde querían llevar el principal ataque.....»

.....

«El día 25 por la tarde, se retiró López a establecer el Cuartel general y su escolta a las alturas inmediatas, que quedaban un poco hacia la retaguardia, hasta el 27 en que tuvo lugar la derrota». Y pone de relieve tan extraordinario acontecimiento, añadiendo una nota en que dice: «Opinaron los oficiales que López quizo hacerse matar ese día, viendo la derrota, después reaccionó». No es ciertamente en las depresiones de terreno, al cubierto de las balas, o fuera del alcance de éstas, que podía haber hallado la muerte!

Para los incrédulos de la cobardía de López, si todavía los hay, transcribo las siguientes líneas de la «Historia del Paraguay», de Washburn, T. III, pág. 57. . .

«En Paso Pucú, no obstante, los aliados, le tomaron la retaguardia, sitiaron su campamento de tal manera que a raros intervalos una granada o bala perdida cayese cerca de él. Pero muy raras veces sucedieron casos de este género, y nunca nadie se encontró parado sino muchas varas de su casa. Sin embargo, semejante cosa era posible y para ese caso tenía otra casa construida junto a la en que vivía y rodeada por todas partes de paredes de tierra de veinte pies, a lo menos, de espesor y con un techo del mismo material, tan espeso que ningún proyectil pudiese penetrar bastante adentro para dañarle. Mientras todo estaba tranquilo en las líneas enemigas, López podía bravamente quedarse en la casa anexa; pero con la seguridad de que no se sentiría ningún tiro en la dirección de las cercanas baterías del enemigo. Pero inmediatamente que esto sucedía, huía, procurando disimular su miedo, a ocultarse en su cueva para no volver a mostrar la cara afuera hasta que hubiese cesado el fuego. Varios meses antes del abandono de Paso Pucú, sin embargo, el fuego de diferentes puntos de las líneas aliadas, era tan frecuente, que López rara vez se atrevía a salir de su cueva. Dormía y comía, protegido por las espesas paredes de tierra y de adentro de su obscura mansión salían las órdenes para su ejército. Mientras estaba así al

---

1) J. C. Centurión «Memorias», T. III, pág. 296. En cuanto al herido, Capitán Juan A. Meza, habla por referencias.

2) Fidel Maiz, «Etapas de mi vida», pág. 196.

abrigo del peligro, tenía a su lado a los corresponsales de *El Semanario*, escribiendo los más extravagantes artículos en elogio de su valor, de sus sacrificios y de su competencia como general».

.....

«En la última parte del año 1866, antes que la casa a prueba de bomba de Paso Pucú hubiese sido levantada, López con su estado mayor salió una mañana a inspeccionar su campamento. Los aliados habían estado tiroteando toda la mañana, pero como López estaba fuera de los límites de sus líneas de fuego, y más allá del alcance de sus cañones, nadie había sospechado algún peligro. En una ocasión en que con un destacamento iba marchando tranquilamente a caballo, una bomba que había pasado el límite cayó a distancia de unos tres cuartos de milla de él e hizo explosión. Inmediatamente López se dió vuelta retrocediendo a todo galope con una precipitación a que no estaba acostumbrado desde muchos años y su estado mayor, como era natural, se puso a seguirle. Sabía que manifestar menos miedo que su jefe, habría sido peor que cometer un acto de traición. Desgraciadamente el amplio sombrero del obispo fué volando, a impulso de la fuga de su dueño, por los aires, siendo abandonado para ser recogido después por un soldado. Esta lastimosa exhibición de miedo delante de tantos oficiales le causó después mucha mortificación; y como tantos testigos la habían presenciado y los hechos no podían ocultarse, publicó uu artículo en *El Semanario*, injuriando a los aliados, que le rodeaban, por su bárbaro sistema de hacer la guerra. Entre las naciones civilizadas y galantes era un punto de honor no tirar nunca en dirección al rey y este acto de los aliados de tirar en dirección a su Excelencia el mariscal Presidente, no era por consiguiente caballeresco».

El general I. Rivas, Comandante en jefe del primer cuerpo del ejército argentino, en su parte desde el Campamento en Cumbarity, Diciembre 31 de 1868, dice: «Cuando ya el fuego había cesado en toda la línea y éramos dueños de todo, *hasta del campo ocupado por el general López que se hallaba a bastante distancia y muy a retaguardia de donde se batían y morían sus soldados*, recibí la orden de V. E. y del señor Marqués de Caxias, de seguir con una columna de las tres armas compuestas de fuerzas brasileras y argentinas, por el mismo flanco derecho en persecución de los restos de las fuerzas enemigas, hasta el lugar denominado «Potrero Mármol» donde llegué haciendo una marcha forzada de cerca de cuatro leguas, y en la que sólo se consiguió batir y deshacer una pequeña fuerza enemiga, operación que fué ejecutada por la bizarra columna de caballería brasilera, comandada por el señor coronel Vasco-Alvis; *los prisioneros que allí se tomaron declararon que López ya estaría cerca de Cerro León, pues iba bien montado y con una escolta ligera*».

*
* *

Los guaraníes más adelantados en civilización que sus vecinos, no eran tan feroces ni guerreros como ellos, ni eran los conquistadores nómadas de antes, pero sabían defenderse. Escaso fué el contingente de jefes y soldados, con que concurrió a la lucha por la independencia sud-americana, pero esos pocos supieron mantener alto el antiguo prestigio. El dictador Francia, notando que a la expulsión de los españoles seguían inme-

diatamente revoluciones y anarquía, para salvar su dominio, aisló la nación paraguaya; pero la historia dice que, el primer grito de independencia se oyó en el Paraguay con sus «Comuneros» y que, al último, prestó su concurso para la expulsión de los ingleses, aunque estuviera continuamente acosado por las feroces tribus vecinas y que, por su situación topográfica, fuera la valla obligada contra las formidables correrías de los *mamelucos*.

López, para avivar el sentimiento nacional y poder prolongar la insensata resistencia, echó mano de procedimientos lícitos e ilícitos. Los encarnizados tiranófilos lopiztas (muchos de ellos hijos de extranjeros inmigrados después de la guerra, por tanto que, no conocieron ni sufrieron los desmanes del tirano), para poder atribuir algún mérito real a su Héroe de Oro y Acero, tienen por necesidad, que deprimir el pueblo paraguayo, relegándolo al vergonzoso rol de una grey de *carneros*, de una turba de *inconscientes*, movidos por el látigo del tirano. Y en verdad no van tan lejos de la enseñanza del Maestro, a quien se le oyó decir: «Levantaré mi látigo y todo el pueblo paraguayo me seguirá como un solo hombre.» (1)

Avergonzarse tendrían, los adictos al tirano, al oir la palabra del italiano don Domingo Parodi. «¡Con la libertad y un militar de talla, el Paraguay hubiera sido invencible!» El pueblo paraguayo defendió valientemente su hogar y así lo hubieran defendido, sépanlo sus detractores lopiztas, bajo cualquier mandatario, quien lo traicionó fué F. S. López, que lo comprometió en una guerra descabellada y prefirió su destrucción, su completo aniquilamiento, inutilizándolo, como he dicho hasta el cansancio, para oponerse a las usurpaciones y para futuras reivindicaciones, antes que abdicar del mando.

Raras y honrosas excepciones hechas, el clero paraguayo fué un miserable instrumento en manos del tirano. El Presbítero Fidel Maíz su *anima dannata*. El Obispo Palacios su espía y adulón de oficio. El fragmento de carta, que transcribo, pone de relieve el carácter del Obispo y sirvió, a los empedernidos lopiztas, de prueba de que, si hubo heroísmo, como indudablemente lo hubo, ello se debió *exclusivamente* a los esfuerzos del tirano, y a su feroz disciplina. (2) Pero, ¿cómo podía infundir heroísmo el que huía del silbido de las balas perdidas?

---

1) «Revista del Paraguay, Año 1892, pág. 243 y Doct. C. Baez «La Tiranía en el Paraguay.»

2) López tenía a sus soldados muertos de hambre, desnudos y mal armados y por cualquier falta insignificante los mandaba apalear y fusilar. Si no desertaban en masa no era por amor a su jefe, como algunos afirman, sino porque, al frente del enemigo, que hollaba el suelo patrio, bien sabía sobreponerse a todas las miserias, a todas las penurias y hasta se volvía ciego y sordo para los desmanes del tirano. Desde el principio de la guerra, López deshonró al soldado paraguayo, imponiéndole el saqueo y las matanzas en el territorio enemigo, que había invadido y, ahora, lo deshonraba emitiendo y poniendo en ejecución un decreto, que patentizaba su cobardía y su saña. El decreto que sigue fué encontrado entre los papeles del Archivo Nacional tomado a López en Lomas Valentinas.

¡VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY!

De orden del Excmo. Señor Mariscal Presidente de la República y General en jefe de sus ejércitos se establece los castigos siguientes:

A los que duermen estando de guardia.

1. El oficial será preso y dado cuenta a S. E.
2. El sargento sufrirá cincuenta palos de parado.

En todos los ejércitos en tiempo de guerra, y hasta en tiempo de paz, suceden deserciones. Los desertores del ejército paraguayo eran relativamente pocos, basta consultar los «Archivos de Mitre» y el «Diario de Pallejas, para convencerse de eso. En general los desertores no se pasaban al enemigo, sino acosados por el hambre, la miseria y las enfermedades que reinaban en el campamento, volvían a sus hogares. En los «Papeles del tirano López», constan los castigos infligidos a esos infelices. El mayor von Versen, con la imparcialidad que lo caracteriza, dice en su obra, pág. 156: «Hay que suponer que todavía era grande la ignorancia en que estaba el enemigo respecto a las condiciones en que se hallaba el campamento paraguayo, pues continuamente llegaban desertores, que López, como para dar un ejemplo, eran tratados peor que los infelices prisioneros, que reducidos a esqueletos por falta de alimento, eran obligados a trabajos penosísimos».

He aquí el fragmento de carta:

Paso de la Patria, Noviembre 24 de 1865.

..... «No ha sido sino venciendo dificultades, Excmo. Señor, que hemos trabajado con un pueblo tan poco guerrero como el nuestro. Pero felizmente estas dificultades las hemos vencido casi totalmente, conjurándolas con palabras evangélicas y por medio del confesionario, en el que diariamente estamos ocupados confesando centenares de soldados, disponiendo y fortificándolos para la lucha y haciéndolos que comprendan con la mayor claridad, que aquellos que rinden sus vidas combatiendo por la patria, serán perdurablemente recompensados y premiados por el Eterno Creador, de acuerdo con aquellas palabras de San Pablo:

«Reposta est mihi corona justiciae quam redel mihi dominus».

..... (Carlos A. Washburn «Historia del Paraguay» T. III, pág. 65).

Se empeñaban las acciones de guerra, las más importantes y arriesgadas, sin participación directa de López, que abandonaba por completo la ejecución de las empresas, muchas veces descabelladas, a sus valerosos oficiales y soldados. (1) La invasión vandálica del territorio enemigo resultó un fracaso completo y causó muchas pérdidas al ejército nacional:

---

3. Los cabos serán castigados a cuarenta palos.
4. Los soldados a veinticinco palos.

A los empleados y costados de los desertores que hacen su fuga estando fuera de la compañía.

1. Los soldados del que se deserta, a veinticinco palos.
2. El oficial encargado de la tropa de que se desrten algunos de ellos, será preso y dado cuenta al Supremo Gobierno.
3. El sargento cincuenta palos de parado y destinado en su compañía a servir un mes en clase de soldado y otro en la de cabo; cumplidos estos dos meses volverá a su clase de sargento.
4. El cabo sufrirá a cuarenta palos en círculo y destinado en su compañía a servir en clase de soldado dos meses; cumplidos, volverá a su clase de cabo.

Esta orden se entiende con las tropas o partidas que salgan de la compañía a cualquier trabajo u ocupación a cargo de los respectivos empleados.

Campamento en Paso de la Patria, Marzo 25 de 1866.

Es copia.—Francisco I Resquin.

1) En el primer empuje los paraguayos se llevaban todo por delante, pero, después, mal dirigidos, pesimamente armados e infinitamente inferiores en número, tenían necesariamente que ceder.

«Sólo volvieron sanos 14.000 hombres, y 5.000 enfermos, dice Thompson en «La guerra del Paraguay», pág. 113. Estos últimos habían llegado en diferentes ocasiones durante la campaña. Cerca de 8.000 habían perecido en Corrientes, lo que incluyendo la columna de Estigarribia, daba una pérdida total de 21.000 hombres. (1) En el Paraguay habían muerto desde el principio del reclutamento unos 30.000 hombres, haciendo un total de 40.000 hombres muertos y 10.000 rendidos, cuando la guerra apenas empezaba». (2)

Pero, ¿a quién, a no ser a un genio guerrero de la laya de F. S. Lopez, se le hubiera ocurrido comprometer una nación mediterránea contra tres naciones poderosas y en contacto con Europa, que le podía suministrar, como le suministró, hombres y material bélico de lo más perfeccionado? La nación no contaba más que con una artillería de piezas lisas, algunas muy raras, rayadas y, con «cañones de hierro, viejos y carcomidos, probablemente, llevados como lastre por algunos buques y comprados por el Paraguay, parecidos a los que sirven de postes en Woolwic» (3) para contraponer a numerosos y formidables cañones rayados. De la infantería sólo tres batallones estaban armados de rifles Witton, cuatro con fusiles fulminante y los demás con fusiles de chispa, mientras que los soldados de la alianza estaban armados con rifles y con fusiles de aguja. La escuadra paraguaya estaba constituida por pequeños buques de madera, de *esos sólo dos* eran de guerra; la brasilera la formaban acorazados y monitores, que no podían ser echados a pique por los proyectiles paraguayos.

Las fuerzas invasoras paraguayas, bajo el mando del general Estigarribia, destacadas a enorme distancia de la base de operaciones, abandonadas a sí mismas, tuvieron que rendirse en Uruguayana, ante un enemigo

---

1) Como seis meses había durado la ocupación del territorio correntino, por las fuerzas paraguayas. Obligadas a retirarse al territorio nacional, después de las enormes pérdidas anotadas, el gran estratega y táctico Mariscal F. S. López las saludó con una brillante arenga, diciéndoles, entre otras cosas: «En vano fuisteis a buscar (al enemigo) en su propio territorio».

. . . . . .

«El enemigo nunca se presentó a vuestra vista sino para huir con más rapidez que los avestruces de sus campos».

Están explicadas satisfactoriamente las causas del abandono de Corrientes.

2) Pésimas eran las condiciones higiénicas en el ejército paraguayo. Los soldados casi desnudos, poco y mal alimentados, obligados a continuos trabajos penosísimos, debilitados, fueron fácil presa del sarampión, de la viruela, de la diarrea, y por último, del cólera, que nos vino del ejército aliado. Faltaban medicamentos, faltaban hospitales y el personal sanitario era escaso. El Mariscal F. S. López, el GENIO, que con tanta anticipación se había preparado para la guerra, no había previsto ninguna necesidad, que pudiera surgir en el ejército en campaña. ¿Y para qué? Sus heróicos y abnegados soldados eran carne de cañón. En Humaitá hubo 18.000 (diez y ocho mil) enfermos de sarampión, con una mortandad diaria de 100 a 150 individuos. La epidemia de diarrea en Cerro León, en el solo contingente de reclutas de Villa Rica, en el primer año, causó 1.004 defunciones, según estadística del Doctor Fox. (Apuntes de don Domingo Parodi.)

3) General argentino Garmendia «Campaña de Corrientes y de Río Grande» página 42».

Sin embargo se lee en el «Dictamen de la Comisión doble especial: «El informe del Departamento de Guerra y Marina es sumamente satisfactorio, dando cuenta del estado de adelanto de nuestro Ejército y de nuestra Marina, capaces de responder y hacer frente a todas las necesidades de la Patria! Otro tanto sucede con respecto a las fortalezas de la República que poseen los más modernos inventos de armas pesadas, portátiles y proyectiles»

¡Lo que puede el terror!

más de cuatro veces mayor numéricamente e, infinitamente superior por medios bélicos. El armamento tomado a las fuerzas rendidas era tan inferior y escaso que, el general en jefe de las fuerzas aliadas, Bartolomé Mitre, dice en una comunicación: «No es posible imaginar cosa peor» (1) y el coronel oriental León de Pallejas en su «Diario de Campaña», pág. 177: «La artillería tomada, el obús y las cuatro piezas de a 4, son antiquísimas, y tanto que algunas de ellas hasta son históricas; una es fundida bajo el reinado de Carlos II, otra es de la revolución francesa, el obús es original también por ser de hierro, primero que vemos de ese metal...»

Es indudable que F. S. López conjuró con el enemigo para la destrucción de la patria. Lo que salvaba del hierro y del fuego del invasor, él mandaba sacrificar y, mientras todo el pueblo moría de miseria y hambre, él se hartaba en sus sardampálicos banquetes. (2)

Si F. S. López no cometió sobrados crímenes contra la Patria para ser tildado de traidor, ¿cuáles todavía le faltan?

***

El pasaje de los acorazados brasileros bajo los fuegos de las baterías de Humaitá, la Sebastopol paraguaya (el 19 de Febrero de 1868 a las 4 de la mañana), y la aparición en las aguas de la Asunción (9 ant. del 24) de los acorazados Bahía, Barroso y Monitor Río Grande, los que menos habían sufrido en el pasaje, y cuyas dotaciones respectivas habían sido reforzadas con 100 plazas de infantería del Ejército, causó gran consternación, pues se creyó en una victoria definitiva de la Triple. Los buques, que subieron hasta la Asunción, iban bajo el mando del capitán de mar y tierra Delphim Carlos Carvalho y con la misión, de parte del generalísimo Marqués de Caxias, de explorar los ríos hasta la Asunción, bombardear las guarniciones y fuerzas que encontrara, apresar o echar a pique los buques y llegando a la Asunción bombardearla, «si la sumisión de sus habitantes no hiciera innecesaria esa medida de rigor». Carvalho fué recibido a balazos en la Asunción, la bombardeó durante casi cuatro horas, según Washburn, y se retiró aguas abajo llevando la convicción de que la ciudad estaba muy poco defendida y que hubiera sido fácilmente tomada

---

1) «Archivo Mitre», T. VII pág. 71.

2) Los que tomaron parte en el ataque de Lomas Valentinas, pueden atestiguar de como estaba ricamente y abundantemente provista la despensa de López.

«En medio de aquellas privaciones, en que las señoras estaban desnudas por haberse en cuatro años destruidos sus vestidos, el ejército cubría su desnudez con cueros y los heridos morían a millares por falta de medicamentos, cuesta creer, si no diera alegre testimonio de ello, toda la división que mandaba el General Rivas, que tomó la casa de López, que abundasen en ella, con profusión regia, los vinos y licores más esquisitos y variados de Europa, conservas, jamones, viandas delicadas y todo lo que el lujo más refinado puede acumular en los puertos de mar». «Papeles del tirano del Paraguay», pág. 17.

El señor Felix de los Ríos, del cuartel general de López, contaba, que los soldados hambrientos se echaban sobre los cubos, que contenían los restos de las comidas del Supremo y que los cabos y sargentos a varillazos los alejaban. Cuando caía una bomba, todos los circunstantes se avalanzaban sobre ella, para arrancarle la mecha y venderla por un puñado de maíz. Varias veces las bombas explotaban produciendo lamentables desgracias. El coronel J. C. Centurión en sus «Memorias» T. II. página 366 dice que López amenazó de cuatro balazos a un médico, que tuvo la franqueza de decirle que la enfermedad reinante era el hambre.

mediante un desembarque en San Antonio, punto sito tres leguas más abajo. Y tenía sobrada razón, pues, formaba la guarnición un contingente de unos pocos hombres o, mejor dicho, muchachones, todavía no bien adiestrados en el manejo de las armas; carecían de municiones; toda la artillería de que se podía disponer se reducía a tres o cuatro cañones de campaña, que por lo inservibles no habían sido llevados al frente y del cañón de 150 libras (cañón criollo), recién concluido y no bien montado, todo eso, como se ve, insuficiente para contraponer a los invulnerables acorazados. La pequeña artillería descargó pocos tiros y el enorme cañón, que había sido llevado con mucho trabajo a la batería de la «Calera» («Semanario» del 24 de Febrero de 1868), tres o cuatro. El primero, muy alto, pasó por encima de los acorazados, se rectificó en la puntería cavando la colina, pero no se dió en el blanco, la carga no podía ser bien comprimida, y, con el aproximarse de los acorazados, la cosa resultó peor, por el inconveniente indicado. Una pequeña fuerza de caballería, oculta tras una altura, estaba pronta a correr donde el enemigo intentara desembarcar. Dice Washburn que, estando la ciudad habitada, hasta las mujeres hubieran corrido a la playa a rechazar el enemigo si intentara desembarcar. Hay quien afirma que el día 19 las autoridades de la Asunción ya sabían que los acorazados iban a subir hasta allí; creo que es un error, pues, sólo el día 20, por la mañana, estando la escuadra anclada en Tagiy, recibió la orden verbal de Caxias de seguir camino hasta la Asunción (véase el parte de Carvalho del 26 de Febrero) y Mastermann dice que en la Asunción se supo el aproximarse de los acorazados el día 21.

Las autoridades o notables de la Asunción, estaban sumidas en una atmósfera de espionaje y abyección. Unos a otros se vigilaban, prontos a coger al vuelo y denunciar al Supremo cualquier palabra, cualquier gesto, que se prestara a una interpretación algo ambigua. Sabían que ese era el mejor medio de exteriorizar su adhesión al tirano y de granjearse su benevolencia, por lo tanto no titubeaban en traicionar la amistad, si el caso así lo requería, los vínculos de sangre y aun faltar a la verdad. Muchos de entre ellos eran personas de bien, pero el temor de las persecuciones, el instinto de la propia conservación, los había vuelto viles (1), así es que iban a porfía a quien más solícitamente denunciaba un acontecimiento, una conversación, que tuvieran visos sospechosos, presentándolos más graves a los ojos del tirano, mediante malignos comentarios. López por su parte, dice Centurión, premiaba más el espionaje que el buen comportamiento, corrompía las administraciones, rebajaba su nivel moral, poniendo el superior a merced del inferior. (2)

---

1) Se habla en general.

2) Para que el lector se dé cuenta del estado de aniquilamiento moral a que estaba reducida la gran mayoría del pueblo paraguayo, por el prolongado gobierno de los tiranos, transcribo las siguientes líneas del coronel J. C. Centurión:

«Los hombres y las familias, una vez puesto en planta el espantoso sistema del espionaje, principiaron a temerse unos a otros, condenándose al aislamiento y al mutismo; hubo, pues, aislamiento nacional y aislamiento individual... Más tarde, acostumbrados ya al silencio producido por el pavor, degenerados ya por la fuerza y la ignorancia a una especie de indiferentismo y pusilanimidad, llegaron a ser últimamente insensibles a sus propias desgracias y a las de los otros; miraban y observaban lo que pasaba a su alrededor, al parecer sin ocuparse de ello, y esto aún respecto a los actos más bárbaros y crueles del déspota..... ¡Cuán triste y conmovedor era el espectáculo que presentaba este pueblo! Todos los resortes que le daban vida y activi-

Los notables eran:

Vice-presidente Francisco Sánchez, un octogenario, débil y enfermo, que había servido a Francia, a don Carlos Antonio López y que entonces

---

dad se hallaban paralizados; sus facultades morales e intelectuales, comprimidas por la sujeción férrea del tirano, se habían estrechado dentro de una esfera tan reducida, que parecían haber dejado de funcionar». (Juan C. Centurión, Conferencia dada en el Ateneo Paraguayo el 28 de Enero de 1885, Asunción 1886).

Todo estaba uniformado a ese estado de abyección moral y se mentía descaradamente hasta en los partes oficiales con tal de adular y complacer al tirano; me limito a citar este ejemplo. En la sección oficial del diario «El Semanario», de fecha Sábado 20 de Julio de 1867 se lee:

¡VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY!

Exmo. Señor

«Con el más profundo respeto cumplimos el deber de llevar al conocimiento de V. E. que tanto los Oficiales, como las tropas de marina y tierra, que estamos aquí dispuestos a hacer cuantos sacrificios demande el honor de las armas nacionales, en vista del acontecimiento sumamente desagradable de la invasión de nuestra plaza de Curumbá por las del enemigo, y aun más por la traición infame del Teniente Coronel Hermógenes Cabral, juntamente con el Capellán; todos unánimemente estamos con el más ardiente deseo de correr presurosos a dar el condigno castigo a esos pérfidos enemigos, protestando desde luego contra el execrable comportamiento del Comandante Cabral, el Capellán y demás traidores, y renovando a V. E. nuestro patriótico juramento de que jamás consentiremos tan villana humillación, prefiriendo mil veces morir combatiendo al enemigo, que echar un borrón sobre el brillo de nuestras armas, y el nombre de nuestras familias».

«Dios guarde a V. E. muchos años»

«Abordo del Vapor Nacional de guerra Salto de Guaira en el puerto de Albuquerque, Junio 28 de 1867».

Exmo. Señor

«Romualdo Nuñez, Esequiel Roman, Mamerto Bareiro, Angel Fernández, Manuel Delgado, Felipe Morales, Miguel D. de Doncel, Gerónimo Candia, Blas Paez, Eduardo Zárate, Juan José Rivarola».

En la página 2 del mismo número de «El Semanario»; se hacen comentarios bochornosos y se echa un baldón de infamia sobre los nombres de los valerosos que habían caído con las armas en las manos. Creo, pues, deber de buen ciudadano rehabilitar la memoria de esos servidores de la patria, tan indignamente mancillada por los que habían huido, y lo hago mediante el siguiente parte oficial brasilero:

«Traducción».

(Copia).

«Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Consejero Ministro de la Guerra».

«Palacio de Gobierno de Matto Grosso. campamento volante de los Dourados, margen del Rio Paraguay, 21 de Julio de 1867 a las 10 de la noche».

«Ilustrísimo y Excelentísimo Señor»

«Comunico a V. E. que la fuerza de Curumbá asaltada el día 13 del corriente por la vanguardia del segundo cuerpo de operaciones de esta Provincia, cayó en nuestro poder y con ella toda la frontera del bajo Paraguay y Brasilera, menos Coimbra».

«La guarnición paraguaya murió casi toda en desesperada resistensia, incluso el Comandante de esa plaza y el Coronel Paraguayo Hermógenes Cabral».

«Los Vapores Anhambahy consiguieron evadirse con mucha pérdida, después de sufrir el fuego combinado de dos piezas rayadas y de nuestra infantería».

«Todo cuanto estaba en poder del enemigo cayó en nuestras manos, gran cantidad de armamento, ocho cañones, depósito de víveres y lo que es más importante cerca de quinientos compatriotas nuestros, que hacen casi tres años sufrían allí el trato del más duro cautiverio».

.....

«Dios guarde a V. E. Ilustrísimo Excelentísimo Señor Consejero Ministro de la Guerra.

Firmado L. J. V. Conto Magalhaes.

servía a F. S. López, con el mismo servilismo e incondicionalismo, que usara para con sus predecesores. No se podía decir que era hombre malo, ni tampoco que era bueno, ni que sirviera para algo. Asumía la presidencia del Consejo en ausencia del Mariscal Presidente.

El Ministro de Relaciones Exteriores José Berges, ciudadano, que había prestado muchos e importantes servicios a la Patria quien, con mucha habilidad y tacto, arregló la enredada cuestión con Norte América. Era un hombre bueno, prudente y sagaz, muchas veces tuvo que prestarse a acciones, que repugnaban a su espíritu y a su conciencia. (1)

Coronel Venancio López, hermano del tirano, Ex-Ministro de Guerra y Marina *In partibus*. Comandante de armas de la Asunción, hombre enfermo. Su hermano el Mariscal, apenas posesionado de la presidencia, le hizo guardar arresto en su domicilio. De él dice Washburn («History of Paraguay», T. 11, Cap. XV): «Venancio, sin embargo, no hablaba nunca de nada sino de su salud y de la mía como de la de mi familia, del tiempo o de cualquier asunto cuya interpretación no significase nada. Parecía estar dominado por un susto crónico. Si hablaba de cualquier acontecimiento que hubiera sido mencionado en el diario, decía: «Sí, así lo dice «El Semanario». Pero si le preguntaba acerca de cualquier cosa que no fuera oficialmente promulgada, su respuesta era siempre la misma: «No sé nada». El motivo de este exagerado miedo de Don Venancio, no podía sospecharlo. Sospechaba que hubiese hecho algo que fuera ofensivo para su hermano. Estaba en triste estado de salud, que había sido ocasionado por sus prematuros excesos. Su médico, un italiano llamado Domingo Parodi, me hablaba a menudo de su desgraciado enfermo. Tenía que visitarle todos los días, pero si lo interrogaba sobre cualquier cosa de caracter público, era

---

1) «Berges era uno de los pocos hombres bien preparados para dirigir los destinos de la República, y no cabe duda alguna que, si a la muerte del viejo López, *el pueblo paraguayo hubiera gozado de libertad para elegir a sus gobernantes*, hubiera sido él el designado por el voto unánime de sus conciudadanos. Debido, tal vez, a esta circunstancia se notaba que Solano López no le tenía mucha simpatía». (Centurión, Memorias, T. I, pág. 271).

«Al despedirse Berges de Panchito, (hijo mayor del Mariscal López), sacó de su bolsillo un gran cortaplumas, una de cuyas hojas formaba un puñalito y le dijo: «le voy a regalar este cortaplumas que a Vd. le va a ser de mucha utilidad en campaña; a mi me lo regalaron también cuando estuve en Norte América»; y se despidieron al parecer afectuosamente».

«En realidad el objeto era precioso, lindísimo regalo que se hizo a un ministro plenipotenciario del Paraguay».

«Más tarde cuando fué apresado Berges para luego ser fusilado, López le enrostró a Solalinde su proceder con Berges, de la siguiente manera: «ahí tiene Vd. al hombre por quien pidió para que fuera a curarse a la Asunción; se hizo el enfermo para ir a conspirar contra mí. Ese puñal que regaló a Panchito fué el mismo con que quiso asesinarme». Qué infamia ¡¡¡Don José Berges asesino!!! (Apuntes sobre la conspiración de 1868 etc. M. Avila. Revista del Instituto Paraguayo).

Un día ví al primero (José Berges) arrodillado en el barro a los pies del Mayor Caminos. Allí estaba, en medio de la llovizna, el ex-ministro de doce años y encargado especial de una misión en Inglaterra y Estados Unidos, implorando a la vejez, con sus manos juntas y trémulas la piedad de un soldado brutal, que dos años antes solamente se le habría acercado timidamente con el sombrero en la mano. Nada le valió esto, ni sus largas y escasas canas que flotaban húmedas y enredadas al capricho del viento López le odiaba, y según creo le temía; porque cuando se hablaba de su propia elección, el pueblo decía sin mucha reserva que don José sería su candidato, si tuviera la libertad de elegir y por esto le espiaban y temían desde el principio de la guerra». (Mastermann, «Siete años de aventuras en el Paraguay», pág. 254).

siempre su contestación: «No sé nada» o «Así dice El Semanario». El hombre estaba en cierto modo como prisionero, pues todos sus propios compatriotas temían visitarle y conversar con él. Sin embargo, nominalmente tenía una alta posición, siendo comandante de armas y teniendo deberes que llenar que le obligaban a visitar el arsenal, los cuarteles y el fuerte de la Asunción cada día que se lo permitiera su salud. ¿Qué habrá hecho para aparecer más asustado y deprimido que otros que más tarde fueron acusados de ser sus cómplices de conspiración? Probablemente nada; pero conocía mejor que ellos el terrible genio de su hermano, quien no lo ignoraba entonces, había dejado de respetar las canas de su propia madre y miraba todo vínculo de consanguinidad como materia indiferente»).

Benigno López, (1) hermano menor del Presidente, vivía retirado y raras veces asistía a las reuniones de la Comisión, pues cuando el Vice Presidente se podía eximir de invitarlo, lo hacía, y él, invitado, buscaba excusas para no asistir. Había caido en desgracia del hermano Presidente. De él dice Washburn en la obra citada y en el mismo capítulo: «El otro hermano de López, que era el más joven de la familia, me había visitado una o dos veces cuando vivía en la quinta de su hermana. Era un hombre de mucho más competencia que Venancio y mucho más comunicativo conmigo. El tono general de su conversación era desconfiado, y estaba dominado por la convicción de que tarde o temprano Francisco le reservaba un triste fin. Como otros muchos me decía que con tal de poder salir vivo del Paraguay, sacrificaría todos sus bienes. Era perspicaz, astuto y avaro, y era el niño mimado de la madre. Los paraguayos le aborrecían sumamente. En su codicia de riquezas, había en tiempo de su padre, impuesto grandes cargas al pueblo sin conmiseración. Tomaba el ganado a sus propietarios estableciendo el precio a su antojo los que, no se atrevían a quejarse o a apelar al gobierno, porque sabían todos que el gobierno era su mismo padre. Era muy aficionado al juego, pero era peligroso ganarle. Antes de la guerra muchos comerciantes y otros que tenían algún dinero solían reunirse en el Club casi todas las noches y pasar el tiempo jugando. Para ellos la presencia de Benigno era siempre desagradable. No se atrevían a negarse a jugar con él o a ganarle su dinero. En cualquier caso temian incurrir en su desgracia, y sabiendo que era tan vengativo como avaro, temían que procurase perjudicarles en sus intereses sea predisponiendo a su padre o a su hermano contra ellos, sea sobornando empleados oficiales subalternos e incitándoles a ponerles trabas en sus operaciones mercantiles. Su padre le concedía siempre privilegios extraordinarios para el acopio y el embarque de la yerba mate, tabaco y otros productos del país sin pagar los derechos a que estaban sometidos los demás. Varias de las más hermosas y grandes estancias del estado habían en cierto modo caido en poder de Benigno

1) Después de desocupada la Asunción, Madama Lynch siguió yendo y viniendo del ejército. En ocasión de uno de esos regresos (no puedo precisar la fecha, pero fué antes del 14 de Julio de 1868) recibió la visita de la vieja ex-presidenta Doña Juana Carrillo de López, quien, con las lágrimas en los ojos, le pidió que intercediera con Francisco Solano, por su hijo Benigno, que a la sazón estaba preso en el ejército. La Lynch contó a la señorita Cáceres la visita recibida y entró en estos particulares: «la Señora descubrió sus senos exclamando: con estos he amamantado a ambos, son hermanos! Francisco Solano debe de querer y respetar a su hermano, que nada le ha hecho. Y Madama Lynch añadió, «que le voy a hacer yo, si Benigno es un traidor» La señorita Cáceres contó lo sucedido a sus padres, quienes se limitaron a decir: «la picara inglesa al fin ha obtenido lo que quería: que la familia López se le humillara».

y de los otros hijos de Carlos Antonio López, durante el gobierno de este último, de modo que cuando murió el anciano, eran para aquel país, inmensamente ricos. Benigno era universalmente aborrecido y he oido frecuentemente la observación de que era peor que su hermano».

Gumesindo Benitez, incondicionalmente adicto al Mariscal, secretario y sucesor de Berges a cuya caída contribuyó. Se enredó en las mismas redes, que él había tendido al Ministro Washburn, cuando López inventó la gran conspiración. Benitez, en una visita que hizo a Washburn (Mastermann, pág. 215), le dijo: «Todo está descubierto, debe usted, pues, confesarlo todo». Posteriormente, en una nota, Benitez afirmó que esa frase fuera usada por primera vez por Washburn, con la añadidura de que la revolución debía estallar el día del santo del Presidente. Esto enfureció a Washburn, que le contestó desmintiéndolo enérgicamente, acordándole que muy al contrario era él, quien, en su visita, había proferido esa frase. López mandó llamar al campamento a Benitez, para pedirle explicaciones, interpelándolo más o menos con estas palabras: «Resulta, pues, que Vd. estaba al corriente de todo ¿por qué nada me ha dicho?» A lo que Benitez le contestó: «Nada sabía yo, Exc. Señor; solo he querido sacar de mentira verdad.» López no se conformó con la explicación, lo mandó engrillar, torturar y fusilar.

Coronel Francisco Fernández, Comandante de la Plaza, ex-tendero, (1) confidente de López, y su apoderado en sus negocios particulares. Era muy querido por sus subalternos militares y civiles, afable, generoso y servicial.

Juan Gómez, Mayor de la Plaza, hombre hermoso, de aspecto marcial, valiente hasta la temeridad, extremadamente severo y brutal hacia sus subalternos.

Matías Sanabria, Jefe de Policía, hombre incondicionalmente fiel a López, cruel y desalmado.

El venerable Dean Bogado, del Senado Eclesiástico, consejero de Estado y consejero del Vice-Presidente Sánchez.

Padre Francisco Espinosa, capellán del Ejército.

Juez, Bernardo Ortellado. Era amable, suave y apacible, de trato ameno y agradable. Hombre bastante instruido, y sobre todo buen latinista y buen gramático. (Centurión, «Memorias» T. I. pág. 272). Acompañó a Berges, en calidad de Secretario, en su misión en Norte-América y en la misma calidad, cuando López lo mandó a Corrientes.

Oficial I. Carlos Riveros. En compañía del Coronel J. C. Centurión intervino como Fiscal en la causa de los legionarios Ruiz y Sorian, usando, como era costumbre ya establecida, los tormentos para arrancarles las declaraciones que deseaban. (2)

Colector General Pablo González, etc.

---

1) Tenía una tienda en la Plaza del Mercado, bajo la recoba. El negocio de tienda le había proporcionado ganancias para hacerse propietario de varias fincas, entre ellas una casa de altos en calle Palma. Su señora, una hermosa Bedoya, falleció de parto en Yhú, rodeada del cuidado y cariño de sus numerosas amigas.

2) Hombre de una inteligencia clara y de conocimientos jurídicos y a quien López le pagó sus importantes servicios al país y a él personalmente, con la más negra ingratitud. (Centurión, Obra citada T. I, pág. 246.

Los buques de guerra brasileros al aproximarse a la Asunción izaron bandera blanca, bandera de cobardes, como solía decir «El Semanario». Eso era natural, pues llevando la órden de no bombardear la Asunción, sino partía de ella las primeras hostilidades. Les constaba que no estaba artillada, ni contaba con fuerzas suficientes para repeler un serio ataque, en una palabra que la Asunción era indefensa y eso no constituia *un secreto de estado*. ¿Quién se hubiera imaginado que, de buenas a primeras, se le hubiera podido ocurrir a los notables de la Asunción declararla punto militar, sin tener en cuenta los enormes perjuicios, que esa determinación podía acarrearle, y que le acarreó en 1869, cuando las tropas brasileras la ocuparon? Parece que el uso de la bandera blanca fuera corriente entre los brasileros, pues «El Semanario», en el N.° 728, dice: «Si por la parte del río, también Humaitá esperaba impaciente cruzar sus fuegos con la escuadra enemiga, que había por la parte de arriba, y la de abajo, acercando a ella sus corazas, aunque siempre con la bandera de miedo al tope, vió desvanecerse sus esperanzas...»

Al primer cañonazo partido de la Asunción, los buques sustituyeron inmediatamente la bandera blanca por las de las naciones, que constituían la Triple Alianza y contestaron al fuego. El hecho de haberse presentado los acorazados enemigos en las aguas de la Asunción, enarbolando bandera blanca, constituyó varios meses después, una prueba *irrefutable* de la existencia de una conspiración en la Asunción. El Ministro de R. E. del Paraguay, Luis Caminos, en Circular al Cuerpo Diplomático de fecha 29 de Octubre de 1868, decía: «Tres buques acorazados con bandera blanca, señal convenida, llegaron hasta la vista de la Asunción. Las otras disposiciones tenían que ser ejecutadas a su vez, cuando S. E. el mariscal Presidente empezó la serie de operaciones militares que han desconcertado todos los planes del enemigo y de los conspiradores». (Traducción del francés). Para eso, todos los que posteriormente fueron acusados de conspiración, habían decretado dos dias antes, por unanimidad de votos, el «Bando», que conminaba la pena de muerte contra quien se encontrara en comunicación con el enemigo o que teniendo conocimiento del hecho, no lo denunciara inmediatamente». ¡Qué infamias tenían que autorizar con su firma los ministros del tirano!

El Ministro Norte Americano Washburn, (History of Paraguay, Cap. XVII), dice: «Durante el día 22 recibí un mensaje de Madama Lynch diciéndome que necesitaba verme. Fuí a su casa, según su pedido y la encontré en la mayor aflicción: Anteriormente me había prevenido que llegaría el tiempo en que deseara tomar un refugio en mi casa y trató de conservar la apariencia de amistosas relaciones. En esta ocasión me preguntó sobre lo que harían los brasileros después de haber pasado Humaitá. Le dije que probablemente tratarían de encerrar a López y a su ejército donde se encontraba, y avanzar sobre la Asunción con fuerza bastante para tomarla, y entonces cortando sus recursos en todos los puntos, se vería obligado a capitular o sino atacarlos en sus atrincheramentos lo que, con sus fuerzas desiguales no saldría con buen éxito. La causa estaba perdida y podía ella verlo lo mismo que yo. *Derramó algunas lágrimas bien naturales*, y me pidió si quería recibir en mi casa sus más valiosos objetos. Repliqué que lo había hecho para otra mucha gente, y me había ofrecido a hacerlo para todos; que si ella pensaba que sus valores estuviesen más garantidos allí que en cualquier otra parte, podía mandarlos y yo podía responder que

mientras estuvieran allí no serían nunca tomados por los aliados, a menos de violar con la fuerza la Legación de los Estados Unidos. Estaba muy desalentada, diciendo que no sabía lo que vendría a ser de ella y pareciendo saber que ni merecía, ni podía esperar compasión alguna, si llegaba a caer en manos de los aliados. Me comunicó que tendria en el último momento, que dirigirse a mí para que le concediese un asilo. Su mueblaje de casa, que era muy lujoso y extremadamente costoso, naturalmente iba a caer en manos vandálicas, si la ciudad fuese tomada. Pero siendo inglesa se dirigiría al gobierno para exigir la devolución. Los planes ambiciosos que la habían inducido a invertir tanto dinero en muebles y adornos que no se encontraban más que en los palacios, parecían haber fracasado. Doscientos mil pesos, el precio del trabajo, del sudor y de la sangre de millares de paraguayos, apenas alimentados y sobrecargados de trabajo, parecían estar a punto de caer entre las manos de los odiados brasileros y la dinastía de los López con su primogénito como heredero del trono y sus demás hijos, como príncipes reales, todo se había desvanecido. Entonces no pensó más que en salvar su vida y las vidas de sus hijos y de escapar con sus lucros mal adquiridos a Europa». Madama Lynch tuvo la suerte de salvar sus muebles, por esa vez, mandándolos al interior. Apenas diez meses después los aliados ocuparon la Asunción. Thompson dice en su obra citada y Centurión repite sin comentarios: «Tan luego como los acorazados pasaron Humaitá, López ordenó al Vice-presidente hiciera desalojar la Asunción en 24 horas, declarando a aquella ciudad una posición militar.» Yo creo que López no hizo tal cosa, sino abandonó la Asunción a su suerte, era costumbre de él proceder de este modo en los casos apurados. Desde el paso de los acorazados por Humaitá el 19 de Febrero a las 4 a. m. al 22, a las 4 de la tarde, hora en que fué publicado el Bando, firmado por el Vice-presidente, corren 84 horas, tiempo enormemente superior al necesario para acatar una orden del Mariscal, que no admitía dilaciones. El Bando fué publicado en hoja suelta el 22 de Febrero de 1868 y en «El Semanario» el lunes 24 y dice:

BANDO

¡VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY !

El Vice-Presidente de la República

Por cuanto el estado de guerra que sostiene la República en defensa de su Libertad e Independencia exige la evacuación de la Capital como uno de los puntos del litoral mandado desocupar:

Declara:

Art. 1.° La ciudad de la Asunción queda desde esta fecha declarada punto militar.

Art. 2.° Dentro de cuarenta y ocho horas de la publicación del presente Decreto, se evacuará totalmente la ciudad, retirándose la población a los puntos que señalará el Departamento de Policía.

Art. 3.° Toda persona que se encontrare robando en las casas desocupadas o en las calles, será inmediatamente fusilada.

Art. 4.º Cualquier persona que se encontrare en comunicación con el enemigo sufrirá la pena capital.

Art. 5.º Incurrirá en la misma pena todo individuo que, teniendo conocimiento del hecho, no denunciare inmediatamente ante la Comandancia general de armas, al traidor o espía.

Art. 6.º Y para el puntual cumplimiento de estas disposiciones, publíquese por bando, fijándose en los lugares públicos de esta ciudad. Asunción, Febrero 22 de 1868.

Firmado: Francisco Sanchez.

Firmado: Vicente Valle
Escribano del Gobierno y Hacienda. (1)

Prueba de que fué muy breve el aislamiento completo de López, es el siguiente decreto de Estado de Sitio, que lleva la fecha del 25 del mismo mes, publicado en «El Semanario» del Sábado 29 de Febrero de 1868.

«El Mariscal Presidente de la República y General en Gefe de sus Ejércitos. Visto el decreto expedido por S. E. el Vice-Presidente de la República en 22 del corriente declarando la ciudad de la Asunción punto militar y mandando evacuar su población y considerando la necesidad de adoptar medidas más conformes al desarrollo de guerra de vida o muerte que la República sostiene, y prevenir todas ulterioridades que este mismo desarrollo puede traer.

Decreta:

Art. 1.º Declárase el territorio de la República en estado de sitio.

Art. 2.º Todas las autoridades constituidas quedan especialmente facultadas para expedirse en todas las ocasiones con arreglo a la declaración del art. 1.º.

Cuartel General en Paso Pucú, Febrero 25 de 1868.

Firmado: Francisco S. López.

Firmado: Luis Caminos. (2)

Y el 29 de Febrero de 1868 estaba ya establecida la libre comunicación con el ejército de López, por vía del Chaco, pues se lee en el Núm. 725 del «Semanario», correspondiente a esa fecha: «... En estos momentos están pasando gruesas partidas de ganado vacuno, y sin ningún embarazo ha cruzado el río el señor Ministro de Relaciones Exteriores y muchos empleados de gobierno».

Dice el señor Manuel Avila (3) que, en el mismo día 19 a las 6 de la tarde el Vice-Presidente Sanchez, recibió los siguientes telegramas:

---

1) En «El Semanario» dice: Escribano provisorio del Gobierno y Hacienda.

2) El mismo «El Semanario», comentando el decreto de Estado de sitio, dice: «Según el sentido político de esta disposición, quedan en suspenso todas las garantías constitucionales y sujetas al estado bélico, en donde no rigen otras leyes que las militares». Como si alguna vez hubieran regido garantías constitucionales durante la presidencia de F. S. López.

3) Revista del «Instituto Paraguayo», año 1899.

Paso Pucú, Febrero 19, 4.30 a. m.

A. E. el Vice-presidente de la República.

Asunción.

«A las 3 y 30 de esta mañana tuvo lugar un reñido combate entre baterías Humaitá y acorazados enemigos. Lograron pasar tres de ellos con graves averías y grandes pérdidas de hombres».

R. S. E. (Rúbrica de su Excelencia).

y otro

Línea Tebicuary, 19, 5.15 p. m.

«Al Excmo. Señor Vice-presidente de la República, ciudadano Don Francisco Sanchez:

«Comunico a V. E. que los acorazados que forzaron Humaitá, pasan aguas arriba. Estoy cortado con el Ejército Nacional».

«Espero órdenes de V. E.

J. M. Nuñez,
Comandante».

La escuadra brasilera mientras iba remontando el río inutilizaba el telégrafo eléctrico, es pues mérito de los Notables de la Asunción el haber puesto en estado de defensa a la ciudad, echando mano a todos los medios disponibles. No hay un solo documento que pruebe, porque dicho documento hubiera sido publicado en «El Semanario» que López tomara participación alguna en las medidas decretadas. El haber creido López que Humaitá fuera infranqueable y el haber infundido al pueblo su confianza, fué uno de sus mayores errores que trajo desastrosas consecuencias. Dice Thompson, pág. 266, refiriéndose al pasaje de Humaitá por la escuadra enemiga, que: «Si uno o dos acorazados se hubieran estacionado entre Timbó y Humaitá, esta operación (retirada de la guarnición de Laureles a Timbó) no habría podido efectuarse. López mismo no hubiera escapado y Humaitá habría sido realmente sitiada, que era lo que se proponían los aliados al forzar las baterías.» Se puede deducir de esto, de lo que más abajo dice el mismo Thompson y del decreto del estado de sitio que los aliados no lograron aislar a López de lo demás del país que si no durante un tiempo muy breve (lo que se deduce por la fecha del decreto del estado de sitio).

Escribe Washburn, T. II, Cap. XVI, refiriéndose a las medidas tomadas por los Notables: «Probablemente no se sabrá nunca cuales eran las órdenes de López para el caso de que pasaran los acorazados por encima de él y le cortasen su comunicación con la capital, porque luego después hizo arrestar y finalmente ejecutar a cada uno de los que hubiesen podido conocerlas. *Es probable que ninguna orden fué dada*, dado por sentado que todos los hombres, mujeres y niños, si un enemigo intentase un desembarco en la Asunción, correrían a repelerlo. Cualquier acto de perplegidad a este respecto sería mirado por López como una traición»... «Si hubiera habido uno de entre estos (notables) que hubiese concebido la idea de una revolución o de resistir al deseo de López, habría sido fácil abandonarlo a una destrucción inevitable. Si Berges, Fernández o Don Venancio se hubiesen apoderado del telégrafo y pretendido obrar por órdenes superiores, todo el país arriba del Tebicuarí, habría estado tan absolutamente en

su poder, como nunca lo había estado en el de López. Pero ningún pensamiento de este género, con toda seguridad, habría sido concebido por ninguno de ellos, pues ellos estaban tan completamente dominados por la terribletiranía, que los había esclavizado durante tanto tiempo, que ninguno como todo lo evidencia ahora, y es creencia de toda persona inteligente sobreviviente, se hubiera atrevido a tener un pensamiento más allá que el de ejecutar, lo que suponía ser la voluntad de López, si este estuviera en condición de expresarla. Lo que era esa voluntad, ellos podían suponerlo, por las amenazas que se habían lanzado en las columnas de «El Semanario»: que los aliados no entrarían nunca en la Asunción a menos de encontrarla abandonada por su población y destruida como una nueva Moscow. Con todo cada uno de ellos fué pronto arrestado y acusado de haber tomado participación entonces y algunos meses antes en una conspiración para derribarle y todos ellos menos el Vice-presidente, fueron por su ciega fidelidad, atormentados y ejecutados».

Dice el señor Manuel Avila, que el Vice-presidente Sanchez a instancia del Comandante General de Armas, Coronel Venancio López, citó dos veces (a las 7.30 del 19 y a las 8 de la mañana siguiente) a la Comisión de Notables para discutir sobre las medidas más oportunas para hacer frente a las nuevas circunstancias que podían sobrevenir, pues la Asunción no era plaza fuerte y bien lo sabían los brasileros que, como tenemos dicho no hubieran hecho fuego, sino provocados. Estoy conforme con el señor Avila respecto a las horas de las reuniones, pero no así respecto a las fechas, que él evidentemente anticipa de dos días, tanto refiriéndose a la desocupación de la Asunción que se efectuó del 22 al 24 como a la del bombardeo que acaeció el 24, no el 22, como él erróneamente afirma. Eso consta por los partes brasileros y por «El Semanario» de la época, del cual entresaco la siguiente poesía:

"La macacada del 24 de Febrero"

En Febrero veinte y cuatro
El lunes de carnaval,
Dos corazas bombardearon
Nuestra fuerte capital.
Hicieron terrible daño,
Y el estrago fué fatal...
Que hicieron a dos polluelos
Y a un burro .. pobre animal!

De la Calera a distancia
Se presentaron los guazos,
Donde fueron bien rociados,
Con certeros geringazos.
A las dos horas, cobardes,
Volvieron atras sus pasos,
Temerosos de quedar,
Los dos, hechos mil pedazos.

El bello sexo en el tren,
A carcajada tendida,
Gritaba ¡mueran los negros!
Viva la patria querida!
Sin recelo y sin temor
Quisieron ir en partida
Para ayudar a la tropa
Y llevarle la comida.

Nuestro Vice-Presidente,
Midió el tiempo esa ocasión,
Haciendo salir al campo,
A toda la población.
Fué plausible y con acierto,
Esta gran disposición,
Que ha salvado del peligro
A nuestra libre Nación.

En los puntos de campaña,
Y todos sus rededores,
Se vé el orden en que están,
Tranquilos sus moradores.
Viva el Vice-Presidente
Viva siempre con honores,
Que en Luque se ostenta ya
Un jardín de hermosas flores.

Esperemos con placer,
La gran batalla campal,
Que cerca está la victoria,
Cerca está el triunfo final.
¡Viva la Patria, digamos,
Viva nuestro Mariscal!
¡Vivan sus Gefes valientes!
¡Viva el Ejército leal!

«El Semanario» — Luque — Sábado 14 de Marzo de 1868

Si la primera reunión de notables hubiera tenido lugar la noche del 19, la hubiera tenido pocas horas después del pasaje de la escuadra por Humaitá, antes que fondeara en Taiy, para reparar sus averías y antes todavía que recibiera la orden de remontar el río hasta la Asunción, orden que recibió de Caxias el día 20 por la mañana.

Dice el señor Avila que en la primera reunión de los Notables se estableció la publicación del BANDO, pero es extraño que un BANDO, que en todas circunstancias es una medida grave y de urgencia, se hubiera postergado para publicarse el 22 por la tarde. Así es que me atengo a lo que dicen Washburn y Mastermann que: el 21 se vino a saber que los acorazados brasileros iban subiendo el río, muy lentamente por supuesto, pues recién tres días después aparecieron en las aguas de la Asunción. Es probable que la primera reunión de los Notables tuviera lugar la noche del 21 y la segunda la mañana después. Dice Caxiax en su parte (20 Febrero de 1868) que esperaba el resultado del esclarecimiento sobre la Capital, para hacer marchar por tierra una columna, paralelamente al río, que secundando el movimiento de la escuadrilla, ocupara la Capital de la República, «*si assim for conveniente*. Gracioso eso de *conveniente*, reserva muy prudente y juiciosa, que me hace acordar a la uva verde del zorro. Por otra parte la relación de Carvalho no le satisfizo para nada, no obstante la afirmación que «la ciudad estaba con poca defensa, siendo fácil tomarla mediante un desembarque en San Antonio» y que «la bandera brasilera fluctuaba triunfante después de tantas batallas, en los lugares en que el insulto a ella nos arrastró forzosamente a la guerra actual», (parte de Carvalho, 26 de Febrero). De la expedición no se habló por entonces. Cabe preguntarse ¿qué se habían hecho los conjurados?

Estas pequeñas observaciones cronológicas a la obra del señor Avila, no le quitan ningún valor, como fuente histórica fidedigna, por ella y por otros documentos, me guío para contribuir a hacer un poco de luz, en un período tan obscuro de la tiranía de F. S. López.

Según la carta del Vice-presidente a López, el Comandante General de Armas, Coronel Venancio López, en la primera reunión, se «hizo representar por el M. de R. E., para la materia de que se ocupó». Según Centurión, (T. III, pág. 122 de sus Memorias) parece que así sucediera, pues no menciona que el Coronel Venancio López tomara la palabra, sólo dice: «El Comandante Fernández, que ejercía el cargo de una especie de inspector de armas, manifestó que a su juicio no sería prudente hacer fuego al buque enemigo, porque había muy pocos pertrechos que no permitirían sostener la lucha sino por muy breve tiempo». (1) En la primera reunión «la mayoría (dice Centurión) parecía inclinada a aceptar esta opinión, pero luego el padre Espinosa dijo más o menos: «Que el patriotismo imponía el deber de combatir al enemigo, cualquiera que fuese su número, y donde quiera que se presentara, desde que la Nación se encontraba frente a frente con él, y

(1) Al ex-tendero, Sargento Mayor Fernández, le cupo el alto honor de estrenar el enorme cañón «Criollo», con éxito completamente nulo, es verdad, pero eso le valió ser nombrado Caballero de la Orden Nacional del Mérito, por decreto del 12 de Abril de 1868 («El Semanario» del 13 de Abril). Posteriormente fué acusado de haber deliberadamente errado el blanco, por estar en connivencia con el enemigo, torturado y ejecutado el 26 de Agosto del mismo año. Del proceso resultó inadmisible que un tendero no supiera manejar un cañón de 150 libras!

que a esta razón, aunque no hubiese más que un solo cartucho de pólvora, con ese había que romper fuego contra el enemigo».

Según Avila fué el Coronel Venancio López quien tomó la palabra en la primera y segunda reunión de los Notables diciendo: que la ciudad carecía de defensas; que no se podía contar más que con la batería de San Gerónimo, armada con seis piezas chicas, inofensivas para los acorazados, y con el cañón «Criollo», siendo escasas las municiones, pues las que se fabricaban se mandaban inmediatamente al ejército; que la guarnición se componía de dos batallones con escasa munición, por la razón anotada. Que no se conocía la suerte tocada al Mariscal ni al ejército nacional y concluyó preguntando: si convendría que las hostilidades se iniciaran por la ciudad, provocando un bombardeo que no iba a dejar de ser perjudicial en sumo grado. Ya sabemos lo que dijo el padre Espinosa, pero según Avila, no se llegó a ninguna conclusión sobre el punto capital y, de la carta-contestación del Vice-presidente Sanchez al Mariscal Presidente, se deduce que el Comandante General de Armas pidió una segunda reunión: «porque la resolución primitiva de hostilizar al enemigo no satisfizo al Comandante». Se nota de esto que Lopez estuvo mal informado o procedía de mala fe, pues no se discutía si los acorazados tenían que ser hostilizados o no, sino si convenía que las hostilidades partieran primero de la ciudad o esperar que la escuadra las iniciara. Claro está que, a las hostilidades de los acorazados, la ciudad iba a contestar como pudiera En la segunda reunión se estableció definitivamente que la ciudad fuera la primera en iniciar las hostilidades, habiendo pesado la observación del ciudadano Riveros, diciendo que esperar a la intimación del bombardeo de la ciudad por el enemigo, pudiera entenderse cuando aun no se hubiesen comenzado las hostilidades, y no como en nuestro caso en que los beligerantes se hallaban en constante y dilatada lucha». Y así se hizo. Con otro enemigo, que no hubieran sido los brasileros, caro hubiera costado a los paraguayos el desatino de haber mostrado su propia debilidad e impotencia!

Cuando se estableció la libre comunicación con el ejército nacional, los Notables fueron llamados por turno a dar explicaciones de su proceder, tanto que hubo momentos en que la capital provisoria, Luque, se quedó casi sin autoridades. No obstante su carta explicativa, varias veces citada, el Vice-presidente Sanchez también tuvo que bajar al campamento, embarcándose en el «Salto de Guairá», en compañía del Consejero Dean Bogado, (V. «El Semanario» 28 de Abril, N.° 731). Algunos de los Notables volvieron, pero después, fueron nuevamente citados, retenidos, juzgados, torturados y fusilados por traidores. De todos ellos los únicos que se salvaron fueron el Padre Espinosa, no sé porque circunstancia milagrosa, y el octogenario Vice-presidente, por inútil.

Una comisión presidida por el ex-rematador Don Saturnino Bedoya. a la sazón Tesorero de la Nación y cuñado del Mariscal-presidente F. S. López, por su casamiento con una hermana de éste, Rafaela, entregó con gran pompa, el 25 de Diciembre de 1867, al *Supremo*, los riquísimos obsequios consistentes en una espada con puño y vaina de oro cincelados y adornados con brillantes y de un album con tapas de plata maciza, etc., que el pueblo le enviaba en testimonio de simpatía y gratitud. (Centurión, T. III, pág. 91). Naturalmente estos, como todos los obsequios, no fueron hechos espontáneamente, pues Madama Lynch era la inspiradora, la propagandista, la que ejercía presión para que todo se llevara a cabo con la mayor riqueza y

esplendidez, insinuando que esto y esto sería del agrado del Mariscal, que tanto se sacrificaba por el pueblo y que había que desagraviarlo de las ofensas que recibía de los malos ciudadanos, (?), en fin todo pasaba por manos de ella: recolección de joyas, de dinero metálico, forma de los obsequios, modelos de los mismos, etc.

El parentesco con López elevó al ex-rematador Bedoya a la categoría de hombre de espectación, ante los ojos de sus conciudadanos, pero él, más que nadie, sabía a que atenerse sobre el valor de tal espectación. No era un tonto, ni le faltaba labia, pero era tan asustadizo, que bastaba un simple gesto de desagrado de parte de su bondadoso cuñado, para que quedase anonadado. Sin embargo, López le tenía recelo por el alto puesto que desempeñaba, por eso lo detuvo en el campamento. La carta ya mencionada de Sánchez a López, confirma esta aseveración, pues en ella se lee: «Me dice también V. E., que ya sabía yo que el que hacía de Tesorero General, había quedado en ese campo, porque su conducta en la Asunción no había sido satisfactoria a V. E. y temía que con la preponderancia que había tomado sobre los funcionarios públicos, sin excepcionarme a mí, prevalido de su empleo, y de su ingreso en la familia de V. E., por el casamiento con una hermana de V. E., no sirviera a contrariar la marcha del gobierno.» Pero habían otras razones no menos poderosas para que López retuviera al Tesorero.

Washburn, en los capítulos XV y XVIII de su «History of Paraguay», indagando las causas que hayan podido influir sobre el ánimo suspicaz de López, para tomar odio a su cuñado Bedoya y mandarlo torturar hasta producir su muerte, dice:

«..... Noté que Don Benigno no había bajado todavía (1) y estaba con ellas (2). Me habló francamente de las sospechas que abrigaba su hermano en contra de él y me declaró que ignoraba completamente la causa de aquello. Le dije que había sido imprudente al hablar al cónsul francés, Mr. Cuberville, que era un loco y no guardaba siempre la seriedad; que me había hablado de una conversación que habían tenido, en la que había preguntado a Benigno cualera el hombre más aparente para colocar al frente del gobierno, caso de que Francisco Solano no pudiera sostenerse, y que Benigno había insinuado el nombre de su cuñado Bedoya, como la persona más a propósito para ser elegida. Le dije que si Cuberville me había dicho eso, muy bien podía haberlo dicho a otros, y probablemente a Madama Lynch. Benigno negó haber nunca dicho tal cosa, que Cuberville habría insinuado algo de esta especie, pero que en cuanto a él mismo nunca se había prestado a tales combinaciones»... «Una simple insinuación o manifestación hecha aun *sotto voce* de que se admitiera como posible un cambio, tenía que ser mirado como alta traición por López; y aun cuando fué el cónsul quien la hizo, era suficiente para despertar la sospecha de que el hermano y el cuñado estaban ya tomando providencias para la sucesión. Con esto, según creo, nació la primera idea de conspiración en la mente de López. Un hombre mitad bribón, mitad tonto, que no había estado sino un corto tiempo en el país, hizo una sugestión inocente, la que,

---

1) Se refiere al campamento. — A. R.
2) Se refiere a Doña Juana Carrillo de López, madre del Presidente y a su hermana Rafaela. — A. R.

llegada a los oídos de López, fué causa suficiente para que éste viese enemigos interesados en su caída...»

Pero había otra persona también muy interesada en tener alejado de la Capital a Bedoya y ésta era Madama Lynch. Bedoya era un testigo dócil, pero siempre incómodo, de sus tejes y manejes con el papel moneda, que el Presidente mandaba fabricar en grande escala. Ya existía una reserva de más de tres millones de pesos y seguía el tiraje (Avila, obra citada).

La actitud observada por don Saturnino Bedoya en ocasión del pasaje de los acorazados por Humaitá, dió lugar a dos versiones distintas y hasta contradictorias, que comentadas malignamente ocasionaron la desgracia del pobre Tesorero Nacional. La una, lo presenta a Bedoya *alarmado,* en la otra, *embromando.* El Vice-presidente le escribió al Mariscal Presidente, en la carta ya citada: «Que más tarde llegó a ver V. E. que sus temores eran fundados, y continuó manteniendo allá al ex-tesorero don Saturnino Bedoya, apartado de todos los negocios; pero sin tener hasta entonces fundamento bastante para esperar lo que paso a decir a V. E., y que con sobrada razón debe asombrar a cuantos lo vean u oigan; y es que el 19 del pasado forzaron algunas corazas el paso de Humaitá; y Bedoya, que hasta entonces se había mostrado sereno, soportando sin trabajo su posición poco honorable, se alarmó y presagiando sin duda una conmoción política aquí, fué a revelar de una manera vaga al Reverendo Obispo Diocesano, que aquí estaba urdida una trama de conspiración que él dijo no podía explicar y en efecto, no pudo adelantarse por más que el Prelado y el General Barrios lo hubiera exigido de orden de V. E.» Parece que el Mariscal-Presidente F. S. López extrañara que Bedoya se mostrara tan sumiso *soportando sin trabajo su posición poco honorable,* tal vez esperaba de su cuñado alguna queja o alguna palabra indiscreta para mandarle remachar inmediatamente una barra de grillos.

Admitiendo que don Saturnino Bedoya se *alarmara* por el pasaje de los acorazados, eso hubiera sido una prueba, más que suficiente, para excluir la sospecha de que pudiera existir un complot en la Asunción, con el propósito de un cambio de gobierno, y al cual él estuviera afiliado, pues, ¿qué coyuntura más propicia, para obtener el fin apetecido, se podía ofrecer? En cuanto a *asombrarse* eso, por cierto, no cabía en la mente de F. S. López, que de nada se asombraba ni se conmovía. No lo asombraron ni conmovieron las continuas derrotas, que él mandaba festejar como victorias, ni lo asombró el pasaje de Humaitá, que él había proclamado infranqueable! Su criminal imprevisión de dejar desarmada o insuficientemente defendida la costa y la misma Asunción, nos hubiera resultado de fatal consecuencia al habérnosla tenido que haber con un enemigo más activo que los brasileros.

Fué el obispo quien llevó al Supremo el cuento de la actitud ambigua de Bedoya y muy probablemente, añadiendo sus comentarios al paladar del ya mal prevenido tirano. Los careos que siguieron no dieron el resultado deseado, como no podían darlo, pues nada había; pero, como Bedoya tenía que resultar culpable, traidor, no quedó otro recurso que complicar, en la supuesta conspiración, a los mismos que le tomaron declaración, haciéndolos figurar como cómplices del prevenido.

La otra versión es que:

«Forzado por los acorazados brasileros el paso de Humaitá y cortada la comunicación entre la Asunción y el ejército, una tarde, encontrándose aún en Paso-Pucú el cuartel general de López, cometió Bedoya la imprudencia de hablar en tono humorístico como sabía hacerlo, (1) en presencia de los generales Barrios, Brugues y del Obispo Palacios, del siguiente modo: «¡Caramba! ¿Qué estarán haciendo los de la Asunción? (refiriéndose a los principales hombres).»

«¿Quién sabe si creyendo que nos hayan tomado los *negros*, no se les antojará poner algún nuevo gobierno, a quien tendremos que ir a sacarlo de una oreja?» (Relación de Manuel Palacios a don Ignacio Ibarra, amigos íntimos y compañeros en la secretaría de López. V. Avila, obra citada).

No creo que Bedoya fuera tan tonto que, siendo miembro de un complot, que se hubiera propuesto un cambio de gobierno, llamara la atención sobre la posibilidad de un tal complot, ni creo tampoco que el Obispo, que posteriormente resultara cómplice del mismo, se hubiera atrevido a denunciarlo. Pero para esto, como para otras cosas imposibles, tienen sus explicaciones prontas los *azzeccagarbugli* tiranófilos y los Doctores del Credo lopizta.

Dice Centurión (Obra citada, pág. 192, T. III), por referencia de su compañero y condiscípulo, capitán Andrés Maciel: «que Bedoya se encontraba con dos pesadas barras de grillos en una guardia bajo una choza de cuero, y que, habiéndose negado en absoluto a declarar todo aquello que el Mariscal suponía que pudiera saber, había sido sometido a la cuestión (2) y que de esta manera dice que pudo arrancársele *algo* con respecto a lo que se trataba de llevar a cabo en la Asunción...»

Permítasenos una digresión.

Hemos hablado muchas veces de los acorazados brasileros y muy seguramente se le habrá ocurrido al lector la pregunta: ¿por qué descuidó F. S. López, en su larga preparación al conflicto río-platense, ese formidable medio de guerra? Las condiciones financieras del Paraguay, antes de la guerra, eran tan floridas que poco hubiera pesado sobre el erario la adquisición de tres o cuatro monitores. Pero para eso era necesario patriotismo por parte de López, virtud de que carecía por completo, y menos avaricia, vicio éste que lo dominaba. López era pródigo con lo ajeno, pero nunca fué capaz de concurrir con un céntimo de su peculio particular, para contribuir a la defensa nacional.

Antiguamente se requería mucho más tiempo, para la construcción de los buques de guerra blindados, de lo que se requiere hoy en día, no obstante la enorme diferencia de desplazamiento y armamento. Sin embargo no se explica la razón de por qué, un buque de guerra que F. S. López encomendara en los astilleros de Inglaterra, en ocasión de su viaje a Europa, en 1854, (3) no llegara al Paraguay, diez años después, para prestar servicio en la guerra.

---

1) Era un individuo muy oportuno y muy gracioso. Cuando se encontraba en casa de la Lynch con Barrios y el capitán Aveiro (no me refiero al pardo, verdugo Silvestre Aveiro) era una jarana continua.

2) Para los que no están al tanto del significado de las palabras en uso en esos tiempos, diré que *cuestión y amonestación* correspondían a *torturas*. Era un modo convencional y pulcro de expresarse, como quien diría: *pasó a mejor vida*, refiriéndose a los que, de buena o mala gana, dejan esta *lagrimarum valle*.

3) Juansilvano Godoi, «El Barón de Río Branco», pág. 113.

Dos buques de guerra encargó López, poco antes de estallar la guerra, pero el Paraguay faltó a los compromisos de pago, contraídos en los astilleros, y él no fué capaz de desprenderse de una pequeña parte de sus riquezas, depositadas en los Bancos de Inglaterra, para hacer frente a los compromisos contraídos y el Paraguay, no sólo perdió esos potentes medios ofensivos, sino que pasaron a poder del Brasil, que los adquirió sin regateo. López, en varias ocasiones, refiriéndose a los buques, culpó a otros, especialmente a Bareiro, Ministro en París, el no haberlos podido conseguir. Era costumbre de él achacar a otros sus propios errores y sus propias culpas. Hoy día, todavía, los lopiztas se hacen eco de las acusaciones de López y de las afirmaciones de Gregorio Benítez, secretario de Bareiro y su enemigo personal. Hay que mantener muy alto el prestigio del tirano, a todo trance, y proclamar su infalibilidad!

Pero los documentos hablan bien claro, poniendo en evidencia la imprevisión y la sórdida avaricia del «Genio de la Guerra», quien creía que las guerras se hacen y se vencen exclusivamente con las grandes masas, aunque mal dirigidas.

Gregorio Benites, que sucedió como Encargado de Negocios del Paraguay al Ministro Cándido Bareiro, no desperdició ocasión para manifestar su malevolencia hacia su antiguo superior. Tal vez le hubiera correspondido por justicia a él, suceder al Ministro Carlos Calvo, por su mayor preparación y por ser conocedor del ambiente, habiendo actuado como Secretario de Calvo. Pero Cándido Bareiro poseía el gran privilegio de ser pariente de López y, cuando se trataba de parientes, que no miraba con mal ojo, la hacienda pública, que él consideraba como cosa propia, tenía que mantenerlos y, al caso, hasta enriquecerlos.

Gregorio Benites tuvo ocasión de conocer en Paris al ilustre proscrito voluntario J. B. Alberdi. La comunidad de lengua, la enorme distancia, que los separaba de sus respectivas patrias, el sentirse extranjeros en la gran metrópoli francesa, hizo que se ligaran por un estrecho vínculo de amistad. El joven Benitez fué profundamente influenciado por el viejo luchador, que, en el ostracismo, mantenía vivo su odio contra el porteño localista Mitre y contra las miras de expansión territorial del Imperio del Brasil, y le escuchaba gustoso y hasta participaba de sus resentimientos y rencores. Se trataban con frecuencia y «Alberdi pudo así conocer íntimamente al Paraguay a través de los informes de su joven amigo, comprendiendo sus modalidades y penetrando las obscuridades de nuestra historia.» (1) Pero que todo eso no fuera por pura simpatía al Paraguay, lo declaró el mismo Alberdi: «Lejos de ser yo el excitado por el Paraguay y empleado como su instrumento, yo hacía del Paraguay el instrumento de mis miras argentinas, dándole mis inspiraciones de libertad, lejos de recibirla de su parte». (2) «¡Oigan los lopiztas, oigan los que tildan de traidor a Alberdi!

El ciudadano argentino Carlos Calvo, Ministro paraguayo en Francia e Inglaterra, molestado por un artículo publicado en «La Opinión Nacional», en Diciembre de 1863, con autorización de Benites, en que se atacaba a Mitre, responsabilizándolo del pasage de Flores a territorio oriental, para llevar la revolución a su gobierno y, por otra parte, considerando llenada su misión ante el gabinete de San James, con fecha 7 de Enero de

1) Juan E. O'Leary, «Nuestra Epopeya».
2) Obras póstumas, T. XI, pág. 420.

1864, mandó a López la renuncia del alto cargo fundándola, renuncia que reiteró con fecha 24 del mismo mes. F. S. López no se mostró dispuesto a aceptar la renuncia de Calvo, pero, como éste insistiera, concluyó por aceptarla con fecha 20 de Marzo, y, refiriéndose al artículo incriminado, encontró que el proceder del Secretario no fué correcto, «falta de consideración que no pasará desapercibida,» pero, en fin, añade, «Lo más infame en aquel artículo es la mención de mi persona en cualquier sentido». (1)

No es el caso de entrar a analizar la actuación del señor Carlos Calvo como Ministro Paraguayo. Recuerdo solo que, con mucho tacto y habilidad, solucionó favorablemente para el Paraguay, todo el difícil asunto Canstatt, de que hemos hecho alusión en otro punto. Tuvo la suerte de poder apaciguar las iras de Lord Russell, decidido a mandar bombardear la Asunción y, del millón de duros que pretendiera de indemnización, antes de tratar con el Paraguay, no se habló más nada, concluyendo por reconocer los derechos del Paraguay.

Fué ese un inesperado triunfo y una gran sorpresa, especialmente para los que estaban al tanto de la cuestión, pues Canstatt había sido complicado en la supuesta conspiración contra la vida del entonces presidente de la República don Carlos Antonio López, supuesta conspiración que costó la vida a los dos hermanos Decoud y causó muchas prisiones. Con sobrada razón fué atribuida esta maquinación al presunto heredero de la presidencia, Francisco Solano, quien ejercía una gran influencia sobre el viejo Presidente, de naturaleza no sanguinaria como su hijo, y de cuya influencia abusaba para sus desquites y ruines venganzas. La muerte de Carlos Decoud, le vengó del rechazo que sufriera de sus inmorales proposiciones hechas a la novia la que se enloqueció a la vista del cadáver desnudo de su prometido, tirado a los umbrales de la puerta de su casa. Mastermann, refiriéndose en sus «Siete años de aventuras en el Paraguay» pág. 37, a un encuentro que tuvo con la pobre loca, dice:

«Una de estas cruces, que llamó a menudo mi atención, se hallaba en el camino de la Asunción a la Recoleta. El encaje que la rodeaba era finísimo, hermosas y frescas las flores esparcidas a su pie, y por temprano o tarde que pasase después de anochecer, veía constantemente brillar, desde el enterrado cántaro, la luz de una vela. Nunca encontré a nadie que la cuidara. En el fondo, y a corta distancia, se divisaba una pequeña cabaña, con algunos campos cercados; pero si se exceptúa un anciano, que labraba la tierra de vez en cuando, no ví indicio alguno de vida, ni dentro ni fuera de la casa.

«Admirado de esto, preguntábame a menudo quién podría traer las flores y arreglarlas tan esmeradamente. Aquellos cuidados eran demasiado delicados para que fueran del anciano; pero pasó más de un año antes que descubriese este misterio.

«Algunos paraguayos amigos míos residían entonces cerca de la Recoleta, y algunas veces me demoraba en su compañía. Una noche me retardé más que de costumbre, y sería ya la media noche cuando llegué a este sitio, y con gran sorpresa, vi a una joven vestida de luto, hincada delante de la cruz. El camino era tan mullido y arenoso, que se ahogaban completamente los pasos de mi caballo, y como iba al tranco,

1) Archivo del General Mitre, T. XXVII, pág. 78.

había llegado casi bastante cerca para oir las oraciones que murmuraba, antes de ser apercibido. La joven medio hincada, medio postrada en tierra, sollozaba amargamente, y sus brazos pendientes, y la postura de su cabeza revelaban una incurable tristeza.

«Horrorizado de violar y hasta de presenciar tan sagrado dolor, me apartaba lentamente con el objeto de tomar otro camino, cuando desviándose repentinamente mi caballo, mi espada chocó con las espuelas, y la desconocida, lanzando un grito de terror, se puso instantáneamente de pie.

«Nunca olvidaré su hermoso rostro, hermoso aún, a pesar del dolor que le agotaba la vida; muda e inmóvil me miró; su rostro iluminado por la brillante luz de la luna era extrañamente bello; si no hubiese hablado, hubiera creido que era una visión de un mundo más triste aún que el que habitamos. Le demostré en pocas palabras mi vergüenza y pesar por haberla perturbado. «No es nada, quédese con Dios; adios, señor», me contestó, y desapareció por una abertura del cerco, en dirección de la cabaña. Después de haber andado una cuadra o más, miré hacia atrás. Había vuelto y estaba arrodillada como antes, siempre en su desoladora actitud».

A raíz de la dimisión del señor Carlos Calvo, aceptada por López, fué nombrado para substituirlo con fecha 15 de Marzo de 1864, el señor Cándido Bareiro, quien en el mismo mes se embarcó para Europa. (1)

El señor Gregorio Benítez pasó a ser Secretario del nuevo Ministro, tal vez ambicionaba substituir a Carlos Calvo. Lo cierto es que emprendió una guerra sorda, tenaz, contra su nuevo superior, a la cual no fué extraño Alberdi, que no encontraba en el nuevo Ministro, la maleabilidad del joven Secretario.

La Legación, desde antes de empezar la guerra, ya se encontraba en aflictivas estrecheces pecuniarias, lo que consta por los fragmentos de cartas que transcribo, y es ridículo pensar que pudiera hacer frente a los compromisos creados por la construcción de los monitores. Como el lector podrá notar, el Ministro recibía remesas particulares, para contribuir a sufragar sus gastos.

Carta dirigida a don Cándido Bareiro en París, fecha 28 de Enero de 1865.

«Mi estimado amigo:

«Tuve el gusto de rebibir su favorecida del 7 del pasado Diciembre, por la que me he impuesto del estado exhausto en que se encuentra su Caja, lo que siento es no poder repletarla por hoy.

«Por el próximo paquete remitiré a usted algunos francos por cuenta del señor don Benigno López o de su señora madre. (2)

(Firmado): Félix Egusquiza.

A los pocos días siguió la remesa prometida.

---

1) Carta de Berges a Egusquiza, 21 de Marzo de 1864.

2) Fallos de la Suprema Corte Nacional (Rep. Argentina) T. 4, I. Serie, pág 144. Como se vé, esto sucedía estando ya declarada la guerra al Brasil y apenas dos meses antes de declararla a la República Argentina.

Carta dirigida al Ministro Bareiro, en París, fecha 11 de Febrero de 1865.

«Mi estimado amigo:

.....

«Inclusos le acompaño, primera vía de un giro de valor de 15.000 fuertes, contra los señores Manuá Macgregor y C.ª, de Londres, donde debe ser aceptada y pagadera en esa a los 90 días vista; esta remesa se la hago por cuenta de don Benigno López.

«Desearía que usted tuviese la bondad de decirme si debo o no hacerle más remesas por cuenta de este amigo; por qué el me encargó de hacerle de esta cantidad, y la madre, la señora doña Juana, también me ha ordenado remitirle 10.000 fuertes, los que no se si se encuentran incluidos en aquella cantidad o si deben ser independientes».

(Firmado): Félix Egusquiza.

La plaza de Buenos Aires no estaba, tal vez, en condiciones tan favorables para hacer un fuerte empréstito al Paraguay, a más el horizonte político se hallaba tan cargado de amenazas, que ningún capitalista se hubiera atrevido a afrontar una situación tan insegura. Al Paraguay se le cerró el crédito en la plaza porteña, pero este hecho gravísimo, no alcanzó a iluminar, ni por un instante, el cerebro del Genio paraguayo, muy al contrario, enceguecido por su loca ambición fué más allá, declarando la guerra a la República Argentina!

La imposibilidad de obtener un crédito consta por los documentos siguientes:

Carta al Ministro Bareiro en París, fecha 11 de Febrero de 1865.

«Mi apreciado amigo:

.....

«El objeto principal que ha traído (Luis Caminos) ha sido el buscar en uno de los Bancos de esta plaza la suma de 300 a 500.000 patacones, para recibirlos en esa plaza.

«La operación esta, habría sido fácil realizarla ahora 3 o 4 meses; pero en estos momentos la creo sino imposible, sumamente difícil, no sólo por la crisis monetaria porque pasa esta plaza, cuanto por los acontecimientos políticos que hacen temer una conflagración general en los Estados del Plata.

«Como el levantar en estos momentos aquí un préstamo o empréstito es casi imposible, no me sería extraño le vaya a usted dentro de algún tiempo para poder levantarlo en Londres o Francfort, donde, creo sería muy fácil efectuar por una cantidad y no por esa miseria; pero mucho me temo que el señor Presidente deje pasar el tiempo y que cuando quiera hacerlo sea ya tarde como ha sucedido aquí, o aun cuando no sea tarde, tenga que hacerse en condiciones más desventajosas que aquellas a que hoy se podrían obtener, porque nuestro Presidente tiene el defecto de dejar pasar el tiempo y esperar el último momento, y en ciertas ocasiones esto suele traer consecuencias funestas, pues es sabido que en un Estado en guerra le es más difícil, conseguir una cosa de esas, especialmente cuando los sucesos se adelantan y se precipitan, por los que yo habría sido de opinión que en lugar de buscar en esta, se hubiera tratado de

buscar en esa, sin dar aquí ningún paso, porque un paso falso en estos negocios no suele dar muy buenas consecuencias para el crédito de un Estado, mucho más, cuando nunca se ha tratado de darlo a conocer.

(Firmado): Félix Egusquiza.

Como había previsto Egusquiza, la tentativa del empréstito fracasó.

... El señor Caminos (escribe Egusquiza al Ministro Berges, en Asunción fecha de Febrero 14 de 1865) no regresa por este vapor, y sobre la otra diligencia que ha traído nada ha podido hacer; las circunstancias en que ha venido no han podido ser peores tanto por la crisis monetaria, porque pasa esta plaza, (1) cuanto porque creo el mercado menos aparente éste para esa clase de negocios, por la hostilidad que encontraría en los diarios.

«Por estas consideraciones muy pocos son los pasos que se han dado, pues indudablemente sería de fatal efecto que llegase a vislumbrarse los verdaderos efectos del viaje del señor Caminos...

El mismo Luis Caminos, alto funcionario paraguayo (colector general, escribió al señor Bareiro, desde Buenos Aires, el 12 de Febrero de 1865, lo que sigue: «Hace ocho días que me hallo en esta ciudad, a donde vine con el objeto de negociar algunos fondos para remitir a usted a esa; mas, hasta ahora, no tengo esperanzas de llenar ese objeto, por la situación actual del comercio... Sin embargo, pude haber obtenido algunos giros hasta por la cantidad de L. 10.000 pero como es tan insignificante comparativamente a la cantidad necesaria, no he querido aceptar, por creer que esto sería un desprestigio del crédito de nuestro gobierno... (G. Benites-Anales, Diplomático y militar, T. I. pág. 132).

La necesidad de dinero fué tan apremiante, en vista también que el Paraguay estaba en vísperas de declarar la guerra a la Argentina, que López se vió obligado a transacciones humillantes para la nación. Léase la nota siguiente:

Asunción, Marzo 15 de 1865.

«Señor don Félix Egusquiza, Agente de la República del Paraguay, en Buenos Aires.

«Como urge la necesidad de remitir fondos a Europa, y sabiendo que los cobros no se efectúan en las fechas del vencimiento, es preciso discurrir modo de verificarlos; para ello ofrezca usted a los deudores, descontarles más del interés que se usa en el comercio, es decir, que si el interés que corre entre los prestamistas es del uno y medio por ciento, ofrezca Vd. el dos, y aún el dos y medio o tres por ciento, si no pudiese enteramente; a ver si con esta medida consigue usted todos los fondos desparramados y remitirlos a Europa, dejando en su poder dos mil onzas de oro para lo que pueda ofrecerse por allí». etc.

(Firmado): Mariano González.

Se deduce, por lo tanto, que las remesas hechas a los señores Blyth, encargados de la construcción de los acorazados, no eran tan frecuentes ni importantes como el caso lo requería. El señor Egusquiza con el

---

1) Fallo de la Suprema Corte.

propósito de tranquilizar a dichos señores, les escribió con fecha 11 de Marzo de 1865. (Nótese la fecha. El Paraguay ya estaba en guerra con el Brasil y 18 días después la declaró a la Argentina).

«Muy señores míos:

.....

«Por el próximo paquete espero remitirles alguna suma, y aun cuando ella no fuese tan considerable como deseara, trataré de repetirlas, pues si no lo he hecho antes ha sido por haber tenido que llenar algunas órdenes de carácter urgente por los momentos solemnes porque atravesamos».

Firmado: FÉLIX EGUSQUIZA.

Pero por el testimonio del mismo López, se constata que, cinco meses antes de la carta de Egusquiza, se tuvo que invocar el crédito del Gobierno Paraguayo, a falta de remesas de dinero!

«28 de Noviembre 1864.

«Quiero que atendiendo a las erogaciones a que se halla usted autorizado, no descuide la casa de Blyth, en cuanto posible sea, porque aunque de Buenos Aires debe continuarse remesando a la orden de usted todos los fondos disponibles, bien claro está que esas remesas no pueden ser tan regulares y tan cuantiosas por el estado actual en que estamos; y por último hará usted valer todos sus medios para que la casa de Blyth no suspenda y siga adelante con la construcción y apresto del acorazado de que se le ha encargado, empeñando el crédito del Gobierno, de que la casa tiene ya sobradas pruebas». (Fdo.) F. S. L. (1)

Con toda probabilidad Cándido Bareiro ocupó su puesto a principios de Mayo de 1864. Aunque se le encomendara, ya a su salida de la Asunción, la adquisición de armamento, sables, lanzas, carabinas, cañones, acorazados, municiones, etc., como no era conocedor de los artículos esos, tuvo que valerse de intermediarios y técnicos, por lo que le resultó muy limitado el tiempo de que podía disponer. Añádase a esto que las adquisiciones no se podían efectuar sin consentimiento de López, que las autorizaba o no, después del examen de los modelos, dibujos o planos que recibía. Y con ese hombre no se jugaba! Así vemos por la carta de López, fecha Julio 22 de 1864 (2), que se decide por la carabina Mont Stemb, cuyo modelo restituye, por los cañones de campaña aconsejados por el general Ambert, y devuelve los *nuevos* planos de los acorazados. A todas estas causas de pérdida de tiempo había que sumar la dificultad de remesas de metálico.

Benites, siempre pronto para buscar atenuantes a las culpables imprevisiones del tirano, en este caso tuvo forzosamente que admitir que «se precipitó a la guerra antes de recibir todos los elementos bélicos pedidos a Europa», pero, para aminorar su culpa, añade que sus agentes «Procedieron con marcada lentitud, que parecía ser calculada, a pesar del apremio (3) que procedía de la Asunción». (4)

Sería empresa de nunca concluir el querer llevar cuenta de todos los

1) G. Benítes - Anales Diplomático y Militar. T. I., pág. 137
2) Benites, obra citada T. I. pág. 135.
3) De palabras, no acompañadas con plata.
4) Benites, obra citada, nota a pág. 138.

desatinos cometidos por el mónstruo impulsivo F. S. López, que le merecieron entre la gente culta el estigma de traidor de su patria. Mármol, cuyas opiniones tanto se complacen en citar los *lopiztas*, escribió en la «Tribuna» del 17 de Diciembre de 1870. «Un hombre de Estado hubiera empezado por arrancar a López esa púrpura popular de encima de los hombros y exponerlo a las miradas de su pueblo y la humanidad con todas sus horribles deformidades, para que apartasen la vista de él con espanto y desprecio.»

Uno de los motivos que invocó López para declarar la guerra a la Argentina, fué que, mientras se le negaba el tránsito de tropas por el territorio correntino, para invadir el Brasil, la misma Argentina consentía el paso libre, por las aguas del Plata y del Paraná, a la escuadra brasilera. Equiparaba, pues, la jurisdicción de las aguas con la soberanía que ejercía la Argentina sobre el propio territorio. En el 1852 fué declarada la libre navegación de los ríos, en el 1855 una escuadra brasilera remontó el Paraná hasta el Cerrito (Atajo) y, en el 1859, una escuadra norte-americana llegó hasta la Asunción, ambas para apoyar reclamaciones de sus respectivos gobiernos. No hubo protestas por parte del Paraguay. En estas circunstancias, el haberse opuesto a que una escuadra brasilera, después de la provocación por parte del Paraguay, tuviera libre tránsito por el Paraná, hubiera constituido un acto de parcialidad, por parte de la Argentina y sentado un precedente, que le acarrearía, para el porvenir, graves complicaciones internacionales. Pues el Paraguay, contando con la impunidad, que le aseguraría el Gobierno Argentino con su dominio absoluto de las aguas, podría bombardear cualquier puerto de Chile o del Perú y luego refugiarse tranquilamente en las aguas de la Asunción. Ambas naciones, el Brasil y el Paraguay, poseían escuadra de guerra, el Paraguay infinitamente más débil, es verdad, pero a la Argentina no correspondía asumir el rol de juez de liza, concediendo compensaciones al más débil. El hecho mismo de que López mandara construir monitores, prueba que no tomaba a lo serio la jurisdicción de las aguas, al menos por cuanto se refería a sus intereses, pues ya estaba en guerra con el Brasil y necesariamente tenían que pasar por el río de la Plata y el Paraná, para llegar a su destino, si es que los brasileros les hubieran permitido llegar.

No se comprende el afán del señor Benites en hacer creer que la Legación disponía de suficientes recursos, pues él mismo, en su obra citada, declara que al hacerse cargo de la Legación, por retiro de Bareiro, se halló en la necesidad de vender los muebles, coches, caballos, etc., y reducirse a un alojamiento más modesto. No bastando esas medidas de economía, tuvo que desprenderse hasta de los objetos de su uso personal y, a no ser una oportuna remesa de metálico de parte de López, se hubiera encontrado en figurillas (1).

El señor Benites, después de la guerra, fué nombrado en calidad de Ministro Plenipotenciario con la misión de controlar y verificar la operación del 2.° empréstito de la República del Paraguay (L. 2.000.000) (2). De

(1) Gregorio Benites, Anales Diplomático Militar, T. II, pág. 87. La remesa «consistía en cuatro cajones, conteniendo cada uno *cinco mil* pesos de dinero en metálico blanco, la mayor parte de cuño Carlos IV». Esto prueba que López seguía remesando de cuando en cuando a Europa, contrariamente a lo que afirman los lopiztas. Si mandaba para otros no hay que extrañar tanto que mandara para sí.

(2) Manifiesto de Gregorio Benites, Montevideo 1876.

vuelta de su misión fué acusado de infidencia, de haberse apropiado indebidamente de muchos miles de libras y, siendo Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública el General Bernardino Caballero, fué reducido a prisión y mantenido por casi 15 meses, maltratado y torturado bárbaramente, como tenemos dicho en la pág. 61.

Con astucia infernal López iba desarrollando su plan de forjar una conspiración contra su persona y contra la seguridad e independencia de la patria. Esto le proporcionaba la oportunidad de enriquecerse y de enriquecer a su manceba, apropiándose del tesoro nacional, que, decía, habían robado los conjurados y de los haberes confiscados a los infelices encausados, que mandaba asesinar. Pero aún más, el ejército nacional, invasor de los territorios enemigos, brasilero y argentino, se había reducido a la defensa del propio suelo, perdiendo terreno de día en día, pasando de descalabro en descalabro, pero festejando siempre las derrotas como si fueran victorias, precisamente como hacen hoy los lopiztas. Para hacer más odiosa la supuesta conspiración a los ojos del pueblo y del ejército, López afirmó y probó, mediante las declaraciones arrancadas a los supuestos conspiradores, que la causa de los descalabros del ejército nacional eran debidos a los malos manejos de los conspiradores, que lo obligaron «a renunciar a planes hasta ahora mantenidos con tanta gloria, poniéndolo en la necesidad de adoptar otros, dando al enemigo por la primera vez una ventaja que nunca esperó» (1). Lo transcrito resulta de la contestación del Vice-presidente Sanchez a una carta de López de fecha del 16 de Marzo de 1868. Y de los descalabros anteriores, ¿quién tenía la culpa?

Para solaz del lector y para que al mismo tiempo se dé cuenta de la puerilidad de los argumentos, que esgrimen los lopiztas, para justificar el proceder inicuo de su ídolo, transcribo estas pocas líneas del «Patria», del 5 de Julio de 1919, inspirados por un ex-profesor de historia (afortunadamente *ex*) del colegio nacional: «El paso por los terrenos pantanosos, no era conocido más que por algunas personas del séquito del Mariscal López, esto constituia un secreto de Estado, cuyo descubrimiento tenía por fuerza que, restar al Paraguay uno de sus principales elementos de resistencia. La cuestión planteada por el movimiento circular del enemigo era pues el de saber si ese movimiento era el efecto de una inspiración feliz o bien si lo había ejecutado por indicaciones».

No había necesidad de «una inspiración feliz», sino un poco más de decisión de parte de los aliados. En el ejército enemigo existían pasados, prisioneros, emigrados y legionarios paraguayos. Pero López quería echar sobre otros la culpa del mal éxito de la guerra y sus secuaces de hoy siguen sus huellas. La supuesta conspiración, contra su vida y contra la patria, debía explicarlo todo, mantener su aureola de infalibilidad, proporcionarle el medio de deshacerse de las personalidades más conspicuas del país y aumentar sus riquezas con los despojos de la víctimas.

El coronel J. C. Centurión, dice en el T. III, pág. 190 de sus «Memorias», «Estando allí en (Ceibo), llegó don Benigno López de la Capital en obedecimiento a una orden telegráfica que el Vice-Presidente se la trasmitió estando aquel en su estancia en el Departamento de Villa Concepción. Ese llamamiento sin duda, se relacionaba con las declaraciones de Bedoya; así se comprende por el hecho de que en cuanto llegó, el Mariscal lo hizo

(1) J. C. Centurión, «Memorias», T. III, pág. 341.

entrar a su presencia, encontrándose también presente en aquel momento el Coronel Caballero, y le interrogó del modo siguiente:

«¡Y bien! ¿Qué es lo que Vds. pensaban hacer en la Capital?»

«Benigno sin inmutarse y con la mayor naturalidad del mundo le contestó:

«Señor, como no hemos tenido más noticias de Vd. o del ejército desde que Humaitá quedó sitiada por el enemigo, habíamos creido llegado el momento de pensar y tomar alguna resolución tendente a salvar nuestras personas y nuestros intereses».

«No bien acabó de dar esta contestación cuando el Mariscal, volviendo la cara hacia el Coronel Caballero, le dijo a éste:

«Ya ve, Caballero, como estos son más *negros* que los mismos negros «es decir que los de la Asunción, eran más brasileros que los mismos brasileros a quien por antonomasía acostumbraba llamar «*los negros*», o sea en guaraní, los cambá».

«A pesar de esta reprimenda, Benigno a la hora de comer, mereció la distinción de ocupar un asiento en la mesa entre los demás comensales, inclusa la señora Lynch, pero así que el Mariscal llegó y se instaló en *San Fernando* le ordenó que guardara arresto a domicilio, sin recibir visita de nadie y teniendo a su servicio el mismo ordenanza que fué con él de la Asunción». La contestación de Benigno a su hermano el Presidente, daría a sospechar que los Notables de la Asunción se hubieran confabulado para un cambio de gobierno en el Paraguay, lo que está en contradicción con lo que escribe Manuel Avila, quien dice, refiriéndose a ese acontecimiento:

.....

«Se acordó también que el miembro del Consejo Sr. Benigno López, partiera en un tren expreso hasta Paraguarí y una vez en este punto convocase a una reunión a todos los jefes de milicias de los pueblos inmediatos y les informase de los graves sucesos ocurridos, con orden que estuviesen prevenidos para casos ulteriores».

«A las 12 del 20 salió don Benigno López a dar cumplimiento a su misión, llegando a Paraguarí a las 4 de la tarde más o menos. Inmediatomente y por intermedio del jefe del pueblo, don Gregorio Molinas y del juez de paz don Manuel Ignacio Fernández, se despacharon chasques a Yaguarón, Itá, Carapeguá, Quiindy, Ibicuí, Acahay y Caacupé con notas de llamamientos urgentes a los jefes de los citados puntos, señalándoseles las 4 de la tarde del 21 para su presentación».

«En efecto, antes de la hora indicada concurrieron los jefes mencionados y tuvo lugar una reunión en el salón del piso alto de la Estación.

«Don Benigno expuso en breves palabras la gravedad que se declaraba para el país por el paso de los acorazados enemigos, por las baterías de Humaitá y su marcha hacia la Asunción.

«Dijo que todas las comunicaciones entre S. E. el señor Mariscal López y el gobierno de la Asunción, estaban cortadas por el enemigo, siendo lo más serio de la situación el no conocerse la suerte que había corrido tanto el señor Mariscal, como el Ejército Nacional.

«Que en estas circunstancias había sido comisionado por resolución gubernativa para prevenirles que estuviesen prontos a responder en cualquier emergencia a las órdenes emanadas de la autoridad representada por el Vice-Presidente Sanchez.

«Al expresarse don Benigno de este modo acaso se proponía no sólo cumplir el encargo del Consejo, sino también preparar el terreno para, en caso de que hubiese sido aniquilado el ejército y muerto o prisionero su hermano el Mariscal, entrar la autoridad vice-presidencial a ajustar la paz con el enemigo.

«Los jefes todos respondieron afirmativamente, manifestando que recibirían con acatamiento las órdenes del Vice Presidente».

De parte mía tengo dudas de que el diálogo entre el Mariscal y su hermano Benigno haya tenido lugar o, si tuvo lugar, de que fuera en los términos indicados y del alcance que se le quiere atribuir. Muy seguro estoy de que Benigno, ni ningún otro, se hubiera atrevido a hacer la más remota alusión sobre la posibilidad de un cambio de gobierno, lo que suponía a priori la derrota definitiva del ejército nacional, pues, en esos tiempos, el solo dudar del éxito favorable de las armas, era un delito que se castigaba con la pena capital.

Los testigos son sospechosos. El coronel J. C. Centurión fué, como tenemos dicho, uno de los Fiscales de los tribunales de sangre del tirano, el entonces coronel Bernardino Caballero, uno de los ejecutores de las matanzas en masa, decretadas por F. S. López, ambos por lo tanto, inclinados a justificar, por cuanto les era posible, los actos criminales de F. S. López. Repetimos: ¿Cómo puede admitirse que conspiradores, en connivencia con el enemigo, lanzaran un «Bando en que establecían la pena capital contra cualquier persona», que se encontrara en comunicación con el enemigo» y contra los individuos «que teniendo conocimiento del hecho, no denunciaren inmediatamente?»

No había de que asirse para substanciar una conspiración.

El ya nombrado Presbítero Fidel Maíz, fiscal del 1er. Tribunal de sangre, dice en su carta al conde D'Eu (1).

«Cuando decía que dudaba de la existencia de dicha causa (la conspiración), era con relación al tiempo que iba sustanciándose; pero después y cuando no resultó firmada sino a fuerza de confesiones arrancadas bajo el dolor de las torturas, sin haber valido a nadie la constante afirmación de su inocencia, sino para ser considerado como reo contumaz y rebelde en el crimen, no habiéndose encontrado *un solo documento, ni letra escrita* referente a tan vasta y complicada maquinación, cuyos *papeles* todos fueron registrados, pero sin resultado alguno positivo... cuando pues veía todo esto *con otras mil razones* de más consideración aún, no hay duda, *sino que dejé de creer en la realidad de tal causa de conspiración, en los términos que resultó formada*».

Bueno, pues, para salir airoso de la difícil empresa de urdir una *supuesta conspiración*, se echó mano a lo que por decencia y pulcritud se estableció llamar CUESTION y el fiscal Centurión en el T. III, pág. 212, de sus «Memorias», dice:

«Todos los reos, cuyas declaraciones habían terminado, fueron sometidos a una especie de consejo de guerra, presidida por el coronel Felipe Toledo. Y digo una especie, porque se distinguió y brilló por la singularidad de que los reos no tuvieron defensores, ni se les permitió que hicieran ellos su defensa, circunstancia por cierto bastante significativa, si se tiene en cuenta que sus deposiciones descansaban sobre base de arena movediza».

(1) Juansilvano Godoi, «Documentos históricos», pág. 216.

«Las irregularidades observadas en el procedimiento de los procesos han producido su natural efecto, estableciendo la duda en el ánimo en muchos acerca de la verdadera existencia de la conspiración, y hay quienes con racionales fundamentos afirman que ella ha sido obra de la imaginación y de la venganza».

«El Dr. Roca, ilustrado ciudadano boliviano, que había prestado el concurso de su inteligencia en la redacción y dirección de «El Centinela», quizo hacer su defensa. Comenzó pintando la calumnia y sus perniciosos efectos y luego atacó su misma declaración calificando de falso cuanto en ella había expuesto. Pero, sin duda, apercibiéndose el presidente de que iba a destruir por su base el edificio levantado sobre arena, lo hizo callar. Me callaré, dijo, y seré víctima de la calumnia, como todos!... (Fué fusilado).

El mismo Centurión en la nota pág. 191 del citado tomo, dice:

«Ya con posterioridad supe de buena fuente que en el campamento de *Ceibo* en el Chaco, tuvo lugar una especie de conferencia, o más bien careo, entre Berges, Gumesindo Benítez, Carlos Riveros, Francisco Fernández, Bernardo Ortellado y Saturnino Bedoya, presidido por el Obispo Palacios cuyo careo rodaba sobe una especie de cambio de gobierno y medios de terminar la guerra, que el último, Bedoya, había medio revelado en Paso-pucú al señor Obispo y al General Barrios, el mismo día que los acorazados forzaron el paso de *Humaitá*. Hago constar estos antecedentes para mayor satisfacción del lector».

Y verdaderamente el lector está en los antecedentes de esa *especie* de cambio de gobierno y su *media* revelación!

El refinamiento usado en ocasión del arresto del Obispo es una de las pruebas más evidentes del cinismo del Mariscal-Presidente F. S. López.

«Un día, cuando estaba almorzando el obispo con el tirano a cuyo lado se hallaba sentado, se le aproximó un esbirro, diciéndole en un tono arrogante: Levántate de ese asiento que no te pertenece, ni mereces ocupar miserable, infame, traidor a la Patria y al Supremo, el mejor de los monarcas del mundo!...» Al verse así insultado, el Obispo palideció y dirigió una tímida mirada a López, como que implorara su misericordia. Al ver éste la aflicción de su íntimo amigo, exclamó con hipocresía y en tono de admiración: «¡Será posible que mi grande amigo haga causa común con los infames traidores a la patria y al gobierno!» El Obispo trató de defenderse, pero no pudo efectuarlo a causa de una andanada de cintarazos que le cayeron encima, acompañada de una retahila de improperios, obligándole a empujones a salir del comedor».

El Obispo fué procesado, torturado y fusilado por la espalda en Lomas Valentinas, junto con sus supuestos cómplices. (2)

Se había forjado la supuesta conspiración y surgía la necesidad de crearle un jefe, quien, por la magnitud de la empresa, convenía que fuera un personaje de espetabilidad. Y héte el hombre a propósito en la persona del Ministro Norte Americano Carlos Washburn, de regular instrucción, de carácter irreflexivo y tan de buena fe que no creía a los otros capaces de ruindades. No tenía de diplomático más que el alto puesto con que lo había honrado su Gobierno. Este señor fué un juguete de la suspicaz diplomacia de la cancillería de López y fué enredado de tal modo por ella, que hasta llegó a

1) Antonio Zinny - «Cronología de los Obispos del Paraguay», pág. 27.
2) Juansilvano Godoy - «Documentos Históricos», pág. 164.

temer seriamente por su vida. En la correspondencia cambiada con el Ministro Gumesindo Benítes, se nota el hombre honrado, (no el diplomático), que desea esclarecer la verdad en esa faramalla de mentiras arrancadas a los encausados mediante las torturas. Mastermann, que había vivido muchos meses con Washburn, prestándole sus servicios como médico, y que por tanto bien lo conocía, dice en la página 217 de su obra: «Era completamente inocente de haber conspirado contra López como es natural suponer, porque no había ni hubo jamás, semejante conspiración; pero su falta de dignidad e independencia, el desconocimiento de aquellas delicadas leyes llamadas «los hábitos de la buena sociedad» y que los paraguayos con su carácter tan grave y urbanidad española estiman tanto, fueron en realidad, la causa de todas sus desgracias; el error, cuyo castigo sufrió, fué el apoyo que prestó a un hombre que no podía concienzudamente sostener. No podía darme cuenta del temor que tenía que le examinaran sus papeles, hasta que descubrí que el manuscrito de su «Historia» era el verdadero peligro»... «Nadie conocía el carácter de López mejor que él, sabía que era un tirano, cruel, egoísta y despiadado, que tarde o temprano ocasionaría gradualmente, o por una grave y repentina calamidad, indecibles miserias al pueblo que gobernaba, puesto que se ocupaba en escribir un libro sobre el Paraguay que *haría extremecer al mundo llenándole de asombro*».

Quien no conocía el carácter de López, tiene sobrada razón de resistirse a creer que, la elección pudiera recaer sobre el Ministro Norte-Americano, que siempre había manifestado gran simpatía por el pueblo paraguayo y adhesión a su jefe supremo. Su intromisión a favor del pueblo paraguayo durante toda la guerra, sus notas al Gobierno de Washington y al Gobierno Paraguayo, lo prueban.

El Ministro Washburn, de paso por Buenos Aires, tuvo la imprudencia, imperdonable en un diplomático, de publicar las notas cambiadas entre él y los Ministros paraguayos Benítez y Caminos. En esas notas se leen párrafos muy hirientes para los aliados, que provocaron nuevas protestas y, de parte del Gobierno de Washington, se dice, medidas disciplinarias contra el incauto diplomático.

Transcribo algunos fragmentos de las referidas notas.

«Es con un sentimiento tal como rara vez he experimentado toda mi vida que observo después de una residencia tan larga en el Paraguay, donde he experimentado tanta bondad y cortesía de parte del gobierno y del pueblo, y a que he procurado responder de una manera que casi ha traído una guerra entre mi país y los enemigos de su país, y que todavía está, amenazando cada hora hacerlo, que aparezco haber perdido la confianza y el respeto de este Gobierno».... (Nota de Washburn, fecha Asunción Julio 14 de 1868 al Ministro Benítez).

«Por razones que V. S. puede apreciar, hubiera preferido esperar al menos la solución de la cuestión del pasaje de la cañonera americana arriba de la escuadrilla bloqueadora. Por supuesto, si emplea toda la flota americana para forzar su camino. Presumo, sin embargo, que antes de provocar una guerra con los Estados unidos la cañonera será permitida de pasar sin ser molestada, y V. S. creerá de buena gana que no tengo deseo de ahorrar a los aliados otra humillación como a la que se sujetaron cuando en mi último arribo al Paraguay»... (Nota de Washburn al Ministro Benítez, fecha Asunción, Julio 20 de 1868).

«... Puede ser que el Almirante no quiera tomar la responsabilidad de comenzar una guerra con el Brasil sin orden del Gobierno, y que en vez de mandar al Capitán Kirkland con órdenes de forzar el bloqueo, haya pedido a Washingnton instrucciones. Si no fuera el retardo, esto sería que la escuadra entera arribase al Paraguay sin hacer tanto como el pedir permiso a los brasileros»... (Nota de Washburn a Benítez, Asunción 3 Agosto 1868.

«... Los aliados sin embargo, con su gran ejército y su inmensa escuadra se están a segura distancia, y en mi indignación excitada por su manera de guerrear, recuerdo haber dicho a Berges que era cobarde, que era bárbaro; que si podía conquistar al Paraguay en combate reñido, sería guerra legítima, pero que, si intentaba agotar y hacer morir de hambre al pueblo, valiéndose de la superioridad del número y recursos era infame y merecía la execración de todas las naciones civilizadas. Yo escribí repetidas veces a mi gobierno en el mismo sentido, diciendo que las demás naciones no debían consentir que un pueblo tan valiente y tan gallardo como había probado ser el Paraguay, fuese exterminado de ese modo»... (Nota de Washburn a Benítez).

Es verdad que la prolongada e involuntaria permanencia de Washburn, de regreso de Europa, en el territorio enemigo, había despertado en López sospechas de falta de lealtad y adhesión por parte de aquel. Si esas sospechas se disiparon después del interrogatorio a que fué sometido Monlove, es dudoso, pues cuando se le metía una mala idea en la cabeza a López, era difícil, por no decir imposible, convencerle de lo contrario. De la «History of Paraguay», de Washburn, T. II., Cap. XV, entresaco el siguiente fragmento para mayor ilustración del lector.

«Este Monlove era natural de Mayland, y había estado en el ejército rebelde todo el tiempo de la guerra, y a su conclusión tenía el grado de Mayor. Era un hombre de fuerza hercúlea, seis pies y cuatro pulgadas de altura, había servido mucho en la guerra, y numerosas cicatrices probaban claramente que había peleado con tenacidad y bravura»... «Por lo tanto, trató de interesarme a su favor diciéndome cual era su verdadero objeto al ir al Paraguay. Me dijo haber visto a varios propietarios de corsarios, y tenía carta de algunos de ellos, particularmente una de John Frazer de Charleston, Carolina del Sud, con buenas referencias de sus antecedentes, a pesar de no determinar por ciertas razones de prudencia el verdadero objeto que tuviese en vista. Su plan era ir al Paraguay, con el fin de conseguir del presidente López comisiones debidamente redactadas y firmadas y con ellas regresar a los Estados Unidos y enviar corsarios libres para apresar los transportes y buques mercantes brasileros. Agregaba que Inglaterra les había dado un magnífico antecedente, y que como ninguno del globo había tratado la Alabama, Florida y Shenandoah como piratas, no podrían tratar los suyos como tales, si tenían solamente patentes del gobierno del Paraguay. Seguirían el ejemplo del Alabama en todo sentido teniendo, nominalmente, paraguayos como comandantes, mientras las tripulaciones se compondrían de todos los aventureros que pudiera reunir»... «Al llegar a la Asunción, algunos meses después, le encontré allí. Me dijo que la noche después de dejar el campamento del Presidente Mitre emprendió camino en dirección de las líneas paraguayas y se ocultó en el pasto hasta el anochecer, y al ver algunos destacamentos que venían en esa dirección, los llamó, tomándole prisionero

aquellos mismos. Fué inmediatamente llevado con los ojos vendados al cuartel general de López, y guardado prisionero encerrado. Se le preguntó a dónde iba y quién era, y cuál era su objeto de emprenderse un camino en dirección del Paraguay al riesgo de su vida. Expuso cual era su plan, tal cual me lo había dicho en Buenos Aires. Se le tomaron sus papeles que fueron examinados, y como entre ellos no había ninguno que probase que fuera apoyado por alguna parte responsable, López, como de costumbre, se inclinó a deducir que era un espía o un asesino, y su primer impulso fué el de matarle. Envió diferentes personas para interrogarle y entre ellos Luis Caminos. Este con curiosidad de saber algo a mi respecto y por qué había tardado tanto río abajo, les dijo todo cuanto sabía sobre mí y que yo sabía cual era su objeto al llegar al Paraguay. ¿Por qué entonces no había yo escrito? Respondió que como Ministro de de una nación en buenas relaciones con todos los beligerantes, no podía ni quería tomar parte en sus planes. Pero, ¿por qué no vine? ¿Por qué me demoraba tanto del otro lado? Dije que no podía pasar, que los aliados no me querían permitir que pasase por sus líneas y que el almirante americano estaba de acuerdo con ellos para impedirme el paso. Entonces Caminos le dijo que mentía, que era un espía, que sabía muy bien la razón por qué no venía al Paraguay, era porque había sido inducido por los brasileros a demorar en el camino; lo sabían todo, y si quería salvarse era mejor confesarlo. Sabían que yo era el enemigo del Paraguay y si no decía todo cuanto sabía se publicaría en el «Semanario» que había venido como un agente para proponer un plan infame de piratería, que S. Exc. con su magnanimidad había simulado atender, y cuya publicación nos perdería a ambos en el país y en el exterior».

«A eso Monlove que era de un genio violento e ingobernable, entró en furor y dijo que tal exposición sería una infame falsedad, que en todo había obrado honradamente con él, con el Paraguay y con los aliados». «Teniendo lugar esta conversación por medio de un intérprete, Monlove pidió a este último dijera a Caminos que lo dejase y no volviese más, y dijera al Presidente que si quería interrogarle más todavía, mandase caballeros para hablar con él, en lugar de individuos como Caminos. Los inquisidores lo dejaron y quedaba poca duda de que en la mañana siguiente sería llevado a la ejecución. El Presidente, en esta circunstancia, tomó consejo de su estado mayor. Su obispo Palacios, que siempre secundaba y aprobaba las más sangrientas medidas, insistió para que fuera fusilado. Así pensaron también el coronel Wisner y el general Barrios. El Doctor Stewart, sin embargo, tuvo fe en la declaración de Monlove, y observó principalmente que su misma negativa en decir nada contra mí, a riesgo de ser ejecutado, era una prueba de que era un hombre de verdad y honor. Además Stewart dijo que si la relación de Monlove, que si no podía pasar las líneas era por causa de un almirante incompetente y corrompido, el gobierno de los Estados Unidos dependría pronto al almirante, y que yo no tardaría en llegar al Paraguay. Madama Lynch se inclinaba a la misma opinión del Dr. Stewart, y como López esperaba mucho de la intervención de los Estados Unidos, hesitaba y Monlove, desgraciadamente para él, no fué ejecutado entonces...»

Se deduce de esta larga exposición, entre otras cosas, que Madama Lynch tenía voz y voto en las reuniones del Estado Mayor; que López era enemigo de apelar al corso como medio de hostilizar al enemigo y que es

ridícula, por lo tanto, la acusación de Gregorio Benítes contra Bareiro, de falta de patriotismo, por haberse éste negado a aceptar propuestas, que le hicieran de armar buques de corso, bajo bandera paraguaya.

Pero, además de lo anotado, prueban que Washburn era retenido por los aliados contra su propia voluntad, las notas cambiadas entre él, Elizalde y Mitre cuyas notas se pueden leer en el T. IV del «Archivo del General Mitre» pág. 210 y siguiente. Habiendo, pero, resultado inoficiosos todos los pasos dados por el Ministro Washburn, éste hizo llegar al Ministro Elizalde una protesta que dió término al enojoso incidente, tan poco honroso para los aliados. La protesta dice así:

«Buenos Aires, Agosto 13 de 1866.—A S. E. Don Rufino de Elizalde, Ministro de Relaciones Exteriores.—Señor: El 21 del mes último tuve el honor de dirigir una nota a S. E. don Bartolomé Mitre, Presidente de la República Argentina y Comandante en jefe de los ejércitos aliados, protestando contra mi prolongada detención dentro de las líneas militares bajo su mando. En su respuesta a esa nota, S. E. el Presidente me hizo el honor de decir que, como él no era más que el Comandante en jefe del Ejército, no le correspondía entrar en discusiones diplomáticas, y que, si había motivo para protesta, ésta debía ser presentada a su Gobierno».

«Habiendo esperado ya en Corrrientes por espacio de cerca de cinco meses, desde que puse en manos del Presidente la carta de V. E. del 2 de Marzo último, en la que, en nombre de su Gobierno, V. E. le pedía me diera las facilidades necesarias para cruzar las líneas militares hasta el Paraguay, y como hasta la fecha no me han sido concedidas esas facilidades, negativa que, por otra parte, ha sido agravada por repetidas seguridades de que se me daría en muy pocos días una respuesta definitiva, respuesta que tampoco he recibido hasta ahora, adjunto a ésta una copia de esa protesta hecha a V. E., y aprovecho la oportunidad para decir que la repito y reitero con la presente».

«Con tal motivo, ofrezco a V. E. las seguridades de mi consideración más distinguida.— *Charles A. Washburn*, Ministro de los Estados Unidos en el Paraguay».

De muy malas ganas cedieron los aliados y por temor de complicaciones con los Estados Unidos. Rufino de Elizalde, con fecha Agosto 4 de de 1866, escribía al General Mitre («Archivo del General Mitre, T. V., página 117»).

.....

«Pero nos viene otro aviso por conducto seguro; sabemos que el gobierno norteamericano da órdenes para que un vapor de guerra conduzca al Paraguay al Ministro Washburn».

«Nosotros nos inclinamos a creer que es más conveniente evitar esta cuestión y conceder lo que antes habíamos ofrecido, a pesar de que aprobamos su contestación, lo que le aviso oficialmente».

«Ustedes con Octaviano vean allí de acordar lo conveniente. Nuestras noticias son de conducto muy seguro».

López quiso sacar partido del proceder incorrecto de los aliados hacia el Ministro Washburn, poniendo en evidencia el papel desairado que ha-

bía representado el Ministro y Gobierno de los Estados Unidos en esa contingencia y la afrenta que había recibido de la Triple Alianza. Se evidencia el propósito de López en el artículo siguiente del «Semanario» número 737, del Sábado 6 de Junio de 1868, que se refiere a un incidente parecido al anterior, pero que se producía dos años después.

"Rara inconsecuencia"

«La Correspondencia del Ejército nos comunica también el hecho inusitado de haberse detenido la Cañonera Norte-Americana Wasp que desde Curupaití solicitó su paso y arribó hasta salvar las posiciones del enemigo y ponerse en comunicación con el Sr. Ministro Washburn residente en esta República. Este hecho que es del dominio público nosotros lo vamos a considerar ligeramente, dejando a la alta inteligencia del representante de los Estados Unidos las apreciaciones que atañen al derecho de una nación neutral, y el agravio que se le ha inferido negando a su representante la comunicación con su gobierno.

«Si el enemigo en Noviembre del 66 otorgó pasaje libre a una embarcación Norte-Americana, sin justa causa, ¿puede negar el pasaje a la Cañonera Wasp que viene con la misma bandera?

«He ahí la cuestión en derecho, cuyo precedente es una contestación luminosa, a no ser que el enemigo haya recibido agravios que ahora trata de repararlos con la represalia, hostilizando al Representante de la nación Norte-Americana, en cuyo caso la cuestión cambia de aspecto, y nosotros nada podemos adelantar sobre una materia de honor nacional.

«Empero, nos queda un punto que no perderemos de vista, y es donde para nuestro humilde juicio se encuentra el *quid pro quo*. Tal es la importante comunicación de 19 de Marzo de 1867 que el Sr. Ministro Washburn dirigió en contestación a Caxias sobre la mediación que ofreció a aquel a nombre de su Gobierno. Ese dilema de fierro que le decía que si los gobiernos aliados ponían como condición *sine qua non* la separación del Excmo. señor Mariscal López de la Presidencia de la República, con igual derecho debía pedirse que Don Pedro abdicase la Corona del Brasil, y que los otros dos aliados fuesen separados de la Presidencia de las Repúblicas Argentina y Oriental. Este clavo candente ha debido necesariamente lastimar lo más íntimo de nuestros adversarios, y han encontrado ocasion de sacárselo como se dice vulgarmente. De manera que la ofensa es personal, es de hostilidad al señor Ministro Washburn; pero Caxias olvida las inmunidades de un Ministro, y que la clausura del río para la cañonera «Wasp» es un agravio a los Estados Unidos, porque cuando así habló en su comunicación del 19 de Marzo de 1867 lo hizo a nombre de su gobierno, con quien se le priva ahora de comunicarse».

«¿Se teme acaso que esa Cañonera nos comunique algunos secretos de la guerra, o que nos traiga bombas o acorazados? Pero semejante desconfianza es pueril, porque un ministro sabe hasta donde pueden alcanzar sus simpatías sin relajar la posición de neutralidad en que se halla colocado su Gobierno. Si miramos, pues, el hecho por el lado de las susceptibilidades y desconfianzas, adios buena fe, adios Derecho de Gentes, fueron inmunidades y privilegios. He aquí la conducta del enemigo colo

cada en peor condición que las de las hostilidades personales en mérito de la comunicación que hemos citado».

«En uno y otro caso se le coloca al Representante de la Nación Norte-Americana en un verdadero asedio, privándolo de toda comunicación, y negándole los recursos. La cuestión es grave por las consecuencias que ella entraña. Así la vemos nosotros y así la ha debido estimar el ilustrado Representante Americano».

El Ministro Norte-Americano Charles Washburn, con anuencia del Presidente López, en Marzo de 1867, había asumido el difícil rol de mediador para obtener una paz honorable para el pueblo Paraguayo y eso le acarreó no pocas molestias por ambas partes. Cada cual de los aliados hizo pervenir al Gobierno Norte-Americano, mediante sus respectivos ministros acreditados ante ese Gobierno, sus quejas por la inoportuna intervención de Washburn. El señor Bartolomé Mitre y Vedia, Ministro por la República Argentina pasó una nota, con fecha 9 de Julio de 1867, en términos bastante incisivos, de la cual entresaco las siguientes líneas:

«Otro hecho sobre el cual tengo también especial encargo de llamar la atención de V. S. es el haber el Sr. D. C. A. Washburn, Ministro Residente de los Estados Unidos en la Asunción, dirigídose al Marqués de Casias, General en Jefe interino del ejército aliado, sobre el mismo asunto de mediación).

«Ni el General en Jefe del Ejército aliado está autorizado para entender en asuntos diplomáticos, ni el Ministro Americano en el Paraguay tiene carácter alguno oficial para dirigirse al agente Militar de otra nación. Además, tanto esa nota como documentos anteriores que han visto la luz pública, parecen indicar en el señor Washburn una predisposición de ánimo muy poco a propósito para inspirar a los aliados entera confianza en su imparcialidad».

El Ejército nacional, no obstante su indiscutible valor y su estoica abnegación, pasaba de derrota en derrota y de día en día iba perdiendo terreno. Eso no podía ser por culpa del «Genio Guerrero». F. S. López, aunque fuera él quien provocara la guerra contra tres naciones, en conjunto, enormemente superiores y que, como se expresa Carlos Pereyra, «Hacer por sí solo el esfuerzo de tres pueblos, era un suicidio para el desventurado Paraguay. En política los errores son crímenes». Nosotros también pensamos que López cometió un crimen, pero para algo era «Genio». Surgió, pues, como tenemos dicho, en la mente de López el siniestro propósito de simular una gran conspiración, cuyos miembros, en connivencia con el enemigo, no sólo paralizaría todos sus esfuerzos estratégicos y tácticos, sino que tendrían también el propósito de asesinarle y de entregar a la esclavitud a todo el pueblo paraguayo. Para alcanzar su propósito hizo acopio de cuanto chisme corría, dió fe a las más inverosímiles suposiciones y todo eso amalgamó por medio de las falsas declaraciones.

Las relaciones entre López y el Ministro Washburn, no eran malas, no obstante que éste rehusara desocupar la Asunción, cuando subieron hasta allí los acorazados brasileros y diera asilo en la Legación a varios extranjeros. Pero López, cuando vió que el Ministro Washburn estaba en vísperas de salir del país, sin haber podido obtener, mediante sus imprudencias, una intervención más eficaz de parte de los Estados Unidos, cuando vió, digo,

que todas las esperanzas que en él cifrara, se desplomaban como castillos de barajas, y que lo único que había podido conseguir era enemistarlo personalmente con los aliados, la emprendió también contra el mismo Ministro.

Pero para que el lector se convenza de que Washburn, contrariamente a lo que afirman los lopiztas, procedió en la mediación con toda lealtad y con todo el interés de servir al pueblo paraguayo, dejando a salvo su honor y su dignidad, transcribo del Cap. XIII, de la «*History of Paraguay*» de Washburn, las siguientes líneas:

CAPÍTULO XIII

Oferta de mediación—Viaje al cuartel general—Conversación con Benigno López—Entrevista con el Mariscal—Cambio de mensajes con Caxias—Esperanzas y temores de López—El paso por las líneas—Brutalidad de Pancho Lynch—Recepción por Caxias—La respuesta a la oferta de mediación—Discusión de los sucesos de la guerra—Mapa del oficial polaco—Regreso a Paso Pucú—Un almuerzo con López—Cólera del Mariscal—Extracto de mi diario—Entrevista final con López—Anuncia una resolución memorable—No se rendirá nunca—Su lugar en la historia asegurado.

Habiéndose arreglado con Berges para ir una segunda vez al cuartel general del ejército, y habiendo de atravesar el campamento de los aliados, me comunicaron que el pequeño vapor «Olimpo» quedaría listo para llevarme a Humaitá en la tarde del 7 de Marzo. En consecuencia me embarqué y allí encontré al mas joven de los hermanos del Presidente, Don Benigno, que se iba como mi compañero de viaje. Bajando el río estábamos conversando largamente de la situación de los negocios, de las perspectivas del Paraguay para lo futuro y del probable resultado de la guerra. Eramos ambos muy cautelosos y desconfiados el uno del otro. Tenía por entendido que cualquier cosa que dijera a Benigno sería repetida por él a su hermano, y supuse que él pensaría otro tanto de mí. Sabiendo que conocía mucho más el país, que yo mismo, me informaba de las dificultades naturales que se opondrían al avance de los aliados, y reflexionábamos sobre los acontecimientos probables que surgirían más adelante y si eran felices, cual sería el subsiguiente adelanto como también qué resultado sobrevendría en caso de un desastre como el de la batalla de Curupaití. Conversábamos mucho también sobre los recursos de los Brasileros, y recuerdo que me dijo haber el Brasil contraído tanta deuda en Europa que sus acreedores no querían mas proveerlos para ser derrotado, como si no debía suceder, y que sus ejércitos debían ser vencidos y arrojados del Paraguay, y que la nación probablemente rechazaría la deuda que hubiese ya contraído. Me acuerdo que los acreedores eran comparados por uno de nosotros a un hombre que empezase a cabar un pozo, pensando encontrar el agua a pocos pies de la superficie, y que habiendo empezado una vez, no quisiera perder el trabajo ya ejecutado y siguiera cabando afuera hasta que hubiese llegado veinte veces más hondo de lo que había supuesto fuera necesario. Aunque reconociera que Benigno había estado en malos términos con su hermano, había creído restablecida la buena armonía entre ellos; y como había sabido que en los meetings y fiestas públicas había pronunciado discursos muy encomiásticos a favor de su hermano, y que había sido condecorado con la

Orden del Mérito, había supuesto que la nube había desaparecido, y que referiría cualquier cosa que yo pudiese decir con tanta fidelidad a su amo como cualquiera de sus espías de mayor confianza.

Llegamos a Humaitá en la mañana del 9, y habiéndome provisto de un caballo y de un guía, me dirigí al campamento de Paso Pucú, donde llegué como a las once. Me fué designada la misma casa en que había vivido cuando estuve en el campamento dos meses antes, y después de un lijero almuerzo tuve una entrevista con Su Excelencia. Parecía muy contento de que hubiese atravesado el campamento de Caxias, y parecía alimentar grandes esperanzas de que le resultarían grandes ventajas de la mediación propuesta por los Estados Unidos. Sin embargo, tenía muy poca fé en aquello y así se lo manifesté; pero como había sabido que mi gobierno me había mandado instrucciones, ansiaba conseguirlas, y si por mediación o de cualquier otro modo pudiera descubrirse algún camino por el cual los partidarios de la guerra pudieran renunciar a ella, haría todo cuanto estuviese a mi alcance para conseguir tal objeto. Como los aliados se habían opuesto tanto a mi pasaje por entre sus líneas en la ocasión anterior, y que no sabían a que distancia se hallaban los puestos avanzados del cuartel general del Marques de Caxias, o si tendría una entrevista personal con él, preparé una carta para enviarle antes de marcharme en caso de estar sometido a cualquier detención, o impedido de ir inmediatamente a su cuartel general. En esta carta exponía el fin de mi visita, diciendo que, no habiendo recibido mi correspondencia por mucho tiempo, y habiendo sabido que mi gobierno había ofrecido su mediación en la guerra, estaba sumamente anheloso de saber que hubiese probabilidades de que tal mediación fuera aceptada por parte de los aliados del mismo modo que tenía la creencia fundada de suponer que fuera aceptada por el gobierno del Paraguay.

Durante el tiempo que permanecí en el cuartel general paraguayo, tuve varias entrevistas con López, y conversé con él con la mayor libertad. Me entretuve también con esos ingleses que vivían en su cuartel general, el Dr. Stewart, el coronel Thompson y el señor Valpy, diciéndoles que con lo que pudiera saber de la boca de López y de ellos mismos, tendría poca o ninguna confianza en poder realizar lo que se esperaba de mi parte, que según lo que sabía del caracter y de la determinación de los aliados, no aceptarían la mediación de ninguna nación, y que temía muchísimo, que si yo tuviera que ir y mi misión fuese infructuosa, nuestra situación común a todos, se haría más desesperada que nunca. Había todavía alguna probabilidad de que sucediese de otra manera, y como todos esperaban tanto que fuera, yo iría. Por consiguiente, el lunes 11 de Marzo, se despachó una bandera de parlamento al frente, con un mensaje para el Marques de Caxias anunciando que el Ministro americano se encontraba dentro de las líneas paraguayas, y deseaba pasar a su cuartel general. Volvió poco tiempo después la respuesta de que el Ministro tenía plena libertad para entrar en su campamento, que el fuego cesaría y que podría venir con una escolta de un batallón al frente paraguayo, y que nadie sería molestado. López, al recibir esta respuesta, afectó indignación en sumo grado y dijo: «¿Por qué diría que todo un batallón podría ir como escolta hasta el frente paraguayo? Naturalmente todo el ejército puede ir si yo lo determino. Esto es como un insulto». A esto repliqué que consideraba la cosa en un sentido muy contrario; que el Marques de Caxias se propuso decir que si el Ministro americano deseaba pasar a sus líneas y que un batallón lo escol-

tara, no haría fuego contra él. López, no obstante, sostenía siempre que Caxias estaba meditando alguna treta, tendía alguna red, y que su objeto no era otro que el de inducirle a mandar una fuerza en esa dirección en alguna posición arriesgada, y entonces hacerles fuego. Le dije que no abrigaba temores de esa naturaleza, que quería ir allí, y que no me exponía al más mínimo peligro. Entonces dió órdenes que si había algún tiroteo en las inmediaciones del camino por el que debia transitar, la escolta debía darse vuelta. Y me pareció que deseaba mucho que algo de esta índole hubiese sucedido, para tener la ocasión de quejarse a mi gobierno de que la bandera parlamentaria no había sido respetada, y que, cuando los brasileros supieran que me estaba acercando a sus puestos avanzados, habían deliberadamente hecho fuego sobre mí. Como a las dos de la tarde estaba pronta la escolta que debía acompañarme. Se me proporcionó un coche y unos treinta hombres, entre los cuales estaba el coronel Thompson que iba en el coche conmigo. Entre las demás personas de la escolta se notaba el hijo mayor de madame Lynch, que tenía entonces unos catorce años, y fué allí con el nombre de Pancho López. El día estaba ventoso y áspero el camino por el cual debíamos pasar y transcurrieron dos horas antes de encontrarnos con la escolta mandada por el Marqués de Caxias para acompañarnos a su cuartel general. Al encontrarse las dos escoltas, los oficiales y los hombres de cada una se confundieron, e hicieron caer la conversación sobre las probabilidades de la paz. El joven Pancho López aunque no tenía más de catorce años de edad, estuvo muy listo para emitir su opinión, y fué tan insolente con algunos oficiales del otro lado que no habría sido extraño recibiera alguna bofetada en la cara en castigo de la inconveniencia de sus maneras. Habría habido en consecuencia una pelea general, y tal catástrofe se evitó con la presencia de espíritu de un oficial oriental que se dió vuelta a nosotros diciéndonos que nos apartásemos, mientras él solo iba a quedarse para despedir a sus amigos paraguayos. Madame Lynch más tarde manifestó su grande afliccion por la grosería de su hijo y la prueba de su mala educación que había exhibido en una ocasión que exigía la más estricta cortesía y propiedad.

Pasando por entre las trincheras de los aliados, la escolta me llevó al centro de su campamento a la casa del Marques en Tuyutí, donde me recibió con toda afabilidad. Le dije en el pobre castellano en que podía expresarme, el objeto de mi visita a su cuartel general, y dije que como no tuviese muy seguro de tener una inmediata entrevista personal con él, había, antes de dejar el campamento paraguayo, preparado una carta para mandársela y que por ella sabría el objeto de mi visita más claramente que explicándosela verbalmente, y que iba por lo tanto, a entregársela. Antes de abrirla, me preguntó si había venido a instancia de López o de motu propio. Le contesté que había venido enteramente por mis propios asuntos, y no había traido proposición ni mensaje del general en jefe del ejército paraguayo. Mandó traducir la carta, y entonces le pregunté si se había recibido en su cuartel general algunos despachos u otra correspondencia para mí, por haber oido decir que mi gobierno había ofrecido su mediación entre los beligerantes. Dijo que nada enteramente de ninguna especie había recibido. Le pregunté entonces si había alguna verdad en aquel rumor, que había oído estando en el Paraguay, de que el general Asboth, Ministro de los Estados Unidos en Buenos Aires, se dirigia al teatro de la guerra. Inmediatamente se dirigió a su escritorio y sacó una serie de car-

tas, esparcidas sobre la mesa delante de él, y cual si procurase que pudiese ver la parte que señalaba con el dedo al leerla, y que parecía ser una carta oficial, leyó substancialmente esto: que el Ministro americano en Buenos Aires, general Alejandro Asboth, habiendo recibido instrucciones relativas a la mediación de los Estados Unidos en la guerra actual, había propuesto trasladarse al teatro de la guerra y pasar al campamento del Presidente López para conferenciar con su colega de allí, Mr. Washburn, pero que ellos (los autores o redactores de la carta) habían visto al almirante de la escuadra americana y se habían arreglado confidencialmente con él, de modo que el Ministro en Buenos Aires no pudiera ir en la cañonera, que debía enviarse para llevar la correspondencia del Ministro en el Paraguay.

Cerca de la casa del Marques había una carpa bonita de espeso paño piloto, elegantemente trabajada y provista de hamacas y de lo necesario para proporcionar a su ocupante la vida más confortable posible. Esta tienda, aparentemente, estaba reservada a los visitantes, a los que el Marques estaba dispuesto a manifestar una especial consideración. Se me dijo que estaba a mi disposición y que Su Excelencia esperaba tenerme en su mesa. Aquella tarde conversamos hasta muy tarde de diferentes cosas, pero como López guardaba para sí solo sus cosas con tanta reserva, no tenía ninguna información para darle en cuanto a su fuerza y a sus recursos, y aunque los hubiera sabido, no podía correctamente comunicarle nada sobre el particular. Al día siguiente un miembro del estado mayor del Marqués, un polaco, que había conocido anteriormente en Corrientes, y que había sido oficial de la guerra americana y pertenecido al estado mayor del general Grant, me trajo algunos diarios. Por ello supe que la oferta de mediación por los Estados Unidos no había sido recibida favorablemente por los aliados y fuí confirmado en mi impresión que mi misión no tendría resultado. El Marqués, que estaba afuera al despuntar el día en la mañana siguiente inspeccionando sus tropas y sus fortificaciones, volvió como a las diez y a las once nos pusimos a almorzar, después de lo cual recibí una respuesta oficial a mi nota de la víspera. En esta respuesta Caxias asumía las funciones diplomáticas como las militares. Exponía, en lo tocante a la mediación de los Estados Unidos, que no sería nunca aceptada por los aliados, que habían sido obligados a la guerra por los ilegales y bárbaros actos de López y que no tratarían nunca con él, que debía dejar el país, y que cuando lo hiciera, entonces se hallaría abierto el camino para concluir una paz pronta y honrosa para ambas partes. Terminaba su carta, insinuándome que mi visita no le era particularmente gustosa, y que no tenía necesidad de atravesar nuevamente las líneas si no tenía más objeto en vista que el de obtener mi correspondencia, porque me mandaría directamente la que le cayera entre sus manos. Yo estaba muy ocupado durante el día, escribiendo notas al Ministro de Estado, como también al general Asboth en Buenos Aires, y al general Webb en Río. A todos ellos me quejaba de la conducta extraña del almirante Gordon, quien parecía que no satisfecho con ayudar a los aliados en detenerme, seguía en relaciones confidenciales con ellos y estaba intrigando para destruir el plano de mediación que había sido propuesto por nuestro gobierno, y se había negado a dar pasaje en una cañonera al general Asboth, cuando este último pensaba que si tenía la plena cooperación de la escuadra tal mediación habría sido aceptada.

En el curso de la conversación con Caxias le pregunté lo que López

podía hacer si los aliados no quisieran tratar con él bajo ningún pretexto. No podía escapar por entre sus líneas, ni tampoco había camino abierto por el cual pudiera salir del Paraguay para ir a Europa o a los Estados Unidos. Estaba completamente estrechado y en esa situación pelearía probablemente hasta el fin, dando a los aliados mucho trabajo antes de dejarse vencer. A esto el Marqués contestó, citando un refrán portugués que venía al caso: «Siempre prepara un puente de oro para el enemigo en fuga» de lo cual inferí que, siempre que López se hubiese preparado para dejar al Paraguay, podría fijar la suma de dinero que exigiría en pago de tan gran servicio.

El ingeniero polaco me dijo lo mismo durante el día tocante a los recursos de López, yo le había pedido me diese un diseño del campamento Paraguayo. Me contestó que no podía hacerlo sin permiso del general en jefe, que si lo obtenía tendría gran placer en facilitármelo con el plano completo del país, incluyendo no solamente el campamento de López, sino todo el país comprendido entre Curupaití y Villa Franca.

Habiendo sabido que la mediación ofrecida por los Estados Unidos no sería aceptada por los aliados y no encontrando ni notas ni ninguna otra correspondencia para mí, me resolví a volver al campamento Paraguayo al siguiente día, es decir, el segundo después del de mi llegada. Habiendo comunicado mi intención al Marqués, me aseguró que todo estaría pronto, y que una escolta y una bandera de parlamento estarían listas para salir a las siete de la mañana. Era una espléndida mañana cuando estábamos prontos a marcharnos. El Marqués envió su jefe de Estado Mayor, con su propia guardia de cuerpo consistente de unos cuarenta hombres, como escolta. Los hombres estaban todos vestidos con su riquísimo y especial uniforme, y estaban muy bien montados. Diciéndonos adios el Marqués y expresando mis agradecimientos por su cortesía, salí para volver a pasar las líneas. En el camino fuí alcanzado por el ingeniero polaco, que me dió un diseño del campamento de López, dando la posición de las baterías, tropas, cuartel general y todas las defensas que pudieran oponerse al avance de los aliados. Me dijo que estaba en perfecta libertad para hacer con él lo que quisiera, que había sido preparado para mí con permiso del Marqués, y no era bajo ningún concepto considerado como confidencial. La deducción que saqué de aquello fué que el Marqués esperaba que mostrando a López lo plenamente enterados que estaban los aliados de los hechos en cuanto a su situación, vería que estaba completamente a su merced, y que lo mejor que tendría que hacer sería proporcionar sus condiciones; y que la insinuación del proverbio que había citado el día anterior tratando de un puente de oro era una insinuación que si pudiera inducir a López, que se fuese, cualquier cantidad de dinero que pudiese exigir estaría a mi disposición.

Pasando por el mismo camino que habíamos recorrido dos días antes, y en el mismo lugar donde las escoltas se habían reunido y en esa ocasión encontramos la guardia avanzada de los Paraguayos. Evidentemente mi regreso no había sido previsto tan pronto, porque no había más que tres o cuatro hombres con caballos al frente. El oficial que mandaba la pequeña fuerza era el capitan Andrés Maciel, uno de los varios ejecutados más tarde por López como traidores, según aparece en el diario de Resquín. Alcancé al cuartel general de López como a las diez de la mañana, y tuve simplemente el tiempo de hacer mi toilet cuando recibí una invitación de almorzar

con él en su casa. Lo encontré en la mesa donde estaban presentes todos los amigos que solía tratar con mas consideración, y entre ellos estaban el obispo, el general Barrios, el general Bruguez, el Doctor Stewart, el coronel Wisner, el joven Pancho López y uno o dos más. Podía ver que todos se hallaban sumamente ansiosos de saber el resultado de mi misión, y me sorprendió mucho que López no los hubiese mandado afuera hasta saber de mi propia boca lo que hubiera visto y oído. La primera pregunta que me dirigió fué relativa a la condición política de los negocios en Buenos Aires. Había deducido de algunos diarios que habían sido tomados o de las declaraciones de algunos prisioneros que habían sido torturados, haciendo tales relaciones como pudieran agradarle, que una revolución era inminente en Buenos Aires, que el general Mitre, a su regreso del ejército, después de haber entregado el mando en jefe al Marqués de Caxias había sido recibido con mucha frialdad por el pueblo de Buenos Aires; que había allí un clamor general por la paz, y que el sentimiento contra una ulterior continuación de la guerra era tal que podría considerarse la alianza como en víspera de su ruptura. Tuve que disipar esta ilusoria esperanza. Le dije que el general Mitre había sido recibido con aclamaciones por todas las clases sociales de Buenos Aires; que no había ocurrido nada para cambiar el carácter de la situación, y que, tanto como había podido verlo, los aliados continuarían la guerra indefinidamente, y que ignoraba que los Brasileros experimentasen alguna nueva dificultad para sacar dinero del exterior. Me interrogó particularmente respecto al Marqués de Caxias, y qué clase de hombre parecia ser. Le dije que era un viejo que parecía ser muy activo y muy celoso partidario de la disciplina; que el campamento aliado estaba en mucha mejor condición de lo que había visto antes, aunque lo había visitado varias veces. Le dije que me había tratado con cortesía y que había comido a su mesa, que seguramente no guardaba aquella simplicidad espartana en su trato que suponía fuera dependiente de la vida de soldado, pues tenía en abundancia la mejor carne de vaca y de carnero, que debía haber sido traida desde lejos, como también hermosa fruta que sin duda procedia de Montevideo. Mucho después supe que todo cuanto había dicho en cuanto a la suntuosidad de la mesa del Marqués, había sido muy ofensivo al Mariscal, que solía hablar de ello con amargura y parecía pensar que yo lo había hecho expresamente para hacer resaltar mejor la pobreza de su mesa y la escasez de sus recursos comparándolos con la comida que se me presentaba y la mesa en que me había sentado del general en jefe del ejército aliado. No demostró sin embargo, en ese momento ningún disgusto por lo que había dicho; y como mis observaciones tendían más bien a felicitar a los paraguayos, que podrían sostener la guerra sin aquel lujo de manjares, y criticaba a los oficiales brasileros por ocuparse más de su propia comodidad que de los rigurosos deberes del soldado, no sospeché nunca haber inferido ofensa alguna, y no fué sino después de haberme retirado del Paraguay que supe que mi conversación en esa ocasión fué uno de los más serios cargos que hiciera jamás contra mí. Aquí citaré de mi diario, o mejor dicho del memorandum que escribí inmediatamente de salir del campamento del Mariscal López para volver a la Asunción, y cuando estaba a bordo del vapor en mi viaje río arriba. Las conversaciones que había tenido con él pensaba entonces que pudieran ser de algún valor histórico para lo futuro, y por consiguiente, escribí de memoria, uno o dos días después, el extracto de lo que se había dicho en nuestras diferentes entrevistas.

«Poco tiempo después despidió a los demás y me pidió que me quedase. Entonces le dije que la mediación propuesta había sido rechazada, y que a mi entender no había siquiera la menor probabilidad de paz; que la guerra debía prolongarse indefinidamente hasta que el uno o el otro de los beligerantes fuese completamente aniquilado. Le dí los planos de sus propios campamentos que me diera el ingeniero polaco que demostraban, como lo pensaba, que estaban bien informados respecto a su situación. Miró los planos y dijo que existían algunos errores en aquellos, pero con todo que tenían medios de información en sus propias líneas que no hubiera sospechado. Le dije también que el general Osorio estaba por atravesar el Paraná en Encarnación con diez mil hombres de tropa, la mayor parte de caballería. Replicó que había oido hablar de eso anteriormente, pero que el número no era más que de cinco mil. Dijo que no tenía miedo de nada que pudiera hacer Osorio por ese punto. Se había formado una alta opinión como cualquier otro, de la capacidad militar de Osorio, y si debía juntar sus fuerzas con Caxias en Tuyutí, tendría motivo para temer graves dificultades; pero que si tentaba cruzar el Paraná cerca de Encarnación y avanzar hasta la Asunción, no encontraría mas que un desierto que atravesar, con caminos entonces casi intransitables y con muchos desfiladeros donde serían hechos pedazos por una fuerza muy inferior. Parecía estar muy impresionado por la relación que le hice de la situación de los aliados, particularmente a la popularidad no interrumpida del general Mitre, y me pidió lo viese nuevamente, porque deseaba conversar mas adelante conmigo. A mi interrogación respecto a la mejor oportunidad de volverme a la capital, respondió que un vaporcito saldría aquella tarde y que la tardecita del día siguiente el Ypora que tenía muy buenas comodidades saldría también para la capital, y que podría elegir en cual de los dos quisiera tomar pasaje. Resolví esperar el Ypora. Lo ví nuevamente esa misma tarde, pero brevemente en presencia de otros y no tuvimos nada de particular que decirnos. Al día siguiente como a las tres de la tarde fuí a verle de nuevo y tuvimos una larga entrevista particular. Empezó por discutir su situación, dijo saber que era muy grave, pero presumió tener la confianza de que si los aliados lo atacaban podía rechazarlos en cualquier punto pero mostraba que sentía ser muy pequeñas sus probabilidades de éxito final. Tenía contra él numerosas legiones y si los aliados podían resistir juntos bastante tiempo y sostener los gastos a que estaban obligados por la guerra era probable que tarde o temprano recorrerían y conquistarían al Paraguay. Entonces llegó hasta expresar su sorpresa y sentimiento que los gobiernos extranjeros no hubiesen venido a su rescate. Dijo que ninguno de ellos, con excepción de los Estados Unidos, había manifestado ningún interés por él o su causa y que los Estados Unidos no habían hecho mucho tampoco. Estos últimos tenían dos Ministros de edad y de experiencia, el uno en el Brasil y el otro en Buenos Aires, ambos muy inclinados a favor de los aliados, mientras el Ministro en el Paraguay no eramas que un joven sin experiencia diplomática y sus indicaciones no pesaban tanto cerca del gobierno como las de sus colegas. Además, estaban más cerca de su país, y podían comunicar más frecuentemente con el gobierno que yo, y negando mis representaciones podían enredar cualquier cosa que yo pudiese hacer que fuera desfavorable a la causa de los aliados. Dijo ver claramente cual era el objeto de Caxias al mandarle los planos del campamento paraguayo y que su observación del puente de oro para el enemigo en fuga no era más que

una insinuación para él de que no hubiera dificultad en que saliese del país con todo el dinero que pudiese necesitar. Esto no lo haría nunca. Pelearía hasta el fin y caería con su última guardia. Sus huesos quedarían en su propio país y sus enemigos no tendrían más que la satisfacción de contemplar su tumba; no les daría el gusto de verle fugitivo a Europa ni a ninguna parte, moriría antes que ser un segundo Rosas. Si sucediera lo peor, no se rendiría, sino que todos tenían que pelear hasta la muerte del último; que estaba preparado a las extremas medidas que pudieran imaginarse, si era necesario, siendo preferible caer después de la destrucción de todo su pueblo a tratar la condición de abandonar el país. A menos de salir airoso y vencedor, no había para él porvenir y no había para él necesidad de vivir. Sea cual fuera la gloria o la fama que resultase de la guerra, tan prolongada contra legiones infinitamente superiores, la suya estaba adquirida ya, y no se la quitarían nunca; su fama era histórica y de toda manera asegurada. No tenía la ambición de compararse con ningún héroe sud-americano como San Martín, Bolivar o Belgrano, aquellos eran personalidades que no le merecía respeto y no deseaba de ningún modo ser clasificado en la categoría de hombres que habían hecho un papel tan despreciable en la historia, pero su ambición era la de tener su nombre registrado en la misma página de historia en que figuraban los nombres de Washington y de Lincoln, que él quería, si fuera necesario, coronar sus triunfos con un acto de heroismo y perecer al frente de sus legiones. Había trabajado tanto para su país y con tanta abnegación, había sido sostenido por su pueblo tan valerosamente y con tanta libre y expontánea voluntad que todo aquello debía justificarlo en la historia y darle su lugar en ella más que a ningún otro héroe.

Dijo ser una gloria demasiado grande para él mientras vivía, tener tres naciones peleando tanto tiempo contra su solo ejército y que el mundo debía asombrarse entonces de la defensa que estaban haciendo y porque ninguna de las otras naciones del mundo, especialmente los Estados Unidos, no había acudido a su auxilio, era para él asunto que le causaba mayor sorpresa y mortificación, pero que si persistían en dejarle combatir sin su ayuda, sobre ellas recaería la responsabilidad de los desastres y calamidades que pudieran resultar de la prolongación de la guerra».

No podía creer que el hombre que hablaba de este modo lo estuviese haciendo con serenidad; que fuese realmente un imbécil o un loco para no saber que el pueblo que estaba peleando bajo sus órdenes no eran más que abyectos esclavos y obedecian tan sólo por temor, y que no hubiese la más mínima parte de libre voluntad o de independencia de pensamiento tolerada en aquel pais, olvidando que si en ese momento hubiese en todo el estado un sólo individuo que se aventurase a avisarle que debería hacer la más fácil y ventajosa paz, le mandaría ejecutar antes del día siguiente (1).

---

(1) Aceptamos lo segundo, pero protestamos contra la primera afirmación. Ningún ejército frente al enemigo discute si la causa por la cual lucha es justa o no, y menos lo podía hacer el ejército paraguayo, que veía invadido su territorio. El inícuo tratado de la Triple Alianza hecho de pública notoriedad y hábilmente comentado, indignó a todos los ciudadanos y a los mismos extranjeros residentes en el país. Se aprovechaba la guerra y la segura victoria para imponer al vencido condiciones deshonrosas, indignas de naciones que se proclamaban mesias de civilización. La espada resolvía las cuestiones de límites y la ferocidad del *Vae victis* se hizo sentir con el despojo de enormes extensiones de territorio del vencido y con su total

Esto con todo me convenció de que en su extremo egoismo, su presunción y su vanidad, sacrificaría a todo paraguayo antes de consentir dejar al país; y ví que la suerte que había resuelto fuese reservada al pueblo paraguayo, sería, a menos que muriese entre tanto, la suya con excepción de una cosa. Sabía que era cobarde y que pensaba tarde o temprano trataría en tiempo oportuno de salvar su propia vida; que su charla de caer finalmente al frente de sus legiones era meramente bombástica. Sabía que no se había expuesto nunca a ningún peligro, cuando le era posible evitarlo, y no creo que lo hubiera hecho jamás, y en conversaciones que tuvo después de eso con el Dr. Stewart y otros, hablando de su resolución jactanciosa de perecer al frente de sus legiones, era la opinión unánime de todos cuantos le conocían que no lo haría nunca, que seguiría exponiendo sus hombres el mayor tiempo posible para poder tratar con el enemigo sobre la base de su permanencia en el país y de quedar al frente del gobierno, pero tan luego como viera que no hubiese más esperanza de aquello, haría las más ventajosas condiciones con tal de que pudiese salir del país con todas sus riquezas y los paraguayos que pudiera llevar consigo. No nos engañamos en la apreciación de su carácter; porque a pesar de no haber salido vivo del país, y de haber caído al fin después de la destrucción de todo su ejército, con todo como se verá más adelante, no se expuso nunca a ningún peligro, pudiendo evitarlo y en lugar de caer al frente de sus legiones, fué finalmente muerto corriendo y tratando de escapar al enemigo por la fuga. (1) Previendo como lo estaba haciendo los miles y miles de vidas que debían ser sacrificadas antes de ser vencido si se ajustaba a las resoluciones que decía haber tomado, y pensando también que los aliados no tratarían nunca con él con

---

ruina. Eso de parte de los Aliados. Pero no menos culpable fué López, quien rechazó todas las ocasiones y todas las propuestas de paz, porque se exigía como *conditio sine cua non*, su abdicación y alejamiento del país. El era demasiado egoista, demasiodo tirano para ser capaz del más mínimo sacrificio para la patria.—*(Nota de A. R.)*

(1) «El Liberal, Asunción, viernes 14 de Noviembre de 1919, pág. 4.

«Querido Adolfo: He leído en «El Liberal», un suelto con el acápite: »A los lopiztas», en el que se da la noticia de que de orden superior se rezaba un rosario dos veces por día por la salud y ventura de la Lynch.

«Aquí otro dato para los historiadores lopiztas. Ocupado el punto llamado «Espinillo» por una división al mando del general Bruguez de la cual formaba parte mi batallón, la «madama» nos visitaba casi todas las tardes en su carruaje. Cuando se divisaba el carruaje se formaba toda la división y al pasar por frente a los batallones aquella «*Reina del Paraguay*», prorrumpiamos en estruendosos y prolongados *vivas y hurras* a esa mujer de odiosa memoria. En cambio López nunca se aproximaba siquiera a nuestras líneas. No le vimos sino en nuestras huidas, de Humaitá y San Fernando, y por último en Lomas Valentinas. Por supuesto acompañado de la Lynch.

«Es necesario, imprescindible, que estas cosas sepa esa juventud extraviada por cuatro granujas, al decir del viejo Zubizarreta. Sobre la cobardía de este famoso tirano les he hablado varias veces. No sé si recordarán. Era el 25 de Diciembre, 5º día del combate, cuando se presentó en un punto que ocupábamos en la retaguardia 25 hombres. Allí nos comunicó la intimación de rendición que había recibido de los jefes aliados; el plazo era de doce horas; y nos preguntaba si debía consentirse en ello. Claro que nadie se atrevía a decir que sí, sabido como era que el atrevido tenía que ser fusilado, si no lanceado en el acto. Estaba comunicativo el hombre. Yo estaba de centinela en esos momentos como a seis pasos delante de él. En eso cae una bala a mi lado izquierdo a una vara más o menos. López, sin decir una palabra de despedida, salió de allí a todo galope. Entonces dije yo en mis adentros: pero «ipyhamiri co aña ray». Me falta papel y termino.—Tu padre Juan Asencio, Santa Ana, 7 Nbre. 1919.—*(N. de A. R.)*

la excepción tan sólo de que abandonase el país, creía ser un deber para mí expresarle mis opiniones en cuanto al rumbo que estaba siguiendo. Sabia que pisaba un terreno peligroso, y que debia ser muy cauteloso en lo que estaba diciendo y que también le irritaría a tal punto que la situación, no solamente la mia sino aun la de todos los extranjeros en el pais, seria mucho peor de lo que era ya. Veia también que debia mezclar a mi desaprobación una gran dosis de lisonja personal, para hacerle creer que, aún cuando tuviera que abandonar el pais, podria hacerlo como un héroe, y ser considerado por el mundo como tal.

Por lo tanto, resumo mi diario y refiero en sustancia lo que le contesté: «Dije. refiriéndome a eso, que sentia en el alma oir hablar de este modo; que si las cosas iban de mal en peor y que viese que iba a sucumbir, el medio que proponía no era el más acertado; pues si el resultado debia ser el triunfo de los aliados y la conquista del Paraguay, era mejor mirar la verdad de frente y obrar con razón, antes que tentar quijotadas; que su nombre era ya muy conocido en todas partes del mundo y la heroica defensa hecha por el pueblo paraguayo contra un enemigo inmensamente más fuerte les habia granjeado la simpatía del mundo y si debía tratar después de comprender que la continuación de la guerra no serviria más que para sacrificar a su pueblo, seria perfectamente recibido en el exterior y sumamente honrado en cualquier parte que fuese; que seria mejor y más ventajoso para su fama y su crédito, salvar su vida y la de tantos miles más, que dejarlas exterminar inútilmente y con tanta negligencia. Pero no, dijo que no habia porvenir para él; no dejaría ninguno por el cual tuviera algún afecto; con excepción de los niños que había a su alrededor (de Madame Lynch) no habia nadie más en el mundo por quien se interesase. La vida no era nada, una cosa de pocos años más o menos. No había vivido muchisimo, pero habia vivido mucho; y era mejor caer en el pináculo del honor que vivir más tiempo como un fugitivo, dejando a su pais como despojo para el enemigo. Habló de la negativa deCaxias de tratar de ninguna proposición de mediación, y dijo no existir alternativa para él, por lo tanto, que combatir hasta lo último. Le repliqué que mi pensamiento respecto a la carta de Caxias para mi, en la que decía que ninguna proposición de mediación de cualquier procedencia que fuera, sería por el momento atendida con la excepción de que López dejase el Paraguay, era que aquella no era respetuosa para el gobierno que la había hecho, y que probablemente la contestaría en ese sentido. Esta conversación duró como una hora y media, y prometiendo reflexionar acerca de todo cuanto me había dicho y visitarle a la mañana siguiente, me despedí de él.

«En efecto al otro día a las once de la mañana, fuí a visitarle de nuevo y le encontré almorzando con D. Benigno, el coronel Aguiar y Pancho. Después de acabarse el almuerzo. despidió a los demás y reentablamos la conversación sobre el mismo asunto de la víspera. Le dije que había pensado en todo cuanto él me había dicho y me parecía que el temperamento propuesto tendría un resultado opuesto al que suponía para su fama. Otros pueblos, historiadores y literatos en general, de cuyo juicio los actores que figuran en los grandes acontecimientos del mundo dependen, para su fama futura, no aprobarán nunca el sacrificio inútil de vidas después que todo está perdido, pero más bien lo condenarán, pues quería perder así cualquier fama y gloria que hubiese ya adquirido. Dijo que no; estaba resuelto y las extremidades a que apelaría antes que ceder recaerían sobre las naciones

que lo habían así dejado desamparado. Cuando empezó la guerra, no había pensado nunca que llegase a este resultado; no había supuesto que fuera tan prolongada ni tan desesperada; pero la había dirigido de un modo que debía darle un gran nombre en la historia y que otros gobiernos no le demostrasen algún interés era lo más sorprendente, brindándome nuevamente el intempestivo cumplimiento de poseer poca influencia o también que debía haber prevenido a mi gobierno a su favor de modo que viniese a su auxilio. Le replique que una buena causa valerosamente combatida no aseguraba menos la simpatía y el respeto del mundo, si aquella tenía que ceder a fuerzas inmensamente superiores. ¿Qué hombres de los tiempos modernos habían sido recibidos con el mayor entusiasmo y respeto? No los vencedores con laureles; no aquellos que habían triunfado y respetuosos de su causa por medio de recursos superiores, o siquiera de talento y capacidad superiores. Napoleón no fué menos honrado por haber muerto prisionero en Santa Elena que si hubiera vencido en Waterloo y hubiese muerto más tarde en las Tullerías. Y de todos los héroes de los tiempos modernos que habían sido aclamados con más entusiasmo por las multitudes de pueblos que habían seguido sus carros, los que habían sido más honrados y más ardientemente acogidos entre las primeras naciones del mundo entre los grandes soldados de la causa de la libertad, Kossuth y Garibaldi, y que él, por lo tanto, aunque obligado a ceder y a retirarse, debía esperar ser el objeto de grandes consideraciones. Esta lisonja parecia agradarle en extremo, pero no podía hacerle cambiar de resolución. Dijo saber que su nombre era suficiente en cualquier parte que se dirigiese, para asegurarle los mayores honores, pero que había probado desde el principio que no era hombre de cambiar su opinión o su propósito. El emperador del Brasil especialmente sabría que lo habría tomado por otro hombre cuando provocó las hostilidades de Francisco Solano López. El no tenía ambición, nunca la tuvo, trabajaba para su país y estaba resuelto a sobrevivir o caer con él. Insistía mucho sobre su propia abnegación, y no podía comprender como tal ejemplo de sacrificio personal no había atraído a su causa las demás naciones del globo. Pero sus actos lo justificarían, y no precisaba más abogado para lo futuro. Por sus actos se sostenía y su monumento para la posteridad sería: «Mis hechos, mis hechos». Más tarde fuí a visitarle otra vez y departimos una hora. Estaba ansioso que informase oficialmente al Ministro Berges que la mediación ofrecida por los Estados Unidos había sido rechazada por los aliados, cuando su ejército había abrigado las más alentadoras esperanzas desde el conocimiento del hecho que la mediación de los Estados Unidos había sido ofrecida y había esperado que la paz resultaría de mi visita a su campamento. Cuando vine en el Shamokin se chasquearon igualmente, porque entonces habían sido inducidos a creer que la paz seguiría de cerca a la ruptura del bloqueo. Despidiéndome de él, y diciéndole que acariciaba aún la esperanza de que la guerra no se llevaría a los extremos a los que me había insinuado que lo haría, salí de Paso Pucú un poco después de puesto el sol, y fuí a Humaitá donde el Ypora me estaba aguardando con sus calderas listas para tomarme a bordo y conducirme a la capital».

***

Como se ve, Washburn procedió, sino con habilidad, con toda buena fe y tomó con tanto calor la parte de López, que llegó a protestar públicamente contra la exigencia del Marqués de Caxias, que pedía como *conditio sine cua non*, para los arreglos de paz, la abdicación y el alejamiento de López, del Paraguay. El diario oficial «Semanario», dice en su número 702 (Sábado 5 de Octubre de 1867):

La nota del Señor Ministro Washburn al Marqués de Caxias

«Hemos tomado este notable documento del «Standart» de Buenos Aires, del 6 de Agosto. Es un documento importante para la Historia. El señor Washburn, representando la alta polftica que rige al gabinete de Washingtón, se encuentra en el terreno del derecho internacional y de gentes; modelo de justicia y de equidad, su contestación es un dilema de fierro, llena de urbanidad y digna del noble Ministro de los Estados Unidos.

.....

«La gran República, cuna de la libertad, da una prueba inequívoca de su interés porque las doctrinas democráticas, base de su civilización y grandeza sean una verdad en las bellas regiones de la América Meridional. El honorable Representante de los Estados Unidos en el documento que registramos, demuestra sencilla, pero enérgicamente, la absurda pretensión del Marqués de Caxias. Imparcial en la cuestión, no le fué posible tolerar una condición ofensiva a los principios más claros del derecho y atentatoria a la soberanía de un pueblo soberano.

«En nombre de la humanidad y de los principios democráticos, consignamos la sincera expresión de nuestra gratitud hacia el honorable Ministro de los Estados Unidos de América señor Washburn».

«He aquí la nota a que aludimos:

«Copia». «Traducción».

«Legación de los Estados Unidos.

«Asunción, 19 de Marzo de 1867.

«A S. E. el Marqués de Caxias, General y Comandante en Jefe del Ejército aliado.

«Señor:

«La nota de V. E. de fecha 12 del corriente en respuesta a la del abajo firmado del 11, en que por razones allí dadas, V. E. dice que las potencias aliadas no tomarán aún en consideración una cuestión sobre la cual el abajo firmado tuvo el honor de llamar su atención, parece que debida a las circunstancias en que él se haya colocado, encontrándose de tal modo que solamente puede comunicar con su gobierno después de largos e inciertos períodos y con gran inconveniencia para exigir una respuesta en nombre de los Estados Unidos.

«V. E. debe estar prevenido plenamente del hecho que los Estados Unidos, al ofrecer su mediación para efectuar una cesación de hostilidades entre los poderes aliados y el Paraguay, fueron movidos únicamente por el más laudable deseo de servir a todas las partes comprometidas en la guerrra, como también para conservar los intereses generales de la paz en que todo el mundo se interesa. Pero V. E. combate la oferta, estableciendo

una condición precedente aún mismo antes de considerar la cuestión de mediación. Esta condición es que el Presidente del Paraguay, actualmente en el poder abdicara primero su cargo y dejara el país. Ciertamente que jamás habría sido la intención del Gobierno de los Estados Unidos ofrecer su mediación sobre semejante base. El principio fundamental de ese Gobierno es que el pueblo de cualquier nación tiene un derecho claro e incuestionable a la forma de gobierno que haya escogido y que todo poder justo emana del consentimiento de los gobernados, que ninguna potencia extranjera tiene derecho para imponer sobre un país vecino e independiente, un Gobierno no electo por su pueblo, y como el pueblo Paraguayo jamás ha mostrado deseo de cambiar su forma de Gobierno o colocar a la cabeza de él ningún otro, que el presente Magistrado supremo, el Gobierno de los Estados Unidos, en consonancia con su tradicional política, no puede mirar favorablemente el Tratado de Alianza por el cual las tres potencias se obligaron a imponer otra autoridad que la presente sobre el pueblo Paraguayo.

«Pero las potencias aliadas, como parece de la nota de V. E. están resueltas a proseguir la guerra hasta que el actual legalmente electo Presidente de la República, Francisco Solano López, sea depuesto y echado fuera del País. Esta condición, precedente a la mediación, es ciertamente tan contraria a toda idea de Gobierno propio nacional que el abajo firmado cree ser su deber hacia su Gobierno, (quien nunca habría esperado semejante respuesta a su oferta de mediación), protestar contra ella. Y el abajo firmado es de opinión que V. E. la miraría como extraordinaria si las circunstancias fuesen lo contrario, y una demanda análoga de parte del Presidente López hiciese una condición precedente a la mediación, y que exigiese como condición preliminar que el emperador del Brasil abdicase su trono y el Presidente Mitre su silla presidencial. Como semejante respuesta a la oferta de una potencia amiga y neutral sería justamente mirada por el Gobierno de los Estados Unidos o por el de S. M. I. el Emperador del Brasil, el abajo firmado deja a la consideración de V. E.

«La posición tomada de este modo por los aliados de que ninguna mediación puede haber hasta que una de las partes concernientes deje de tener existencia política, parece hacer imposible cualquier cosa que se asemeje a una solución pacífica de la lucha pendiente, y en consecuencia la guerra debe continuar hasta que uno de ellos desde su Jefe hasta la última escuadra de soldados, sea destruida o el otro se vea postrado y exhausto. Cualquiera de estos resultados, el Gobierno de los Estados Unidos deploraría hondamente, y al ofrecer su mediación, su objeto era impedir semejante catástrofe. Pero siendo recusados sus buenos oficios y aún negados y asimilándose a ello, puede solamente esperar con profundo interés el resultado pendiente.

«El abajo firmado aprovecha esta presente ocasión para ofrecer a S. E. las seguridades de su distinguida consideración.

«(Firmado)—*Carlos A. Washburn.*»

Los tiranófilos-lopiztas afirman que López hizo todo lo posible para ajustar una paz honorable, a cuesta de cualquier sacrificio personal. Pero faltan a la verdad, nunca López pensó sacrificarse por la patria, y en las tratativas de paz, lo único que le preocupaba era salvar su mando supremo

sobre la República. Lo prueba la misma demora de aprovechar el ofrecimiento de mediación. que le hizo el gobierno de los Estados Unidos, por medio del Ministro Washburn, con fecha 5 de Enero y que recién *dos meses después* fué tratada, como consta del documento siguiente: «El Ministro Americano, residente en esta, con fecha 5 de Enero último, ha ofrecido de orden de su gobierno sus buenos oficios manifestando que sus colegas de Buenos Aires y Río Janeiro tenían iguales instrucciones. Hoy baja a Humaitá con intención de pasar al campo enemigo y probablemente su viaje tendrá algún resultado». (Don José Berges a Brisuela en Montevideo.— Asunción, Marzo 7 de 1867). (1)

Todos los empeños del Ministro Washburn se estrellaron, como se ha visto, de una parte contra la inquebrantable exigencia del Imperio que imponía la abdicación y el alejamiento del país de F. S. López y, de otra parte, contra la falta de patriotismo de López que, prefería el aniquilamiento completo de su patria (2) al sacrificio de su ambición de mando.

No es admisible que López alimentara la esperanza de una victoria final y era de preveerse que los aliados, vencedores, harían efectivas las usurpaciones decretadas en su Tratado, y aun más, como sucedió con el Brasil, «pues la línea no fué ni el Igurey del tratado de alianza ni el Igatimí que pretendía el Paraguay, sino desde el Salto Grande del Paraná, a las cumbres de la Sierra de Maracayú. Quedó constancia en el protocolo que el plenipotenciario paraguayo «agradecía al brasilero el modo conciliador como había dirigido esta negociación que, de una vez para siempre, acababa con una cuestión que había sido causa de tan serios conflictos entre las dos naciones». (3) Y la República Argentina declaró a su vez que no exigía sino lo que le correspondía y había reclamado desde antes de la guerra. Pero, una parte del Chaco, que la Argentina concedió que fuera sometida al laudo arbitral, fué adjudicada al Paraguay, lo que prueba lo injustificado de sus pretensiones. Tengo en mi poder un documento del «Cabildo de Justicia y Regimiento» de la Asunción de fecha 14 de Enero de 1807, en contestación a un pedido de soldados, en que se lee: «... todas las Guardias y Casas de ellas, que se hallan a la costa del Río se ven por el suelo; sin un soldado el cañón de cada una por tierra y sin cureña. Y a este tono la población de Remolinos, y la reducción de indios Bocabier, situada al otro lado de este Río en el Gran Chaco y no sabemos si en este mismo estado se hallan las

---

1) Copia del documento en mi poder.

2) Una de las causas de la despoblación del Paraguay, fué el bárbaro sistema de López de arrear con los habitantes de los villorios y de las campiñas, para que el enemigo no hallara ningún recurso. Así la gente que tenía que marchar, llevándose, las más de las veces, tan solo lo puesto, por falta de medios de transporte y por el apremio del tiempo, era llevada a lugares inhospitalarios y condenada, por lo tanto, a perecer de hambre y de pestes. Se hacía un alarde de esas medidas draconianas; la capital fué evacuada en 24 horas; los pueblos, inmediatamente de darse la orden. Se arreaban las mujeres de a 700 de a 900 a la vez. (Papeles del tirano del Paraguay, pág. 81). !Y guay de los rezagados! caían víctimas de la lanza de las numerosas partidas, que López enviaba para que fueran ejecutadas sus ordenes. «Por una fortuna y previsora disposición de S. E. el señor Mariscal Presidente de la República, (escribía el 14 de Octubre de 1867, Berges a Bareiro, refiriéndose a la Villa del Pilar) se había retirado todas las haciendas y poblaciones de ese Departamento a esta parte del Tebicuarí. para no dejar al enemigo sino el desierto como se ha hecho en Misiones».

3) José León Suárez—Diplomacia Americana Universitaria, pág. 349.

Guardias de la Costa de Río Arriba». (1) Hay que añadir a todo esto la enorme deuda de guerra inextinguible por su monto.

En el mes de Septiembre del mismo año, poco después del fracaso de la mediación Norte-Americana, el Gobierno de S. M. Británica, por medio del Secretario de legación Gould, ofreció sus buenos oficios. Las bases sobre las cuales se podían establecer negociaciones directas y formales para la conclusión de una convención o de un tratado de paz, eran las siguientes:

«1.° Un acuerdo secreto y prealable aseguraría a las potencias aliadas la aceptación por el Gobierno del Paraguay de las condiciones que estaría dispuestos a ofrecer.

«2.° Que la independencia y la integridad del Paraguay serán formalmente reconocidas por las naciones aliadas.

«3.° Todas las cuestiones con relación a territorios o límites en disputa antes de la actual guerra, serán reservadas a un acuerdo ulterior o sometidas al arbitraje de potencias neutrales.

«4.° Las tropas paraguayas evacuarán las posiciones que ocupan sobre el territorio del Imperio del Brasil, lo mismo que las tropas aliadas se retirarán del territorio de la República del Paraguay desde que la conclusión de la paz se haya asegurado.

«5.° Ninguna indemnización de guerra, o para mejor decir, por gastos de guerra, será exigida.

«6.° Los prisioneros de guerra de una y otra parte serán puestos inmediatamente en libertad.

«7.° Las tropas paraguayas serán enviadas a sus hogares, salvo el número de hombres estrictamente requeridos para la conservación interior de la República.

«8.° S. E. el Señor Presidente López desde el momento del arreglo de la paz o de los preliminarios de la paz se retirará a Europa, dejando el Gobierno de la República en manos del Vice-Presidente, quien, en casos semejantes es, por la Constitución de la República, la persona designada a encargarse de él». (Memoria del Departamento de Relaciones Exteriores de la República Argentina, año 1868).

Como siempre, se exigía la abdicación de López y su alejamiento del país, pero el traidor F. S. López, enceguecido por su orgullo y por su ambición, no vió ni quiso ver el pavoroso porvenir que le esperaba a la nación paraguaya. La patria no le merecía el sacrificio del mando, ni por su salvación aceptaba el ostracismo!

Los tiranófilos-lopiztas refiriéndose al Ministro Washburn, lo tratan de intrigante a daño de los intereses paraguayos, de jefe de una conspiración de «nuestro enemigo». El Ministro Berges, a nombre de S. E. el señor Mariscal Presidente, en nota pasada a Washburn, con fecha 24 de Marzo de 1867 (2) reconoce los servicios prestados por Washburn. La nota dice así: «Agradece también a V. E. la robusta argumentación con que ha

---

1) Remolinos-Paraje mencionado en documentos de 1595, al cual, o a las Mahomas, debían ser conducidos los 800 indios del Chaco, que el Teniente General, Bartolomé Sandoval pidió para expedicionar contra los Guaicurúes, «Revista Patriótica del Pasado Argentino, T. V.»—Bocabier o Mbocabier eran indios del Chaco.

2) Tengo en mi poder el documento de referencia debidamente legalizado por Gumesindo Benítez, oficial 1.° del M. de R. E.

rechazado la condición preliminar de que el Mariscal Presidente de la República, abdique del puesto y salga fuera del país para considerar la cuestión de mediación». Se reconocen también los servicios de Washburn en el documento oficial cuya fototipia adjunto.

***

Ninguno ignoraba que la guerra estaba hecha y sostenida, casi exclusivamente, por la sangre y el oro brasilero; Mitre y Flores eran auxiliares, vinculados por el tratado de la Triple Alianza, tratado que el mismo Brasil, que lo había confeccionado, violó, cuando lo creyó conveniente para sus intereses. La cuestión oriental había proporcionado la ocasión al Brasil de hacer pesar sobre el Plata su influencia. Con su poderosa escuadra dominaba los ríos, sus ejércitos victoriosos, que habían llevado al poder a Flores, eran dueños del territorio Oriental. Aliado con la República Oriental, iba a la guerra contra el Paraguay, pero necesitaba también la alianza con la República Argentina y ella se resistía. Habrá sido impotente, la República Argentina, para mantener una estricta neutralidad, pero sus debilidades a favor del Brasil fueron compensadas con creces con el permiso, que concediera, para el paso de armas destinadas para el Paraguay, hasta que éste invadió su territorio. (1) El Brasil tenía una gran palanca, el oro que no escatimaba. La prensa porteña influenciada en su mayor parte por la diplomacia brasilera y azuzada por los emigrados paraguayos, abrió una campaña desbocada y canallesca contra el Paraguay, ridiculizándolo y ridiculizando a su mandatario, de quien no respetó ni la vida privada. López, herido profundamente en su orgullo, por creer menoscabada su autoridad ante los ojos de sus conciudadanos y perdido para siempre, si no reaccionaba violentamente, el prestigio internacional del Paraguay, creyéndose suficientemente fuerte y preparado, declaró la guerra a la República Argentina y, sin previa participación de la declaración, invadió su territorio. Los malos consejos de sus cortesanos, la habilidad de los *emisarios secretos* del Brasil vencieron sus últimos escrúpulos. ¡La conspiración contra la patria estaba constituida!

Para empezar la guerra, el Brasil prestó a la Argentina un millón de pesos fuertes, (2) y la República Oriental no le quedó menos adeudada por esa malhadada guerra. Aquí van algunas pruebas de lo que afirmo:

.....

«Artículo 1.° El Gobierno de S. M. el Emperador del Brasil, facilitará por empréstito al de la República Argentina, para auxiliarlo a los fines de la alianza, la suma de un millón de pesos fuertes.

---

1) Fallos de la Suprema Corte Nacional Argentina. Primera serie, T. IV, página 172.

2) Sus rentas generales, en 1865, apenas redondeaban siete millones de pesos fuertes; el comercio de importación treinta y dos millones de igual moneda, contra treinta de exportación.

Su ejército de línea, insuficiente para la defensa de las fronteras, fluctuaba alrededor de un efectivo de tres mil hombres.

No tenía marina militar ni arsenales de guerra. Todos los servicios públicos se resentían de la exhaustez del erario.

El crédito nacional se hallaba, en los mercados monetarios, a más bajo nivel de los recursos reales de la situación.

«Artículo 2.º Este empréstito será realizado en cuatro préstamos, de doscientos cincuenta mil pesos fuertes cada uno, para lo cual el Ministro del Brasil dará las letras correspondientes a estos préstamos, en los plazos de uno, dos, tres y cuatro meses de la fecha de este acuerdo. (Buenos Aires, 31 de Mayo de 1865).

.....

(Firmado): *Rufino de Elizalde - F. Octaviano de Almeida Rosa*».

«Artículo Unico. El Gobierno de S. M. el Emperador del Brasil presta al de la República Argentina, para ayudarle a conseguir los fines de la Alianza, la suma de un millón de pesos fuertes bajo las mismas condiciones, y en los mismos términos del empréstito efectuado por el Protocolo del 31 de Mayo del año próximo pasado de 1865, debiendo este nuevo empréstito ser realizado en cuatro letras giradas por el Enviado Extraordinario del Brasil sobre el Tesoro Nacional del Imperio; una de doscientos mil pesos fuertes, a tres meses de esta fecha; dos de doscientos cincuenta mil, a cuatro y cinco meses, y la última de trescientos mil, a seis meses.

.....

«En seguida el señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, declaró haber recibido las cuatro letras arriba mencionadas de que da recibo con esta declaración y firma en Buenos Aires a primero de Febrero de mil ochocientos sesenta y seis.

(Firmado): *Rufino de Elizalde - F. Octaviano de Almeida Rosa*».

Extracto de la «Memoria presentada por el Ministro de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores al Congreso Nacional en 1866.» (República Argentina).—Anexo F.—Imperio del Brasil.

Si recorremos las páginas de los Archivos del General Mitre podremos notar la escasez de recursos con que la República Argentina tenía que luchar. Para el lector bastarán pocas citas.

T. V., pág. 328. Carta del Vice-Presidente Marcos Paz al General B. Mitre. Octubre 4 de 1865.

«.... Así me tiene a mí el cúmulo de deudas que se aglomeran sobre el Gobierno. Me dicen que ya se ha presentado el señor Lezama cobrando dos millones por el vestuario dado recién a los cuerpos de Entre-Ríos, sin conocimiento del Gobierno; ayer le dije al mismo señor Lezama que con mi firma no había de pagar la Tesorería esa suma pues su proceder no parecía sino una burla al Gobierno».

T. V., pág. 344. Carta del Vice-Presidente Marcos Paz al General Mitre. Octubre 18 de 1865.

«La retirada de los paraguayos es una gran desgracia para nosotros, por más desmoralizados que vayan, pues alargándose la guerra nos pondrán en apuros, si no se consigue el empréstito Riesta. A este respecto, las últimas noticias no son muy satisfactorias. Todavía no había hecho nada y el millón que le anticipó la casa Baring debía empezar su devolución en Enero próximo, creo que por cuartas partes. Habíamos calculado que con tres millones del Brasil, Banco de esta Provincia y el de Inglaterra, podríamos llenar nuestros compromisos hasta Diciembre, época en que esperaba una victoria completa y última sobre el enemigo. Entonces, con

un esfuerzo más, quedaba terminada la guerra, casi al mismo tiempo de agotarse los recursos pecuniarios. Pero, si tenemos que ir al Paraguay, a batir al enemigo, se prolonga la guerra y los gastos se aumentan indefinidamente».

.....

T. V. pág. 425. Carta del Vice-Presidente Marcos Paz al General Mitre. Diciembre 27 de 1865.

«Hoy más que nunca pienso en las economías, sin duda por el conflicto que atravesamos en este momento. El recurso de pedir la firma a los ricos hombres de nuestra patria fracasó. Después de habernos declarado algunos de ellos que no lo harían, abandonamos ese medio, y tocamos el de emitir billetes de tesorería, que serían abonados por terceras partes por la renta de aduana; pero el Banco de la Provincia se ha negado a recibirlos. Ayer dejamos este expediente y principiamos con el de un empréstito. Si salimos mal con esto y no nos viene con este paquete algo del Brasil o Inglaterra nos veremos en conflictos a no dudarlo. ¿Qué sería si hubiésemos sufrido algún revés en la guerra, o se dudase de nuestro triunfo o Inglaterra nos hubiese negado el empréstito? Muchos son los desengaños, cuando se toca el bolsillo individual».

.....

T. III., pág. 264. Carta del General B. Mitre al General J. A. Gelly y Obes. Julio 25 de 1868.

«Como verá usted por los diarios, se ha realizado ya el empréstito de Londres o estaba para realizarse a la salida del último paquete; de todos modos puede darse como cosa hecha y completamente cambiado el estado de nuestras finanzas. Tengo además negociado aquí un empréstito de dos millones de duros con que haré frente a las necesidades del momento, empezando a pagar las deudas más urgentes».

El Ejército argentino nunca llegó, al menos que no haya sido accidentalmente, a contar un efectivo de más de 17.000 hombres. El reclutamiento fué muy trabajoso, muchos contingentes se sublevaron y hubo de usarse la violencia para llevarlos al frente. Desde el principio de la guerra, numerosos enganchados, de todas las nacionalidades, concurrieron a engrosar sus filas y prisioneros paraguayos fueron obligados a empuñar las armas contra sus propios hermanos. Las pérdidas por muertos heridos y deserciones, la necesidad de recurrir a varios puntos de la República, para sofocar las revoluciones encabezadas por los caudillos provinciales y, a veces, fomentadas por los países limítrofes, reducían el ya pequeño ejército.

No era un secreto para nadie las dificultades con que tropezaban los gobernadores de las provincias, para proveer al ejército de los contingentes requeridos. Va, por ejemplo, una carta del general Justo J. de Urquiza, Gobernador de Entre Ríos, de Noviembre 25 de 1867, al Excmo señor Brigadier General don Bartolomé Mitre, Presidente de la República y General en Jefe del Ejército. «Mi estimado General y amigo: Luchando con algunas dificultades he conseguido reunir el número de reclutas que consta de la adjunta lista, las que remito con esta fecha a Buenos Aires, a la orden del Ministro de la Guerra, a efecto de que sean conducidos al Ejército para reponer las bajas de los batallones números 2 y 3 de la provincia.

«Conforme sea posible reunir otro contingente, será inmediatamente enviado».

Y el contigente ese, que costó alguna dificultad reunir, constaba tan sólo de 55 hombres. (Archivos de B. Mitre, T. II, pág. 271).

El diminuto, pero valiente ejército oriental, que constituía la vanguardia, al poco tiempo de iniciarse la guerra, no contaba con más hombres que los necesarios para tener alto el prestigio de su bandera. Ninguna de las dos naciones tomó parte en la última batalla dada al tirano.

En cuanto a los compromisos de la República Oriental, todavía en el 1905, se hablaba de un arreglo «de todas las cuestiones pendientes con el Brasil; navegación de la laguna Marín y río Yaguarón, pago de la deuda proveniente del dinero facilitado para la guerra del Paraguay, etc.» Y hasta la fecha, se puede decir, que poco o nada han adelantado las negociaciones.

Al Imperio del Brasil la guerra del Paraguay costó mayores sacrificios de vidas y pecuniarios y era impopular. Cuando se apercibieron que el Paraguay era un hueso duro a roer, que no se trataba, por lo tanto, de una brillante marcha triunfal hasta la Asunción, el entusiasmo de sentar plaza como voluntario, empezó a decaer. Dice el Ministro Oriental en Río de Janeiro, Andrés Lamas, en su nota del 7 de Marzo de 1867, dirigida a Antonio Coelho da Sa e' Alburquerque, Ministro Secretario de Estado; que ha visto llevar reclutas de la provincia de Minas, bajo fuerte escolta, aprisionados por collares y cadenas de fierro y que le consta que esclavos, libertos por sus amos, en cambio de condecoraciones y títulos nobilarios y hasta penados, eran remitidos para llenar los claros del Ejército.

Se lee en el artículo «Los tratados Argentino-Paraguayos» de Ernesto Quesada, publicado en la revista «Estudios»;

«Juzgando la sanción de los tratados de Febrero, decía poco después un publicista brasilero: «Se diría que un hado funesto nos persigue en el Plata y sus afluentes (O. Novo Mundo VI. 210.) Errores sociales, errores políticos, errores económicos, parece que no hay clase alguna de errores, que los políticos del Imperio no hayan cometido en el Paraguay y en el Uruguay. Al fin, después de seis años, después de agotados todos nuestros recursos finacieros, resolvieron desocupar el Paraguay! Y nadie sabe si se resolverán a adoptar un sistema financiero nacional». Y el señor Quesada añade: «La desocupación militar (del Paraguay por las tropas brasileras), presentada entre nosotros como triunfo de nuestra política, era sencillamente impuesta por la crisis brasilera».

Los esfuerzos que hicieran las dos Repúblicas aliadas, para desvincularce de los compromisos contraidos con el Brasil, fueron completamente inútiles. Había verdad, aunque exagerada, en lo que transcribía del «Cabichuí» el «Semanario del 13 de Julio de 1867.

«Ambos (Mitre y Flores) corren a buscar en su desesperación un salvamento; pero he aquí que el monarca de esclavos, el macacón Pedro, les sale en el camino interponiéndose entre ellos y Jonathan, les da en cara con el tratado secreto que les muestra en una mano y la espada en la otra.

.....

«Mitre y Flores quedan sobrecogidos de terror, y no tienen más que detenerse a la vista de su propia obra, y aun más a la vista de la espada de la fuerza que puede descargarse terrible sobre sus cabezas, si no llenan al pie de la letra la escritura de venta, que han signado al Emperador en la embriaguez de la codicia.

.....

«El macacón no quiere paz, porque la paz le quitará las conquistas hechas y las que cree hacer, porque de hoy para siempre van a ir por

tierra sus planes de dominación e influéncia en América, y ésta es su muerte».

Si se medita sobre las notas dirigidas, en Febrero y Marzo de 1867, por el Ministro Oriental, en Río Janeiro, Andrés Lamas, al Ministro Secretario de Estado del Imperio del Brasil Antonio Coelho de Sa e' Alburquerque, se constatará en ellas un sincero y ardiente deseo de llegar a un arreglo de paz, honorable y equitativo para ambas partes beligerantes. Y la Cancillería Argentina, si bien con más disimulo, manifestó las mismas tendencias, hasta mostrarse inclinada a prescindir de algunas imposiciones del tratado de la Triple alianza (Archivos del General B. Mitre, T. IV, págs. 131, 153, 170, 171, – T. V., págs. 76, 148, 151, etc.

En los «Archivos del General Mitre», T. V, pág. 132, se lee: «Buenos Aires, Octubre 24 de 1866. (C. 1.º de Noviembre). Señor Presidente, Brigadier General don Bartolomé Mitre.—Mi querido amigo: ¡Recibí sus cartas del 17 y 18 del corriente. Empecé por las fechas la lectura, y el mal rato que me dió la primera me lo quitó la segunda»..... «Octaviano me ha anticipado, y Zacarías me lo ha dado a entender en carta particular, que bajo la base de la separación de López *no habrá nada que no cedan del tratado de la Alianza*, en lo cual coincidimos nosotros y no dudo que el gobierno oriental, viniendo así a confirmar lo que particularmente usted insinuaba a López, dando amplitud para hacer las concesiones que se acordasen en vista de lo que él pudiese». (Firmado por el Ministro de Relaciones Extranjeras, Rufino de Elizalde).

Nota del Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina Dr. M. Ugarte al Vicepresidente Paz (Archivo del General Bartolomé Mitre. T. VI, pág. 267.—Septiembre 18 de 1867, a las 10 de la noche).

«Contra el propósito de tomar en consideración las bases indicadas y adelantar la negociación con ellas iniciadas, se podrá objetar el compromiso contraido de no tratar con López».

«Pero a esa objeción se puede responder: 1.° Que el espíritu manifiesto del compromiso, es no tratar con López, de manera que quede él ejerciendo el Gobierno de la República del Paraguay; porque no puede razonablemente suponerse que la intención haya sido no tratar con él, ni aun para que confiese su derrota y la injusticia de la guerra provocada por él. 2.° Que las condiciones con que la negociación se abre, importan precisamente eso, la confesión de la derrota y de la injusticia de la provocación; de manera que la victoria moral de los aliados es mayor todavía, haciendo esa confesión el mismo López, que haciéndola su sucesor. 3.° Que siendo la voluntad mútua de los aliados la que ha dado existencia a ese compromiso, basta la voluntad mútua de los aliados para apartarse de él, en acuerdo común, porque el disentimiento produce el efecto de desatar los vínculos que el consentimiento ató. 4.° Que levantar esa cláusula como una barrera insuperable, si fuese ella la única, sería hacer de la supresión de la personalidad de López una cuestión de amor propio, que, lejos de favorecernos, nos haría perder en decoro; porque las cuestiones de amor propio, que no son siempre cuestiones de dignidad, no pueden anteponerse, cuando no lo son, a los grandes intereses de la civilización y de la humanidad que aconsejan evitar, en cuanto sea posible, los estragos de la guerra, ni a las conveniencias prácticas de hacer que la guerra cese, para pueblos que sienten el deseo de que cese».

La República Oriental no había recibido ningún agravio de parte de López, por lo tanto, estaba en condiciones de juzgar los acontecimientos

con mayor serenidad y de aconsejar condiciones menos humillantes. Y así lo hizo, cuando los Estados Unidos ofrecieron su mediación. El gobierno Oriental se mostró a la altura de los nobles sentimientos, que siempre han primado en el corazón de los valientes y generosos hijos de la perla del Plata.

El ya nombrado Ministro Oriental Andrés Lamas, en su nota del 7 de Marzo de 1867, al Ministro Brasilero, Antonio Cohelho, le dice:

«Por ejemplo, si en vez de manifestar contra la mediación una repulsión radical y preconcebida, parecida a esa de V. E., los aliados se expresaran así: «Habiendo atacado por sorpresa López, no nos ofrece ninguna garantía. Esta falta de garantía causó y justificó el artículo del tratado por el cual nosotros declaramos de no querer negociar con él. Sin embargo, por amor a la paz y por deferencia a los deseos de los Estados Unidos, estamos prontos a aceptar, aceptando desde ya, su mediación, si esos Estados se constituyen garantes de las condiciones a establecerse; si nos dan la garantía que, no chocándonos con López, nosotros podamos desarmar tranquilamente y vivir en paz».

«Esta declaración que sería irreprochable, conciliaría el respeto de nuestra dignidad con los que es justo y razonable y evitaría cualquier mala inteligencia con los Estados Unidos».—(Traducción del francés).

Pero, de una parte estaba el odio intransigente del Emperador don Pedro II, que no quería tratar con López, ni con ninguno de su familia, ni con un gobierno que dependiera de él; de otra parte la obstinación de López de permanecer en el poder, a cuesta de cualquier sacrificio de la nación.

No se se llegó a ningún arreglo. Las consecuencias fueron: mucha sangre vertida, que hubiera podido ahorrarse; la destrucción de un pueblo valiente, a quien se le despojó de gran parte de su territorio, la bancarrota financiera de la Triple Alianza y un movimiento universal de indignación y de protesta contra los causantes de tanta ruina.

La nota chabacana del Ministro Norte-Americano a Caxias originó, como era de preveerse, las consiguientes manifestaciones de desagrado en las cancillerías de los aliados. Por cuanto exageradas fueran las condiciones impuestas por Caxias, en representación de su Gobierno, eso no eximía al Ministro, de usar formas más cultas y diplomáticas.

En el T. III, de los Archivos de Mitre, páginas 109 y 118, en las cartas del General B. Mitre al General Gelly y Obes, se lee:

.....

«En cuanto a las notas cambiadas entre ambos (Washburn y Caxias), estoy muy conforme con los terminos tan claros como exactos en que se ha expedido el Marques. Si en el proceder del Ministro americano había podido López fundar alguna esperanza, indudablemente la habrá perdido a la lectura de dicha nota y ante la narración que sobre la conferencia le habrá hecho dicho ministro.

.....

«He leído la última nota de Mr. Washburn al Marqués, y, efectivamente, su redacción parecería que fuese del mismo López. En este asunto, como en otros actos anteriores del mismo, el Ministro Americano en el Paraguay no ha acreditado estar a la altura de su misión».

***

No hubo complot contra la vida del Presidente ni pudo haberlo. No hubo quien se animara a clavar un puñal en el pecho de ese gran traidor,

que conjuró con el enemigo para la destrucción de la Patria. Que prueben lo contrario, los secuaces de la tiranía. Se me objetará: «sin embargo hay lopiztas». «No lo niego, pero, ¿hay si acaso, nación sin extraviados, pueblo sin plebe?

El Santón de Arroyos y Esteros (1) emite una sentencia, hacen eco a ella los Apóstoles del antiguo régimen, la repite la grey de los coriféos, corre de boca en boca, para, por fin, ser sentada como verdad indiscutible, sin más prueba que lo que dijo el tal. Como buen paraguayo, como creo serlo, protesto contra el criminal afán de esos intelectuales paraguayos, que pretenden enlodar, con las infamias de un tirano, la augusta majestad de la patria. Odio la tiranía, sea quien sea el que la ejerza y cualquiera de las causas y los móviles de ella. Lo malo no puede engendrar más que mal. He visto la Patria grande, potente y temida, y he visto derrumbarse ese coloso por la ineptitud y egoismo de un tirano. La flor de la inteligencia y de la cultura paraguaya fué víctima de ese tirano, quien se enriqueció con los despojos de sus víctimas. Quien complota expone su vida y, si cae por una causa santa, es un mártir, y, si por una causa injusta, un delincuente. No hubo ni mártires ni culpables, sino víctimas. El odio a la opresión es natural y es justo que quien ha sufrido por los desmanes de un sanguinario y rapaz tirano, execre la tiranía. Lo contrario probaría falta de conciencia moral y una depravación admisible solo en los predestinados a la esclavitud.

El ya nombrado profesor de Historia, que puede ser catalogado por el señor Luis Alberto de Herrera, entre los que *adoran* a López, dice: «cuando afirmo, después de pacientes investigaciones, que se conspiró frente al enemigo y que los jueces militares cumplieron su deber al obrar en la forma que obraron». Comete un error el profesor en hablar de jueces, cuando no hubo más que inquisidores y verdugos, militares y togados (2). Comete un insulto a la verdad y a la memoria de sus propios consanguíneos. ¿Pensará tal vez, dar a luz documentos, que prueben la existencia de la famosa conspiración? Como no sea una pobre cosa, una descarada mentira, como lo contenido en «Etapas de mi Vida» del fiscal Presbítero Fidel Maíz, bien venido sea. Pronto estoy a rectificar mi opinión, si es falsa, porque como dice Cicerón: «Cujusvis hominis, est errare nullius, nisi insipientis, in errore perseverare». Digo que la obra del Presbítero Fidel Maiz es una pobre cosa, y, añado, una sangrienta ironía. Es tan pobre en documentación que echa mano de un documento, que copio al pie de la letra de mi folleto (3), sin fijarse que por dicho documento se atribuye el don de la ubicuidad, a los jefes de la conspiración! De los otros documentos no hablemos, son declaraciones *póstumas ad usum Delphini*, de los sicarios de López. Y es una sangrienta ironía invocar el nombre de Patria y escudarse con ese alto ideal, para intentar justificaciones imposibles. Ni las «Partidas», que mal a propósito citan, pueden justificar los procedimientos inhumanos y crueles puestos en práctica para

---

1) Presbítero, Fidel Maíz.

2) «El Doctor Roca, ilustre ciudadano boliviano, que había prestado el concurso de su inteligencia en la redacción y dirección de *El Centinela*, quiso hacer su defensa. Comenzó pintando la calumnia y sus perniciosos efectos y luego atacó su misma declaración calificando de falso cuanto en ella había expuesto. Pero, sin duda, apercibiéndose el presidente de que iba a destruirse por su base el edificio levantado sobre arena, lo hizo callar. *¡Me callaré*, dijo, *y seré víctima de la calumnia como todos!*» (De las «Memorias» del fiscal Coronel J. C. Centurión).

3) A. Rebaudi, Guerra del Paraguay, pág. 64.

arrancar a los encausados declaraciones en perjuicio de sí mismo y de otros. Porque «siempre por encima de la ley escrita esta la ley moral; más alto que la legalidad de los documentos, que es de cristal, está la legalidad de las conciencias, que es eterna». (1) No sería extraño, que, siguiendo el ejemplo del Presbítero Maiz, el susodicho profesor de Historia se decidiera a producir *algo* de semejante. Nótese que la conspiración tenía, según Resquin, Aveiro y el Presbítero Fidel Maiz, *dos años y medio de existencia,* nada menos, cuando cayó un hilo de ella en manos de López. Larga y asombrosa incubación, imposible de admitirse en un país donde dominaba el espionaje. Con tan larga incubación es inconcebible que no existan más pruebas que las declaraciones de los fiscales, complices de las atrocidades del tirano, y las declaraciones arrancadas a los encausados por medio de intimidación o de la tortura. Dice el mismo Presbítero Maiz que no se encontró ni «un solo documento, ni letra escrita referente a tan vasta y complicada maquinación». (2) Sin embargo mucho escribieron los conspiradores, según consta de los procesos fabricados por los fiscales. Papelitos que pasaban de mano en mano (3), cartas de Venancio y Benigno López, de Berges, de Bedoya, Urdapilleta, Antonio de las Carreras, Rodríguez, Leite Pereira, Bliss, etc. etc., a Caxias, la correspondencia de Duprat, (padre) con el Barón de Villa María, (4) compromisos firmados entre los conjurados en Salinares, Paraguarí, documento firmado por Pío Pozzoli, que no había firmado los anteriores etc., la mar de papeles y nada se encontró, ni en el Consulado italiano que la policía registró en ausencia del titular. Pero no eran solo los hombres los incriminados de mantener la correspondencia con el enemigo, hasta las mujeres, señoras y niñas se habían dedicado, según los fiscales, a esa tarea. Desde Peribebuí, la familia de don Sinforiano Cáceres fué destinada a Yhú, pueblo de concentración para las familias de los llamados traidores. En el camino de Ajos a San José fué alcanzada por Madama Lynch, que iba a caballo, escoltada por seis hombres de caballería, acompañando a 16 o 18 carretas, que dijo llevaban sus muebles. Al ver un carretón arrimado a un rancho, que parecía ser la posta, que precedía a San José, tuvo curiosidad de saber a quién pertenecía y mandó a su caballerizo Lázaro a informarse. El carretón pertenecía a la familia Cáceres. Miss. Hilariona C. de Cáceres, esposa de don Sinforiano Cáceres, uno de los Triúnviros de Corrientes durante la ocupación paraguaya, y su madre Doña Mercedes Ramírez de Cáceres descansaban bajo el carretón, mientras la hija de don Sinforiano estaba en el rancho, haciendo un poco de *toillet,* pues había hecho el camino a pie, por los lozadales, para alivianar el carretón. Cuando Madama Lynch supo a quienes pertenecía el carretón se acercó manifestando mucha extrañeza de verlas por allí y les preguntó para donde iban. Le contestaron que eran destinadas y que ella bien lo sabía. Madama Lynch les dijo que nada había oído decir, que muy seguramente se trataba de un error, que se interesaría por ellas, que no se moverían de allí, si ese era su gusto. Les dijo que los brasileros habían derrotado el ejército nacional, que a ella le habían quitado casi todo lo que tenía y lo poco que le quedaba lo llevaba en esas carretas. Para probarles que había disparado

1) Luis Alberto de Herrera: «La Tierra Charrua», pág. 169.
2) Juansilvano Godoi: «Documentos Históricos» pág. 216.
3) Fidel Maiz: «Etapas de mi Vida», pág. 189.
4) Dorotea Duprat de Lasserre: «Siete años de Aventuras en el Paraguay», Masterman, pág. 404.

apresuradamente con lo puesto, levantó los brazos haciéndoles ver la bata descosida bajo los brazos. Se mostró generosa regalándoles 400 pesos papel, que a ella nada costaban y, en esa época, nada valían. Preguntó por la señorita Dolores hija de don Sinforiano y novia del General Brúguez y manifestó deseos de verla, por lo que Doña Hilariona mandó su hijito en busca de ella. La señorita Dolores desde el rancho había visto y reconocido a Madama Lyinch y no se apuró para responder al llamado de la madre. Madama Lynch la trató con mucha amabilidad, pero en la conversación le dijo que por causa de ella y del correntino Baldomero Ferreira, su padre había caído en desgracia, que ellos habían sido quienes lo habían inducido a tomar parte en la conspiración contra el Mariscal y contra la patria. La señorita Dolores se echó a reir a carcajadas por la descarada mentira de la inglesa, por lo que ella, en sumo grado picada, añadió: «Sí es cierto lo que digo, pues su mismo papá me lo ha dicho y me ha dicho que usted era la encargada de la correspondencia de los conspiradores con el Marqués de Caxias». — «No es cierto. ¿Cómo puede una humilde niña, como soy yo, tener correspondencia con un señor tan grande y potente?» Y como la Lynch siguiera insistiendo y añadiera que «La historia iba a hablar de sus cartas», la señorita Dolores, perdiendo toda paciencia, le dijo: «Miente usted, señora. Nunca he desmentido a usted, pero ahora lo hago. Miente usted». Doña Hilariona, inquieta por el sesgo que tomaba la conversación, temiendo una venganza por parte de la Lynch mandó callar a la hija. Como se ve, Madama Lynch era un precioso auxiliar para su socio y cómplice el Mariscal. Otra prueba de ello es esta, que brevemente paso a relatar, reservándome hacerlo con más amplitud, cuando trate de los infinitos padecimientos sufridos por las residentas, muchos de cuyos hijos y deudos de la generación presente, *adoran* a López, *el Héroe de hierro* y *acero*. (1)

Estando las residentas en Yhú, Madama Lynch les mandó dos carretones de ropa y víveres y al mismo tiempo un documento para que lo firmaran. En dicho documento pedían gracias por sus padres, esposos e hijos, (que ya todos habían sido fusilados) reconociéndolos traidores y conspiradores contra el Mariscal y contra la Patria. Ninguna quiso firmar. Pero Madama Lynch no era mujer para dejar sin castigo semejante negativa. A los pocos días apareció en Yhú un sargento negro, acompañado por cuatro soldados, con la orden de que inmediatamente partieran las mujeres jóvenes para San Joaquín, quedándose las viejas en Yhú. Esta orden llenó de consternación a las residentas. Partieron para San Joaquín las jóvenes, pero llevándose las viejas, que pudieron caminar y en San Joaquín, que a la sazón estaba ocupado por las fuerzas nacionales, bajo el mando del General Delgado, la señora de Gaona y la señorita de Cáceres lo vieron al Comandante Roa y le suplicaron que intercediera para que la orden, de separar a las jóvenes de las viejas, fuera revocada. Roa se mostró muy extrañado de lo que le decían y les aseguró que tal orden era imposible, que siguieran no más viaje con todos los miembros de sus familias, que

1) Como tenemos dicho, López, en Lomas Valentinas, hizo su testamento y juró que lucharía al lado de sus soldados hasta sucumbir. (Coroael Von Versen). Aveiro dice en «Etapas de mi vida» del Padre Maíz, pág. 196: «Opinaron los oficiales que López quizo hacerse matar ese día, viendo la derrota, después reaccionó». Era un dón peculiar de López el *reaccionar* fácilmente. También en Cerro-Corá *reaccionó*, pero la *reacción* no le salió bien, como las anteriores, causa las malditas 100 esterlinas en que había sido puesto a precio su cabeza.

pudieran marchar. Pocas horas después, las residentas vieron llevar hacia el monte al sargento negro, maniatado y acompañado por cuatro tiradores.

También el famoso documento de Salinares, firmado por trece (¿eran trece?) conspiradores fué una burda mentira. Lo citan en los procesos, pero ninguno lo vió. Estando Bliss, uno de los sindicados como firmantes de dicho documento, en la Legación Norte-Americana, el Ministro de esta fué requerido para que lo entregara a la justicia nacional a fin de que prestara declaración sobre la conspiración y el documento firmado. Bliss declaró al Ministro Norte-Americano que ignoraba la existencia de una conspiración y negó el haber firmado semejante documento (cosa que posteriormente admitió mediante los argumentos persuasivos en uso) y autorizó al Ministro Washburn a escribir a Gurmesindo Benítez, Encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores: «También diré que Mr. Bliss ha declarado en relación al papel que en su nota del 23 de Julio dice V. E. que él, en reunión secreta de obligación mútua ha firmado para cometer un crimen infamante; que si tal papel firmado por él se exhibe en esta Legación, saldrá inmediatamente de ella. El papel no fué exhibido, por la muy sencilla razón que nunca existió! Las fechas consignadas en los sumarios son, en su gran mayoría, de todo punto indeterminadas, tratándose de acontecimientos en los cuales era de capital interes darlas con exactitud. No sólo se habla de días *más o menos*, sino de semanas y meses. Ese proceder malicioso daba margen a que los fiscales llenarán los vacíos a su paladar y antojo; naturalmente, siempre en perjuicio de los encausados, pero con gran satisfacción de López. Los lopiztas afirman que hay uniformidad en las declaraciones, no obstante estar los presos rigurosamente incomunicados. Eso es falso. En el cepo de lazo, en las marchas, cuando iban por agua o por otras necesidades, mal podían tenerlos incomunicados. Basta consultar sobre este punto a Masterman, Von Versen, para convencerse que faltan a la verdad. A más, los fiscales tenían un medio muy eficaz para allanar y uniformar la sdeclaraciones; eso lo conseguían con sus preguntas e insinuaciones sugerentes, con las amenazas y las torturas. Los encausados inteligentes sabían dónde iban a parar las preguntas de los fiscales y, como les resultara caro mantenerse en la verdad, concluían con decir lo que a los fiscales se les antojaba dijeran. Así abreviaban sus padecimientos, sufriendo la última pena. Para demostrar que los fiscales contribuyeron a ilustrar y ampliar, por su cuenta las declaraciones de los encausados, basta citar lo que dice Masterman, en su obra citada, pág. 231: «Se puso los anteojos y apuntó y condensó mis contestaciones, en un pedazo de papel, porque le gustaba ampliarlas él mismo, sin prestar mucha atención a lo que se le decía; pero yo estaba demasiado cansado para objetar o protestar como lo hacía al principio, y casi estaba cierto de que era mejor dejarle hacer lo que le diera la gana. «Habiendo el criminal confesado libre y voluntariamente su crimen», empezaba a dictar al Secretario echando en olvido mi tortura, «y habiendo sido solemnemente *amonestado* por los señores Fiscales a que dijera toda la verdad a fin de descargar su conciencia, depone, que Mr. Washburn era el inventor y el jefe de la conspiración». Y llenó dos pliegos de papel de oficio menudamente escritos, con extravagancias de este género...»

Los encausados, cortos de genio o que ignoraban completamente de qué se trataba, eran careados con los ya *domados* y muchas veces torturados ferozmente, hasta que se les abriera la inteligencia y uniformaran sus declaraciones. «Había oido (dice Masterman a pág. 227 de su obra)

varias veces al pobre Baltasar (criado de Carreras) pidiendo piedad a gritos. y en aquel mismo momento el sonído de pesados golpes, seguidos cada uno de tremendos alaridos, probaba hasta donde llevarían su crueldad para con nosotros; lo azotaron sin compasión y después le aplastaron los dedos a martillazos. Le tenía mucha lástima, porque no sabía absolutamente nada, ni de la pretendida conspiración, ni de las acusaciones contra su amo y no podía salvarse aun cuando protestase que era culpable».

Como tengo nombrado muchas veces al Ministro Washburn, figura *descollante* en la supuesta conspiración, creo conveniente que el lector tome conocimiento del contenido de una carta de dicho señor a don Domingo Parodi. La sinceridad y franqueza que se nota en el escrito del Ministro es un argumento más que nos autoriza a poner en duda la existencia de la supuesta conspiración. Añado la fototipia del original (en mi poder), para que el lector, que conozca el inglés, pueda hacer por su cuenta la traducción.

Traducción del señor Ambrosio Bussola

The Norlands «South Livirmon Maine» Nov 22 de 1869.

Mi querido señor Parodi:

Tengo el gusto de saber por fin que usted se ha escapado de las garras del terrible monstruo y espero tener pronto carta de usted y conocer su triste experiencia desde cuando le hablé.

No se todavía si su familia se ha escapado con usted, o no, y tenemos gran deseo de conocer todos los particulares. Estoy ocupado actualmente en escribir un libro sobre el Paraguay y recurro a todos mis viejos amigos de allí para que me proporcionen todos los datos e incidentes que han ocurrido de su conocimiento que puedan poner en luz la terrible tragedia.

¿Puede usted decir cuál fué la causa de aquella imaginaria conspiración y el origen de ella en el cerebro de López? Las últimas noticias traen que López ha muerto a su madre y a Venancio. No me sorprende. He dicho a Mac-Mahon que haría esto antes de acabar. Parece que López y Mac-Mahon hayan tenido una grande admiración el uno para el otro, y nuestros oficiales de Marina están *de acuerdo* con ellos. He solicitado una investigación por nuestro gobierno sobre la conducta de ellos y estoy con el deseo de recibir todas las informaciones posibles de lo que fué Mac-Mahon con López y la señora Lynch. Ahora, por la causa de la verdad y de la justicia, quisiera usted escribirme una detallada relación de lo que ha pasado después que abandoné el Paraguay y decirme si usted conoce el motivo que indujo a López a asesinar a todos los extranjeros y a todos los mejores paraguayos?

Yo paso mi tiempo en lo de mi padre ocupado en escribir mi libro. Mi señora y mis hijos están aquí y se encuentran bien de salud. Siempre hablamos del Paraguay y de los amigos que hemos dejado. ¿Puede usted decirnos la suerte que les ha tocado a cada uno de ellos? ¿Qué ha pasado a nuestros amigos, en Limpio, a los Casals, a doña Carmelita Gill de Cordal, a la señora Gutiérrez, Madame Lasserre, a la viuda de Leite Pereira y a otros de nuestros amigos?

Mi señora también manda recuerdos para usted, su señora y familia. Pero, ahi de nosotros, no sabemos si y cuál de ellos están con vida.

(Firmado) — CHARLES A. WASHBURN.

The Nolands
South Lewiston Maine
Nov. 22d 1869.

My Dear Mr Parodi.

I am delighted to learn at last that you have got out of the power of the terrible monster & I am hoping to get a letter from you soon & to learn of your sad experience since I last saw you. I have not yet learned whether your family escaped with you or not & we are anxious to get all the particulars. I am now engaged in writing a book on Paraguay & I am calling on all my old friends there to furnish me at once with all the items & in-

cidents that have occurred within your knowledge & which can throw any light on the fearful tragedy. Can you tell what was the cause of that imaginary conspiracy or the origin of it in Lopez' mind. The latest reports are that Lopez has killed his mother & Venancio. It does not surprise me. I told McMahon he would so before he got through. Lopez & McMahon seem to have had a great admiration for each other & our naval officers are de acuerdo with them. I have instigated an investigation by our govt into their conduct & am desirous of getting all the information possible into

regard to Mr Mahon which he was with Lopez & Mrs Lynch. Now in the cause of truth & justice will you not write me a long account of what transpired after I left Paraguay & tell if you know what the motive of Lopez was in murdering all the foreigners & all of the best Paraguayans.

I am now passing my time here at my father's engaged in writing my book. My wife & children are here & are very well in health. We are always talking of Paraguay & the friends we left there. Can you tell us of the fate of any of them. What became of our friends in Sumpio the Casals. What of Doña Carmelita Gill de Cordal. What of Mrs

hasta desaparecer si se quiere, sin alterar la existencia de lo que ha dado materia para su juzgamiento.

Otro autor, Mitermaier, en su brillante tratado sobre las pruebas en materia penal, afirma que de los indicios nacidos acaso de *auditus*, se llega a las *presunciones formales*, bastantes para dar por existente un hecho y responsabilizar al autor.

«Como vemos, y aun dentro del imperio de las Partidas, la *presunción* constituye un hecho palpable, que pasa por otras secuelas hasta individualizar, puntuar, medir responsabilidades que han de formar elemento capital de la sentencia.

«Concluyo, pues, pronunciándome en favor de su tésis, y sosteniendo, como estoy dispuesto a hacerlo *in-extenso*, que si usted ha dicho pública o privadamente la *supuesta conspiración*, ha reafirmado su existencia en vez de negarla.

«Su siempre amigo.—*José M. Moreno*».

Y añade el interesado:

«Nada debo de agregar a este luminoso juicio del Dr. Moreno, quien me autoriza a darlo a luz.» (Fidel Maiz.—«Etapas de mi vida», pág. 145.)

Hasta aquí el Padre Maiz. La verdad es, que no quedando disipadas mis dudas sobre el alcance del valor de la palabra *supuesta*, ni satisfaciéndome las eruditas explicaciones del Dr. Moreno, pedí el parecer de un aventajado estudiante de la Facultad de Leyes de esta ciudad (1) quien me contestó en estos términos, autorizándome a publicar su carta.

---

1) Sr. Félix Antonio Marcó, a quien agradezco su amabilidad.

Ministerio
de Estado
de Relaciones Esteriores

Asuncion Marzo 24 de 1867.

Tengo el honor de adjuntar á V.S. copia de la carta credencial que le acredita en mision especial cerca del Exmo. Gobierno de Estados Unidos de America.

S.E. el Señor Mariscal Presidente de la República ha resuelto pase V.S. á Washington en mision especial á ofrecer al Exmo. Señor Presidente de los Estados Unidos su gratitud por la oferta de mediacion en el deseo de cortar la guerra que tan injustamente nos han traido el Imperio del Brasil y sus aliados y que el Paraguay sostiene con tanta gloria y lealtad.

Aun cuando esos buenos oficios fueron rechazados por la alianza, á pesar de los eficaces esfuerzos de su Ministro Residente en la República el Señor Washburn, no por eso obliga menos la gratitud de S.E. el Señor Mariscal Presidente y del pueblo paraguayo.

S.E. ordena que la mision de V.S. tendrá lugar cuando las circunstancias lo permitan dejando la oportunidad á su buen criterio.

Ordena tambien S.E., que en caso de realizarse el viaje de V.S. á Washington, el Capitan Bedoya se encargará de la Legacion ad interim mientras la ausencia de V.S.

A S.S. D.n Cándido Barrios Encargado de Negocios de la República del Paraguay en Paris.

Dejando así cumplidas las ordenes de S.E.
el Señor Mariscal Presidente de la República ha-
go voto por la felicidad de su mismo y aprovecho
la oportunidad de renovarle las seguridades de mi
consideración y estima.

Jose Berges

RÉPLICA A LA DEFENSA

«El galimatías curialesco fabricado por el señor Abogado, en defensa de una causa, a todas luces perdida, no hace más que aumentar el tamaño dislate, que deseara ver en la parte opuesta.

«Cuando la palabra «supuesta o supuesto» es usada por una persona que desconoce los hechos a que hace referencia, señala entonces una simple indicación que no importa acción afirmativa ni negatoria sobre la veracidad de la causa. Semejante empleo del vocablo, en ese caso único, por cierto, reviste un carácter de excepción. El sentido común y el que determina la persona que al usarla tiene un conocimiento personal de los hechos, denota la significación exclusiva de falsedad o impostura. Indica, en el decir del Diccionario de la Academia Española, «fingir una cosa». Es evidente que en este caso se encuentran los términos de la parte, tanto más cuanto que la participación del Presbítero Maiz en los hechos, no admiten error en la definición, dado que ella fué en forma directa y destacada.

«La interpretación jurídica,—y recalcamos esta expresión porque se ha tergiversado su significado,—está muy lejos de apoyar la tesis sostenida en la defensa. Escriche, en su «Diccionario de Legislación y Jurisprudencia, define la suposición diciendo que es «cierta especie de falsedad o impostura» como suposición de nombre, de calidad o de parto.

«La original argumentación del señor Abogado, se ha limitado a confundir la presunción jurídica con la supcsición de un hecho, puntos completamente extraños al párrafo discutido. Es de notar, al respecto, que Mitermaier, en la ocasión citada, se refiere únicamente a la presunción del lenguaje forense, que estudia los indicios y las sospechas del delito, tan lejanos de la idea preocupada».

Escribe el Presbítero Maiz que cuando cayó prisionero en Cerro-Cora «se le hizo pasar por un cruel y salvaje simulacro de fusilamiento... preparan sus armas, me apuntan, y... un momento después de hacerme tragar la hiel amarga de la muerte, se retiran sin haberme traspasado con sus proyectiles!» y más abajo, añade: «Y aquel jefe me refirió después que el Conde D'Eu había ordenado al Vizconde de Pelotas que me fusilase, dado que cayese prisionero; pero que él (Peixoto) intervino para que se diese por cumplida dicha orden con el aparato de ejecución, según queda referido (1). Cuento espeluznante del muy Rev. Presbítero, Fiscal de los tribunales de sangre del tirano. Habían asesinado al Presidente, al decrépito y enfermo Vice-Presidente, al inválido Aguiar, al niño López, ultimado al General Roa y a cientos, él se salvó porque pudo escaparse en el momento álgido y esconderse, como hizo el Coronel J. C. Centurion. El Presbítero Maiz se queja de que los brasileros lo hicieron sufrir con grillos

1) Fidel Maiz. «Etapas de mi vida, pág. 69.

en las piernas y esposas en las manos. Puede ser que los brasileros hayan recurrido momentáneamente a esa medida de seguridad para evitar cualquier tentativa de evasión. La gran mayoría de los prisioneros paraguayos, sin embargo, por no decir todos, están contextes en ponderar la generosidad usada hacia ellos por los brasileros. El General Resquin, que cayó también prisionero en Cerro-Corá, dice en sus «Datos Históricos de la Guerra del Paraguay», publicados cinco años después de la guerra (1) página 180: «El ilustrado gobierno del Imperio del Brasil, tuvo siquiera compasión de la desgracia de la nación paraguaya, y prueba de ello es que a los prisioneros de guerra, les prodigó favores; pues reconoció su heroismo y el perfecto derecho por el cual combatían a las fuerzas extranjeras»... «Desde el momento de obtener el triunfo el General Cámara en Cerro-Corá, prodigó a los desgraciados prisioneros paraguayos cuantos recursos estaban a su alcance con una bondad y actividad propias de un hombre valiente y militar civilizado».

El Presbítero Maiz, dice, en la pág. 70, de su obra ya citada, que en el Chaco se le *exigió* que firmara un papel, que «Era una laudatoria de gratitud al Conde D'Eu, *por habernos librado de las garras del tirano*», y que, posteriormente, suscribió otro escrito que le «arrancó so pena de la vida, aquel cruel y sanguinario yerno del último heredero de los Braganza, que ambicionó *ser coronado rey del Paraguay*...» Dejemos de un lado la ridícula afirmación de que el esposo de la presunta heredera de la corona imperial del Brasil ambicionara ser coronado rey del Paraguay. Es un ardid para exaltar la masa inconsciente y crédula de los patrioteros que *adoran* a López. Corre pareja con la acusación lanzada contra el mismo Conde D'Eu de haber mandado incendiar el hospital de Peribebuy, lleno de heridos, cuando consta que el villorrio, que estaba constituido por ranchos de techos de paja, estaba en llamas, antes del asalto, a consecuencia del bombardeo durante dos horas consecutivas. (2) Pero, ¿a qué venía el segundo escrito del Presbítero Fidel Maiz, habiendo sido tan categóricamente explícito el primero? No lo pudo haber dictado el Conde D'Eu, todo es harina del costal del santo varón, pues huele a sacristía a la legua. La afirmación que hace de que el segundo papel le fuera «arrancado so pena de la vida» es para encubrir la cobardía y bajeza, que se evidencia en su escrito (3). El peligro por su existencia venía, no de parte del Conde D'Eu ni de parte de los brasileros sino de parte de sus mismos conciudadanos. si se le hubiera ocurrido al Conde entregarlo al Gobierno Paraguayo.

El coronel Aveiro pidió en su declaración, como una gracia especial que lo transportaran en calidad de prisionero a Río de Janeiro y así lo hicieron los brasileros, devolviéndolo a su patria cuando ya iban calmándose

---

1) «Datos históricos de la Guerra del Paraguay con la Triple Alianza» escritos por el General don Francisco Isidoro Resquin en el año 1875, publicado por el Doctor Angel M. Venereso en el año 1895.—Buenos Aires.

2) Según el historiador de «Nuestra Epopeya», las tropas brasileras se hicieron preceder, en el ataque de la plaza, por carros cargados de fardos de pasto, para escudarse contra el fuego de los paraguayos, pues bien sabían por experiencia propia cuan mortífero era. ¡Diablos los soldados de Don Pedro! Lástima que los brasileros dan otra explicación del hecho. Dicen que querían utilizar los fardos, como los utilizaron para cegar los fosos, que contribuían a la defensa de Peribebuy. (Carta del Conde D'Eu al Baron de Muritiba, 3 de Septiembre de 1869..

3) Juansilvano Godoi, «Documentos históricos», o A. Rebaudi, «Guerra del Paraguay».

los ánimos y el espíritu público estaba absorvido en la resolución de serios problemas políticos. (1) ¿Pretende hacer creer el Presbítero que, después de mes y medio de hecho prisionero, el Conde D'Eu pudiera mandarlo fusilar? Agradecido tendría que estar al Conde D'Eu, si es que en su corazón cupiera el agradecimiento en vez de mancillar su memoria, por haberse negado a entregarlo al Gobierno paraguayo para que fuera juzgado, como lo exigiera dicho Gobierno. Muy de seguro que hubiera pasado un mal rato. Y que los cómplices del tirano temblaran al solo pensar de ser juzgados por el propio Gobierno, lo prueba lo que transcribimos de Aveiro y lo que dice el general Resquín en su obra ya citada, pág. 183 y 185: «...fueron pedidos los leales patriotas por el gobierno de su mismo país para ser juzgados en consejo de guerra con el fin de fusilarlos por el motivo de haber defendido a su patria...» ...«Los traidores paraguayos Carlos Loizaga y Cirilo Rivarola que formaron alianza contra su misma patria con las *tres* naciones extranjeras que la combatieron; un año antes de concluirse la guerra se dirigieron por una nota oficial al ilustrado ministro brasilero José María Paranhos en la Asunción, pidiendo la entrega de los generales, jefes y algunos oficiales paraguayos prisioneros en *Cerro Corá* con el fin de juzgarlos en consejo de guerra y en seguida fusilarlos por el crimen de haber defendido a su patria de los avances de la triple alianza y haber militado bajo las inmediatas órdenes del mariscal López....»

El segundo documento que firmó el Presbítero Fidel Maiz, lleva la fecha de Abril 12 de 1870. Extraña coincidencia. Por esa fecha el Conde D'Eu andaba de viaje, ocupadísimo por la entrega del supremo mando militar de los aliados. A más, ese pretendiente a la corona del Paraguay, según Maíz, se encontró con Cámara, el héroe de la tácil victoria de Cerro Corá, por lo que tuvieron lugar grandes demostraciones, festejos, banquetes, etc., que, con mucha probabilidad, demoraron su salida. ¿Cómo puede haber dispuesto de tiempo suficiente para arrancarle, mediante amenazas de muerte, el segundo documento? ¿Dónde y cuándo lo hizo?

Como el Presbítero Fidel Maíz juró romper su pluma, podía encargarse el autor de «Nuestra Epopeya» de darnos una acabada explicación del suceso, puntualizando debidamente las fechas y lugares, augurándole desde ya que tenga mejor suerte que en la narración de lo acontecido a Ayala y del combate de Corrales (2).

---

(1) Dice el coronel J. C. Centurión (el mismo a quien se atribuye el asesinato de la señorita Pancha Garmendia, por mandato de Madama Lynch) que por las amenazas con que se les acariciaba el oído, se han visto obligados a prestar declaraciones o a escribir exposiciones, que por esa misma circunstancia, no podían ser tenidas como expresión de la verdad.....» Tan sensibles se habrían vuelto los fiscales de los tribunales de sangre del tirano que cobardemente cedieran a las amenazas! Ellos, que habían torturado a millares de infelices, para arrancarles declaraciones, que sirvieran de base y prueba para la supuesta conspiración! Pero más allá se verá que Aveiro declaró con toda enteresa lo que quería declarar. A él no le hicieron mella las *pretendidas* amenazas.

(2) En el afán de glorificar el valor del soldado paraguayo, como si de tal lumbrera necesitara, hace apologías rayantes en lo ridículo. En su diluída descripción de la batalla de Corrales, ocupa una página entera en refutar la afirmación de que «los paragnayos emplazaron artillería en una de las islas del Paraná». El error viene de la «Hoja de Noticias de El Semanario» pág. 2, que dice: «Con el número de fuerzas con que se lanzó el enemigo, y su artillería era capaz de reducir a polvo a los que se le oponían, con una sola descarga; a estos favorecieron bastante la posición que han elegido, *una pieza de cañón que desde el banco fronterizo barría a los porteños* y una cohetera a la congreve que habían llevado los exploradores...»

El documento de referencia provoca en quien lo lee, un sentimiento de indignación y repelencia. Nada podía justificar tal bajeza, ni la alegada amenaza de muerte, que, si verdaderamente existió *no podía llegar hasta imponer la forma en que tenía que ser redactada la declaración.* Fué la declaración más infamante, no superada ni aun por las de sus enemigos y víctimas.

En el folleto «Papeles del tirano del Paraguay», pág. 53 y siguientes, se lee que hubo prisioneros, que se escusaron de prestar declaración y que no fueron obligados a ello. Siendo presidente de la República Argentina, Domingo F. Sarmiento, se invitó a Gill que hiciera una declaración y Gill se negó hacerla. Su negativa fué en forma tan chocante que irritó a Sarmiento, sin que por eso se recurriera a medios cohercitivos para que declarara. Dice Sarmiento (Obras de D. F. Sarmiento, T. 50 pág. 233): «Cuando se mandaron tomar declaraciones sobre los asesinatos de López, todos los testigos paraguayos, argentinos, extranjeros, declararon lo que sabían, como es el deber de todo hombre en sociedad; pues todos deben al esclarecimiento de la verdad su testimonio. Un solo paraguayo puso al pie del interrogatorio esta extraña declaración, «no sé nada». Firmaba Gill».

Sin embargo, no creo que exista un documento que dé al Presbítero Maíz un desmentido más categórico y aplastador que una carta del coronel Aveiro al redactor del diario «Jornal do Commercio», de Río de Janeiro. Publico la fototipía de un fragmento de esa carta, para mayor satisfacción del lector.

y en justicia.

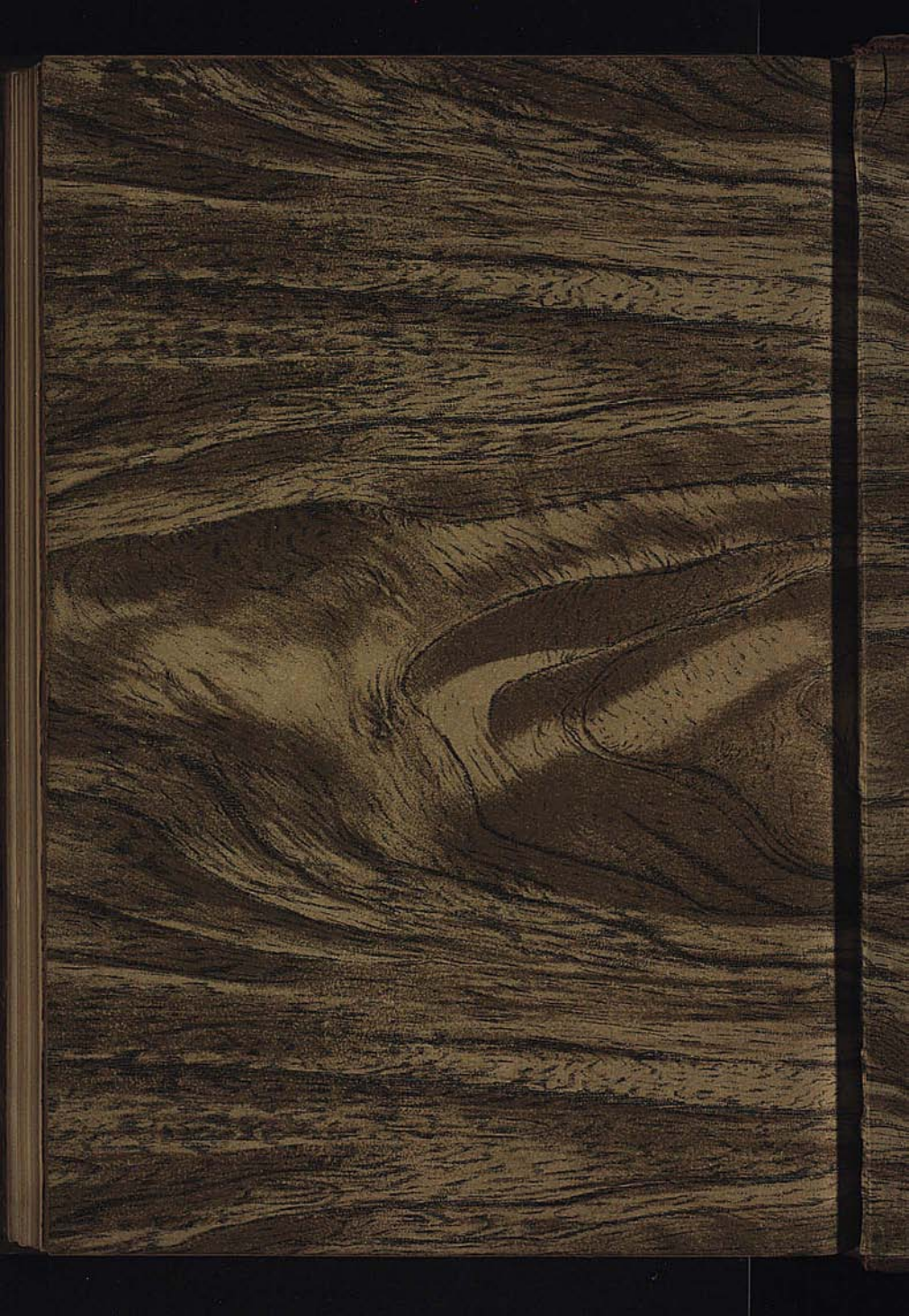
Entrase al Gobierno del Mariscal Lopez despues de su muerte, de despota, cruel, sanguinario y hasta de bruto y estúpido por los mismos que han pregonado mas alto y vez fluctuado mas o menos mas, los encomios de liberal, justiciero, bondadoso, humanitario, sabio &. &. con que lo ensalsaban. En mi exposicion no se habra visto ninguno de aquellos calificativos degradantes, pues no hice, no quiero ni pensé hacerlos, y á hacerlo los mios serian los mismos que hice en su vida. No tengo motivos para modificarlos, y si él ha podido contrarrestar, contenerlos hasta á veces hacer fluctuar por mas de un lustro la ho[illegible] tempestad que se desbordára contra su Patria con todo el aparato del poder, amenazando de un soplo absorverla y anonadarla, menester seria que sus dotes fueran sobresalientes y su alma fuera grande y fuerte... Y asi lo fué.

Y tal lo demuestra el hecho de que naufragando Él con su nave, los remeros que tan solicitos fueron en secundarle en vida, y que lograron salir á playa, apenas pisaron esta le maldijeron, probando asi que solo, y muy solo aquel hombre ha hecho todo lo que hizo y que hecho mas, domando y sujetando á tales monstruos haciendose servir de ellos, con tanta docilidad tan buena voluntad y expontaneidad... como si fueran movidos por propios resortes.

J. Silvestre Aveiro

Coronel

Rio de Janeiro Junio 30 de 1870.



QpCARD